
Antología de primavera
Guadalupe Eichelbaum
Marian Arpa
S. F. Tale
May Bonner
María Rojo
Juliana Cartland
Vega Fountain
Ale Garsen
Mar P. Zabala
Donde florece la flor...
Selecta

Donde florece la flor...

SERIE
Antología de Primavera

Guadalupe Eichelbaum
Ale Garsen
Vega Fountain
S. F. Tale
Mar P. Zabala
Juliana Cartland
Marián Arpa
María Rojo
May Bonner

Selecta

Ajolotes

Guadalupe Eichelbaum

Verano

—Soy el colmo de un jardinero.

Clara la miró sin comprender y sin atreverse a preguntar, la veía tan alterada que no sabía qué hacer. No le hubiera extrañado que a su hija se le hubiera nublado el juicio del todo y estuviera desvariando, aunque esperaba que no fuera así. Inspiró con fuerza, concentrándose en el anhelo de que su hija no hubiera quedado tan afectada, tanto como para no reponerse. No le parecía prudente dejarla sola para ir a quitarse el vestido, que le pesaba en la piel como si fuera de metal, el elegante y precioso vestido color verde musgo que había elegido con tanta ilusión. Le molestaban igualmente la pamela y las joyas elegidas para la ocasión. Podría haberse quitado la gargantilla y los pendientes allí y dejarlos sobre la cómoda de la entrada, pero temía olvidarlos o perderlos; eran muy valiosos e, incluso en esas circunstancias, su norma interna de ser cuidadosa con sus alhajas seguía prevaleciendo. Por otro lado, ¿de qué serviría que ella se despojara de su atuendo si Rosa aún llevaba su traje de novia?

—Soy el colmo de un jardinero —repitió su hija mirándola significativamente, leyó la incomprensión en los ojos de su madre y

se enfadó—. Sí, mamá, el colmo de un jardinero, que su hija se llame Rosa y la dejen plantada.

—¡Ah! —respondió su madre, no tenía muy claro qué debía aportar a lo que su hija acababa de decirle. Se acomodó la pamela con gesto nervioso.

—Los chistes de colmos, mamá, no me mires como si me hubiera vuelto loca, como el de que el colmo de un gato es tener un día de perros.

—Ya, ya… —dijo su madre, cuya cabeza no daba para mucho, pues todavía estaba en *shock.*

—Pero nadie dice que el colmo de un jardinero es que su hijo se llame Jacinto, o Narciso, y lo dejen plantado, no, para ellos no hay chiste, eso es patriarcado —siguió Rosa.

Clara se preguntó si esa derivación hacia el patriarcado sería buena para el estado anímico de su hija o si, por el contrario, iba a contribuir a empeorarlo.

—Que Félix se haya portado como un auténtico cretino, y lo sea, no significa que los demás hombres vayan a ser así.

—¿He dicho yo eso, mamá? ¿Acaso he dicho yo eso?

No gritaba, era peor, la voz le salía metálica, alta, desafinada, como si se fuera a quebrar, no la voz sino ella.

—Perdona, tienes razón. Yo también estoy descolocada, no sé qué decirte.

—Y he llegado a la puerta de la iglesia como una auténtica estúpida, una estúpida llena de felicidad y amor, y esperanzas. Confiada. Y no supe interpretar los cuchicheos de la gente, creía que se me había torcido el velo o que el vestido tenía alguna mancha, le pregunté a la tía Lourdes, que se puso a revisar desde el cuello hasta la cola —suspiró—. A ti no te veía —añadió a modo de justificación o, quizás, de reproche.

—Yo había ido a preguntar qué pasaba pero nadie sabía nada, ni tu suegro… —No era su suegro, ya no, así que cambió rápido la forma de referirse a la familia de Félix—, ni su madre, ni sus hermanos, se les notaba desconcertados por la tardanza, preocupados, no paraban de llamarlo.

—Hasta que contestó.

—Sí.

—¿A quién? ¿A quién le dijo que no pensaba asistir a su propia boda? ¿A quién le dijo que no se iba a casar conmigo?

—A su hermana.

—¡Vaya! A su hermana, porque a mí no se atreve a decírmelo, claro. Asqueroso cobarde, ojalá se muera.

—No digas eso —su madre bajó el tono.

—¡Digo lo que me da la gana! Mientras no coja un arma y vaya a asesinarlo ni publique amenazas en las redes sociales, estoy en mi casa, con mi propia madre y tengo derecho a desahogarme, ¿o no?

Su madre asintió con tristeza. Nunca había visto a su hija así; normal, nunca la habían plantado en el altar con anterioridad.

—¿Dónde está papá? ¿Y Leo?

—Están con Pilar, ocupándose de donar el cáterin a un refugio de indigentes y de esas cosas. —Hizo un gesto con la mano, no hacía falta enumerarlas.

—Ah, eso está bien, al menos alguien tendrá una buena comida hoy. Y la disfrutarán más que los invitados, seguro. La merecen. Eso me reconforta.

Su madre la observó evaluando su estado tras el tsunami emocional, intentando percibir si se rompería del todo, para siempre o si lograría reponerse, era una duda que la atormentaba profundamente. Era pronto para saberlo. Rosa supo interpretar con exactitud el gesto de su madre y, aunque podía comprender su

preocupación, le resultaba exasperante.

Estaban sentadas en el sofá marrón oscuro de la casa de los padres de la novia. Había más de un metro de distancia entre las dos pero a Rosa le pareció insuficiente, hubiera preferido que estuviera más lejos, le desagradaba el rostro crispado de su madre como le molestaban la puerta de entrada, los muebles del recibidor, el suelo de parqué y el aire que respiraba. Cada elemento se había confabulado con los demás hasta formar un todo que le producía desconfianza y enojo.

—Me voy a desvestir —afirmó de forma tajante, parecía tranquila.

Su madre asintió. No se atrevía a hablar.

Rosa se metió en el dormitorio de sus padres, el mismo en el que, unas horas antes, se había vestido, la habían maquillado, retocado el cabello, acomodado el velo…, todo entre sonrisas, risas, afecto y alegría, en un ambiente festivo y entrañable. El entorno se había trastocado en desasosiego y angustia. Y ella también, por dentro. Y por fuera. Parecía otra persona, el espejo le proporcionaba esa información. Un rictus de amargura, una mueca de disgusto, algo que había en su interior y su alma y se reflejaba en su rostro. Miró a los ojos de la extraña que se hallaba vestida de blanco en el espejo, era ella, esa mujer era ella, la rabia surgía de su pecho, manaba de sus poros, pero no se dirigía exclusivamente a Félix, iba contra ella misma, como si tuviera la culpa de lo sucedido. No iba a tratarse así, no. Félix la había despreciado pero ella se esforzaría en honrar a la mujer que había sido unas horas antes, la que se había puesto el velo cargada de expectativas de un futuro compartido, no iba a quitárselo de manera brusca ni a tocarlo como si lo hubieran fabricado con mierda de perro. Se quitó los ganchillos de uno en uno, con delicadeza y depositó el velo sobre la cama, lo donaría

intacto. Se acarició la cabeza y la agitó para que sus cabellos castaños y ondulados se agitaran libres. La cremallera del vestido era lateral, por suerte, así no se veía obligada a solicitar ayuda y podía seguir con su ceremonia privada. Lo dejó caer al suelo, lo recogió con delicadeza y lo colocó junto al velo. Así hizo con el resto de las prendas. El abandono había dejado una pátina en su piel, un filtro que indicaba que ella no valía nada y por eso la habían dejado plantada el día de su boda. Se rebeló contra esa sensación, se obligó a comportarse bien consigo misma, a mirar su cuerpo desnudo reflejado; era su cuerpo, su propio cuerpo, rechazado por la misma persona que lo había hecho florecer, que lo había recorrido con deseo. Él la había dejado. Pero ella no iba a tratarse como lo había hecho él, no, ella se iba a querer. Se abrazó y cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Se concentró en mirarse ahora de otra manera, como si fuera una desconocida, a ver si de ese modo su mirada era menos crítica, se fijó en sus piernas torneadas y firmes, en su pequeña barriga, en sus caderas anchas, en sus pechos, le parecieron hermosos, tanto como realmente eran.

Se metió en la ducha con la cabeza hacia arriba para que el agua le diera en la cara. La pena la golpeó de nuevo, una patada en el estómago, por dentro, y cayó sobre el suelo de la ducha apoyando las manos con el pecho agitado. Un grito le nació de muy adentro y decidió dejarlo salir con todas sus fuerzas. Fue tan alto y agudo, tan estridente y prolongado, tan doloroso, que sus padres y su hermano, pues los hombres de la familia habían llegado mientras ella estaba en el dormitorio, se asustaron y acudieron corriendo, abrieron la puerta sin llamar, temiendo lo peor. Su madre entró en el baño y se metió vestida en la ducha con su hija. Su padre y su hermano salieron y cerraron por fuera, incómodos y preocupados. Clara la abrazó, se deshizo en llanto sobre la espalda de su hija. Ella se

incorporó y apoyando el rostro en el pecho materno, siguió llorando. Y ese instante de tristeza profunda compartida, sin palabras, con el contacto físico entre madre e hija fue trascendental para ambas. Había un lazo entre ellas que las unía casi como si se hubiera reestablecido el cordón umbilical de la etapa prenatal. Lo recordarían siempre.

Rosa fue calmándose, su madre le besó la cabeza y el hombro y, cuando le pareció el momento, la ayudó a salir. Cogió una toalla, la envolvió con ella como cuando era pequeña y salía de bañarse en el mar o en la piscina, estuvo a punto de decir algo pero optó por no hacerlo, las palabras sobraban. Rosa comenzó a secarse y su madre salió para quitarse, ahora sí, el vestido verde musgo, empapado.

La novia abandonada apareció en el salón vestida con vaqueros y camiseta, el resto de la familia también estaba con ropa de diario. Clara se había ocupado de quitar de su vista el vestido de novia así como el ramo de flores que ella había dejado en el recibidor al entrar. Su padre y su hermano la abrazaron mascullando algunos insultos sentidos hacia Félix y su comportamiento. Después pidieron pizza y eligieron una película, una comedia americana a la que nadie logró prestar mucha atención. Cuando acabó la volvieron a poner y así hasta cuatro veces. En algún momento Rosa se quedó dormida, la taparon con una colcha y la dejaron allí para que descansara. Los tres se fueron a la cocina para seguir insultando al que había sido, hasta hacía unas horas, el novio de su hija, su prometido.

Pilar había pedido cita en la peluquería la tarde anterior, con mucha prisa. Ahora estaba sentada en ese local que tanto le gustaba, de paredes empapeladas de verde pastel con fotos de playas paradisíacas enmarcadas en color lavanda. La música sonaba a un volumen bajo, resultaba relajante. En cuanto Sonia masajeara su

cabeza al enjabonársela, entraría en un estado de sosiego tal que le costaría trabajo no quedarse dormida; siempre ocurría así. Y era parte del encanto de ir a la peluquería. Era la primera vez que iba a teñirse, pero se había descubierto no una, ni dos, ni tres, sino cuatro, ¡cuatro canas! Y era por culpa de su hermano, sin duda, y del tremendo disgusto que le había dado a la familia al no aparecer el día de su boda. A pesar de la tardanza ni a sus padres, ni a sus hermanos, ni a ella misma, que era la que estaba más unida a él, se les había pasado por la cabeza la posibilidad de que no fuera a llegar. Y ello era debido a un montón de factores. Por una parte, él era responsable, considerado y juicioso. Y, por otro lado, ninguno dudaba de cuánto quería a Rosa. Y llevaban juntos cuatro años. Cuatro años, cuatro canas, qué casualidad. Eso era una tontería, irrelevante. El quid de la cuestión es que resultaba incomprensible. Habían aguardado en la puerta de la iglesia, esperado una explicación, preguntándose si habría tenido un accidente de tráfico por el camino, planteándose llamar a los hospitales, cuando por fin le había cogido el teléfono. Lo había llamado ya más de veinte veces y esa, que podía ser la número veintiuno o la quinientos catorce, porque había perdido la cuenta, por fin le había pulsado el icono verde y había pronunciado, muy escuetamente, esas palabras:

—No voy a ir.

Ella creyó haber entendido mal y le preguntó que qué decía. Él le respondió que no iba a casarse con Rosa y colgó. Sin más. Y le había dejado a ella la ingrata tarea de comunicárselo a sus padres. A ella, a la tonta de su hermana, cómo no, que estaba allí con su vaporoso vestido de flores, tan contenta. Ella miró alrededor y no supo a quién decírselo primero, optó por su hermano menor, que lo repitió casi gritando y así se corrió la voz y se ahorró tener que enfrentarse a Rosa. A partir de ahí se dedicó a intentar que a su madre no le

diera un infarto, que su padre no saliera de allí dispuesto a acabar con la vida de su hijo, que la comida no se tirara y un sinfín de cuestiones de mayor o menor relevancia que recayeron sobre sus hombros. Tenía que reconocer que el padre y el hermano de Rosa habían colaborado, manteniendo la compostura en todo momento de una manera admirable. Agradeció que la mayoría de los invitados se marchara a toda prisa, que la gente desapareciera cuanto antes había resultado fundamental para no sufrir un ataque de ansiedad. A Rosa ni llegó a verla. Habían sido muy amigas. Le hubiera gustado que fueran familia, tenía un gran concepto de ella. El imbécil de Félix no paraba de pedir perdón pero la única explicación que daba era que se había dado cuenta de que no quería estar con ella, de una manera repentina. ¿Qué sentido tenía eso? ¿No se le había ocurrido planteárselo antes? Pues no, al parecer, no. Para matarlo. Sonó la campanilla de la puerta, alguien había entrado, levantó la vista, miró instintivamente. Y ojalá no lo hubiera hecho, porque era Rosa la que acababa de entrar. Claro, ella le había recomendado esa peluquería, gran momento para recordarlo, era de gran utilidad ese dato en ese preciso instante. Y allí estaba Rosa, la que había sido su cuñada, o no, porque si no se habían casado no había llegado a ser su cuñada, ¿no? Pero lo había sido, había vivido con Félix durante dos años y se habían considerado cuñadas. Se levantó y fue hacia ella, que se había quedado paralizada en medio del local. Estaban ellas dos y la peluquera. Hizo el amago de abrazarla y se detuvo, algo le transmitía la mirada de la que hubiera sido o había sido su cuñada que le hizo contener los brazos y dejarlos en el aire, en una postura ridícula.

—Rosa —le dijo, su cuñada que ya no lo era no había movido un músculo, era una estatua, no contestaba—. Quería decirte cuánto lo siento —continuó Pilar.

Rosa permaneció callada pero sus ojos centellearon. Cada persona con la que se encontraba quería decirle cuánto lo sentía, exactamente eso, pero ninguna le había escrito un *wasap*, o llamado, ninguna le había preguntado si quería que se vieran, si precisaba una charla o un abrazo, o si anhelaba compañía para tirar dardos a una foto de Félix. No, solo repetían esas palabras, como loros que se hubieran puesto de acuerdo. ¿Y ella debía ser amable, educada, dar las gracias y quitarle hierro al asunto para no disgustar al prójimo con su tristeza? No, ya estaba bien.

Pilar continuó, no soportaba ese silencio.

—Solo quería decirte que Félix no tenía intención de hacerte daño, que lo lamenta muchísimo, está desconsolado. —Nada más pronunciar las dos últimas palabras se arrepintió, no eran adecuadas, sin duda. Rosa seguía callada. Su mirada era extraña. Pilar temió su reacción, no algo específico, pero nada bueno auguraba tanto silencio. Por eso siguió, no podía evitarlo.

—De verdad, él no pretendía hacerte daño, lo decidió en el último minuto.

Entonces Rosa habló y Pilar no supo si eso era mejor o peor que si hubiera continuado inmóvil y muda.

—Ah, bueno, está bien saberlo. Porque sí, hubiera estado feo que hubiera sido premeditado, ya ves, cuatro años juntos, de la mano, caminando, besándonos, viajando, haciendo el amor, viviendo juntos, planificando el futuro, discutiendo si íbamos a tener dos o tres hijos… y que todo eso lo hubiera hecho pensando que iba a dejarme el día de nuestra boda, sí, sí, hubiera sido de una persona muy enferma mentalmente, un villano de película. —Lo malo no eran sus palabras, era la tensión, la rabia con la que las pronunciaba—. Me imaginaba que no había sido así. Pero, de todas formas, ahora que lo dices me quedo más tranquila. Entonces no hay problema,

vaya tontería, solo porque me haya dejado tirada en el altar sin ningún tipo de explicación, ¿por qué iba a afectarme eso? Si no lo hizo de manera premeditada no pasa nada. Yo podría coger unas tijeras —y lo hizo— y clavártelas en el costado pero si no lo tenía pensado de antemano no te va a doler ni vas a sangrar, ¿verdad?

La peluquera no sabía dónde meterse, se reprochaba interiormente en todos los idiomas que hubieran existido en el planeta el haberlas citado casi a la misma hora sin haberse dado cuenta de la situación, algo le habían contado, pero no era nada chismosa y su cabeza no lo había retenido; se prometió a sí misma ser más cotilla a partir de ese día. Se acercó a Rosa y cogió las tijeras con determinación, la joven no opuso resistencia, no había pensado usarlas. Pilar suspiró y decidió instantáneamente que iría a esa peluquería hasta el fin de sus días, pues su corazón se había henchido de gratitud para con la decidida Sonia.

—Tienes razón, tienes toda la razón. Y lo siento de corazón. Somos amigas, debí hablar contigo, no evitarte. No me atrevía a ponerme en contacto contigo. Perdóname.

Los grandes ojos castaños de Rosa se llenaron de lágrimas, por fin alguien hablaba con claridad. Ahí Pilar se atrevió a abrazarla, se les saltaron las lágrimas a las dos, pero Rosa deshizo el abrazo enseguida, si algo tenía claro era que Pilar ya no era ni su cuñada ni su amiga. La apreciaba pero lo último que deseaba era ver a personas que le recordaran a Félix.

—Me tengo que ir —dijo con voz queda. Y se marchó.

Cinco días después estaba en la consulta de una psicóloga que le habían recomendado explicándole que el detonante de su decisión de asistir a terapia había sido cuando la peluquera le había quitado las tijeras de la mano, la manera en la que la habían mirado Pilar y

ella, como si creyeran que era capaz de hacerle daño a alguien. Aunque resultaba obvio que había llegado a esa situación a raíz de lo que Félix le había hecho. Rosa le explicó a la psicóloga que siempre había sido feliz, que quizás lo había dado por hecho, que la vida iba a ser así, y, con vergüenza, le confesó que había estado convencida de que las cosas le habían ido bien porque ella lo había hecho todo bien, y, por tanto, lo merecía. Lo lógico era, pues, que si Félix la había dejado, y de esa manera drástica y humillante, en ese escenario, era porque también lo merecía, algo tenía que haber hecho mal o quizás había algo, un no sé qué, defectuoso en ella. Resultaba sencillo escuchar a la terapeuta, oírla decir que los acontecimientos, tanto los malos como los buenos le ocurren a todo el mundo y no hay un motivo. Hay gente malvada que es amada, incluso aunque sean narcisistas manipuladores incapaces de un gramo de empatía y personas maravillosas que están faltas de afecto. Ni hablemos ya de ganar la lotería, obtener un buen empleo o estar sano, hay multitud de factores en juego pero, en definitiva, cualquiera puede enfermar, todo el mundo sufre en algún momento a lo largo de la vida y, de manera indiscutible, todos morimos. Rosa no sabía cómo iba a encontrar el modo de interiorizar esas ideas cuando lo que bullía en su interior era esa sensación de haberse chocado de frente con su propia incompetencia vital. Otro tema que se le había hecho cuesta arriba era la falta de amistades que no estuvieran relacionadas con Félix, resultaba que a la mayoría de la gente le resultaba más difícil encontrarse con ella que con él, a pesar de que ella no había actuado mal con él ni antes ni después del fatídico día de la que iba a ser su boda. Eso resultó ser un mazazo, no solo estaba falta de amistades, sino que notaba, cuando se encontraba con alguna, que evitaban el contacto visual y se alejaban con prisas, excusándose con torpeza, y la dejaban sola,

como si hubiera una epidemia de «abandonar a Rosa» o hubiera habido un efecto dominó. La nueva moda era dejarla tirada, así se lo expuso a la psicóloga. A lo que ésta le respondió, siguiendo la comparación, que todas las modas eran pasajeras. Rosa se apoyó en sus padres, en su hermano y en sus primos y se dio cuenta de que lo que sí tenía era una familia estupenda, unida, que se preocupaba por su bienestar, y eso era mucho, debía valorarlo. Eso y su propia fortaleza, que fue apareciendo como un resto arqueológico que al principio había estado oculto bajo capas de tierra y polvo. Solo debía mantenerse de pie, se dijo, más adelante podría caminar, más adelante, como si se hubiera roto un hueso del alma, intangible, y tuviera que guardar reposo durante un tiempo.

A principios de septiembre se notaba con más energía, dispuesta a afrontar el comienzo de un nuevo curso como profesora de inglés en el instituto de secundaria en el que llevaba tres años, se había planteado pedir un cambio de centro, pero había desechado la idea, no iba a esconderse o huir como si hubiera cometido un delito.

—La tía Lourdes sigue diciendo que lo que ha ocurrido ha sido porque ibas a casarte en verano —le expuso su madre, un día, mientras almorzaban.

—La tía Lourdes está fatal de la cabeza, es tu hermana y es muy buena persona, pero está zumbada.

—Me ha hablado de un estudio acerca de cómo afecta el calor a las personas, a nivel fisiológico y en el estado de ánimo.

—Mamá, pero eso será, en todo caso, cuando las temperaturas son excesivamente altas, en olas de calor, nosotros íbamos a casarnos en junio, no creo que haya influido el calor en el cerebro de Félix. Sobre todo porque el día era fresco.

Su madre hizo un gesto con la cabeza para decirle sin hablar, que tenía toda la razón, que ella solo era la mensajera, antes de

añadir.

—Y la tía Cecilia me pregunta por ti todos los días y asegura que Félix va a volver, arrepentido.

—Pues va a ser que no, que no creo que eso ocurra.

Clara la miró muy seria, indecisa durante unos segundos, hasta que optó por preguntar lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Y querrías?

—¿Que Félix volviera? No, para nada. Jamás volvería con él. No sé si voy a poder volver a confiar en otro hombre, pero en él seguro que no. No quiero ni verlo.

Clara notó el alivio expandiéndose en su pecho, si tenía que volver a ver el rostro del que había sido su yerno, le daría un ataque, no podía imaginarse teniendo que soportar su presencia como si nada.

—No te preocupes, mamá, no quiero ni sus explicaciones ni sus disculpas, me da igual si no lo supo antes, si estuvo confundido, si creía que me quería pero no, porque eso no cambia nada.

Otoño

—Mara es maravillosa —dijo Gael, que no apartaba los ojos de ella. Unos enormes ojos verdes, limpios y expresivos. Ella bailaba, ni se había percatado de la presencia de su ex, agitaba su rizada melena oscura y movía las caderas, enfundadas en unos vaqueros ajustados, al ritmo del reggaetón.

—Sí, la llamaron Mara porque Maravillosa era demasiado largo —bromeó Miriam, que estaba cansada de la actitud de su amigo y no se molestaba en disimular.

—¿Estás ingeniosa hoy, no?

—Sí, yo siempre, ya me conoces.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Que me parece maravillosa desde que rompió conmigo.

—Pues has acertado, has ganado el premio gordo, ¿qué prefiere el caballero, el oso amoroso o el pato de…?

Él la cortó.

—Ya está bien. No tiene gracia.

Se quedaron callados. La música sonaba a todo volumen.

—¿Nos vamos? —propuso él.

Ella asintió con la cabeza y salieron del bar.

Las temperaturas no eran bajas aún, el otoño acababa de empezar, pero el contraste entre el interior del bar y el exterior sí era considerable, por lo que Miriam se puso la chaqueta.

—¿Desde cuándo no la veías? —le preguntó—. ¿Desde que lo dejasteis?

—La vi hace un par de meses, solo nos saludamos y nos despedimos, fue un encuentro de dos minutos como mucho, ninguno de los dos tenía ganas de hablar con el otro, pero tampoco quería ser cortante.

—Sabes que te estás engañando, ¿no? —le soltó ella.

—¿A qué te refieres? —Se hacía una idea pero deseaba escuchar lo que tuviera que decir.

—Ya lo sabes, ella rompió contigo porque se enteró de que tú te habías planteado romper con ella durante meses. Hasta fuiste a una psicóloga para aclararte y todo.

—No llegué a ir, cancelé la cita. Pero sí, y entiendo que rompiera conmigo porque según ella eso es una traición, el hecho en sí de que lo pensara tanto y no me dignara comentárselo.

—Comprensible.

—Y porque mis dudas dieron lugar a las suyas y ella sí tuvo claro que no deseaba seguir conmigo. Resulta irónico.

—También comprensible.

—Justo cuando yo me había aclarado.

—Yo no lo diría con esas palabras.

Iban caminando despacio por una calle peatonal del centro de la ciudad. Era tarde. No había nadie más. Los comercios a ambos lados estaban cerrados y la luz de las farolas era tenue. Gael guardó silencio, Miriam se creía que lo sabía todo. Pero resopló y al final le respondió:

—Ya sé lo que piensas.

—No es un secreto, pero tampoco te lo he dicho.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque está feo hacer leña del árbol caído.

—Nunca he entendido ese refrán, si lo piensas, mejor hacer leña del árbol caído que talar otro, ¿o no?

—Sí, pero creo que el refrán no va de árboles en realidad. No pensé que te ibas a quedar mal cuando Mara te dejó. O no tanto.

—Había decidido seguir con ella, por si no lo recuerdas.

—Lo recuerdo, lo recuerdo todo, tengo muy buena memoria para las conversaciones y nos conocemos todos desde hace mucho. Y también soy observadora.

Gael se giró hacia ella:

—Venga, ya está, ha llegado tu momento, estoy mejor, puedes ser honesta y decirme lo que piensas sin tapujos.

—Es que no creo que vaya a decirte nada que tú no sepas. No llegaste a ir a la psicóloga, pero lo hablaste conmigo, con tu hermana, con tus padres y no sé si con alguien más, tú sabes lo que decías, que faltaba algo en la relación, que aunque os llevabais bien, no te llenaba, que no sabías si seguir con ella era lo correcto, que ya vivíais juntos y el compromiso era grande, que asomaba en el horizonte la posibilidad de tener hijos…

—Pero lo estuve pensando, puede que solo me faltara madurar. La convivencia es difícil, no sé qué esperaba yo de la vida. Ahora la echo mucho de menos, era mi mejor amiga.

Miriam torció el gesto. Gael se corrigió:

—O una de las mejores, la persona más cercana.

—¡No, no me la cuelas! ¿Más cercana que tu madre o tu padre? ¿O que tu hermana? ¿O que yo? Todos sabíamos lo que pasaba por tu cabeza menos ella.

—Eso fue un fallo por mi parte. Entiendo que Mara decidiera dejarme, fui un cobarde.

—¿Fuiste un cobarde por no contarle eso o por no romper con ella?

—Eso es lo que tú piensas, que tendría que haber roto, lo ves muy claro, ¿no?

—Sí, lo veo muy claro.

—No sé por qué lo ves tan claro.

—Porque pienso que eres prisionero de una idea.

—Ohh, eso es un buen título para una película: «Prisionero de una idea». Muy literario, pero ¿qué quieres decir exactamente?

—No es que lo vaya a reducir a esto pero es para explicarme. ¿Te acuerdas cuando vimos la peli *Up*, de Disney?

—No es de Disney, es de Pixar.

—Es de Disney.

Gael sacó el móvil y lo buscó, era de Disney.

Miriam se echó a reír.

—Creo que esa no era la cuestión, pero siempre resulta reconfortante tener razón.

—Eres repelente.

—Lo sé.

—Venga, sigue con lo que ibas a decirme.

—Pues eso, la peli *Up*, de dibujos, la del viejo, el niño boy scout, el perro bobo y el pájaro raro.

—Ha quedado claro, sigue, por favor.

—Pues que el principio, cuando se ve que los dos se conocen desde niños y llevan toda la vida juntos, a primera vista parece muy bonito.

—Ya sé lo que piensas, que las relaciones que comienzan cuando ambos son niños son más complicadas porque no se parte de la

base de dos personas con la madurez suficiente como para decidir lo que quieren y sin experiencias previas no hay manera de comparar, te conozco y lo has repetido muchas veces. No éramos tan jóvenes Mara y yo cuando empezamos a salir, teníamos veinticuatro y veintiséis años.

—Ya lo sé, pero a ti te gustaba ella cuando estábamos en primaria y te hacía ilusión esa idea de estar toda la vida con una chica que te gustaba cuando eras niño.

—¡Y toda la culpa es de la película! —bromeó Gael.

—¡No, tuya! —contestó ella.

—¡Cuánta sinceridad! —Gael volvió a pararse y la miró a la cara —. ¿Y cómo puedes estar tan segura de que no era miedo al compromiso por mi parte, o inmadurez, lo que creó esa inseguridad en nuestra relación? ¿Qué sabes tú de relaciones de pareja si no has durado con la misma chica más de seis meses?

—Sabía que me ibas a saltar por ahí —elevó la voz sin llegar a gritar—. Entiendo que tú eres el único que puede saber lo que hay en tu interior, conocer tus sentimientos, pero también sé cómo eres, te conozco, no creo que tú tengas miedo a comprometerte, no eres como yo. —Las últimas palabras las pronunció en voz baja.

—No pretendía hacerte daño —le dijo Gael pasando el brazo por el hombro de ella, que se había quedado triste.

—Es justo, no has dicho nada que no sea cierto, pero yo tengo mi opinión y te la tengo que decir. El compromiso está bien si hay amor, si no el compromiso solo por el compromiso puede ser una condena.

—¿No crees que Mara y yo podríamos haber estado juntos toda la vida?

—¿Y? El objetivo no es estar juntos toda la vida si la relación no vale la pena. Sin amor no le veo mucho sentido.

—¿Y entre Mara y yo no había amor?

—No, al menos lo que yo veía. Y veo.

—¿Y cómo lo vas a saber tú?

—Porque si hubiera habido amor no hubieras tenido esa sensación de vacío que te llevó a plantearte la ruptura.

—¿Y no existe la confusión? ¿Ni el miedo? ¿Y si tiene que ver con mi forma de ser y no con la falta de amor? ¿Cómo se sabe eso?

—Sería una posibilidad, claro, pero no creo que tú tengas miedo a una relación seria a largo plazo y desde fuera se notaba que no había amor.

Gael resopló de nuevo, Miriam podía resultar exasperante.

—¿En qué lo notabas tú?

—En la forma en la que os mirabais, por ejemplo.

—¿Por ejemplo?

—Si, en el lenguaje corporal, en vuestra manera de estar juntos.

Siguieron caminando, cabizbajos. Gael iba con las manos en los bolsillos.

—El enamoramiento se pasa —afirmó.

—Sí, eso dicen, pero el amor no.

—¿Tú crees que el amor es algo más que lo que teníamos Mara y yo? ¿Algo diferente?

—Sí, eso creo.

—¿No piensas que las relaciones son así y hay que asumirlo y ya está?

—No, para nada.

—¿Y has dicho que fui cobarde por no romper?

Miriam se detuvo otra vez y cogió a Gael por el brazo:

—Dime la verdad, cuando Mara rompió, ¿no te sentiste liberado?

—No sé, no sé qué decirte, puede ser que en parte, pero lo que más sentí fue miedo.

—¿Miedo de qué?

—Pues de que eso fuera amor y yo lo hubiera estropeado con dudas infantiles. ¿Y si nunca más vuelvo a tener algo así?

Miriam le sonrió y le cogió la mano:

—Te lo digo totalmente en serio, estoy convencida de que vas a encontrar a alguien con quien vas a sentir una plenitud y una alegría que aún no has conocido, alguien que te hará comprender a lo que me refiero. No será perfecto, habrá inseguridades, discusiones y todo lo que acompaña a las relaciones entre seres humanos, pero será genial. —Hizo un inciso y puso tono de maestra autoritaria para seguir—.Y, lo más importante, me tendrás que dar la razón, como con lo de la peli.

Gael sonrió y le revolvió el pelo.

—Nooo, no me hagas eso —protestó ella, que se lo alisaba a conciencia y cuidaba mucho su imagen.

—Te lo has buscado, por enterada.

—Consejos vendo que para mí no tengo, o como se diga eso. Lola me ha propuesto que nos vayamos a vivir juntas y no le he contestado.

—Normal, es que lleváis muy poco tiempo, eso de que las lesbianas os lanzáis a vivir juntas en nada no es una leyenda urbana, eh.

—Bueno, se ve que a mí no se me aplica. No me lo esperaba. Hace tres meses que empezamos.

—¿Y cómo te lo dijo?

—Como lo más normal del mundo, que para qué vamos a pagar dos alquileres y compartir piso con otras personas pudiendo estar juntas.

—¿Y tú qué le dijiste?

—No lo sé, de verdad que no consigo estar segura, me quedé

tan sorprendida que no supe reaccionar y se me notó mucho.

Miriam se tapó el rostro, avergonzada de recordarlo.

—¿La diosa de la buena memoria no se acuerda de lo que dijo? ¡Eso es nuevo!

—Para que veas. Es que puede que solo balbuceara, no dije ni sí ni no. Creo que comenté algo acerca de que mi compañero de piso era muy majo.

Gael no pudo evitar reírse de su amiga.

—No será tan grave. Entenderá que no estés preparada para dar ese paso.

—Eso espero. Porque no lo estoy. Solo de pensarlo siento la tentación de romper con ella a pesar de lo bien que estamos, o estábamos hasta ayer.

—Ayer… ¿Y no habéis vuelto a hablar?

—Sí, pero no de eso, y tengo que decirle algo pero no me atrevo. No sé cómo se lo va a tomar.

Habían llegado al piso que Miriam compartía con Iván.

—¿Quieres subir?

—Pues sí, ¿Iván estará despierto?

—Ni idea.

En el ascensor Miriam le fue contando cómo iba a explicarle a Lola que no se sentía preparada para dar ese paso, que la asustaba y que marcharse del piso sería jugarle una mala pasada a Iván, dejarlo colgado con el alquiler en esa época del año, pero Gael le sugirió que no involucrara a su compañero de piso a la hora de justificarse, pues si ella hubiera estado convencida de dar ese paso la situación del joven no la frenaría y a Lola podría sentarle mal que lo usara de excusa, que afrontara que era ella la que no deseaba irse a vivir con su novia. Miriam le dio la razón, no mencionaría a su compañero. Iván estaba despierto y les propuso ver una película de

terror, les pareció una opción estupenda para evadirse de los asuntos de amor y desamor que los aquejaban esa noche.

Invierno

Rosa llevaba un buen rato bailando como una loca, nunca antes se había movido con tanta libertad, como si nadie estuviera mirando, no, mejor aún, como si diera exactamente igual si alguien la observaba o no. Estaba cansada y tenía sed, necesitaba una cerveza y aire fresco, se pidió un botellín y salió a la calle a respirar, pero olvidó su abrigo. Inspiró con fuerza. Desde que había empezado a salir los sábados con su prima Lidia y sus amigas su ánimo había mejorado considerablemente, hacía mucho que no formaba parte de un grupo de chicas con las que bailar y bromear. Pronto iba a cumplir treinta años y no quería pensar en eso, había estado mucho tiempo dando por sentado que para ese día estaría casada y no lograba zafarse de la sensación de fracaso que conllevaba su soltería, se preguntó de dónde provenía esa exigencia estúpida y banal y cómo, aun sabiendo que estar casada o soltera no era una medida ni de felicidad ni de éxito, esa sensación en sus entrañas no desaparecía. Se estaba muriendo de frío, iba a entrar cuando, al darse la vuelta, se encontró al chico guapo de ojos verdes impresionantes con su abrigo en la mano, su de ella, no de él, lo que la sorprendió.

—Te vi salir y pensé que tendrías frío.

—¡Gracias!

Se puso el abrigo a toda prisa.

—¿Tú eres Gael, no? El amigo de Miriam.

—Sí, el amigo de Miriam, la novia de Lola, que es amiga de Lidia, que es tu prima, ¿verdad?

—Sí, así es. Soy Rosa.

—Lo sé.

—Claro, la famosa Rosa, me lo imagino, la chica abandonada el día de su boda, muy popular.

Pensaba que él iba a negarlo, pero no, se echó a reír y asintió con la cabeza.

—Es maravilloso —continuó ella—, pasaré a la posteridad por eso. Unas personas son conocidas por ganar un premio Nobel, yo por ser plantada, resulta un poco patético

—No vas a pasar a la posteridad, no te preocupes —contestó él, dando un trago a su cerveza.

—Gracias.

—Quería decir que no por eso, al menos.

—Ah, bueno, menos mal.

—De todas formas, mejor así, ¿no?

Ella se ofendió.

—No te entiendo. ¿Mejor? ¿Mejor cómo? ¿Mejor que qué?

—Mejor romper antes que después de casarse, ¿no?

—Pues mira, yo hubiera preferido después de la luna de miel, ya puestos, sin tener a doscientas personas delante mirándome con lástima y huyendo de mi presencia, sin esa humillación hubiera sido mejor. No solo doscientas personas, las doscientas personas más cercanas a mí y a él. Hubiéramos ido de viaje a Hawaii, disfrutado de la playa, la comida, hubiéramos hecho el amor como locos y, a la

vuelta, sin público, me dejaba, esa opción si hubiera sido mejor, no lo había pensado hasta ahora.

—Pero hubiera habido más papeleo, te hubieras sentido mal por estar divorciada o por haber estado casada con un tipo así.

—Hubiera sido menos desagradable y, de todas formas, es como estar divorciada, es una ruptura, no veo tanta diferencia.

—Pero hubieras tenido que verle la cara para firmar el divorcio.

—Eso sí.

—Perdona, te parecerá que estoy siendo frívolo y no era mi intención.

—Me lo parece porque lo estás siendo, pero al menos tienes sentido del humor, no está tan mal. Y me has traído el abrigo, eso ha sido un detalle.

—No es fácil tratar un tema tan delicado, por eso la gente te rehúye.

—Ah, gracias por dirigirme la palabra.

—No podría quitar importancia a lo que te ha sucedido. No sabía cómo tratar el tema, tú has empezado con un tono irónico, no hablabas desde el dolor, y yo te he seguido el rollo, lo siento, no pretendía ser desconsiderado. Sé lo que es que te rompan el corazón.

Rosa sopesó sus palabras.

—Lo del tono lo comprendo, puede que haya sido yo la que haya empezado a hablar como si tuviera cierta gracia, o sin darle el peso que en realidad tiene, pero lo de comparar mi situación con la tuya… Yo también conozco tu historia. Eres otro indeciso y Mara hizo bien en romper contigo.

Vio el rostro de él contraerse por la pena.

—Perdona, perdona, me he pasado, no te conozco, no sé cómo fue tu relación ni tu ruptura, lo siento, no quería ser insensible. Estoy

enfadada contigo desde que has dicho que era mejor así. Lo mío, digo.

—Estamos opinando cada uno de la vida del otro sin tener ni idea, eso es lo que pasa.

—Sí, supongo que sí. En realidad tienes razón, Mara rompió contigo y Félix rompió conmigo, tú habrás sufrido y yo también, no es una competición ni nada por el estilo. Pero cuando has dicho que *mejor*, en ese momento me ha dolido y he contraatacado. Lo mejor hubiera sido no estar cuatro años con alguien que no se había parado a pensar si quería estar conmigo. Mi psicóloga dice que las expectativas de la gente de alrededor y la inercia pueden mantener relaciones en funcionamiento durante mucho tiempo, vidas enteras. A mí me resulta sorprendente que mucha gente no haga introspección, no evalúe sus sentimientos ni lo que quiere, es que no lo entiendo bien. Yo sí quería estar con Félix, ahora ya no, pero antes de que me dejara, yo sí era feliz en la relación. Tú, sin embargo, tenías dudas, ¿no?

—Lo lamento muchísimo —dijo él y la cogió del brazo como si se fueran a echar a andar—, tanto lo que te ha pasado como haber sido tan insensible. Quiero explicarme, mi hermana está separada desde hace poco, tiene un bebé, y no para de repetir que ojalá hubiera roto antes con su pareja, porque ahora, con el niño pequeño, es mucho más duro. Supongo que lo tengo metido en la cabeza, me lo digo a mí mismo y te lo he soltado a ti, sin pensar. Y con respecto a Mara, sí que es diferente, yo tenía dudas, es verdad, pero había decidido seguir con ella. De todas formas…

—¿De todas formas?

—Que sí, que tienes razón, que es distinto, yo no lo tenía claro como tú. Lo tuyo ha sido peor.

—Gracias. He ganado. —Y le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa y Rosa pensó, por enésima vez desde que lo había visto, el primer sábado que había salido con Lidia, que era increíblemente guapo, que sus ojos eran bellísimos y que su sonrisa era de una dulzura suave y honda. Y, ahora que notaba que le importaba el dolor de ella, así como la pena por su hermana y su sobrino, le daban ganas de abrazarlo. Y quizás de algo más.

—¿No decías que no se trataba de una competición? —le reprochó Gael, sin una ápice de enfado en la voz.

—No, pero me gusta que lo reconozcas.

Seguían cogidos del brazo como dos viejas amigas. Rosa siguió hablando, no era fácil encontrar interlocutores con sensibilidad y ganas de escuchar sus cuitas.

—No es mejor. No es mejor que te corten una pierna, puedes vivir sin ella, pero no es mejor. No tiene ninguna gracia.

—¿Así te sientes? ¿Cómo si te hubieran amputado un miembro?

—Más o menos. Siento que antes tenía algo que ahora no tengo, no es solo a Félix, su compañía o los planes, es como si, al dejarme, me hubiera mostrado una parte de la vida que yo no había conocido, y me hubiera arrebatado una confianza que no sé si voy a volver a tener.

—¿Confianza en ti o en otro hombre, en otra pareja?

—Las dos cosas, quizá están relacionadas.

—Puede ser. Pero ¿y si tenían que quitarte la pierna? ¿Y si estaba gangrenada?

—Pues me da igual, no quería que la pierna estuviera gangrenada.

—Pero no es un buen símil. Una pierna no te puede volver a crecer, pero puedes volver a enamorarte.

Se miraron, sus rostros estaban muy juntos.

—Pero no será lo mismo.

—Pero puede ser mejor, puedes tener una relación que valga más la pena, en la que los dos estéis igual de implicados y enamorados.

Rosa se preguntó si estaba refiriéndose a él o si estaba hablando en general.

—Pero el dolor que has pasado no te lo quita nadie. Y no me digas que sirve para aprender, porque yo hubiera preferido ser ignorante toda la vida. ¿Y los matrimonios que funcionan son ignorantes? No, ellos también tienen problemas, pero hay amor e intencionalidad de solucionar las cosas, compromiso y amor.

—Eso dice Miriam, que el compromiso sin amor es una condena.

—Supongo que eso pensó Félix el día de la que iba a ser nuestra boda.

Él le soltó el brazo y le pasó el suyo por encima del hombro, ella apoyó la cabeza en su pecho, él se movió, abrazándola por detrás, apoyando la barbilla en la clavícula. Rosa se dejó acoger por esos brazos de hombre que la rodeaban, reconfortándola. Él le besó la espalda y la giró con suavidad.

—¿Puedo besarte? —le preguntó bajito.

Ella lo miró, había muchos sentimientos bullendo en su interior, tantos y tan profundos y contradictorios, que le nublaban la mente, chocando unos con otros, entremezclándose: ternura, sosiego, deseo, confianza… se estampaban contra un muro y se transformaban en las mismas palabras pero entre signos de interrogación. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cómo? No estaba preparada para eso.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla pero ella ni lo escuchaba.

Se alejó de él y volvió dentro a toda prisa. Le estaban cayendo lágrimas por las mejillas, no comprendía el motivo. ¿Qué le

importaba a ella el chico guapo de los ojos verdes? Se fue al baño, se secó las lágrimas y se echó agua en la cara. Solo deseaba irse a casa. Debían haber estado mucho rato fuera, los demás se habían marchado, habrían salido por la puerta lateral, supuso, o es que había estado tan inmersa en la mirada de Gael y su conversación que ni se había enterado. Tenía el coche aparcado cerca. Salió sin querer verlo, y no se lo encontró. Se sentó al volante, tenía un montón de wasaps de Lidia preguntándole con sorna por Gael y mientras los leía le llegó otro, Gael le había pedido a Lidia el número de teléfono de Rosa, ¿se lo podía dar? Ella le contestó que sí, al fin ya la cabo había sido un encanto y era ella la que había salido corriendo como una exhalación.

Al llegar a casa estuvo pendiente del móvil todo el rato pero no llegó ningún mensaje del joven de los ojos verdes. Al día siguiente le confesó a su hermano que había conocido a alguien y resultó que su hermano sabía quién era, había hablado con él en un par de ocasiones pero no tenía una opinión formada acerca del tal Gael. Ella le relató lo sucedido con detalle. Leo quiso saber si no había besado a nadie desde lo de Félix y ella le respondió que se había liado con un compañero de trabajo en la fiesta de Halloween, pero que había sido por quitarse esa espinita, por despecho, con alguien que no le importaba, por lo que Leo dedujo sabiamente que Gael sí parecía importarle. Y debía tener razón porque aguardaba un mensaje suyo con una impaciencia desproporcionada.

—Es que no quiero que me importe. No sé si estoy preparada.

—¿Y si no te planteas nada y te dejas llevar?

—No sería yo, Leo, parece que no me conoces.

Antes de la hora de comer del domingo llegó el tan ansiado mensaje: «Espero que estés bien, no pretendía molestarte». Ella le respondió que no la había molestado, para nada, que lamentaba

haberse marchado de esa manera, pero que se había sentido abrumada por la situación a lo que él respondió que no había sido su intención y que ella le importaba. Ella estuvo un rato debatiéndose, no sabía si responderle que él también le importaba. ¿Le importaba? ¿Cuánto? Como ella tardaba en responder, él volvió a escribirle: «No quiero agobiarte, no te preocupes, ya nos veremos por ahí». Y ella pensó que era un cielo, y que claro, que ya se verían, y que cómo que ya se verían, ella quería verlo ya. Pero no, no, eso no podía ser, si acababa de conocerlo. Estaba tonta o qué le pasaba. Le mostró los mensajes a Leo y él la miró con una sonrisita de superioridad, ella le dio un codazo, como buena hermana.

—Estoy muy contento —le dijo él.

—¿Por qué?

—Porque puedes volver a enamorarte y ser feliz, eso es lo que significa esto.

—¿No te estás pasando?

—No digo que vaya a ir bien, puede ir mal, me refiero a tus sentimientos. A lo que me has contado. ¿Cuántas veces te has sentido así? ¿Con cuántas personas, quiero decir?

Ella no supo qué contestar y no era algo que le sucediera a menudo, solía tener respuesta para todo, por lo que su hermano saboreó su triunfo.

El siguiente sábado todos estaban pendientes de su encuentro con Gael, se notaba a la legua, aunque hacían esfuerzos por disimular, y eso era de agradecer. Ella intentó no quedarse a solas con él, bailaron en grupo, charlaron a voces en el bar y estuvieron como si nada estuviera ocurriendo entre ellos solo que, por la forma en la que se miraban y estaban uno pendiente del otro, había que estar ciego para no notar que se gustaban. Cuando ella dijo que se marchaba él le pidió que lo acercara a su piso y no se pudo negar.

—¿Estás bien? —le preguntó él tras una charla acerca de sus respectivos trabajos, antes de bajarse del coche.

—Sí, gracias. ¿Y tú?

El la miró, con esos ojos grandes, que le transmitían señales eléctricas, y le sonrió con esos labios que ella había rechazado una semana antes y le respondió que sí, que se verían el sábado siguiente en el piso de Lola y Miriam, que se habían ido a vivir juntas y daban una fiesta.

—Debería llevar algo, ¿no?

—Eso depende —dijo. Y se fue sin aclarar a qué se refería.

Ella le escribió después por wasap, antes de dormirse, y le preguntó qué había querido decir, él le dijo que le daba vergüenza responderle por escrito y la dejó con la intriga. Ella le mandó un mensaje a su hermano, que dormía en el cuarto de al lado, pues desde el día de la boda fallida ella había regresado al hogar paterno, y le dijo que tenía razón, que estaba loquita por Gael y que hasta pensaba, a saber por qué, que podía confiar en él y se preguntaba si era una ilusa. Leo no leyó el mensaje hasta el día siguiente. Le dijo que fuera a su cuarto. Ella apareció en pijama y con una taza de café en la mano.

—Hola, hermanita, quería decirte que he leído tu mensaje y quería hablar contigo sin papá y mamá delante, en serio, por un lado, una cosa importante, mejor ser una ilusa feliz que una amargada. Pero no eres una ingenua por volver a confiar en alguien, ya irás viendo cómo te va, no pierdas la oportunidad por miedo. Lo de Félix acabó muy mal, pero durante el tiempo que estuviste con él fuiste feliz, valió la pena, ¿o no?

—Estoy de acuerdo con lo que me dices, pero eso no lo tengo claro, si valió la pena, quizás todavía sea pronto para saberlo. Y lo de Gael, sí, me da miedo, pero creo que me voy a lanzar, me gusta

mucho, me siento con él… como con nadie. Cómoda, libre, no sé.

—Me alegro mucho.

—Anda, levántate ya, que no te va a dar tiempo a desayunar antes de almorzar, perezoso. —Se giró en la puerta—. Y gracias.

Gael y ella se estuvieron escribiendo toda la semana, preguntándose qué tal, contándose de sus respectivas vidas, de sus familias, trabajos e intereses. Se preguntaban y respondían mutuamente con toda naturalidad y sinceridad y sus conversaciones duraban horas.

Primavera

Cuando llegó el sábado estaba deseando verlo. Él la miró descaradamente y sus manos se encontraron de manera instintiva, y así fueron de una habitación a otra, charlando con los demás, como si tal cosa, sin soltarse. Salieron a la terraza, ya no hacía tanto frío, y estuvieron charlando más de dos horas. Cada vez estaban más cerca, él la abrazó por detrás, como la primera noche y comenzó a hablarle en el oído.

—No te lo iba a decir hoy pero tengo la impresión de que puedo hacerlo.

Ella no se giró, le gustaba tener su boca pegada a la oreja y la manera en la que le hablaba, con emoción.

—Dime.

—Te voy a hacer una propuesta… A ver, cómo te lo digo, es una idea, pero también es una promesa, si te parece bien, por supuesto.

Rosa estaba expectante.

—Dime ya lo que sea.

—¿Quieres ser mi ajolote? Es decir, quiero que seas mi ajolote.

—¿Tu qué? ¿Qué dices?

Ahora sí que Rosa se giró, no sabía si le estaba tomando el pelo,

¿qué le estaba diciendo? No tenía ningún sentido.

Él le sonreía y le cogía las manos.

—Déjame que te explique, por favor.

—Más que dejarte, te lo exijo.

—Verás, el ajolote es un animal muy raro, muy mono, ¿sabes cuál es?

Ella cogió el móvil y empezó a buscar imágenes. Era un anfibio mexicano con un aspecto de lo más peculiar, leyó en voz alta:

—«A cada lado de la cabeza, el ajolote cuenta con branquias externas con aspecto de plumas que le proporcionan oxígeno y su aspecto único». Es un bicho muy cuqui, pero sigo sin pillar tu idea, promesa o lo que sea.

Él buscó en su móvil también y le enseñó a ella el texto que buscaba:

—Mira —le dijo—. lee.

Ella cogió el teléfono de Gael y leyó lo siguiente: «El ajolote es un anfibio endémico de México, conocido por su aspecto único y su asombrosa capacidad de regenerar partes de su cuerpo, como extremidades, cola, e incluso órganos internos». Lo miró, debía de ser tonta porque seguía sin entenderlo.

—Puede que te hayan hecho el daño equivalente a cortarte una pierna, pero no tienes que conformarte con una de palo, puedes ser un ajolote, reconstruirla por completo. No tengo muy claro si yo soy la pierna o el que te ayuda a volver a formarla, no puedes desvivir lo vivido, pero puedes volver a enamorarte.

—Juraría que eso ya lo estoy haciendo —le dijo muy bajito.

—Yo sé que mi currículo de relaciones de pareja puede no parecer muy bueno, que no fui claro con Mara, pero créeme que eso no me volverá a ocurrir, voy a ser honesto al cien por cien. Y espero que tú también lo seas conmigo. Debo añadir, porque he estado

pensando mucho en ello, incluso puede que apenas haya pensado en otra cosa…

Volvió a sonreírle con esa sonrisa irresistible.

—¿Qué ibas a añadir?

Porque se habían quedado callados, mirándose, y había perdido el hilo por completo.

—No sé, ah, sí, que no recuerdo haberme sentido así con nadie y ya sé que es pronto para hacer promesas en firme, que estamos en el inicio de algo, pero creo firmemente que puede ser el inicio, que lo es, de algo valioso, importante, algo por lo que ambos podemos luchar por mantener, que todo se puede estropear, claro, que apenas nos conocemos, también, pero… pero tengo fe en nosotros, en cómo hemos conectado, en cómo nos sentimos juntos. Y me gustaría que fuéramos una pareja estupenda y que, si alguna vez rompemos, sintamos que valió la pena de todas formas porque lo bueno fue muy, muy bueno.

—¿Puedo besarte? —le preguntó Rosa.

—Ahora debería hacerme el duro y decirte que no, p…

Rosa ya había acercado su boca y rozaba sus labios, Gael dejó de hablar y le devolvió el beso abrazando su cintura y atrayéndola hacia sí. Perdieron la noción del tiempo. En algún momento alguien los llamó por si querían comer algo de cenar, lo ignoraron. Más tarde la gente se fue yendo. Lidia y Miriam salieron y les hicieron algunas fotos riéndose de lo acaramelados que estaban. Les dio lo mismo. Podían decirles lo que quisieran.

Miriam se llevó a Gael adentro, a su habitación.

—¿Qué pasa?

—Chaval, que estás en una nube, que tienes una cara de atontado que no puedes con ella, que se te cae la baba de forma exagerada.

—¿Y?

—¡Que me encanta! ¡Así te quería ver!

Se abrazaron.

—Y sabes lo que viene ahora, ¿no? ¿La mejor parte? —le preguntó Miriam con los brazos en jarras.

—¿A qué te refieres?

—¿En serio no lo sabes? Ahora viene la mejor frase del mundo: ¡Yo tenía razón!

Gael se echó a reír.

—De acuerdo, tú ganas, tenías razón, no me molesta reconocerlo, es más, estoy encantado.

Entró Lola en la habitación, que era también la suya.

—¿Qué? ¿Te ha traído aquí para refregarte que tenía razón? ¡Qué fuerte! No has tardado ni cinco minutos, lo has separado de su amada, que estaban ahí, besándose como posesos, para soltarle eso.

—No ha sido solo por eso, era para decirle cuánto me alegro.

—Ya lo sé, tonta —le respondió Lola, dándole un beso en los labios.

—Tengo hambre, ¿queda algo de comida? —preguntó Gael.

—Algo debe quedar, pero estará frío, caliéntalo en el microondas.

Volvieron al salón, Lidia y Rosa estaban en el sofá.

—¡Tías, no os vais a creer lo que me ha dicho Rosa!

—Calla, anda, era entre tú y yo.

—Pero es que todavía no lo entiendo. Le he preguntado si estaban saliendo.

—¡Qué antigua eres, Lidia! —le recriminó Lola.

—¿Cómo que antigua? Pero si tú le pediste salir a Miriam, le preguntaste si quería ser tu novia.

—Pero eso no se le pregunta a los demás, igual no lo han

hablado, no habrán tenido tiempo con tanto beso —respondió la joven.

—No, calla, que le pregunto si es su novia y me responde que es su ajolonte.

—¡Ajolote! —la corrigió Rosa.

—¿Cómo es? —quiso saber su prima.

—Ajolote —respondió Gael—. Sí, es mi ajolote. Y mi novia, también. —Y se sentó a su lado, exultante.

Rosa lo miró complacida.

—Bueno, si quieres, que igual te parece precipitado —añadió Gael.

—Si soy tu ajolote, soy tu novia, ¿no? Yo diría que va en el mismo lote.

—Yo también lo creo.

Miriam ya había buscado la palabra en el móvil y ella, Lola y Lidia miraban las fotos del bicho y pedían una explicación. Gael y Rosa se resistieron, pero finalmente, como estaban en confianza, les contaron en qué consistía.

—¡Qué bonito, madre mía! —exclamó Lidia—. ¡Cuánto me alegro de veros juntos! ¡Sois asquerosamente monos!

Gael se calentó un plato de cuscús con verduras que había llevado una amiga de Lola y le ofreció a Rosa, pero ella no tenía hambre.

—Es que con los nervios y la emoción se me cierra el estómago —le explicó a su novio.

—A mí me pasa al revés —le dijo él, con el plato sobre las rodillas.

Seguían sentados en el sofá, muy pegados.

—¿Nos vamos a mi piso? —le propuso él.

—No sé, estoy exhausta, son demasiadas emociones.

—¿Me llevas antes de irte a casa?

—Sí, claro. ¿Nos vemos mañana?

—Encantado.

Gael llevó el plato al fregadero, se acabó su cerveza y dijo que se iban. Después de una ronda de abrazos y achuchones, él y Rosa bajaron la escalera.

—Oye, me debes una respuesta, me dejaste intrigada, se me había olvidado.

—¿Cuál?

—Cuando te dije si debería traer algo y me contestaste que dependía. Después te pregunté y no me lo explicaste.

—Ah, eso. —La miró sonriendo, estaban junto a su coche. Rosa pensó que si volvía sonreírle de ese modo dos veces más iba a terminar proponiéndole ella irse a su piso.

—Me envalentoné, te iba a decir que dependía de si querías que trajeran algo cuando hiciéramos una fiesta por irnos a vivir juntos. Pero después me rajé y no te dije la segunda parte, solo lo de que dependía.

Rosa le sonrió. Él pensó que si volvía sonreírle de ese modo dos veces más, llegaría a su casa llorando por no tenerla al lado.

—Pues yo he traído un vino que no ha querido nadie.

—Es que no son de vino, son de cerveza.

—Por eso te pregunté, porque no sabía que llevar, pero te pusiste en plan misterioso.

—Da igual, como si lo usan para cocinar, lo que no querías era llegar con las manos vacías, ¿no?

—Pues sí. ¿Y tú que has traído?

—Patatas fritas. Y frutos secos.

—Gael.

—Dime.

Estaban de nuevo abrazados. Volvieron a besarse.

—He cambiado de opinión, me voy contigo a tu piso.

—Me parece genial. Muy genial. Lo más genial, mi ajolote.

Pararon de besarse y se metieron en el coche, de repente tenían mucha prisa por llegar.

—¿Sabes de que me acabo de dar cuenta? —le dijo él en el trayecto—. De que hoy es el primer día de la primavera.

—Pues te parecerá una tontería pero me hace ilusión, es como si fuera un buen presagio, comenzar una relación el primer día de primavera, una buena estación para florecer.

—La mejor, sin duda. A mí también me parece un buen augurio.

Se miraron pero Rosa volvió la cabeza con rapidez porque la distraía mucho.

—No puedo mirarte, tengo que conducir, eres demasiado guapo.

—Sí, la gente va chocándose cuando voy caminando por la calle.

—Pues no me extrañaría.

—Tú sí que eres guapa, mi ajolote de primavera.

—Entonces tú eres mi ajolote, ¿no?

—Por supuesto.

—No he aparcado muy bien, pero paso de acomodarlo.

—Completamente a favor de que no maniobres y lleguemos cuanto antes.

Salieron del coche y comenzó a llover. Se dieron la mano y corrieron riendo como niños. A pesar de la prisa que se habían dado llegaron al portal empapados.

—Mira cómo tengo el jersey —dijo Rosa estrujando la tela, estaba chorreando.

—Me temo que vamos a tener que quitarnos la ropa —afirmó él mientras tiraba de su brazo con delicadeza hacia el ascensor.

—Eso me temo yo también.

Las flores que me hablaban de ti

Ale Garsen

Capítulo 1

Últimamente me preguntan mucho por qué elegí buganvillas para la decoración. Reconozco que no es un tipo de flor muy común, ni muy típica para este tipo de celebraciones, de hecho seguro que no tienes ni idea de cómo es. Búscala en internet si quieres, no está mal, tiene su punto. Aunque, que sea bonita o no, no tiene mucho que ver con mi elección, para eso habrá que remontarnos al principio de todo, de hecho, estaría bien que aclarara algo antes.

Nunca entendí por qué veía cosas en los ojos de la gente. Al principio pensaba que era lo normal, después que era un don raro y luego… luego lo dejé estar. Por una parte porque cuando lo explicas, la gente se piensa que no lo dices literalmente y por otra, porque algunas miradas te gritan cosas que nadie dice en voz alta.

Los ojos de mi compañero de oficina por ejemplo, están llenos de alfileres, grises, afilados, llenos de miedo a equivocarse. Recuerdo que en los de mi madre había faros, por raro que parezca, no alumbraban lejos, pero siempre estaban encendidos. Incluso de día. Incluso cuando nadie parece necesitarlos.

Y luego están los de ella.

En los de ella… siempre flores. No sé si lo entiendes, pero es literal. Cada vez que la miro, salen flores. Margaritas cuando está tranquila. Rosas cuando sonríe. Y hay días que aparecen amapolas, pequeñas y rojas, vibrando como si estuvieran vivas, llenas de secretos que no dice. Para mí lo raro no es que aparezcan cosas en sus ojos, sino que cambien tanto.

—¿Otra vez mirándome raro? —me interrumpía con su voz ligera.

—No es raro… es… curioso —tartamudeo, aunque no sé por qué.

—Curioso, ¿por qué?

—No sé… tus ojos… van cambiando.

Recuerdo esa conversación, fue a los pocos días de conocernos, también recuerdo como se rio en ese momento, todavía me revuelve algo adentro.

Hemos tenido… nuestra historia. Una amistad complicada, un juego constante de coqueteo que nunca se convierte en nada. Siempre un paso adelante, dos atrás. Y siempre, siempre, esa sensación de que estoy a punto de caer en algo que no sé si quiero admitir.

La recuerdo sentada frente a mí, con el café terrible de la facultad en su mano, mirándome como si estuviera al otro lado de un cristal empañado.

Era absurdo. Todos los demás me parecían transparentes, predecibles, y ella… ella era un caos de colores, un jardín secreto que solo yo podía ver.

A veces me preguntaba si lo notaba. Si sabía que podía leerla así.

—Hoy estás raro —me lanzaba, con esa sonrisa que mezclaba molestia y complicidad.

—No estoy raro… solo… concentrado.

—¿En mí?
—…quizá.

Y ahí estábamos, otra vez, jugando a ese tira y afloja que me mataba un poco por dentro, ese nudo en la garganta que me impedía decir algo más y que parecía empujarla a ella hacia atrás también. Pero antes de meternos con ese tema hay que retroceder un poco más en el tiempo.

Capítulo 2

No sé cómo empezó todo. La memoria de esa noche es un borrón de luces estroboscópicas, música demasiado alta y gente que bailaba como si alguien les estuviera persiguiendo con un cuchillo.

Creo que fue en esa discoteca… sí, la del sótano con luces rojas que daban ganas de salir corriendo. Me la presentó una amiga de la carrera, de esas que creen que todo el mundo tiene química instantánea y que es su misión emparejar a la gente.

—Él es… bueno, es raro. Pero simpático —dijo, con esa sonrisa culpable que ya entonces me advertía que yo iba a terminar metido en problemas.

—Hola —dije, porque supuestamente eso es lo que se hace.

—Hola —respondió ella, mirando alrededor como si buscara la salida más elegante de ese caos de lugar.

Y ahí empecé a hablar. O a soltar… no sé qué. Una chapa monumental sobre *world building* en literatura. Sí. Literalmente: *world building*.

—…y si no construyes un mundo sólido, incluso los personajes más carismáticos se pierden… y la historia…

—Espera… ¿qué? —me cortó, no supe muy bien si porque con la

música no me oía o porque se había quedado incrédula con lo ridículo del monólogo.

—Nada, nada… solo que… el *world building* es importante —intenté sonar casual, como si eso tuviera sentido entre luces rojas y gente sudando.

Seguimos hablando de cosas más sencillas, cuando entonces… pasó. El momento que definió mi capacidad de reacción social por los siguientes diez años.

Ella, sin inmutarse, sacó su teléfono, me miró, y me dio su número.

—Toma mi número. Llámame otro día —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Mi cerebro colapsó. Bloqueo total. Pantalla en blanco. La sensación de que alguien había lanzado un cohete al centro de mi cabeza y no sabía si sobreviviría. En mi defensa diré que suena tan inesperado como fue.

—¿Eh…? —balbuceé, porque era lo único que podía salir.

—Sí, llama. O no. Como quieras —remató, riéndose. Y yo ahí, paralizado, atrapado entre «debo llamar» y «no tengo ni idea de cómo sobrevivir a esto sin parecer un idiota».

No recuerdo qué hice después. Supongo que puse cara de que todo estaba bajo control mientras mi mente gritaba «¡Corre!». Lo único que recuerdo con claridad es que en ese momento supe que ella no era como los demás.

Y yo… atrapado desde la primera frase sobre *world building*, con su número en la mano y la certeza de que nada en mi vida iba a ser tan simple como «llamar otro día».

Después vino el WhatsApp, y con eso, el inicio oficial de nuestra absurda amistad. Mensajes cortos, espaciados, probando límites,

aprendiendo a sobrevivir a la locura del otro.

Ahí fue cuando me enteré de que ella era escritora. Y entonces todo encajó: mi charla interminable sobre *world building* no la había espantado, porque aunque fuera un poco, puede que le hubiera interesado.

Por aquel entonces, yo todavía seguía engañándome a mí mismo, aunque era evidente que ya me estaba pillando.

Quedábamos de vez en cuando con más gente: cafés, cenas improvisadas, exposiciones. Ella hablaba, reía, contaba historias. Yo… trataba de no parecer un psicópata que miraba cada matiz de sus ojos, cada pétalo de sus flores.

—¿Por qué me miras tanto? —me preguntó un día, con esa sonrisa que lo cambia todo.

—No te miro tanto, estás en medio de mi empanamiento —mentí, obviamente.

—Claro que sí —replicó, burlona.

—Solo… reviso que tus flores sigan vivas —solté, antes de darme cuenta de que sonaba como un idiota romántico de novela barata, tuve suerte de que no me entendió, o no quiso hacerlo.

El tiempo pasaba, lento, cruel, con la exactitud de un reloj que no sabe si alegrarte o martillarte en la cabeza. Y ahí estábamos: flotando en un limbo interminable, una especie de zona neutral donde la amistad y la atracción se miraban a los ojos y ninguno se atrevía a tirar la caña.

Mi conciencia, siempre presente como un comentarista deportivo insoportable, lo resumía así:

«Partida de ajedrez emocional en curso. Jugador A: miedo al fracaso. Jugador B: inexplicable encanto. Tablero: corazón propio. Resultado probable: desastre anunciado».

Sí. Mi conciencia es sarcástica, cruel y absolutamente innecesaria.

El caso era que estábamos en tierra de nadie y yo era culpable de todo. Cada mensaje que enviaba y luego borraba, cada broma que se quedaba a medio camino, cada café al que invitaba y luego dudaba hasta la última esquina de la calle antes de entrar. Culpa y miedo se habían fusionado en un solo ejército dentro de mí, un comité de autodestrucción que siempre encontraba la manera de paralizarme.

«¿Quién eres tú para enamorar a alguien como ella?».

Así, me quedaba atrapado en mi propia guerra de posiciones y ella, brillante, permanecía siempre como una flor viva frente a mis trincheras.

Mientras yo, con la cabeza llena de mapas estratégicos de cómo acercarme, cómo hablar, cómo no arruinarlo… me quedaba igualmente bloqueado. Porque siempre estaba el miedo al fracaso, al ridículo, al abismo de la indiferencia.

«Me pregunto si alguna vez esto va a… cambiar», me decía mi conciencia, con esa sonrisa burlona que me hacía sentir idiota.

Y así seguíamos con lo nuestro. Entre mensajes de WhatsApp y quedadas con más gente alrededor, nos contábamos nuestras vidas como si fueran episodios de *Stranger Things* mezclados con *Rick & Morty*: absurdos, exagerados, pero totalmente fascinantes.

Ella hablaba de su sueño de ser escritora, de vez en cuando me pasaba alguna, estaban bastante bien la verdad, cada una que escribía era una parte de sí misma, o eso me parecía a mí.

Yo, por mi parte, le contaba de mi mundo: informática, líneas de código, servidores y esa obsesión extraña por los videojuegos que mezclan estrategia con mundos abiertos.

Capítulo 3

Así, sin avisar. Como cuando cierras un capítulo creyendo que aún queda mucho libro y, de pronto, estás en el epílogo preguntándote en qué momento se te fue la vida, terminamos las carreras.

Ella, escritora en potencia con un título oficial de literatura que no garantizaba absolutamente nada.

Yo, informático funcional, con un diploma que decía que sabía hacer cosas que la mitad del mundo finge entender y la otra mitad no quiere tocar ni con un palo.

Y aun así… milagrosamente… seguíamos hablando.

Mi conciencia lo llamó «fenómeno estadísticamente imposible».

Yo lo llamé «gracias a Dios existen los grupos de amigos».

Porque si no hubiera sido por el grupo que montamos en aquel momento, ella y yo habríamos acabado convertidos en un bonito recuerdo borroso. Un «¿te acuerdas de…?» dicho con nostalgia y cero consecuencias. Pero no. El grupo actuó como una fuerza gravitatoria absurda que nos mantenía orbitando sin colisionar.

Esa noche habíamos quedado en un bar.

Ella llegó tarde. Siempre llegaba tarde.

Yo llegué pronto, nunca pude evitar llegar pronto. Sé lo que

piensas, sí, el universo, dios, o lo que sea tiene un sentido del humor cruel y le encantan los clichés.

Cuando entró, la vi incluso antes de que me mirara. Y ahí estaban: flores. No las de antes. No las jóvenes. Estas eran flores que habían sobrevivido a inviernos. Menos coloridas, más resistentes.

—Ey —dijo, dejando el bolso en la silla.

—Ey —respondí, como si no llevara cinco minutos ensayando mentalmente.

Nos sentamos. Hablamos de nada. De todo. De trabajos nuevos, de jefes horribles, de cómo nadie nos preparó para la vida adulta. Normalidad absoluta. Esa que duele un poco.

Entonces llegaron ellos.

Primero Clara.

Clara era… cómo decirlo… Clara era una constante. De esas personas que parecen no necesitar evolución dramática porque ya vienen con el carácter configurado de fábrica. Siempre había sido así. Y siempre será así.

Clara vivía rápido. Hablaba rápido. Pensaba rápido. Y juzgaba más rápido todavía, quizá por eso siempre había una corriente eléctrica en sus ojos.

Tenía un trabajo estable, sorprendente para alguien de nuestra generación, en algo relacionado con comunicación, *marketing* o palabras bonitas que esconden horas extra no pagadas. Vivía sola, pagaba alquiler, tenía plantas vivas y una agenda llena. Todo eso que a los demás nos parecía ciencia ficción, especialmente lo de las plantas.

Además era directa, brutalmente directa. De esas personas que te dicen «no tienes ni idea» y luego te sonríen como si te hubieran hecho un favor. Y, lo peor, casi siempre tenía razón.

Ella y la chica de la mirada de flores se entendían de una forma peligrosa. Clara no veía nada en sus ojos, pero veía grietas en la gente. Y las señalaba sin piedad.

Sabía cosas. Demasiadas. Sabía cuándo no preguntar, cuándo apretar, cuándo soltar una bomba y marcharse a por otra copa. Su vida no giraba alrededor de nosotros, pero tenía ese talento molesto de influir en todo sin parecer protagonista.

Y lo más inquietante: Clara sabía lo que había pasado siempre entre ella y yo. No porque lo habláramos, sino porque era obvio y en otras ocasiones ya me lo había repetido:

—Sois como una serie cancelada en la primera temporada —. Mucho potencial, pero no llega a ningún lado.

Yo, como siempre, huía con la mirada.

Volviendo al bar, al poco tiempo llegó Álvaro.

Álvaro nunca llega tarde ni pronto, siempre llega exactamente cuándo se lo propone. Se sienta, deja el abrigo en cualquier sitio y, sin pedir permiso, empieza a ordenar el mundo en su cabeza… y en la nuestra.

Álvaro tiene lo que yo llamo «síndrome de podcast nocturno». Esa forma de pensar en voz alta como si siempre fueran las tres de la mañana, como si hubiera un micrófono invisible flotando sobre la mesa y alguien, en algún lugar, estuviera escuchando con atención. Habla tranquilo, sin prisa, encadenando ideas con una lógica que parece improvisada pero que siempre acaba cerrando el círculo.

Una mente inquieta, ordenada a su manera, capaz de llevarte de un Porsche antiguo a un conflicto global sin que te pierdas por el camino. Un tipo que no discute no impone, no alza la voz… y aun así consigue que todo el mundo se quede escuchando.

Yo lo observo y pienso que, de todos nosotros, es el único que

parece haber aceptado que el mundo es un caos. Y que, quizá por eso mismo, se mueve por él con una calma envidiable.

Ella seguía ahí, escuchando también. Y, por primera vez desde que la conocí, sus ojos no mostraban flores, sino zarzas, quietas, expectantes. Sentí que me ponía blanco, estaba claro que ella iba a decir algo que no veía venir.

Capítulo 4

Lo soltó así. Sin preámbulos. Sin dramatismo. Como quien comenta que ha cambiado de compañía de internet. Había vuelto a dejarlo con Marcos. Dijo el nombre y el aire del bar cambió de densidad, como si alguien hubiera bajado un grado la temperatura sin avisar. Ya era la segunda vez que esto ocurría, no hizo falta subrayarlo y, aunque Álvaro y Clara estaban montando una fiesta en sus cabezas porque era lo mejor que podía ocurrir yo…

Espera, ah, claro. No había contado lo del novio todavía, perdona, supongo que es porque durante mucho tiempo intenté fingir que no existía. Al terminar la carrera, cuando ya no quedaban excusas académicas detrás de las que esconderse, ella se cansó de esperarme y apareció Marcos.

Marcos tenía pinta de problema desde el principio. De esos tipos que confunden intensidad con profundidad y celos con interés. Yo lo vi venir. Todos lo vimos venir. Pero nadie dijo nada, porque hay batallas que solo se aprenden perdiéndolas en primera persona. Pasó un tiempo y lo dejaron por primera vez.

Pensé que ahí se acababa la historia, pero volvieron.

Y yo observaba, como siempre, a través de sus ojos. Por una

parte por no molestar y por otra, porque con el tiempo, he ido aprendiendo que son muchos más sinceros que los labios.

Había días en que las flores estaban preciosas. Pétalos abiertos, color vibrante, luz que parecía filtrarse desde dentro, esos días, la envidia me recomía, lo admito. Porque no estaba yo allí, y aun así ella parecía feliz. Tan feliz que dolía.

Había otros días en que los pétalos empezaban a caer. Lentamente, casi imperceptiblemente, como cuando la luna eclipsa el sol y no te das cuenta hasta que todo está gris. Esos días, también me sentía culpable de estar ahí observando, pero no interviniendo. Mi conciencia me gritaba que era mejor no decir nada, pero una parte de mí deseaba poder recoger esos pétalos antes de que se perdieran del todo.

Y luego estaban los días en que la cosa simplemente no iba bien. No había flores ni cardos. Solo ramas desnudas y viento cortante.

Ella se reía, sí, pero era un reír hueco, automático, como si la carcajada hubiera sido ensayada frente al espejo. Esos días eran los peores. Yo quería acercarme, advertirla, abrazarla, decirle «cuidado», pero me quedaba atrapado en la misma guerra de posiciones que me había definido durante años. Cobardía disfrazada de prudencia.

Así fueron pasando las semanas, los meses y el lúgubre baile de sus flores seguía en aquella montaña rusa. Como un péndulo oscilando entre jardines en flor y ramas desnudas, entre risas reales y carcajadas vacías. Y yo era un testigo silencioso, aprendiendo a leer cada señal, cada matiz, cada sombra de descontento o de felicidad en sus ojos.

Porque a veces, incluso sin palabras, entendía más de su mundo que ella misma. Y ese entendimiento era a la vez un regalo y un tormento. Un regalo, porque me permitía acompañarla, estar

presente de alguna manera. Un tormento, porque no podía intervenir o no quería, que sé yo.

Y así, mientras el grupo recibía contento la noticia de su segunda ruptura con él, yo sabía que todavía no estaba bien. Y, en algún lugar entre esas imágenes, mi corazón aprendía a reconocer patrones, a anticipar crisis.

Quizás por eso no me sorprendió tanto que no tardara ni dos semanas en volver con él.

Capítulo 5

No sé muy bien por qué, pero esta vez me sentó especialmente mal. Estaba como en un estado de melancolía extraño, un desamor sin el amor que tendría que haber en algún momento, esa sensación difusa de estar atrapado entre la impotencia y la rabia, como si la vida me estuviera poniendo una película que no había pedido. Era extraño, pero lo pasé muy mal.

Mi conciencia, tan estupenda como siempre, apareció enseguida: «Ah, mira, ¿ya sientes algo? Qué raro, parece que por fin te importa, una pena que no tengas derecho ninguno a estar así».

Y allí estaba yo, ahogando las penas, sentado en un bar cualquiera, con la cerveza entrando caliente por dentro y la cabeza girando en círculos, cuando la conocí.

Valeria. Su nombre parecía un guiño cómplice que yo no había pedido pero que agradecí de inmediato. Pelo oscuro, ligeramente desordenado, como si un viento caprichoso hubiera jugado con él; voz cálida y firme, y unos ojos… unos ojos que no tenían flores ni cardos, sino algo completamente distinto: el mar. Sí, un mar profundo, capaz de hacerte sentir que puedes hundirte y flotar al

mismo tiempo. Reconozco que me dejé atrapar en ese azul infinito, con la sensación de que si me dejaba llevar un poco, quizá no querría salir nunca.

No voy a mentir: el primer contacto fue ridículo. Intenté parecer interesante hablando de música que apenas recordaba y películas que solo había visto a medias, mientras mi conciencia se carcajeaba desde algún rincón: «Bravo. Fascinante. Eres un genio social, sin duda. Ahora solo falta que te caigas de bruces».

Pero ella no se reía de mí. Se reía conmigo. Y ese simple gesto, esa validación silenciosa, me hizo sentir que por fin podía respirar. Que podía ser alguien que no estuviera atrapado en la trinchera emocional de otra persona, que no calculase cada gesto y cada mirada como si fueran minas enterradas en un campo de batalla.

Empezamos a hablar de todo y de nada. Cine, música, libros que ambos habíamos fingido leer en algún momento, y la sensación de que no importaba si era real o no. Porque por un instante, el mundo se ajustaba a una lógica que no me exigía explicaciones ni justificaciones. Era simple, absurdo y perfecto.

Mi conciencia, implacable, seguía presente: «Sí, claro. Esto va a acabar mal. Y cuando acabe, vas a estar solo, preguntándote por qué elegiste la versión fácil en lugar de enfrentarte a la realidad».

Y aun así, algo sucedió. Algo que no había pasado antes. Por primera vez, podía apartar de mi cabeza las flores de ella, y concentrarme solo en Valeria. En sus labios, en la manera en que sus manos gesticulaban mientras hablaba, en cómo sus ojos se abrían como un océano que me invitaba a explorar sin miedo. Por un momento, el caos que siempre me seguía desapareció, sustituido por algo tan simple y raro que me hizo sentir que podía ser feliz sin que nada estallara.

Los encuentros se convirtieron en un «casi». Salidas improvisadas, cafés que duraban demasiado, conversaciones que se estiraban hasta la madrugada y terminaban con una sonrisa compartida y algunos roces en su cama. Valeria no quería promesas. No quería dramas. Solo quería existir en el mismo espacio que yo, aunque fuera solo por unas horas, aunque fuera solo con risas y miradas cómplices.

No nos vamos a engañar, yo lo disfrutaba, pero con culpa, con miedo, con conciencia de que cada sonrisa era un préstamo que quizá me fueran a reclamar. Pero también con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, podía existir en un momento que no estuviera lleno de flores marchitas ni zarzas clavándose en mi pecho.

Viéndolo ahora con perspectiva quizá juzgué mal a Valeria, ella se sentía exactamente igual que yo y por eso pudimos coincidir durante ese tiempo.

No creas que mi conciencia me había abandonado, esa no se callaba nunca: «Disfruta mientras puedas» me decía mientras me lanzaba peinetas al aire. Pero yo ignoré sus advertencias. Ignoré la lógica. Ignoré la voz interior que siempre anticipa la catástrofe. Y por un rato, solo un rato, ambos existimos en un mundo que no necesitaba análisis, ni comparaciones, ni estrategias de supervivencia emocional.

Capítulo 6

La relación con Valeria fue un vaivén constante, pero más intenso, más vivo, más imposible de ignorar que cualquier otra cosa que me hubiera pasado hasta entonces. Ella era muy movida. Incansable. Casi siempre con ganas de hacer algo, de salir, de cambiar, de empujar el día hacia cualquier dirección que no fuera la rutina.

Los días en que el mar de sus ojos estaba bravo sentía que podía naufragar en ella. Era intensa, imposible de ignorar, y a veces me dejaba exhausto de tanto seguirla, de tanto intentar mantener el equilibrio mientras el oleaje de su energía me arrastraba sin compasión.

Pero había otros días. Otros días en los que parecía otra persona, cercana, dulce, confiada. Su mar estaba en calma, azul transparente, acogedor, y entonces nos pasábamos el día tumbados en el sofá, viendo películas que no importaba recordar, compartiendo silencios cómodos, acariciándonos sin prisa. Eran días de tranquilidad absoluta, días en que el tiempo se estiraba y la vida parecía sencilla. Así transcurrió aquel periodo extraño y vibrante. Entre tempestades y mares tranquilos, entre risas y roces furtivos, entre noches intensas y días perezosos, Valeria y yo fuimos aprendiendo a existir

juntos, aunque fuera solo por un tiempo. Un tiempo que sabía que no sería eterno.

Conforme fui conociendo a Valeria, me di cuenta de que había algo debajo de todo aquello. No era solo su energía, ni su risa. Había capas que no se veían a simple vista, algo que se escondía entre sus gestos, entre los silencios, entre los detalles que solo yo parecía notar. Y yo, por supuesto, me sentía atrapado entre el deseo de descubrirlo y el miedo de que desvelarlo cambiara todo.

La relación estaba, por decirlo de algún modo, estática. Algo nos retenía a ambos. Era como si camináramos por una playa inmensa, cada uno a su propio ritmo, y el oleaje nos empujara un poco más cerca y luego nos separara, una y otra vez. Ambos parecíamos buscar en el otro el reflejo de alguien distinto, alguien que nos ayudara a escapar de nosotros mismos, aunque fuese solo por un instante.

Les comenté a Clara y Álvaro que Valeria existía, que había aparecido en mi vida y que, de alguna manera absurda, me hacía sentir vivo otra vez. Lo conté con esa mezcla de orgullo y culpa que siempre me acompaña cuando hablo de algo que me importa demasiado, y como era de esperar, reaccionaron con curiosidad y las bromas que los caracteriza.

Ella nunca conoció a Álvaro, pero sí que se la presenté a Clara, fue algo espontáneo, un día nos encontramos en un restaurante. Las dos intercambiaron algunas palabras: risas breves, observaciones sutiles, comentarios triviales que no podían, ni querían, revelar demasiado. Pero yo las miraba, como siempre, intentando leer entre líneas, intentando adivinar si el mar de los ojos de Valeria tenía

corrientes que no había visto todavía.

Recuerdo que pasó una semana de aquello cuando Clara me dio su veredicto. Lo dijo con esa mezcla de sinceridad brutal y humor ácido que solo ella maneja: me preguntó si lo que tenía con Valeria era una relación seria o si, como sospechaba, estábamos jugando a algo que no existía del todo. Me miró con intensidad y añadió que le notaba algo extraño. Y fue como si alguien hubiera encendido una luz en la penumbra que confirmaba mis sospechas

La conversación no acabó ahí, Clara sacó un tema que yo había ignorado todo este tiempo, me preguntó si sabía algo de… bueno, ya sabes, de la chica de la mirada de flores, y por un instante me quedé paralizado, no por la pregunta en sí, sino por lo que llevaba implícito: hacía tiempo que no quedábamos con ella, hacía tiempo que no hablábamos, y de alguna manera eso me hacía sentir como si estuviera olvidando algo importante. Les dije que no, que tampoco había tenido noticias, y aunque no debería haberme importado, aunque debería haberme centrado en mis problemas y ya está, al decirlo supe que yo seguía sintiendo lo mismo, y eso supuso un golpe en mi orgullo: «Genial, campeón, como si no tuvieras suficiente con una…».

Capítulo 7

Los días siguieron pasando, y Valeria, como si lo que había hablado antes estuviera predestinado, empezó a ser más distante. Sus mensajes llegaban tarde, sus respuestas eran cortas y medidas. Cada silencio, cada demora, se sentía como una ola que me empujaba lejos de ella, recordándome que no había control posible, ni siquiera una línea de flotación segura donde sostenerme.

Finalmente, llegó el mensaje que casi me deja KO: necesitaba más espacio, un poco de tiempo para aclararse las ideas. Esa frase flotaba en mi móvil como un iceberg invisible, y yo, tonto como siempre, me sentí arrastrado por la corriente de la punzada que sentí en el pecho. No solo me lo decía así sin más, sino que además lo hacía con elegancia, como si siguiera un tutorial de Youtube o un libro de autoayuda.

No podía reaccionar, claro. No podía correr detrás de ella, llenarla de mensajes o suplicar, porque el respeto a su espacio era lo único que me quedaba como opción decente. Quiero decir, me quedaban tres migajas de orgullo, pero, eh, lo llevaba con mucha honra.

El verdadero golpe me llegó después, una llamada resonó como un disparo en medio de la madrugada. No la esperaba, y mucho menos con la voz rota, entre llantos y sollozos que atravesaban el teléfono como cuchillas finas.

—Se acabó… lo he dejado con Marcos para siempre… por favor, tienes que venir —dijo ella.

Me quejé. Obviamente. Eran las tantas de la mañana.

—¿Ahora? —murmuré, entre incredulidad y cansancio, pero su insistencia, entre sollozos y súplicas, no me dejó margen de negociación. Sabía que si no iba, me arrepentiría de por vida.

—Está bien, voy para allá… —le dije finalmente, con ese tono de resignación de cuando no te queda otra—. Y oye, si vuelves con Marcos después de esto, me tienes que pagar las horas como si fueran festivo.

Salí a la calle. La madrugada estaba húmeda y fría, y cada semáforo parecía alargarme la eternidad del trayecto. Mientras conducía, me preguntaba por qué me había llamado a mí. Y la respuesta era obvia: porque me conocía. Porque sabía que iría, que sabría qué decir o qué hacer, aunque la respuesta fuera nada. Aunque el único resultado fuera estar allí, soportando su dolor, compartiéndolo sin posibilidad de cambiarlo.

Pasé por un 24 horas, quería comprar helados. Sabía cuál. La conocía demasiado bien. No había que pensar, no había que preguntar. Chocolate y vainilla, su mezcla favorita para estas ocasiones de desmoronamiento emocional. Me sentí ridículo, pero al menos esta vez era un ridículo que importaba, el que sirve de puente entre el caos y la calma.

Llegué a su piso y el golpe fue inmediato. No había flores. No había cardos. Ni siquiera ramas, ni brotes tímidos. Solo un campo calcinado en sus ojos. Su cuerpo encogido, el pelo despeinado y esa sensación que te hace sentir que la vida ha reducido todo a cenizas a tu alrededor.

Dejé los helados en el congelador y me senté a su lado en el sofá, casi en silencio. Prácticamente a oscuras. Sin música, sin palabras. Solo respirando el mismo aire, compartiendo el mismo espacio. La abracé. Y ella, débil pero buscando refugio, se pegó a mí. No hacía falta decir nada. Todo estaba dicho en ese abrazo que era simultáneamente escudo y confesión, consuelo y desesperación.

Nos quedamos así, quietos, meciéndonos en la penumbra, escuchando el propio latido de nuestras respiraciones como si fueran un hilo que aún nos conectaba a algo que ni siquiera necesitábamos nombrar. Y yo, como siempre, pensando, observando, intentando descifrar el terreno de un campo calcinado mientras la sostenía y entendía que, a veces, solo hay ruinas, y aun así, estar ahí es lo único que importa.

Ella empezó a hablar, y cada palabra caía como ceniza sobre mi pecho. Me contó lo mal que lo había pasado, pero no lo que cualquiera habría imaginado: no eran solo lágrimas por una ruptura, ni desengaños románticos evidentes. Era todo lo que nunca había contado, todo lo que había guardado para no parecer débil, para no dar argumentos a un amor que nunca existió.

Cuando llevaban un tiempo juntos ese cabrón le había prometido que publicaría sus libros en una editorial importante en la que trabajaba, siempre y cuando, al principio todo lo que publicara lo hiciera a su nombre.

Me contó cómo, casi sin darse cuenta, la relación se fue

volviendo material. El cariño empezó a pesar menos, mientras que lo que ella podía dar era lo único que valía. Su voz temblaba cuando me dijo que había comprendido que nunca había sido una relación verdadera, que nunca lo sería. Que todo el afecto, todo el tiempo compartido, estaba contaminado por la manipulación, el control y una cadena interminable de promesas incumplidas.

Con el tiempo, aquello se convirtió en un juego perverso. Nunca la reconoció como autora y, además, cada vez le exigía más. Dejó de mirarla por lo que era y empezó a medirla por lo que producía: por su utilidad, por la eficiencia de sus palabras. Cada manuscrito entregado, cada historia escrita, funcionaba como una moneda de cambio, algo que podía usar para mantenerla cerca o para castigarla.

Me confesó que hubo días en los que se sintió como una máquina, como un objeto. Que la necesidad de afecto, de compañía, de alguien que simplemente estuviera ahí, la empujó a volver una y otra vez. Cuando intentó marcharse, Marcos la amenazó: si no regresaba, usaría sus contactos para asegurarse de que no publicara con nadie nunca más.

Me confesó que, a veces, se había sentido culpable por no poder cumplir, por no ser suficiente, por desear lo que cualquier persona normal querría: cariño, comprensión, libertad. Y que al mismo tiempo necesitaba estar con él, necesitaba algo que ni ella misma entendía, aunque sabía que estaba mal. Como un náufrago que se aferra a un tablón agujereado porque le da un respiro temporal, aunque lo que lo mantiene a flote sea una mentira.

Nos quedamos pegados durante un rato, en silencio, solo respirando el mismo aire, compartiendo ese espacio donde todo lo demás parecía haberse desvanecido. Ella empezó a calmarse poco a poco,

los sollozos se hicieron más espaciados, y cuando saqué el helado del congelador y se lo ofrecí, una pequeña sonrisa asomó en su rostro. Era ridículo, pero también hermoso: helado a las tres de la mañana, chocolate y vainilla, y de repente todo parecía un poco menos doloroso.

Nos sentamos en el sofá y pusimos capítulos repetidos de *Friends*. No sé por qué, pero estaba obsesionada con esa serie, verla ahí, riéndose de las mismas bromas que yo ya conocía de memoria, era extraño y reconfortante a la vez. Ella se apoyó en mi hombro, yo la rodeé con mi brazo alrededor de su espalda, y sentí que estaba exactamente donde tenía que estar, como si todos los problemas del mundo se hubieran condensado en ese instante y yo pudiera contenerlos en un abrazo. La sensación era embriagadora, me hacía olvidar la hora, el frío, la distancia emocional que había entre nosotros antes de aquel momento.

Giré la cabeza para mirarla. El campo de sus ojos, aquel terreno calcinado que había visto al llegar, seguía destrozado, pero esta vez había brotes verdes, tímidos y valientes, resurgiendo entre las cenizas. Un pequeño indicio de vida que me llenó de una extraña esperanza y miedo a la vez.

Ella giró la cabeza y clavó sus ojos en los míos. Y yo, por algún motivo pensé por primera vez en mi vida, con un miedo irracional: si yo veía brotes en sus ojos, ¿qué estaría viendo ella en los míos? El instante duró poco, pero se sintió eterno. Cada segundo se estiraba como un hilo fino, tensándose entre nosotros, prometiendo algo que aún no teníamos palabras para definir.

Entonces, con un gesto tan natural como inevitable, cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia arriba y acercó sus labios a los míos. Me moví por puro reflejo, casi sin pensar, y nos besamos.

No supe cuánto duró. Tal vez segundos, tal vez minutos, tal vez

horas comprimidas en un solo instante. Lo único que sabía era que había provocado un caos absoluto en mi mente. ¿Estaba bien lo que estaba haciendo? ¿Qué iba a ser de nosotros a partir de ese beso?

Lo único cierto era que cada fibra de mi cuerpo gritaba contradicciones. Cada impulso decía «quédate», cada recuerdo me advertía «esto está mal».

Ella estaba apoyada contra mí, respirando con lentitud, como si el mundo exterior no existiera. Sentí el peso de su brazo sobre mi espalda, el calor de su cuerpo, el aroma familiar que me desarmaba aún más. Mis sentidos estaban saturados: podía escuchar su respiración, sentir cómo se relajaban sus hombros, cómo sus dedos se aferraban a mi camiseta como buscando anclas en medio de un naufragio.

Y sí, al final, nos rendimos. El cuerpo cedió, la mente empezó a desenredarse poco a poco y el cansancio nos atrapó.

Capítulo 8

La mañana siguiente llegó con la luz colándose por las rendijas de las cortinas, lenta, tímida, casi como si no quisiera interrumpir el calor que todavía conservábamos del abrazo. Abrí los ojos y me encontré con su cabello esparcido sobre el cojín, su respiración pausada, todavía caliente contra mi hombro. Por un momento, quise congelar el tiempo, quedarme ahí atrapado, sin mover un músculo, escuchando la cadencia de su respiración y notando cómo incluso dormida, su presencia tenía un peso que me hacía sentir completo.

Cuando ella empezó a moverse, desperezarse como quien intenta despertar de un sueño del que no quiere salir del todo, sentí una mezcla de nerviosismo, como de vergüenza. Nos miramos y reímos sin palabras, tímidos, como si fuéramos dos adolescentes descubriendo un primer beso que llevaba años en construcción, como si todo lo que había pasado hasta ese momento hubiera sido sólo preparación para este instante que parecía inevitable y predestinado, aunque tardío. Cada gesto, cada roce accidental de manos, cada sonrisa contenida estaba cargado de algo que no se podía nombrar con precisión, pero que se sentía en cada fibra del cuerpo aunque fuera torpe.

Los días siguientes fueron una combinación de rutina y descubrimiento, de pequeños rituales que se convirtieron en hábitos. Quedamos con Clara y Álvaro, y les contó más o menos lo mismo que me había confesado la noche anterior, con toda la fuerza que pudo les contó lo mal que lo había pasado.

Sus reacciones dejaron la mía en una anécdota, se pusieron a soltar toda clase de insultos compuestos que no había oído en mi vida y su deseo de venganza hacia Marcos fue escalando desde un *review bombing*, pasando por una denuncia, hasta un secuestro con tortura.

Poco a poco, ella empezó a encontrarse mejor. Como si la vida misma se moviera lentamente a su ritmo, fuimos estableciendo rutinas compartidas que parecían surgir de manera natural: desayunos tardíos, café en la terraza, capítulos de series repetidos mientras nos acurrucábamos en el sofá, charlas hasta tarde sobre cualquier tontería que pasara por nuestras cabezas.

Yo, que tenía mi casa casi abandonada, empecé a pasar casi todo mi tiempo libre en la suya. Trabajaba, regresaba a mi apartamento vacío, pensaba en el sinsentido que era estar allí e inmediatamente iba a su casa, preparábamos la cena juntos y dormíamos juntos: todo se convirtió en un flujo que no necesitaba definición, que no requería imposición.

En su cama pasaba de todo y yo me preguntaba constantemente si estábamos yendo demasiado rápido, cada uno estábamos superando duelos de distintas relaciones y al final eso puede tener consecuencias. Pero la naturalidad con la que todo surgía, la inevitabilidad de estar el uno con el otro, me hacía sentir que lo

estábamos haciendo bien, aunque fuera un camino desconocido y lleno de incertidumbre.

Era una especie de luna de miel silenciosa, sin agenda, sin expectativas externas, solo nosotros. Cada día compartido era un descubrimiento: la forma en que ella se movía por la casa, cómo su risa llenaba los espacios vacíos, cómo los pequeños gestos cotidianos se transformaban en rituales de cercanía. Y a medida que nos conocíamos más, las flores en sus ojos, que antes habían sido cardos y campos calcinados, empezaron a revivir. Pero no eran las flores que yo había visto antes; estas eran nuevas, diferentes, complejas y sorprendentes. Brotaban con colores que nunca había imaginado, delicadas pero firmes, y me hicieron comprender que lo que estaba floreciendo no era una vuelta al pasado, sino algo completamente nuevo.

Un rojo intenso, profundo, casi líquido, ocupaba el centro de su mirada, y se fundía con destellos violetas que surgían de la periferia ¿Te suena? Si hubieras buscado lo que te conté al principio seguro que sí.

Estaba extasiado. Feliz de una manera que hacía tiempo no recordaba, como si cada célula de mi cuerpo hubiera despertado después de un invierno demasiado largo. La vida había decidido regalarme esos días perfectos, donde la risa, los silencios compartidos, los helados a deshoras y los capítulos repetidos de una serie absurda parecían encajar en un todo armonioso. Me sentía pleno, completo, como si finalmente hubiera encontrado el sitio exacto donde mi corazón podía respirar sin miedo.

Y fue precisamente por eso que no supe reaccionar a lo que se venía encima. Porque estaba tan embriagado por la proximidad de *ella*, por la complicidad de nuestras rutinas, que no me preparé para

el golpe que estaba a punto de recibir.

Capítulo 9

Lo dijo un día, de repente, con una mezcla de emoción y cautela: podía perseguir su sueño, finalmente. Podía vivir de escribir, alguien había creído en ella lo suficiente como para ofrecerle un contrato a largo plazo en una editorial importante.

Mi primera reacción fue un éxtasis absoluto, un orgullo desbordante. Ella lo había logrado, su talento y su perseverancia recompensados de una manera tangible, y yo me sentí afortunado, bendecido, casi culpable por haberme sentido tan privilegiado al compartir su cercanía mientras alcanzaba esto. Sonreí, la abracé, repetí lo mucho que me alegraba por ella, y por un instante todo parecía perfecto.

Pero entonces escuché lo que venía después. La oferta era presencial y la editorial estaba en una ciudad en la otra punta del país, eso era una pena, me había acostumbrado demasiado a tenerla cerca y esto era como si me tiraran una jarra de agua fría en la cabeza, sin embargo, eso no fue lo que me molestó. Ahora sé que no lo dijo con malicia, ni con intención de herirme, pero las palabras llegaron como un vendaval inesperado: estaba dispuesta a que yo decidiera si quería abrir la relación, si necesitaba espacio o si

prefería dejarla ir.

Lo dijo como si me estuviera dando libertad, pero yo no entendí la libertad como ella la presentaba. Decía que era por la distancia, que no podía obligarme a irme con ella y dejar mi trabajo estable y que por eso haría lo que yo quisiera. Hubiera sido mucho más sencillo decirle ahí mismo que abandonaría todo por estar a su lado, pero no.

La situación me superó y todas las emociones se mezclaron en mi cabeza: alegría, miedo, celos, inseguridad, confusión.

No comprendía por dónde iba. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Era una prueba de amor, un aviso de que podría perderla, o simplemente una demostración de confianza? Mis inseguridades, esas viejas enemigas silenciosas que siempre se escondían en los rincones, tomaron el control. Me puse a la defensiva, defendiendo un territorio que no estaba amenazado, atacando con argumentos que eran más miedo que lógica.

La discusión surgió casi sola, como si nuestras emociones reprimidas hubieran estado esperando una chispa para encenderse. Las palabras fueron torpes, a veces hirientes sin intención, y otras veces cargadas de desesperación y falta de claridad. Intentábamos comunicarnos, pero era como hablar en idiomas diferentes: ella con su lógica transparente, su honestidad brutal; yo con mi caos interno, mis suposiciones, mis dudas acumuladas. Nos entendimos cada vez menos, y en un parpadeo nos encontramos distantes, fríos, heridos por la incomprensión mutua.

Ese día, después de la conversación, la distancia no fue solo física. Fue emocional. Una barrera invisible se levantó entre nosotros, hecha de palabras mal interpretadas, de miedos expuestos y de expectativas que no coincidían.

Capítulo 10

No me siento orgulloso de cómo reaccioné.

No lo digo desde la serenidad del aprendizaje ni desde ese lugar elevado donde uno ya ha entendido todo y puede permitirse ser generoso consigo mismo. Lo digo desde un sitio bastante más terrenal: reaccioné mal y lo supe casi al mismo tiempo que lo estaba haciendo.

No fue una reacción grandilocuente. No hubo portazos ni frases que merecieran ser recordadas. Fue algo mucho más triste y eficaz: me cerré. Me puse a pensar, a repensar, a reinterpretar. A darle vueltas a cosas que, hasta ese momento, no necesitaban ninguna vuelta. Convertí una conversación difícil en un laberinto y luego me quejé de no encontrar la salida.

Así empezó el bucle. Ese mecanismo tan bien engrasado que consiste en hacerse preguntas sin intención alguna de responderlas. ¿Y si ya lo tenía decidido antes? ¿Y si yo solo estaba ahí porque era cómodo? ¿Y si aquello tan bonito no era un comienzo sino una especie de despedida lenta? Cada duda llevaba a otra, y todas tenían esa cualidad maravillosa de parecer profundas cuando en realidad solo eran miedo con vocabulario.

Intenté disfrazarlo de madurez. De cautela. De prudencia emocional. Como si poner distancia fuera una forma elegante de cuidarse, y no una manera bastante cobarde de no enfrentarse a lo que se siente. Me volví observador, analítico, ligeramente frío. Empecé a escuchar menos y a interpretar más. Siempre mala combinación.

Y entonces, por si el castillo de inseguridades necesitaba un empujón extra, apareció Valeria, por decirlo de alguna manera, porque simplemente vi una publicación suya en Instagram.

Valeria volvió con su ex.

No hubo explicación, ni contexto, ni ese mínimo gesto de humanidad llamado «avisar». Simplemente ocurrió, y yo me enteré cómo se entera una de las cosas que ya no le competen. Aquello no dolió solo por lo que era, sino por lo que confirmaba. Que la gente puede desaparecer de una historia sin cerrar el libro. Que uno puede dejar de ser relevante sin ninguna ceremonia.

El trabajo se convirtió en una excusa perfecta. Llegaba antes, me iba más tarde, contestaba correos que nadie había pedido y me inventaba urgencias para no pensar en nada que no fuera una pantalla llena de códigos. Pasé de hacer bien mi trabajo a esconderme en él, que son cosas muy distintas pero que desde fuera, se parecen bastante.

Cuando no estaba trabajando, estaba en casa. Y cuando digo en casa no me refiero a vivirla, sino a ocuparla como un trofeo y es que en ese momento, cada estancia era un reino independiente, con sus propias reglas, intereses y estrategias para mantenerme atrapado dentro.

El sofá era el poder central. El Trono de Hierro, pero sin hierro y con migas. Desde allí se gobernaba todo. Era cómodo, estaba estratégicamente situado frente a la televisión y tenía la capacidad

de hacerte creer que levantarte era una decisión que podía posponerse indefinidamente. El sofá no te exigía nada: ni ducharte, ni pensar, ni hablar con otros seres humanos. Solo pedía tu cuerpo y tu tiempo, y a cambio te ofrecía anestesia.

La mesa del comedor, en cambio, era un reino caído. Un vestigio de una civilización anterior. Cubierta de papeles, cables, restos de comida y objetos cuyo origen no recordaba. Nadie gobernaba allí ya. Era una tierra baldía, un recordatorio incómodo de que en algún momento me senté a comer como una persona funcional.

La cocina jugaba a dos bandas. Oficialmente, su función era alimentarme. Extraoficialmente, se había aliado con el sofá para acelerar mi decadencia. La nevera estaba llena de cosas que no combinaban entre sí pero que compartían un objetivo común: llenarme sin cuidarme. Pedidos a domicilio, restos de comidas recalentadas demasiadas veces, helado comprado para otros momentos que ahora cumplía funciones terapéuticas cuestionables.

El dormitorio era un reino extraño. No del todo enemigo, pero tampoco aliado. Allí dormía poco y mal. La cama ya no era un lugar de descanso sino de negociación interna. Cada noche, antes de apagar la luz, se celebraba una pequeña cumbre mental en la que se discutía si mañana sería distinto. *Spoiler*: nunca lo era.

El baño, por su parte, era territorio neutral. Nadie quería quedarse ahí mucho tiempo. Entraba lo justo, me miraba al espejo lo imprescindible y salía sin hacer demasiadas preguntas. Mantener el contacto visual conmigo mismo se había vuelto un deporte de riesgo.

Cada uno de estos reinos conspiraba a su manera para retenerme. No con violencia, sino con comodidad. Y yo, lejos de resistirme, me dejaba hacer. Porque salir al mundo exterior implicaba lidiar con preguntas, con silencios incómodos, con la posibilidad de

cruzarme con alguien que me preguntara cómo estaba y esperara una respuesta real.

Capítulo 11

Sin embargo, el universo tenía otros planes.

Llegaron como llegan las manos de un bombero cuando ya llevas demasiado tiempo respirando humo: sin pedir permiso, sin preguntar si estás listo y con una determinación que te incomoda porque, en el fondo, sabes que es necesaria. Mis amigos aparecieron en mi casa una tarde cualquiera, de esas que yo habría archivado como idéntica a las anteriores, con la única diferencia de que esta vez alguien llamó a la puerta.

No se imaginaban el estado exacto en el que me encontraba. No podían. Yo había perfeccionado bastante bien el arte de parecer funcional desde lejos. Pero sí notaron algo más simple y peligroso: que ya no contestaba como antes. Que mis respuestas eran breves, espaciadas, mecánicas. Que había pasado de estar cansado a estar ausente.

Entraron, no dijeron nada al principio, pero el silencio pesaba más que cualquier comentario.

Y entonces, en algún punto entre sentarnos y fingir normalidad, se rompió algo. No de forma dramática. No hubo lágrimas inmediatas ni grandes frases. Solo empecé a contarles todo ante la

pregunta ¿Qué pasa? Les hablé de ella. De la distancia. Del miedo. De Valeria. De mi maravillosa capacidad para desaparecer justo cuando más falta hacía estar y de mi última teoría, donde todos los males del mundo recaían sobre mí y por ende, como era culpable de su sufrimiento. Si yo no hubiera sido tan parado podríamos haber salido antes, no hubiera conocido a Marcos y no le hubiera destrozado, en el fondo lo mal que lo había pasado era mi culpa. En mi cabeza, podían darme ya el Nobel de la Paz.

Y ahí llegó el rapapolvo.

—No —dijo Clara—. No. Para. Para ya.

Levanté la vista. No estaba enfadada. Estaba cansada de mí, que era mucho más peligroso.

—No eres el centro del mundo —continuó—. Y no te lo digo para hacerte daño, te lo digo porque alguien tiene que sacarte de esa película mental en la que siempre acabas siendo el protagonista trágico.

Abrí la boca. Error.

—Escúchame —añadió, levantando un dedo—. En aquel momento no iba a pasar nada. Nada. Ella no estaba enamorada de ti.

Eso me descolocó.

—Es más —siguió—, durante mucho tiempo tuve miedo de que te lanzaras. De que confundieras lo que teníais y jodieras la amistad. Porque ella te quería, sí, pero de otra forma. Y no estaba preparada para más.

Me quedé quieto. Como si moverme pudiera empeorar las cosas.

—Así que deja de reescribir el pasado como si fueras el gran culpable de todo —dijo—. Ella tomó sus propias decisiones, se equivocó con el estafador ese, son cosas que pasan.

Álvaro asintió, lento.

—Lo que sí estás haciendo ahora —intervino— es cagarla, pero bien.

Clara no le quitó el turno.

—Porque ahora sí que está preparada. Ahora. No antes. No en esa versión tuya que te inventas para autoflagelarte. Ahora. Y justo ahora decides desaparecer, encerrarte, dudar de todo y no mover un dedo.

Me miró con una mezcla de paciencia agotada y verdad pura.

—Eso no es ser cuidadoso. Eso es tener miedo.

Silencio.

—Si no luchas ahora —remató—, cuando por primera vez no estás llegando tarde, cuando por primera vez no estás imaginando cosas que no existen… entonces sí estarás haciendo el gilipollas. Pero por decisión propia.

El silencio volvió, pero esta vez era distinto. No era incómodo. Era expectante. Como si el mundo me estuviera dando una última oportunidad de decir algo inteligente.

Y entonces, casi sin querer, soltaron la información que lo cambió todo, Ella se iba en un par de días, no es como si no lo supiera pero era como el recordatorio a las doce de la noche de que te habías olvidado la cartulina para el colegio al día siguiente y me invadió la ansiedad, no una ansiedad mala, sino esa que te impulsa a moverte, a hacer cosas cuando estás paralizado, a coger las riendas de mi vida y tomar decisiones firmes al fin.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Clara.

Y ahí, por primera vez en semanas, no dudé.

No hubo un gran discurso. No hubo épica. Solo una claridad rara, limpia, incómoda. La certeza de que quedarse significaba perderla de una forma definitiva. Y que irme, aunque diera miedo, al menos

era una decisión.

Lo vi todo de golpe: pedir teletrabajo, negociar, arriesgarme. Y si no salía bien, ya encontraría otra cosa. Trabajos hay muchos. Personas como ella… no tantas. Y flores así, mucho menos.

No dije nada más. No hizo falta.

Esa noche, cuando cerré la puerta detrás de ellos, mi casa seguía siendo la misma. El sofá, la cocina, el desorden. Pero por primera vez en mucho tiempo, ya no parecía un refugio.

Parecía una despedida.

Capítulo 12

Había pensado que sería una sorpresa.

Nada avisado, nada pactado. Presentarme sin previo aviso donde estuviera, como hacen los protagonistas de las películas cuando deciden, por fin, ser valientes. Peliculero total. De esos gestos que, en teoría, compensan meses de indecisión con un solo acto.

El problema es que la vida real no coopera con los planes mal ensayados.

No estaba en su casa.

No estaba cerca.

No estaba en el bar de siempre, ese en el que siempre acabas encontrando a alguien aunque no quieras.

Y entonces mi cabeza, empezó a construir la escena alternativa: había adelantado el viaje. Claro que sí. Seguro que estaba ya en la estación, con una maleta medio cerrada y esa cara que ponen las personas cuando están a punto de empezar algo nuevo pero todavía no se lo creen del todo.

La imagen era clara. Demasiado clara.

Así que hice lo que cualquier persona sensata haría en ese momento: corrí.

Corrí con la convicción absurda de que el destino funciona por horarios y que los trenes esperan si alguien ha tomado una decisión importante en el último momento. Me planté en la estación con el pulso acelerado y la épica preparada… para nada.

No estaba, la estación estaba llena de gente normal yendo a sitios normales, lo cual fue una decepción considerable.

Ahí se murió la magia romántica.

La asesinó, sin contemplaciones, su némesis natural: Hablar las cosas por WhatsApp.

Le escribí para saber dónde estaba. Tardó poco en responder.

Estaba comprando.

En el Mercadona.

El contraste fue tan fuerte que me reí solo. Todo ese despliegue mental para acabar localizándola entre productos congelados y ofertas semanales. Pero ya estaba en marcha, y cuando uno decide dejar de huir, no se pone exquisito con los detalles.

Cuando llegué me la encontré en el pasillo de los congelados. Sí, suena espectacular.

Allí estaba.

De pie, con una bolsa en la mano. El frío del pasillo hacía que todo pareciera ligeramente irreal, como si estuviéramos dentro de una versión barata de una escena importante. Y aun así, funcionaba.

Me vio casi al mismo tiempo que yo terminé de procesar que aquello estaba ocurriendo de verdad. No sonrió al principio, tampoco se sorprendió demasiado.

Yo pensé en decir muchas cosas.

—Ey…

Fue lo único que me salió.

Un saludo mínimo para una situación máxima.

—¿Qué querías? —preguntó, en voz baja, como si el pasillo pudiera escuchar.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Todas mal colocadas y llegando al mismo tiempo

—Estaba buscándote —acabé diciendo—. Quería decirte algunas cosas.

Hubo un silencio, ese tipo de silencio que pesa más que una discusión porque todo lo que no se dice está ahí, flotando entre dos arcones llenos de comida congelada.

Respiré hondo. No porque fuera valiente, sino porque si no lo hacía iba a empezar a hablar demasiado rápido, otro de mis recursos para sabotear los momentos importantes.

Y entonces empecé. Empecé a decirle todo. Primero despacio, casi susurrando, como si temiera que alguien más en el pasillo pudiera oírme y denunciarme por exceso de drama en un supermercado. Le conté que no podía quedarme quieto, que no quería mirar atrás y arrepentirme. Que la distancia, que el trabajo, que cualquier excusa eran absurdas si significaban perderla. Que la había esperado demasiado tiempo y que ya no quería esperar más. Que estaba dispuesto a dejarlo todo, cualquier cosa, cualquier trabajo, cualquier rutina, con tal de estar con ella.

Mi voz fue subiendo sin darme cuenta. Las palabras se amontonaban, atropellándose unas a otras, y antes de darme cuenta estaba alzando la voz. Quise ser elegante, pero mi emoción se mezcló con la falta de práctica y casi acabé gritando:

—¡Eres el amor de mi vida!

En ese momento, un par de señores pasaban cogiendo gambas congeladas, probablemente preguntándose qué diantres estaba ocurriendo. Una abuela cruzó el pasillo con su carrito, moviendo la cabeza con una mezcla de desaprobación y curiosidad. Todo muy

normal, todo muy cotidiano, todo completamente absurdo.

Y ella… ella estaba roja. Roja como un tomate, roja como si acabara de correr un esprint olímpico.

—¿Te puedes callar? —susurró, entre avergonzada y a punto de reír—. ¿Aquí? ¿En serio?

Eso fue lo que rompió la tensión.

Me reí. Ella también. Una risa nerviosa, desordenada, de las que salen cuando el cuerpo no sabe si llorar o salir corriendo. Dio un paso hacia mí, negando con la cabeza.

—Eres idiota —dijo.

Y entonces me besó.

No fue un beso perfecto. Fue torpe. Un poco frío. Un poco precipitado. Pero fue real. Fue ese beso que llega tarde y, precisamente por eso, cae con todo el peso de lo que pudo no haber sido.

Cuando nos separamos, apoyó la frente en mi pecho un segundo y cuando volvió a levantar la vista yo me sumergí en sus buganvillas de nuevo, había más que nunca, floreciendo en todo su esplendor.

—Es culpa mía —admitió—. Yo también le he dado vueltas, no dije más que tonterías, yo también quiero estar contigo.

El pasillo seguía ahí. El mundo seguía comprando pescado congelado. Nosotros no.

—Pero, no quería obligarte a nada —continuó—. Quería que si te quedabas… fuera porque querías y era lo que quería decir, pero sonó fatal… Lo siento.

—Yo quiero —dije— Y tenía que habértelo dicho en ese momento

Asintió, despacio.

—Te quiero mucho —dijo, antes de besarnos otra vez.

Solté el aire que llevaba días reteniendo.

No sé qué me pasó en ese momento, pero a partir de ahí nunca

dudé y todo fue bastante mejor.

Capítulo 13

Nos mudamos donde ella trabajaría para la editorial. Todo era distinto: calles nuevas, olor a mar que se colaba por la ventana, un edificio viejo con historia que crujía de manera dramática cada vez que subías las escaleras. La casa tenía techos altos, paredes blancas que reflejaban la luz como si quisieran gritar que todo empezaba de nuevo, y una terraza pequeña desde donde podías ver atardeceres que parecían pintados por alguien con mucho tiempo libre y pocas responsabilidades.

Mis cosas, las pocas que traje, se mezclaban con las suyas en un desorden estético que funcionaba mejor de lo que cualquier arquitecto minimalista podría haber previsto.

Yo había logrado teletrabajar desde aquí, no las tenía todas conmigo, pero funcionó.

Pasábamos los días entre café, pilas de libros en la mesa, risas por tonterías que nadie más entendería y silencios que decían más que cualquier conversación planeada. Ella trabajaba en sus textos, yo en mis códigos, y de repente todo parecía un equilibrio extraño, perfecto solo porque habíamos decidido que así debía ser.

Pasaron un par de años muy rápidos. Ella iba consolidándose

como escritora, cada libro publicado era un pequeño triunfo que iluminaba sus ojos, y yo había ascendido hasta senior, con más responsabilidades de las que me gustaban y menos café del que necesitaba, pero aun así me sentía afortunado. Entre viajes de trabajo y escapadas cortas, yo ya me estaba comiendo la cabeza sobre cómo pedirle matrimonio: crucero, cena en la playa, discurso romántico en la terraza… todas ideas que se desvanecían al instante, porque ninguna me parecía lo suficientemente nuestra.

La pedida no podía ser normal. Si algo habíamos aprendido es que lo normal nos resultaba insoportable. Así que decidí hacerlo a nuestra manera: en un domingo cualquiera, con el olor del pan recién hecho colándose desde la panadería del edificio, construí un pequeño laberinto de pistas por toda la casa. Cada nota, absurda, poética y caótica, llevaba a un rincón distinto: la estantería de libros, la mesa de la cocina, la lámpara que ella había arreglado con cinta adhesiva. Al final, frente a la ventana con la luz del mediodía bañando la sala, la esperé de rodillas, sosteniendo un anillo y un objeto ridículo que recordaba nuestro primer helado compartido. No hubo música, ni público, ni aplausos. Solo ella, yo y el espacio entre nosotros lleno de todas las palabras que nunca nos dijimos a tiempo.

Ella rio, no de burla, sino de esa manera que hace que la risa se pegue a tu pecho y no se vaya.

Así llegamos hasta hoy, organizamos la boda para mayo. A ti te hacía ilusión cada detalle, así que seguimos tus ideas como casi siempre. Yo solo te pedí una cosa, elegir las flores. Nadie sabía la historia completa hasta ahora, por eso todo el mundo me preguntaba, por qué había elegido buganvillas para la decoración, todos, incluida la persona que las lleva en los ojos.

Los capullos florecen en primavera

Vega Fountain

Capítulo 1

La primavera en pijolandia

No sé en qué estaba pensado cuando acepté esta maldita invitación. Asistir al cumpleaños del amigo de una amiga de un curro que tuve hace millones de años. En definitiva, no conozco a nadie a excepción de ella. No sé si la ropa elegida es la adecuada y tampoco sé muy bien qué hago aquí. Conozco a Rocío desde hace años, coincidimos cuando éramos muy jovencitas y trabajábamos como teleoperadoras en unas oficinas enormes que había en la ciudad. Igual vendíamos telefonía que hacíamos campañas para ONG´s. El caso es que hicimos muy buenas migas desde el principio y es a día de hoy que seguimos manteniendo el contacto. Nuestras vidas han cambiado considerablemente, pero seguimos quedando, escribiéndonos y no entiendo muy por qué me invitó a este sarao.

Estoy en uno de los bares más pijos de ciudad, aquí no entra nadie si no es con invitación o con una reserva realizada después de hablar con contactos muy influyentes de la alta esfera *pijeril*. El cumpleañeros hace la friolera de cuarenta años y como debe ser costumbre entre esta élite, en la que no me siento integrada,

celebran los cumpleaños como si fuera una fiesta de Nochevieja en un hotel de máximo lujo en Dubái. El caso es que aquí estoy, muy mona, o eso creía yo; con mi pantalón negro y una camisa de seda blanca muy brillante que compré de oferta en una tienda carísima que hay cerca de mi nuevo trabajo. El caso es que pensaba que iba muy acorde con el sitio, pero poco más o menos que podría confundírseme con una camarera de restaurante de pie de carretera a tenor de cómo van todos aquí. Ellas de vestido largo o corto, depende, de escotes imposibles, tejidos ricos en brillos y texturas y zapatos altísimos y ellos de traje con corbata. Veo que se acerca Rocío y siento cierto alivio al ver a alguien conocido. Me siento como el patito feo del cuento.

—¡Hola, Elsa, ¿cómo estás?! —me pregunta dándome dos besos.

—Hola, Rocío, de momento nadie me ha pedido que le sirva una copa, pero es cuestión de minutos ¿por qué no me has avisado de que tenía que venir como si fuera a una fiesta de Nochevieja? —pregunto algo molesta.

—¡Qué exagerada eres, amiga! —me contesta dándome un golpe en el hombro.

—¿Exagerada? Pero ¿has mirado a tu alrededor? Si hubiera un incendio ahora mismo explotaríamos: hay más bótox, tetas operadas, laca y poliéster por metro cuadrado que en una fábrica de pintura industrial.

—Bueno, ya sabes, pequeños retoquitos —murmura a la vez que las dos nos quedamos mirando a una chica que no llega a los treinta y que lleva unas tetas subidas hasta las amígdalas sin sujetador. La fuerza de la gravedad no actúa en según qué cuerpos a no ser que tengas «pequeños retoquitos», como dice Rocío.

Empieza la fiesta, mi amiga y yo hablamos, me presenta a gente, al cumpleañeros también y hacemos un grupito en el que unos van y

otros vienen. Copitas, algo de comer, al final no va a estar tan mal esto. Para mí está siendo un espectáculo, es increíble las tonterías que se hacen a según qué edades, y con según que sustancias en el cuerpo. Yo estoy bebiendo, pero mantengo la compostura, también bailo aunque reconozco que los zapatos elegidos me están fastidiando un poco, así que decido sentarme.

—Hola —saluda un chico atropelladamente antes de sentarse a mi lado.

—Hola —contesto de forma amable.

—Eres amiga de Rocío, ¿verdad? —pregunta sabiendo de sobra la respuesta. Está algo bebido.

—Sí, somos amigas desde hace años —contesto.

—No tantos, mujer, estáis estupendas para la edad que tenéis, porque… rondas los cincuenta, ¿no? —inquiere y me toca las narices. Bien hemos empezado.

—Muchos años siendo amigas y nunca me había encontrado con nadie tan mamarracho como tú —contesto y me levanto de donde estaba.

—¡Qué mal llevan algunas la edad! —añade con la lengua acorchada.

Voy hasta donde está Rocío, creo que este tipo me ha amargado la noche y me voy a casa. Primer capullo fulminado.

—Roci, creo que me voy a casa, no pinto nada aquí —le comento con la voz alta, el DJ se está viniendo arriba y la compostura se está empezando a perder.

—Ay, Elsa, espérate un poquito y nos vamos juntas, porfa —me pide, asiento y me quedo a su lado sin saber muy bien qué hacer.

A los pocos minutos aparece otro grupo de hombres que vienen directos a nosotras. Rocío conoce a varios de ellos y me los presentan, uno insiste en invitarme a una copa, me he negado pero

está pesadito. Creo que me ha dicho que se llama Borja.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta cuando nos acercamos a la barra. Típico pijo de pantalón chino, camisa de color azul bebé, zapatos náuticos, chaleco acolchadito azul marino y muchas pulseras de cuero en la muñeca.

—No, la verdad es que no —contesto de la mejor manera.

—Ya me parecía a mí que nunca te había visto —afirma muy seguro de sí mismo. Pide las consumiciones, paga y nos sentamos en unos butacones que hemos encontrado cerca. No estoy siendo borde, pero le he dicho que me duelen los pies y él no ha visto inconveniente en sentarnos.

Empieza a hablar sin dejarme meter baza, apenas contesto con un —ajá, muy interesante —y poco más. Me cuenta la vida y milagros de su familia; adinerada, como no podía ser de otra forma. Que tienen varias empresas y que él, como heredero masculino singular, va a ser el que tome las riendas cuando su padre se jubile. Que tiene previsto hacer cambios estructurales, inversión en bolsa, activos y pasivos y no sé qué más… que de momento sigue a la sombra y disfrutando de la vida: esquí en Andorra al menos tres veces al año, cuando no se va a los Alpes Suizos. En Semana Santa, visita obligada a familiares en Andalucía, y que tiene una devoción muy grande por el Cristo de los Gitanos. En verano se reparte sus vacaciones entre Marbella e Ibiza y que colecciona relojes de alta gama. Me enseña un pedazo de reloj del que me cuenta sus especificaciones y bondades y yo, la verdad, es que no puedo decir que sea un hombre desagradable, porque no lo es, pero creo que nuestra realidad dista mil años luz. Empieza a hablarme de su vida sentimental y es aquí cuando mis alertas se activan, no se ve pero es como si una sirena roja se pusiera encima de mi cabeza y empezara a lucir emitir un sonido de peligro correspondiente. Quiere

o busca una mujer básicamente florero. Eso sí, él la iba a proveer de todo lo que necesitara, ropa, peluquería, coche… y ella a cambio siempre perfecta y la madre de sus hijos. Quiere tres, incluso ya me ha dicho como quiere que se llamen. Colegio internacional, equitación los fines de semana, bautizo, comunión y no sé qué más. Me he levantado, le he dado las gracias por la copa y yo me voy de aquí. No sé si esperaba algo de esta conversación, pero soy la antítesis de todo lo que me ha dicho que le gusta. Lo siento, pero no.

Busco a Rocío, no la veo en la primera barrida que hago, así que voy hasta donde tengo la americana y el bolso por si apareciera. Nada, sin rastro. Decido irme, no ha sido una buena elección.

En cuanto salgo a la calle respiro aliviada, ahí dentro había más millones y empresas que en el IBEX 35. Y yo soy de andar por casa. No es que no me quiera, nada de eso, es que simplemente no encajo aquí. Escribo un mensaje a Rocío para darle las gracias por la invitación y para decirle que me voy a casa, que no puedo con los pies. No contesta, así que supongo que estará disfrutando. Dudo si ir andando a casa o pillar un taxi, no vivo lejos pero no puedo caminar demasiado. Decido esperar en una parada, donde sé que durante la noche los taxis van y vienen llevando y trayendo a personas a la zona de copas de la que me alejo.

—Qué pena que vayas tan sola, ¿quieres compañía? —oigo que dicen a mis espaldas. Resoplo. Es lo que me faltaba por escuchar. Ignoro a la persona que intenta llamar mi atención —. Pss, pss — insiste y no quiero contestar, de verdad que no.

—No, gracias, estoy bien así —respondo de la forma más amable que sé.

—¡Rancia! —espeta y paso de girarme porque le podría soltar cuatro verdades al imbécil borracho que para acercarse a una mujer

tiene que soltar una parida y cuando no le haces caso te insulta. En fin, debe de ser la primavera, que la sangre altera y que hace que aparezcan capullos hasta debajo de las piedras.

Llego a la parada, hay una pareja esperando y parece que están enfadados. Me mantengo al margen y solo observo, ella está medio llorando y él no deja de decirle cosas que no consigo entender. Llega un taxi, él abre la puerta, poco más que la empuja para que se meta dentro y cierra de un portazo. Mis ojos se salen de las órbitas, no doy crédito y mi lengua no puede aguantarse.

—Deberías tratar mejor a las mujeres —espeto y no sé por qué pero he soltado eso y es que hoy creo que he cubierto el cupo de mi paciencia.

—Deberías meterte en tus asuntos —me corta, y me merezco la respuesta.

—Que se maltrate a una mujer también es asunto mío, en realidad de toda la población —espeto irguiéndome.

—Yo no he hecho tal cosa, deberías de mirarte la vista, *feminazi* de mierda —escupe y ya me toca los ovarios y parte de mi aparato reproductor femenino.

—Si defender a una mujer que creo que ha sido tratada de mala manera me convierte en *feminazi*, sí, lo admito, lo soy. Lo de mierda lo dejo para ti porque eres el ejemplo claro. Que tengas una buena noche, si es que tu conciencia te deja dormir —espeto a la vez que me meto en el siguiente taxi que llega.

A veces sé que no mido el peligro, pero es que ante las injusticias no puedo callarme y mucho menos con ese ataque gratuito, también pienso que esa niña a la que le han tratado así más vale que espabile y deje a ese tipo. Es un auténtico gilipollas.

Capítulo 2

Encerrona pero de las buenas

Al día siguiente quedo con mis amigas para tomar un café tranquilo después de comer. Les cuento mi odisea en *pijolandia* y obtengo varias reacciones; la risa de algunas de ellas, el reproche por meterme donde no me llaman durante el episodio del taxi, más que nada por si me acarreaba problemas, y el veredicto unánime de que necesito un novio. Yo no lo tengo tan claro, la verdad, estoy bien así. No necesito a ningún capullo galáctico que me amargue la existencia. He tenido experiencias de todo tipo, buenas, malas y regulares como todo el mundo, supongo. Sin embargo, no es algo que me preocupe. No tengo pareja y no pasa nada. La tarde se nos pasa rapidísimo y es que hablamos de todo sin tapujos, del día a día, del trabajo, de sus relaciones de pareja, de malos entendidos, del próximo viaje que tenemos que organizar…en definitiva, de lo que nos sucede a lo largo de la vida. Quedamos en vernos el viernes de la semana que viene para cenar. Me parece un plan buenísimo.

Después de una semana de marrones y mierda en la oficina necesito un poco de expansión. Quedar con ellas, pasar un rato agradable y desconectar. Me he dedicado tiempo a acicalarme para salir, me apetecía y el resultado me encanta, me veo genial en el espejo del ascensor. Hemos quedado en un restaurante al que nunca hemos ido, me han citado allí a las nueve. Iremos llegando poco a poco para cenar. La primera en hacerlo soy yo, pregunto al camarero que cual es la mesa que tenemos reservada y me dice que espere un momento en la barra que la están preparando. Me parece algo extraño si todavía no han empezado el servicio, pero mientras lo hacen aprovecho para tomarme un vino antes de cenar.

—¡Hola! Eres Elsa, ¿verdad? —me pregunta un hombre que ha venido derecho a mí en cuanto ha entrado por la puerta. Miro a los lados sin entender muy bien qué es lo que ocurre y asiento.

—Hola, sí soy yo —contesto.

—Encantado —suelta arreándome dos besos. No sé quién es.

—Y ¿tú eres? —pregunto con cuidado.

—Germán —responde sonriendo y yo debo de tener cara de acelga, porque sigo sin entender.

—Encantada, Germán —añado.

—¿Cenamos? —pregunta de nuevo. Va directísimo y no sé si se habrá equivocado pero creo que no soy la mujer que busca.

—He quedado con mis amigas —contesto confundida.

—¡Vaya! No te gusto —espeta, y no doy crédito.

—¿Cómo? —pregunto estupefacta.

—Que no te gusto, que te acabas de inventar que has quedado con tus amigas a cenar por no decirme a la cara que no te gusto —suelta sin apenas respirar. Voy a rebatir todo lo que dice pero continúa—. ¡Qué fuerte me parece! —dice todo indignado—. No deberías ir jugando así con las personas, ni herir sus sentimientos,

pero vamos que conste que a mí ni fu ni fa, tampoco eres para tanto. Encontraré una mujer de verdad, no una falsa y creída como eres tú —suelta, se da la vuelta y se va.

No entiendo nada de lo que acaba de pasar, miro alrededor buscando la cámara oculta, porque esto es lo que parece. ¿Quién me ha hecho esta encerrona? Y en cuanto lo pienso sé de sobra quien ha ideado todo este plan macabro. Las hijas de puta de mis amigas, no me lo puedo creer. ¡Qué zorras! Si es que ¿Cómo podía salir bien esto? Imposible. Me han concertado esta cita a ciegas y no sé si matarlas, reírme, matarlas otra vez o dejarles de hablar para siempre. Entiendo que no van a venir, así que con las mismas entro en un Burger King, me compro un menú con todo y me vuelvo a casa para comerme mi cena mientras veo una serie o una peli en zapatillas y maquillada. Me las pagarán.

Al día siguiente no contesto a los mensajes de buenos días del grupo de *Whatsapp* que tenemos. Estoy enfadada con ellas, ayer no tanto, pero después de pensarlo durante la noche, sí y mucho. No han debido hacerlo, nada de eso. Me valgo y me sobro para encontrar a un hombre, pero es que no quiero, ¿no entienden ese pequeño detalle? Además, de un tiempo a esta parte solo me he topado con capullos integrales; el de no eres tú soy yo y a los dos días con otra, el de no quiero nada serio y está esperando un churumbel, el de estoy genial contigo voy a dejar a mi mujer… ¡Y una mierda! Todo mentiras, no habré tenido suerte o es que tengo el radar escacharrado o hago mal el *casting* porque si no, no se entiende. Durante la semana espero llamada de mis amigas, y al final lo hacen, me llaman y se disculpan. Su gracia fue abrirme un perfil en una aplicación de citas, todo muy normal para mujeres hechas y derechas, ni que tuviéramos 15 años. Pues no se les ocurrió nada mejor, una foto mía y *match* con el tal Germán. Pues

salió rana y el enfado me provocó una calentura en el labio que no puedo apenas hablar. Nueva semana y aunque no me ha gustado nada lo que han hecho decido correr un tupido velo, espero que no se les vuelva a ocurrir hacer semejante tontería o al final tendremos cuatro palabras bien dichas.

Capítulo 3

El más creído del mundo mundial

A primera hora del lunes mi jefe me hace llamar a su oficina, entro en su pecera y por la cara que trae no son buenas noticias.

—Buenos días, Elsa —saluda mirándome fijamente.

—Buenos días, Javier —contesto con cautela. No sé por dónde van los tiros.

—La semana pasada te pedí algunas cosas y he revisado mi mail y no las tengo —ataca sin levantar la voz.

—Correcto, algunas te las pasé el viernes a última hora y lo que falta pensaba terminarlo hoy —explico mirándolo igualmente.

—Ya, Elsa, pero ¿sabes? Las necesitaba para la semana pasada no el viernes a última hora porque no las pude revisar —incide de manera fría.

—Hasta donde yo sé, Javier, el viernes todavía cuenta como semana pasada, y hasta las tres que fue cuando te las envié es mi jornada laboral, por lo que técnicamente cumplí —explico.

—No te hagas la graciosilla conmigo que nos conocemos, Martínez —me amonesta llamándome por mi apellido, cosa que odio. No es que reniegue, pobre hombre mi padre, pero sabe de sobra como me llamo.

—No me hago la graciosilla, solo te explico mi manera de proceder —añado de nuevo.

—No se puede hablar contigo, Elsa, con los años que llevas aquí no entiendo como no te han echado todavía —espeta y se ve que le ha fallado el subconsciente porque en cuanto lo ha dicho he visto que su cara ha mudado el color.

—Sí se puede, de hecho, estamos hablando. Y en cuanto a lo segundo, no me han echado porque trabajo bien, soy eficiente, responsable y capaz. No encontraréis a otra como yo, te guste o no —concluyo girándome.

—No hemos terminado, Martínez —corta alzando la voz —. Mañana se incorpora Álvaro Rodríguez, espero que lo trates bien. Los primeros días los pasará contigo, como eres tan buena, eficiente, responsable y capaz quiero que lo formes, al menos al principio; después pasará conmigo antes de que lo estropees —termina con toda la ironía que puede.

—Muy bien, lo esperaré con los brazos abiertos. Que tengas un bonito día Javier —me despido con la sonrisa más falsa que soy capaz de poner.

Ya lo que me faltaba, con todo el trabajo que tengo pendiente, formar al nuevo. No es que no me guste, es que lo he hecho tantas veces que me canso. Además no me lo pagan. Aprenden y cuando lo hacen y están sueltos, se van. A veces me dan ganas hasta a mí de hacerlo, sobre todo en los días que el capullo de mi jefe se ha comido un payaso y solo dice que tonterías.

A la mañana siguiente y con mi mejor actitud espero al tal Álvaro

Rodríguez, empezamos de cojones. Las siete y media de la mañana y sin aparecer, pues no seré yo la que se queje. Tenía que estar aquí a las siete, si en su primer día ya llega tarde, la carta de presentación no es muy buena. Todos estamos a lo nuestro cuando mi teléfono suena y veo que se trata de mi jefe, me da pereza contestar.

—Buenos días, Javier —contesto sin acritud. Soy profesional.

—Buenos días, Elsa, ¿qué tal Álvaro? —pregunta queriendo saber.

—De momento, aquí no ha llegado nadie —contesto tranquila.

—¿Cómo? ¿Qué no está contigo? —inquiere como una escopeta.

—No. No hay nadie conmigo —, confirmo.

—Ve a buscarlo ¡ya! —me ordena levantando el tono de voz.

—¿Dónde? ¿Dónde quieres que vaya? —pregunto alucinando.

—Y yo qué sé, a recursos humanos, a recepción —enumera—, igual se ha perdido.

—Pues que pregunte y se encuentre, supongo que eso podrá hacerlo, ¿no? —protesto.

—Ve a por él y te pones a formarle ¡ya! —espeta y me cuelga.

Pues me lo voy a tomar con calma, iré donde me ha dicho porque podría llamar por teléfono, pero no me sale de las narices. Así me daré un paseo y me espabilo porque me parece a mí que va a ser dura la semana con el tal Álvaro Rodríguez.

En recepción no hay nadie esperando, es más, he hablado con Rosa, la recepcionista y dice que no ha visto a nadie nuevo hoy por la mañana. Me dirijo entonces a Recursos Humanos, hablo con unos y con otros y siento que para trabajar en el mismo sitio hace demasiado tiempo que no quedamos a tomar algo. Le pregunto a Olga, que es la *sheriff* del lugar, todo pasa por su mesa. Revisa currículums y me confirma la identidad del nuevo capullo y me dice

que está citado para el día siguiente, así, de esta manera me libro de un día de la formación. Con las mismas vuelvo a mi mesa, me pongo a hacer lo pendiente y mi pequeña victoria hace que me sienta bien. Mañana será otro día.

Martes, siete de la mañana. Nadie a la vista, esperaré un tiempo prudencial y si veo que no llega nadie volveré a bajar a recepción o iré a recursos humanos. Que por mí no quede. Siete y diez. Veo acercarse a un hombre de más o menos cuarenta, traje chaqueta azul marino, camisa rosa pálido, corbata rojo rubí, zapatos marrones…menuda radiografía le he hecho, yo y todas mis compañeras: como para no. Está muy bueno, o eso parece a primera vista. Saluda con una sonrisa impecable y viene directo a mí.

—Buenos días, Elsa, soy Álvaro Rodríguez —se presenta.

—Buenos días, Álvaro, soy Elsa —saludo, él me estrecha la mano y yo se la estrecho también.

—Un placer, según me ha dicho Javi vas a ser mi sombra —comenta.

¿Javi? No he llamado Javi a mi jefe en la vida, y llega este, diez minutos tarde, y su jefe se llama Javi, increíble. Debo de estar haciéndome mayor, porque hay ciertas concesiones que no veo.

—Eso parece, ¿nos ponemos al lío? —pregunto y sin dejar opción a nada le pongo una silla a mi lado y abro el ordenador desde lo más básico. ¡Qué he hecho yo para merecer esto! No quieroooo.

Álvaro presta atención aunque va de sobrado, es decir, le comento alguna cosilla y él como que ya está de vuelta de todo y lo tiene controlado. Sí, bonito sí, cuando tengas dudas llamarás a Elsa para que te las solucione. Me armaré de paciencia, con un poco de suerte estos cuatro días con él, y después que se vaya con Javi no vaya a ser que lo estropee, cada vez que me acuerdo me pongo mala.

Tengo sobredosis de Álvaro Rodríguez, es decir, es muy intenso, acaparador, sabe que gusta, pero eso no es salvoconducto para todo. Ha revolucionado a las chicas de la oficina, sobre todo a las más jóvenes y lo que peor llevo es que me haga esperar porque ha recibido una llamada importantísima. ¿En serio? Te estoy formando, el resto puede esperar, no estoy aquí para servirte ni ser tu secretaria, atiende a lo que te digo y después contestas al teléfono o haces lo que quieras. Javier se ha acercado durante la mañana para ver qué tal todo y ha soltado algún comentario que solo entendíamos él y yo con respecto a la formación o deformación, según lo ve él del nuevo. En fin, en breve ya estará fuera de mi vista. Puede llegar a ser muy cargante el nuevo miembro del equipo.

Viernes por fin, estoy deseando de acabar la jornada laboral, está siendo una semana dura. Mi trabajo está aparcado porque tengo pegado a mi culo al nuevo. Cada día lo soporto menos y es que creo que ha cogido confianza de más en poco tiempo, paciencia. Las tres de la tarde, apago el ordenador, meto mi móvil en el bolso y busco las llaves del coche cuando alguien me da un toquecito en la espalda.

—Hola, Elsa —saluda Álvaro.

—Hola, ya me iba —corto. No quiero que venga con dudas y chorradas del curro. Podrá esperar al lunes y si no que se quede aquí sentado yo me piro.

—Sí, claro. Entiendo que estés cansada, toda la semana conmigo ha tenido que ser dura —afirma y no seré yo la que lo contradiga. Si es consciente de su intensidad y arrogancia es un punto a su favor.

—Puedo con ello, pero no me pagan por quedarme ni un minuto más, así que… —dejo en suspenso. No sé qué quiere de mí.

—Quería invitarte a tomar algo en agradecimiento por tu atención tan exquisita —espeta. No me lo esperaba, la verdad.

—Oh —acierto a decir, pero me recompongo al instante —, es parte de mi trabajo. Tengo que enseñar bien al que llega para que cumpla con su trabajo de la mejor manera posible —respondo de forma correcta.

—Y lo has hecho, créeme —contesta —. No rechazarás mi invitación, ¿verdad? —inquiere y como le conozco un poquito y creo que puede ser muy insistente acepto para quitármelo de encima cuanto antes.

—Claro que no, Álvaro —suelto, me siento la mujer más falsa del universo.

—Vayámonos entonces, tú eliges. No conozco nada de por aquí.

Montamos en el ascensor y yo no hablo, la verdad es que a excepción de asuntos laborales no me interesa mucho la vida de este hombre y como no sé de qué hablar decido no hacerlo.

—Eres tímida, ¿eh? —comienza y me da pereza hasta contestar.

—No mucho, creo —discrepo y parece que mi respuesta no le ha gustado por la cara que ha puesto.

—¿No tienes curiosidad de saber cosas de mí? —pregunta y no doy crédito, ¿se puede ser más egocéntrico y capullo?

—Las que tú quieras contarme, soy muy prudente y discreta —contesto amable.

—A ver, a ver —comienza haciéndose el interesante. Ya hemos salido del edificio y callejeamos buscando un bar donde tomar algo —tengo cuarenta y cinco años, estoy divorciado, no tengo hijos ni cargas. Casa pagada y gano una pasta —responde. Si esta es su carta de presentación, ¡mátame camión!

—Muy bien, veo que te sabes vender muy bien —respondo. ¿Qué quiere que le conteste? Un muy bien campeón, llegarás lejos si sigues así. Me parece superficial y frívolo. Creo que las personas no se definen por su cuenta bancaria y menos si dicen que gana una

pasta. En fin, cada uno.

—Es parte de mi encanto —afirma y con ello me queda claro que es idiota.

Llegamos al bar, nos acercamos a la barra y pedimos. Por la hora decido tomarme un vino.

—Un vino blanco para mí, por favor —pido sin esperar a que él se decida.

—El caballero ¿Qué tomará? —pregunta el camarero.

—¿Me puedes decir qué vinos tienes? No todos me gustan.

Pongo los ojos en blanco, miro al camarero en señal de solidaridad y él muy amablemente le canta toda la carta de vinos de memoria, desde los blancos a los tintos pasando por el rosado. Cuando el señor tiquismiquis se decide nos vamos hasta una mesa que está alejada. Estoy deseando que acabe esto.

—Me pareces muy guapa, Elsa —espeta nada más sentarse. ¡No por Dios! No sigas por ahí.

—Muchas gracias, Álvaro —contesto mordiéndome la lengua.

—Te lo dirán a menudo, pero es verdad. En cuanto te vi me dije: Álvaro, esta chica es un bombón —espeta y como no quiero montar el espectáculo decido beber casi todo el contenido de mi copa.

—No es necesario que sigas, Álvaro, somos compañeros de trabajo —zanjo, espero que lo entienda.

—Eso no es un inconveniente, de hecho, las mejores historias que he tenido han sido con compañeras de trabajo. Unas aventuras increíbles, algún día te las contaré —añade, y que me diga tan alegremente que va a contarme aspectos de su intimidad que involucran a otras mujeres y que para más INRI no pueden defenderse o alegar nada me toca la moral.

—No es necesario, Álvaro, déjalo para tu ámbito personal —contesto.

—Te gustaría saber alguna de ellas, estoy seguro. Porque tienen morbo, peligro… —enumera intentando hacerse el interesante.

—No me cabe la menor duda, pero eso forma parte de tu intimidad —reitero cada vez más molesta—. Además soy de la opinión de que donde tengas la olla no metas la …. —no quiero ser soez así que no termino la frase.

—Eso dicen, a mí no me ha creado ningún inconveniente nunca. Es más, no considero eso para nada. Si encuentro a una mujer con la que tengo afinidad, *feeling,* conexión, me da igual donde trabaje, si a mi lado o a la otra punta del planeta. Lo intento todo y créeme, al final cae —espeta y no me puede dar más asco. Además de airear intimidades utiliza a las mujeres como trofeos de caza, muy bien amigo, ¡te estás coronando!

—Pues en eso no estoy de acuerdo contigo, así que, para mí es algo que llevo a rajatabla. Nada de conexiones, relaciones o llámalo como quieras con compañeros de trabajo —sentencio apurando mi copa. Se acabó el paripé.

—Compañeros, compañeros no somos, Elsita, yo ahora estoy aquí pero ya sabes que viajaré bastante, por lo que cuando venga a la oficina tú y yo podríamos saltarnos tu juramento —contesta con voz melosa y asquerosa, porque me está dando un asco que me muero.

—No soy lo que buscas, Álvaro, y me llamo Elsa. Para que no se te olvide —concluyo levantando y yéndome.

He dejado a Álvaro solo, pero es que no tengo que soportar sus babas más, que le den. El lunes que sea mi jefe el que esté con él o con quién sea, yo me niego a hacerlo más. Pedazo de baboso que han contratado.

Llego a casa enfadadísima, y no sé si es por las chorradas que ha soltado el imbécil de Álvaro o porque soy imbécil y por ser

amable no le he mandado a la mierda cuando debería. No sé, también será el trabajo de toda la semana, creo que estoy cansada de más. De mis amigas no sé nada, pero como no propongan algo para el fin de semana creo que no salgo, además sigo algo molesta con ellas por el episodio de la aplicación para ligar.

Fin de semana en casa, me ha venido genial desconectar de todo. Me he dedicado a mí, y a hacer cosas que me gustan como leer, escuchar música y he retomado la pintura. Tengo en casa un caballete montado desde hace un montón de tiempo y entre unas cosas y otras nunca saco un ratito para ponerme a garabatear. No soy buena, soy consciente de ello pero me da tanta paz que debo retomar esta afición porque me viene bien.

Capítulo 4

Moscones en las flores de cumpleaños

De vuelta al trabajo, lunes otra vez. A las siete y media aparece Álvaro coqueteando descaradamente con una compañera mía que va a caer en su red como siga así, se ve a leguas y me da una grima ver como la acecha. Es como un animal salvaje que va acorralando a la presa. De mí pasa al principio, pero debe de ser que como yo también lo hago con él eso le molesta enormemente y viene hasta mi mesa.

—Elsita, buenos días. No te enfades conmigo que soy un buen partido, bombón —espeta y desde el principio de su frase hasta el final es para vomitar.

—Alvarito, me llamo Elsa, que veo que para tener cuarenta y cinco años vas muy mal de memoria. Y en cuanto a lo de enfadarme o no, no estoy enfadada simplemente no me interesas. Y que soy un bombón lo tengo claro, pero no hace falta que me lo repitas constantemente. Que tengas una buena semana —espeto y me voy.

No quiero verlo.

Con una sonrisa algo menos amplia que cuando ha llegado se va a la pecera de mi jefe. Ahí los dos, codo con codo, no veo el momento de que se ponga a viajar y desaparezca de mi vista.

Álvaro no ha vuelto a molestarme, es más, intento evitar estar donde él está o cuando veo que es posible que venga hasta mi mesa me voy a tomar un café, al baño o donde sea. Creo que su formación termina esta semana así que con un poco de suerte, no volveré a verlo en mucho tiempo. Es un chulo de manual.

El viernes quedamos a cenar las chicas y yo. Les comento que me molestó muchísimo lo que hicieron con Germán, y que por favor no vuelvan a hacerlo y el resto de la noche casi el monotema ha sido Álvaro Rodríguez, alias el engreído. Se han reído de lo lindo, pero a mí su actitud y su forma de ser no me gustan. Nada de nada. Mi amiga Celia llega a una conclusión y nos cuenta su teoría con respecto a mí. Dice que de un tiempo a esta parte solo se me acercan los capullos que puede ser que sea por la primavera, que la sangre altera y hace que aparezcan más todavía. Desconozco el motivo pero tiene toda la razón: repaso con ellas. Borja en pijolandia, el tipo del taxi al que llamaré *homo capullus*, Germán el ofendidito, Javi el jefe déspota y Álvaro el terror de las nenas. Vamos que ni un *casting* para encontrar a lo peor de lo peor. Será que tengo un imán para atraer a estos tipos, no lo sé. De verdad que no pongo el listón alto, solo quiero que llegue a mi vida un tío normal, que se gane la vida dignamente, que no sea un baboso ni un déspota, que no alardee ni de su dinero ni de sus conquistas, que me quiera y me respete. Un hombre normal. No pido más. Mis amigas se mean de la risa, me dicen que lo que yo pido está en peligro de extinción y que si quiero algo así tengo que ir a buscarlo en una panadería. No sé de dónde se sacan esa idea, pero tal vez

tengan razón. Tal vez el panadero de mi barrio reúne todos los requisitos que estoy buscando.

Nueva semana y estoy de un humor espectacular, tal vez sea porque cumplo años y me siento genial. En paz conmigo misma, realizada profesionalmente, considero que tengo un grupo de amigos genial que nos apoyamos y nos queremos, con mi familia lo mismo, así que me siento una privilegiada. Nada más entrar en la oficina noto miradas algo inquietas a mí alrededor. Algunos son conocedores de esta fecha, otros no, sin embargo yo saludo como todos los días y voy hasta mi mesa. Allí en todo el medio encuentro un gran ramo de rosas rojas, no sé cuántas serán pero más de una docena hay seguro. Miro alrededor por si fuera idea de los compañeros de la oficina, pero nadie parece percatarse de que estoy aquí ante un gran ramo de rosas rojas que ha tenido que valer un dineral. Busco entre las ramas una tarjeta y no hay nada, tampoco en el gran lazo verde que acompaña al papel brillante de alrededor. Me quedaré con la incógnita hasta que aparezca la persona que me lo ha regalado. Descarto a mis amigas, ellas podrían comprarme flores pero no rosas rojas, creo que esto denota más amor, o una relación diferente a la amistad. Me viene el *flash* y no puedo evitar en pensar en Álvaro Rodríguez, por favor por favor que no sean de él.

La mañana transcurre sin muchos sobresaltos, evidentemente el ramo enorme no pasa desapercibido y soy felicitada por parte de mis compañeros. Mis amigas también lo hacen a través de mensajes y llamadas, así que estoy feliz. En cuanto llego a casa pongo un jarrón con agua e introduzco los tallos de las rosas, he quitado el papel y el lazo que lo envolvían y lucen perfectas. Me las quedo mirando como una imbécil sin saber aún de quién pueden provenir. Como, me acomodo en el sofá y me quedo traspuesta durante unos minutos,

solo me despierta el sonido del móvil con una notificación de mensaje. Un número que no conozco me está escribiendo un *whatsapp*, escribe, deja de hacerlo, escribe, deja de hacerlo, me da la sensación de que lo único que tenía claro ha sido el primer hola que ha escrito; el resto de mensajes creo que los borra a medida que los escribe. No contesto hasta que no termine de escribir eso que quiera decirme.

A los pocos segundos aparece en mi pantalla un párrafo larguísimo, leo:

«Hola

Hola Elsa, soy Diego. Seguramente no tengas este número ya que lo cambié. Te escribo para desearte un muy feliz cumpleaños y espero que lo estés disfrutando muchísimo. Me he tomado la libertad de mandarte un ramo de flores a la oficina, espero que no te haya molestado. Lo cierto es que siempre quise hacer una cosa así cuando estábamos juntos y nunca me decidí, menuda tontería ¿no? Sigo echándote de menos y aunque he intentado rehacer mi vida, lo cierto es que no he encontrado a nadie como tú. Eras única y lo sigues siendo. Todavía me pregunto qué fue lo que te hizo tomar la decisión de dejarme y por más que le doy vueltas sigo sin encontrarla. Me gustaría quedar algún día contigo y tomar un café si te apetece. Me dices algo ¿vale? Te quiero Diego».

¡Tócate los pies! Ahora aparece este, mi ex. El eterno niño que no hacía nada sin el beneplácito de su madre y que buscaba en una pareja la prolongación de una madre. Y todavía me pregunta que porqué decidí terminar y me dice que como no encuentra a nadie como yo decide escribirme, esto es digno de estudio o me estoy volviendo loca. Por eso mismo, porque no tomabas decisiones, porque tenía que hacer yo todo por ti, porque era yo la que te cuidaba y tú no hacías nada por mí... Estoy por apostar que ha

pedido permiso a su madre para enviarme las rosas. No maduramos, no quiero un niño al que criar, ya todos somos mayorcitos. Tendré que contestarle algo ¿no? Al final tendrán razón mis amigas, los capullos aparecen en primavera, todos a la vez. Todos juntos. Y todos vienen a mí. Tendré un imán o algo.

Por la noche me encuentro con mis amigas, hemos quedado a tomar algo a última hora. Todas tenemos compromisos, pero la cervecita para brindar no nos la quita nadie. Estamos cerca de mi casa, en una tasca en la que a diario no hay más que cuatro abueletes que leen el periódico y toman café, lo más concurrido que va a estar el bar en toda la semana es hoy. Somos cinco, Celia viene del gimnasio, Anabel ha dejado a los niños con su marido y se ha escapado, Marta aprovecha las clases particulares de piano de su hijo Manuel para venir también y Cata llega con la lengua fuera; acaba de salir de trabajar. Brindamos, nos reímos, me dan sus regalos y pasamos un rato agradable. Les cuento la anécdota de las flores y flipan; Diego era una marioneta manejada por su madre y por lo que deducimos no ha cambiado mucho la cosa. Ellas me han dicho que le conteste después de bebernos un par de cervezas, capaces son de soltarle alguna lindeza como les deje el móvil. Tendré que hacerlo pero cuando esté sola, no con ellas delante. Una vez en casa hago lo mismo que ha hecho Diego, empiezo y rectifico el mensaje. ¿Qué le digo a este hombre? parece que ahora me separa de él un abismo, pero no hace tanto de nuestra ruptura y veo que no tenemos nada en común.

Me armo de valor y escribo:

«Hola Diego, no tenía tu número. Muchas gracias, las flores son espectaculares no tendrías que haberte molestado, pero es un detallazo. Te lo agradezco. Cualquier día coincidiremos por ahí, estoy segura. Cuídate. Elsa».

Corto, conciso y amable. No quiero que se lleve a engaño y no quiero darle falsas esperanzas, no me interesa como pareja y como amigo, de momento tampoco puedo.

Capítulo 5

¿Alergia al polen o a los capullos?

Los días pasan, la primavera avanza y con ella mi alergia, parece que tengo un pimiento morrón en vez de nariz. No doy abasto con los pañuelos y los antihistamínicos no funcionan así que aquí estoy esperando a que mi doctor me vea. No puedo respirar y no dejo de llorar, vamos que soy un cuadro. Parece que vamos con retraso, delante de mí hay cinco personas todavía, así que no queda otra que esperar. De las cinco personas tres son mayores, por lo que intuyo que tendrán más de un achaque y la consulta se alargará, el otro es un chico de más o menos mi edad que tiene los mismos síntomas que yo. Está sentado justo a mi lado.

—¿Alergia? —pregunta.

—Galopante —contesto—. ¿Tú?

—Eso creo, nunca antes había estado así de congestionado y no dejo de estornudar —confirma.

—Pues tiene toda la pinta sí, este año además los niveles de

polen están en máximos históricos —respondo.

—¿En serio?

—Sí, sí, eso han dicho en las noticias, y a tenor de cómo tengo la nariz y mis síntomas debe de ser. No me ha dado un brote igual en mi vida —contesto.

—Vaya, lo siento mucho.

—No pasa nada, hombre, es lo que toca —respondo queriendo quitar hierro al asunto.

—¿A qué eres alérgica? —pregunta curioso.

—Creo que a todo, jajaja —no puedo evitar reírme, pero cada vez voy a peor —gramíneas, olivo, plátano de sombra, abedul, ciprés, encina, al pelo de los gatos, a los frutos secos y a algunos componentes químicos —enumero.

—¡Vaya! Estás hecha un asco entonces —concluye y no puedo estar más de acuerdo.

—Tienes toda la razón, nunca me lo habían dicho de forma tan sincera y descarada —añado.

—Perdón, perdón, no quise ofenderte —se disculpa azorado.

—No te preocupes, hombre, es una broma —respondo sonriendo.

Pasamos más de una hora charlando de unas cosas y otras y he de decir que es un tipo simpático, además vive cerca de mi casa, así que es posible que nos veamos en alguna ocasión por el barrio. Llega su turno y se despide al entrar a consulta. Su visita al médico ha sido de apenas diez minutos, cosa que agradezco, estaba empezando a agobiarme de tanto esperar. Antes de irse me tiende un papel y me dice sonriendo que es su número de teléfono, no tengo ni idea de cuando lo habrá anotado y tampoco puedo entretenerme a preguntar porque ya me ha llamado la enfermera para entrar. Salgo con un arsenal de recetas de antihistamínicos,

sprays con corticoides, colirio y no sé cuántas cosas más. Voy a la farmacia y lo compro todo, y cuando llego a casa estoy agotada, necesito algo para poder respirar, así que sin dudarlo empiezo el tratamiento, en cuanto meto la mano en el bolso para sacar todas las cajas de medicamentos me encuentro con el teléfono de Marcos que es como se llama el otro alérgico con el que me he encontrado en el médico. Sin dudarlo grabo su número en la agenda del móvil y decido mandarle un mensaje. Presentándome sin más y preguntándole que qué tal está de sus síntomas. Como y me tomo el antihistamínico y lo que provoca, aparte de mitigar mi alergia es que me produce un sueño atroz. Me tumbo en el sofá y cuando me despierto son más de las siete de la tarde, noto la cabeza pesada pero creo que es de tantas horas como he dormido. Se ve que mi cuerpo lo necesitaba porque no soy yo de echarme siestas tan largas. En cuanto me desperezo veo que tengo varios mensajes en el teléfono: mis amigas, mi madre y Marcos. Con curiosidad lo abro y leo: «Hola Elsa, me ha recetado un antihistamínico y me ha mandado unas pruebas para descartar otras alergias».

Un mensaje correcto y amable. Decido contestarle y así nos tiramos hasta la hora de cenar. Nos hemos puesto a hablar y se me ha pasado el tiempo volando, es un tipo interesante. Esto promete.

No hay día que no hable con Marcos varias veces al día y hoy por fin vamos a quedar, me apetece y parece que a él también. Nos hemos citado en un punto intermedio entre su casa y la mía, en un bar que está bastante bien y al que alguna vez he ido con mis amigas. Me saluda muy amablemente con un par de besos y nos sentamos en una mesa cercana al gran ventanal. La tarde pasa rápidamente, es ameno, divertido y me gusta estar con él. Los días pasan y cada vez me siento más segura con Marcos, hoy me ha invitado a su casa y lo cierto es que voy a ir, me apetece. Soy una

mujer sin compromiso que puede pasar una noche con un hombre si le apetece y eso voy a hacer. El estilo de la casa de Marcos es peculiar, no diría que desordenado pero veo una mezcla de muebles y estilos un poco extraña. No me disgusta, pero no es a lo que estoy acostumbrada. Marcos hace la cena mientras compartimos una copa de vino, me he ofrecido a ayudarle pero se ha negado, así que no insisto más. La cena estaba buena y después hemos ido al sofá de su salón, me he acurrucado contra él y el resto ha surgido solo. He de decir que Marcos se ha portado genial conmigo y lo hemos pasado muy bien.

Las visitas a su casa o a la mía se están haciendo cada vez más frecuentes y he de decir que no esperaba encontrarme con nadie en la consulta del médico pero… estas cosas pasan.

—¿Estás a gusto? —pregunto después de hacer el amor en mi cama.

—Mmmm —contesta como si fuera un ronroneo.

—¿Te puedo preguntar algo?—pregunto incorporándome para mirarlo a la cara.

—Dispara —contesta.

—Tú y yo, ¿qué somos? —inquiero.

—Pues no sé Elsa, fluyamos, ¿para qué vamos a ponerle nombre si estamos bien así? —pregunta evadiendo la respuesta. ¿En serio que ha dicho fluyamos? ¿Qué somos ahora, un río? Increíble.

—No quiero ponerle nombre, simplemente quiero saber a qué atenerme —contesto molesta.

—Disfruta, libera tu mente, evádete de la rutina, transita por los diferentes estados emocionales que te genera el compartir tu tiempo conmigo… —empieza a enumerar y me he perdido en la segunda palabra.

—Lo siento pero no, Marcos. Espero que no te moleste lo que te

voy a decir y en ningún caso he insinuado ni pedido que nos casemos, que tengamos hijos o que vivamos juntos, ¿entiendes? —inquiero llamando su atención.

—Perfectamente.

—Pero lo que sí necesito saber es qué sientes tú por mí y hacia dónde va esto, porque yo lo tengo claro y podría llamarlo de mil formas y sé lo que implica. Me parece que tú no quieres compromiso, ni llamarlo de ninguna manera para no tener responsabilidad sobre ello, ¿me equivoco? —pregunto de nuevo.

—En absoluto, esto es lo que puedo ofrecerte. Si no te interesa entiendo que esto acaba aquí —dice levantándose, recogiendo sus cosas y desapareciendo de la habitación. Estoy flipando. ¿Dónde ha quedado la madurez y la responsabilidad emocional? Otro capullo galáctico, si al final mi alergia es a los tíos no al polen.

He pasado unos días jodidos de verdad, y es que aunque no lo quiera admitir delante de mis amigas, Marcos me gustaba. Me lo pasaba muy bien con él y podíamos hablar de mil cosas diferentes, en definitiva que no me aburría, pero el comportamiento del último día ha echado por tierra todo lo bueno que veía en él. Será cuestión de tiempo que me recupere, no es la primera vez, pero tenía la corazonada de que esta vez podía salir bien. Además, creo que él se rindió muy rápido, admitió mis palabras y no replicó más, no sé si le pareció bien o mal pero al menos podría haber expresado sus sentimientos o haber intentado aclarar las cosas. Tal vez sea yo o serán los antihistamínicos que me nublan la mente, porque es increíble, no acierto nunca.

Capítulo 6

Fin de la primavera:
¡Fuera capullos!

Cerrado por vacaciones hasta nueva orden. Me tomo un descanso en el mundo masculino, no es que estuviera buscando desesperadamente una pareja, pero lo que ha ido apareciendo a lo largo de esta primavera ha ido de mal en peor para lo que yo quería. Por delante tengo tres semanas de no ir a trabajar y como todos los años las organizo de la siguiente manera: la primera la dedico a ordenar mi casa, una limpieza más o menos exhaustiva y arreglillos necesarios, los siguientes diez días los divido en unas minivacaciones de fin de semana en el pueblo de Rocío, siempre nos escapamos para ver a su abuela y me encanta como nos recibe. Tiene noventa años y siempre bromea con que es el último año que nos prepara la casa y la comida para nuestra visita, le quitamos hierro al asunto pero cada vez está más cercano su final y cuando eso ocurra nos dará una pena tremenda. Es una mujer increíble. Los siguientes siete días los dedico a ir de vacaciones con las chicas, no todos los

años vamos juntas ni todas, dependiendo de las vacaciones de sus parejas o de los días que les den el trabajo; este año seremos cuatro; Celia, Cata y Marta. Anabel irá de vacaciones con su marido y sus hijos en otras fechas. El resto de los días hasta completar las tres semanas las dedico a descansar en casa y organizarme; no volveré a disponer de días libres hasta la semana de Navidad.

—Buenos días, Elsa, ya de vacaciones ¿eh? —pregunta Boni nada más verme en la tienda.

—Sí, ya sabes —contesto.

—Claro, es la señal de apenas verte a estar aquí todos los días —confirma.

—Es que a diario me es imposible venir, no coincidimos por horario —añado.

—Lo sé, mujer, bromeo nada más —concluye.

Boni es el panadero de mi barrio, por el nombre que tiene podréis pensar que es un señor mayor, pero nada que ver, tiene cuarenta y dos, pero tanto él como su hermano tienen nombres de otra época; Bonifacio y Bernardo. Regentan entre los dos una panadería que tiene bastante jaleo a diario y los fines de semana, que tienen el horario más restringido, se forman colas para comprar el pan y otros productos. La empanada es muy recomendable, los cruasanes para desayunar los domingos… aunque si no madrugas vuelan.

—¿Tú para cuándo? —pregunto curiosa.

—Pues, estoy contando los días, una semana me queda y a descansar —afirma.

—¡Vaya! Pues no te queda nada entonces —respondo.

—Nada de nada.

—Y ¿dónde vas a ir? —pregunto sin más afán que ser amable.

—A ninguna parte, no tengo nada mirado y los planes que tenía

se han caído, así que lo mismo o improviso un plan o me quedo en casa descansando —contesta, y me indigno de forma momentánea.

—No puede ser hombre, todo el año sin descanso y ¿ahora no vas a ir a ninguna parte?, algo tendrás que hacer. ¡Vente con nosotras! —espeto sin pensármelo.

—¿Con vosotras? —pregunta extrañado.

—Sí, con las chicas y conmigo. Las conoces a todas, Celia, Cata y Marta —explico —. Hay sitio de sobra, hemos alquilado un apartamento en Almería.

—Te lo agradezco, Elsa, pero vais en plan de amigas, no pinto nada allí —se excusa, y puedo entender su negativa.

—Me voy dos días al pueblo de una amiga, piénsatelo y cuando vuelva me dices, sin compromiso ¿eh? Pero te vendrá bien, y por las chicas no te preocupes, yo hablo con ellas y no habrá ningún problema.

Salgo de la tienda con mi barra de pan, un pedazo de empanada y unos cruasanes a los que no me he podido resistir, lo llevaré al pueblo de Rocío y lo compartiré con ellas. Antes de nada, les comento a las chicas lo sucedido con Boni, y ninguna pone pegas, además es poco probable que venga por lo que no le han dado mucha importancia.

Los días en el pueblo de Rocío son increíbles, el tiempo pasa de otra manera y hacemos tantas cosas con su abuela que cuando caemos en la cama estamos rendidas. La verdad es que la mujer se aprovecha, en el buen sentido de la palabra, de nosotras para que le ayudemos a hacer las tareas más duras; pero ni a Rocío ni a mí nos importa en absoluto. De esta manera, aunque no descansemos, estamos entretenidas y lo impensable, como plato de cuchara en verano aunque haga calor; he de decir que ni me lo planteaba pero con treinta grados, un cocido también es una buena opción ya que

después es obligada la siesta. En el pueblo se vive de cine. De mayor no descarto buscar uno y acabar mis días allí. Sería un sueño.

Tras esos dos días en los que he recargado pilas me acerco de nuevo por la panadería. Está a tope y apenas puedo hablar con Boni.

—Buenos días, Elsa, ¿una barra? —pregunta.

—Buenos días. Sí, claro. Estás hasta arriba —contesto.

—Ya lo ves, cada vez necesito más las vacaciones —bromea.

—Qué, ¿al final te vienes? —pregunto distraída.

—Pues si hay hueco, me apunto —confirma. Y me encanta la idea.

—¡Por supuesto! Ahora mismo te agrego al grupo de vacaciones y ahí vamos diciendo, hora de salida y todo lo demás. Que sepas que me hace mucha ilusión que vengas.

—Muchas gracias, Elsa.

Llego a casa ilusionadísima, sé que Boni aunque sea un poco sosito de primeras es un muy buen tío. Trabajador imparable y amoroso con su familia ya que tanto él como su hermano siguen con el legado familiar de la panadería. He visto como tratan a sus padres y son muy amorosos. Si algo han hecho bien esos hombres, además de pan, ha sido inculcarles esos valores a sus hijos.

Finalmente Boni y yo viajamos juntos y Marta, Celia y Cata van en otro coche por temas de horario de trabajo. La única que ya está de vacaciones soy yo.

Durante el camino la conversación con Boni es amena, me comenta que a veces le pesa no haber formado una familia y que sabe que con el trabajo que tiene es muy complicado. Que ahora las mujeres solo quieren hombres que trabajen de siete a tres de lunes a viernes, y claro, en su negocio es impensable. Creo que solo descansan la noche de Nochebuena y la de fin de año, por lo que es

prácticamente imposible encontrar a nadie que se adapte a esos horarios. También me dice que el mercado para él tampoco está fácil; y esa afirmación me hace reír. Que hay mucha mujer frívola que se deja influenciar por los musculosos de gimnasio, por los que tienen coche grande y alardean de ello. Yo le rebato y le digo que no puede meter a todas en el mismo saco aunque le confirmo que esta primavera han «florecido» más capullos que nunca en mi vida. Reímos y nos contamos nuestras cosas hasta que llegamos a Almería. El apartamento es una maravilla, vemos el mar desde él y estar allí da una paz increíble. Las chicas llegan un ratito después y en cuanto lo hacen nos organizamos. Boni dormirá en el sofá, ha sido él el que ha decidido que sea así por llegar el último a las vacaciones. No ponemos pegas aunque tampoco nos importaría que hubiera elegido una habitación. Los días pasan rapidísimo, nos movemos bastante, hacemos turismo y también le dedicamos tiempo a la playa. Debo de tener un imán para las medusas, porque nada más meterme me ha picado en varias partes de mi cuerpo. He ido al puesto de la Cruz Roja y lo han visto chungo y me han mandado al centro de salud de inmediato. Ha sido Boni el que se ha ofrecido a llevarme, las chicas se quedan recogiendo y posteriormente irán al apartamento. Lo cierto es que la cara se me está deformando y apenas puedo abrir un ojo y eso que la picadura la tengo en el cuello, también tengo en el omóplato derecho, en el tobillo izquierdo y en el codo, vamos que se ha quedado bien a gusto. Me hacen pruebas y me confirman que las picaduras son de una especie bastante tóxica y dado mi historial alérgico es muy probable que me haya dado una reacción más virulenta de lo común. Antihistamínico y una crema con corticoide es lo que me han recetado, que evite el contacto directo con el sol y que la aplique cada dos horas y si veo que no remite puedo poner hielo en la zona

afectada y acudir de nuevo a urgencias. Ya tengo el día y la noche hecha. Sé lo que ocurre, no es la primera vez que me pasa, pero de esta manera nunca. Parezco un monstruo. Así lo confirman las caras de las chicas cuando me ven. Parece que solo tengo un ojo, el pie está como si fuera la pata de un elefante y la espalda no me la veo pero debe de estar parecida. El caso era que hoy íbamos a salir por la noche a una zona de la que nos han hablado, con bares y una ambiente bueno. Yo así, no voy a ninguna parte, pero animo a los demás a que lo hagan. Son reticentes y quieren quedarse conmigo pero me niego en rotundo. Son sus vacaciones que las disfruten. Boni se queda y por como lo ha dicho no hay forma de rebatirlo, además dice que ya bastantes noches pasa despierto como para desaprovechar una de sueño. Su ocurrencia nos ha hecho reír. Religiosamente me aplica la crema cada dos horas aunque esté adormilada y yo me dejo hacer, mi estado de somnolencia es grande, además hace tanto tiempo que otra persona no cuida de mí que esta sensación es muy placentera. Pasamos tiempo hablando, pero también con silencios que no son para nada incómodos, me arropa con una manta fina y se preocupa de mantenerme hidratada. Es un amor.

—Menudas vacaciones te estoy dando, Boni —confirmo—. Seguro que si lo llegas a saber declinas la oferta, ha sido como un regalo envenenado.

—No te preocupes mujer, he venido porque he querido, esto nada más ha sido un contratiempo de última hora —responde. Es más amoroso.

—Ya, un contratiempo que te ha jodido la noche —añado.

—Salir está sobrevalorado, estoy muy a gusto aquí contigo —suelta y no sé qué decir.

—Ah, la verdad es que yo también estoy a gusto —me sincero. Y

es que es verdad.

—Pues tan ricamente los dos —concluye arropándome de nuevo.

Me sumo en un duerme vela constante, Boni está viendo la tele y a veces la luz o el volumen me sobresaltan, él rápido acude a mis movimientos se pone de cuclillas frente a mí me pone la palma de su mano en la cabeza y confirma que no tengo fiebre, mira su reloj y me indica si hay que aplicar o no la crema.

—Muchas gracias por cuidarme —murmuro.

—Lo hago de mil amores, Elsa —afirma.

—Ya, pero no tienes obligación —respondo.

—Ninguna, pero lo haría toda la vida si tú quisieras —espeta y hace que me levante como un resorte.

—¿Qué? —pregunto incrédula.

—Lo que has oído, que lo haría toda la vida si tú quisieras —repite.

Cierro los ojos y Boni me besa y si me besa teniendo esta cara de monstruo qué más puedo pedir. Me ha demostrado mucho más en estos días que otros hombres con lo que he estado meses e incluso años. Se ve que la temporada de primavera no era la mía y aunque estoy de antihistamínicos hasta arriba, estos no son los culpables de nada cuando existe el amor ni el medicamento más fuerte puede pararlo.

La dama gris
(Una historia de Cold Spring)

S. F. Tale

Prólogo

Última semana de primavera.
Cold Spring.

El consejo de mujeres se había reunido a última hora de aquel viernes, cuando la cafetería *Spring Cafe & Books* ya no recibía clientes al estar cerrada, salvo para ese grupo heterogéneo de mujeres que se reunían para arreglar el pueblo, así como la vida y el mundo en general. Lilian, Teresa, Sarah, Imogen, Shannon, Tony, Cloe, Afrodita y Kendall estaban sentadas a la mesa que se había acondicionado y preparado especialmente para todas en la cafetería y en la que no faltaba de nada, ni bebidas ni comida; la salada que Shannon había llevado, y los dulces que Kendall había horneado especialmente para ellas.

El suave ruido de la lluvia al caer armonizaba la conversación que tenían, sin embargo, Dita (como llamaban coloquialmente a Afrodita), lo miraba con resignación, además de con hastío. Aquella primavera había traído una cantidad de días lluviosos que parecían no tener fin.

—En serio, en pocos días entrará el verano y la lluvia no da tregua, cuando debería hacer calor —protestó Dita, frunciendo el

ceño con desagrado.

—Y qué calor hace —apostilló Teresa—. En estos días he sudado más que cuando entré en la menopausia. —Aquel comentario hizo reír a todas.

Era cierto, pese al mal tiempo las temperaturas eran muy cálidas.

—¿Es que no va a dejar de llover? —Cloe lanzó la pregunta sin intención de que ninguna respondiera.

—Según Jared, para la semana solsticio de verano, es decir, la que viene llega una ola de calor —dijo Imogen, sirviéndose más vino de prímulas.

—Vale, estamos sufriendo una lluvia ardiente como por arte de magia —resopló Shannon.

—Es que no recuerdo una primavera tan húmeda como esta —aseguró Lilian—, y hablando con gente tampoco se acuerdan de nada igual.

—No es normal —sentenció Dita frustrada—, cae agua del cielo y en la tierra nos cocemos, ni que alguien pretendiese cocinarnos vivos ¡y que quiero ir a la playa!

—¿Desde cuándo te gusta la playa? —Tony frunció el ceño extrañada por lo que Dita acababa de gritar.

—No es que me apasione, pero con este tiempo hasta me apetece ir —confesó.

—Sí que la hubo —afirmó Flora.

—¿Cuándo? —preguntó extrañada Teresa.

—Hace mucho.

—Esto se pone interesante. —Aplaudió Imogen.

La bruja de Cold Spring dobló una pierna sobre otra

—Os voy a contar una historia. Cuenta la leyenda…

Capítulo 1

Cold Spring
Siglo XIX

La lluvia y el frío son implacables, la primavera nunca había sido tan inclemente en Cold Spring como este año. Parece anunciar cambios muy bruscos e irremediables que transformarán el futuro cercano y el lejano, ese que todavía se queda en las tinieblas del universo. El viento no arrecia ni aquí ni en los pueblos de alrededor, e incluso algunos lugareños aseguran que cuando cae la niebla ven la proa fantasmal que se desliza por el Hudson a contracorriente como un cisne herido, con las velas desgarradas como si unas garras las hubieran desollado; otros aseguran que no lo ven, sino que oyen el crujir de la madera del navío, que no es otro que Half Moon, la nave en la que viajaba Henry Hudson, y una de las leyendas más extendidas a esta orilla del río.

Sin embargo, en todo esto hay algo más profundo. No me atrevo a compartir mis sentimientos con nadie, por

eso los escondo, por miedo a que afecten a las fuerzas de la naturaleza y desate un desastre tras otro, y por eso los escribo en las líneas de este diario, para que no me puedan juzgar.

—No voy a permitir que haga nada de esto. —Oyó a su padre.

Candice Nightingale oyó el grito de su padre y suspiró de desesperanza, por mucho que su tía Fanny lo intentase convencer.

Con un chasquido de lengua y negando con la cabeza, bajó la vista hacia el cuaderno que sostenía en una mano para finalizar parte de la entrada de ese día.

En el momento en el que la felicidad parece más accesible siento asfixia, si algo estropease mi cumpleaños… no no, me lo callaré, y no lo escribiré para que no se cumpla.

Con sumo cuidado de no hacer ruido escondiendo el diario en el secreter como siempre, se levantó y miró por la ventana. La niebla había desaparecido de la tierra mostrando las casas de los aldeanos, cuyas chimeneas funcionaban sin descanso, aunque si subía la vista hacia las suaves ondulaciones de las colinas del valle que abría el Hudson a su paso, aún se podía ver entre los árbones. Como colas fantasmales se adentraban en las profundidades de aquellos bosques como si hubiera grutas en las que esconderse antes de que los ojos humanos reparasen en ella, aun así, no le importaba que los de Candice lo hicieran.

Esos iris oscuros que escondían los grandes secretos de esas tierras brillaban cada vez que observaban la naturaleza a la que estaba unida, como sus dones. Las mujeres Nightingale tenían una relación muy estrecha con el río, los parajes y todo lo que tenía que

ver con el valle, pues sus dones cobraban vida en esa parte tan agreste de Nueva York, dos mundos distintos, uno la ciudad, otro esa zona en la que todo crecía y seguía una vida distinta. Así era, sobre todo, con esa primavera que era una prolongación del invierno.

—¡POR ENCIMA DE MI CADÁVER! —bramó su padre en la planta baja.

Resignada, Candice bufó y salió de su cuarto en el que se había resguardado después del desayuno. Bajó las escaleras de madera oscura de la casa gris, una vieja casona que había construido un ancestro materno al hacer fortuna en unas inversiones que lo llevaron a tener muy buena suerte y que sus descendientes pudieran vivir con tranquilidad y con la humildad que caracterizaba a la familia, aunque por los alaridos de su padre todo el mundo pensaba que había caído en desgracia.

—Roger, por favor —la tía Fanny, hermana de su madre, quería hacerlo razonar—, no digas tontunas, tu hija sabe cómo hacer a las palabras cantar.

—Paparruchas, eso no lo hace una señorita de su clase.

—Eso nunca te importó, ¿debo recordártelo?

En ese instante Candice apoyó la espalda en la pared para escuchar con más detenimiento la discusión, aunque el volumen que utilizaba su padre ya era el normal desde hacía tiempo.

—Fue diferente.

—No lo fue.

—Lo fue, claro que lo fue, lo que no entiendo es tu cambio.

—Sí, mi cambio.

—La chiquilla no requiere clase…

—¿Qué clase me da usted desde hace años? —Candice salió de su escondite.

—¿Qué haces tú aquí? Esto es una conversación de mayores —le encasquetó su padre.

—Los mayores hablando de mí y yo sin poder defenderme de sus palabras —le escupió Candice a su padre al cual ya ni apreciaba.

—No rechistes, niña —le advirtió su padre.

—Se mete en mi vida y no me permite decir nada y, por mi parte, le recuerdo que mi vida es mía —remarcó eso último y se cruzó de brazos—. Me encanta —alzó la voz para mostrar su desaprobación.

—Candice, —su tía se acercó a ella—, no te alteres.

—Se me pide tranquilidad con todo esto —agitó la cabeza sin entenderlo, aquella situación se había repetido miles de veces—. Es mi vida de lo que hablan.

—Le pertenece a esta familia y harás lo que yo te diga —le encasquetó su padre con mucha seguridad.

—A una familia destruida —le escupió con desprecio.

Por el rabillo del ojo vio a su tía llevarse las manos a la cabeza.

—¡No hables así! —le gritó su padre.

—Baje la voz, no me da miedo y es más, digo la verdad, lo que todo el mundo piensa pero no se atreven a decirle.

—Insolente.

—Mucho, porque me defiendo a mí misma de una sesera fuera de sí.

—Por encima de mi cadáver serás escritora, juro que quemaré todos los cuadernos que haya en esta casa. ¡Una mujer escritora es una vergüenza!

—Voy a hacerlo. —Candice era consciente de que estaba tensando mucho la cuerda con su padre, pero no le importo, ya que por mucho que le dijera ella se iba a dedicar a su pasión.

—Te cortaré las manos.

—A una mujer de nuestro linaje no podrás atarla jamás —le advirtió la tía de Candice.

Candice, así como su tía Fanny y su madre que había fallecido poco más de tres años, procedían de un linaje de mujeres que a las que se las solía etiquetar de brujas debido a que por sus dones únicos podían ser admiradas o repudiadas, hecho a que su propio padre no le importó al contraer matrimonio con ella. Habían llegado en los primeros barcos de colonos que se asentaron en el valle del Hudson.

—Si tu madre viviese…

—Me apoyaría, porque ella escribía mejor que yo —finalizó Candice por su padre.

—Estupideces.

—Las que usted dice —musitó.

—Un respeto —le exigió su padre.

—El que usted me tiene.

Su padre fuera de sí, al levantarse de la silla la tiró y en pocas zancadas se puso frente a su hija.

—¿Me va a pegar? —Él no dijo nada—. Hágalo rápido.

—¡Haya paz! —exclamó la tía Fanny—. Y que el ambiente se relaje.

De pronto, Candice notó el candor que desprendía la chimenea, con esas se escabulló.

—¡No regreses! —Le ordenó su padre fuera de sí.

Capítulo 2

Candice salió corriendo de casa con los ojos anegados en lágrimas y se refugió en el bosque Foster, más conocido como el bosque de los deseos, ya que según contaba una antigua leyenda, en un claro donde las copas de los árboles permitían ver el cielo había un pozo legendario que solo aparecía ante los puros de corazón para que sus deseos se hicieran realidad.

El bosque se hallaba detrás de la casa gris, una construcción de las más antiguas de Cold Spring y llamada así por el color de las piedras con las que fue construida. Mas, lo que nadie sabía era que la unión entre el bosque y la casa era profunda, una unión que se hundía tanto como las raíces de aquellos viejos árboles entre los que Candice corría sin percatarse de que le faltaba el aire y el poco que respiraba apenas le llegaba a los pulmones.

Corría para escapar de la infelicidad de su padre.

La infelicidad que anegaba su hogar.

El bosque Foster era frondoso, el pulmón verde y exuberante, vital de Cold Spring junto a todo el valle del Hudson. Un lugar con mucha sombra, un suelo mullido por la hierba tierna de mayo y las hojas caídas el otoño anterior que, poco a poco, la tierra las iba

absorbiendo. Era el sitio perfecto para que los animales se escondiesen y nadie los viese, era como si el bosque los protegiera y sus sonidos quedasen atrapados por la densa vegetación. Sin embargo, Candice, en esa ocasión no podía percibir ese aire húmedo y rico, tan característico del bosque en esa época del año. Estaba tan alterada que los troncos crujían a su paso, hablando de lo que le sucedía a la joven bruja, mientras sus copas se fueron juntando para protegerla de las inclemencias de la primavera, ya que gotas de lluvia comenzaron a caer de una nube que oscureció de súbito el cielo con ese color plomo, que amenazaba con desprender lo que contenía en su interior.

Ella estaba tan dolida que no se enteró de que la lluvia caía sobre su vestido o de que humedecía su piel. Sus pies sabían de aquellos senderos y cuando debía saltar alguna raíz aérea que sobresalía de la tierra. Así llegó al pozo, donde no crecían los árboles y a cuyos pies se acumulaban las hojas caídas durante el último otoño manteniendo como por arte de magia esos colores marrones, rojizos y ocres, al tiempo que entre sus piedras crecía el musgo como una alfombra reverdecida bajo el agua.

Lo que Candice notaba más era el dolor de sus deseos truncados, de que su voz se acallara ante las órdenes de su padre, las cuales se habían vuelto más asfixiantes que años atrás, cuando parecía que se había olvidado de ella. Había algo en su interior que no le permitía obedecerlas, su espíritu se revelaba al estar preso y no poder amar con libertad a quien ella quería de verdad y eso le había acarreado discusiones, gritos, una relación tirante con su padre, tanto que se percibía que el hilo invisible que los unía estaba a nada de romperse.

Era una mujer, ese era el verdadero problema.

Su voz nunca debía ser escuchada, sus deseos debían ser

acallados, ya que no eran importantes para nadie, sino que a todas se las convencía de que eran tontunas y que solo la familia sabía lo que realmente necesitaba, de ahí que muchas mujeres terminasen en matrimonios más desgraciados que felices. Ese era el futuro que le esperaba si hacía caso a su padre. Sobre todo teniendo en cuenta que su cumpleaños estaba muy cerca.

Desde hacía algo más de un año su padre no quería escuchar aquello que la hacía feliz, al contrario, se mostraba indiferente, cuando no, le recordaba su condición de mujer e hija y que en ella radicaba el honor de la familia. Un peso que ya no quería soportar, pues la palabra «familia» hacía tiempo que había desaparecido de la casa gris, era más, todo estaba destruido y lo que no iba a consentir era hundirse con todo.

—Candice —oyó una voz masculina a su espalda y sus labios se estiraron antes incluso de girarse. Al hacerlo, su corazón se calentó, pues delante de ella estaba el hombre que realmente la amaba sin ninguna condición, Davis Davenport. Procedía de una familia rival de las Nightingale, lo cual a los dos jóvenes no les importaba, pues estaban por encima de todo. Candice se lanzó sin dudarlo a sus brazos, el único lugar donde se encontraba segura. Davis y ella se habían conocido en ese mismo lugar—. ¿Qué sucede, amor?

—Nada. —Ella rompió el abrazo, le rodeó el rostro con sus finas manos y le plantó un beso en los labios—. Ahora, está todo bien.

Él la separó y la observó con esos ojos marrones que la recogían con un amor infinito.

—Tu padre —afirmó no preguntó.

Ella asintió.

—Daría lo que fuera por poder huir de aquí y ser libre.

—Esta vez que fue, ¿la escritura o yo? —Davis había formulado la pregunta correcta.

—Ahora, es todo, le molesta todo —reconoció Candice, bajando la mirada. Su padre se había vuelto en su contra, cualquier cosa o cualquier hecho que comentase o quisiera hacer era severamente criticado por él—. Hoy ha empezado por la escritura, pero siempre hallará el modo de enfrentarse a mí o de llevarme la contraria para mostrarme que mis deseos no son bienvenidos.

—¡Cómo me gustaría cambiarlo todo! —exclamó en voz baja Davis antes de apoyar sus labios en la fría frente de Candice.

—No se puede, aunque podemos tomar decisiones.

—Ahora tienes la mente ofuscada.

—Da igual, no quiero vivir bajo su yugo.

—Sabes que no me importa esperar. —Davis siempre le repetía lo mismo.

Ella subió la mirada hacia él con un brillo de enamorada que no podía ocultar, pues los ojos no solo eran el espejo del alma, sino que a través de ellos las personas confesaban aquello que no se podía con las palabras. Y eso era lo que le pasaba a Candice, no encontraba las palabras exactas para definir lo que sentía en esos momentos por Davis. El rostro de él de suaves líneas alargadas le daban una apariencia más joven, cuando los dos eran de la misma edad y habían nacido bajo los auspicios de la luna llena. En esos instantes de amor silencioso los rayos del sol atravesaron cuales lanzas las nubes y cayeron en el claro e iluminaron sus ojos marrones. Su nariz un tanto larga y sus labios bien cincelados lo convertían en el hombre más atractivo a ojos de Candice de todo el estado de Nueva York.

Ella le sonrió entregada a él.

—Soy yo la que no quiere esperar, Davis, como si me tengo que marchar de casa, lo haré —confesó con firmeza.

—No creo que tengamos que llegar a esos extremos.

—Las mujeres Nightingale siempre nos hemos caracterizado por lo intrépidas que somos. —Una voz amortiguada por el tiempo los interrumpió.

La pareja se giró hacia la voz que procedía de la abuela de Candice, Flora Nightingale, apellido por las que se las conocía.

—¡Abuela! —Candice fue hacia ella para abrazarla.

Era la única que la comprendía de verdad.

—¡Hola! —Ella supo que su nieta se reconfortaba entre sus brazos—. Hola, Davis. —Él la saludó con una inclinación de cabeza —. Hay marejada en la casa gris.

—Padre, como siempre y para no variar. —Candice no requería de más palabras para explicarle lo que pasaba.

—No te voy a decir que no se lo tengas en cuenta, pero quédate con esto: las personas enfermas de dolor no ven el mundo como el resto.

—¿Padre está enfermo? —Candice arqueó las cejas a modo discrepancia.

—Desde el mismo momento en que mi querida Martha dio su último aliento —le contó su abuela.

—Ha perdido el oremus, abuela, no entra en razón y me asfixia estar con él en casa, porque la convierte en una jaula. —No había mejor explicación que esa.

—El dolor habla y actúa por él.

—Sé que no quiere discusiones en el seno de la familia, pero la vida en la casa gris, salvo para la tía Fanny, es insoportable, se nota que molesto. Aunque tengo claro que perseguiré mi libertad o le daré voz a través de mis escritos. —Candice no se iba a rendir ante su padre.

—A mí no me acepta, si lo hiciera, nos casaríamos mañana y me la llevaría lejos —intervino Davis sin poder controlarse, pues a él

también le afectaba ver a Candice en esa situación.

—No os preocupéis, el reloj del universo se ha puesto en marcha —alzó la vista al cielo—, las causas y sus consecuencias muy pronto se aclararán —dijo misteriosamente la abuela.

—¿En serio? —Davis parecía no creérselo.

—Todo se está poniendo en su lugar.

Capítulo 3

Tras aquel augurio, la abuela se marchó sin despedirse de la pareja, dejando a su paso un sosiego casi mágico en sus corazones que, por mucho que se lo callasen, sufrían también. Candice se giró hacia Davis, el hombre que le había cautivado el alma desde que se habían conocido y movida por un arrebato que se desprendió de los más profundo del corazón, lo besó.

Davis la estrechó con fuerza contra su cuerpo y ella se arqueó enredando los dedos en su cabello y tocó con audacia la lengua de él. Había tenido miedo de hacerlo la última vez, mas, ahora, con todo lo que había sucedido y lo que vivían, un amor clandestino que todo el mundo parecía odiar, no tenía miedo y no estaba satisfecha con un tímido beso de colegiala. Inclinó el cuerpo contra el suyo, y él gimió mientras la besaba aún más profundamente. Eso era con lo que había estado soñando durante tanto tiempo: su sabor, su calidez, su fuerza rodeándola. Este era Davis y lo amaba sin reparos, dilaciones o temores. Juntos se sentían invencibles al tiempo que creían que todo era posible con la fuerza del amor.

Al separarse, después de un rato, Candice notó el frío en sus labios.

—Me encanta cuando te atreves a besarme. —Davis acercó la boca a su oreja—. Con cada beso me enamoras más. —La besó en la mejilla y al mirarla a los ojos sonrió—. ¿Es así el amor?

—No lo sé, pero lo que puedo decir es que para mí es entregar el corazón sin pedir nada a cambio salvo que me correspondas. Así podremos cuidar de este amor que es una flor de sangre entre nuestros corazones.

—Me gusta ver el mundo a través de tus ojos. —Le acarició las mejillas con las yemas de los dedos al rodearle el rostro. A Davis le encantaba la calidez que siempre desprendía su piel—. Te quiero —le confesó si apartar sus ojos de ella.

—Y eso es lo único que me importa, porque el resto vendrá solo pese a las piedras que nos encontremos en el camino.

—Estoy dispuesto a esperar.

—Lo sé y eso te honra. En este caso soy yo la que no puede más, no lo soporto, te amo y el mundo debe entenderlo y me da igual lo que piense o lo que crea mi padre.

—No me gustaría que por mi culpa…

—La culpa es de él por no querer escucharme. —Ella apoyó sus manos en el rostro de él—. Davis mi padre está fuera de sí y siento que mi casa ya no es mi casa, es una jaula.

—Las cosas tendrían que ser de otro modo.

—Pero debemos afrontarlas tal y como son y no escondernos.

Unas voces se oyeron cerca de ellos.

—Será mejor que regrese antes de que en casa noten mi ausencia.

—Vale.

Él le dio un suave beso en los labios y sus caminos se separaron como siempre.

Capítulo 4

Llevo varios días sin poder ver a Davis y con mi cumpleaños cada vez más cerca va a ser imposible un encuentro con él.

Mas, todo se ha complicado con la desaparición de mi padre. Se ha ido a Nueva York y no ha regresado desde hace una semana. Sin embargo, me ando con tiento, no me fío de él ni de su desaparición.

Todos estamos en ascuas, la tía Fanny está muy preocupada, según ella si no aparece, mi fiesta de cumpleaños se deberá cancelar. Por algún motivo extraño no me preocupa, al contrario, me siento como si me hubieran quitado un peso de los hombros, aun así una parte de mí está bastante desasosegada y por momentos me embarga la sensación de sentirme observada, es como si mi padre me vigilara sin yo verlo, por eso no quiero ver a Davis. No me perdonaría que el loco de mi padre le hiciera daño. Y, sin estar él presente, la casa gris está revolucionada: hay más discusiones.

Estoy sola en mi habitación, donde mejor me

encuentro. Me siento tranquila, protegida como si nadie me pudiera hacer nada en estas cuatro paredes de mi particular fortaleza. Miro por la ventana y la luna de mayo cada vez está más crecida, está cobrando esa forma circular que la hace parecer un lago de plata brillante en medio de la bóveda oscurecida. Gracias a Dios que ha parado de llover, porque puedo recrearme en ella.

—Solo te pido ser libre para amar al hombre dueño de mi corazón —le susurró a la luna en voz baja, a la vez que sus rayos comenzaban a entrar por su ventana.

De pronto, unos golpecitos comenzaron a sonar en el cristal. No llovía ni granizaba. Se levantó de la silla del secreter y miró hacia abajo sin ver a nadie, aun así, algo golpeteaba la ventana. La abrió para asomarse y fuera, en mangas de camisa pese al frío, estaba Davis con el pelo alborotado, que la tenue luz de la luna lo convertía en un duende travieso.

—¿Mi amada me dejaría entrar?

—Eres muy tonto. —Sonrió evitando reírse para no llamar la atención de nadie.

—¿Puedo?

—Sube.

Aquella sorpresa le convirtió el corazón en una mariposa que al final, con los primeros rayos de sol, podía prender el vuelo otra vez. Davis fue escalando la enredadera que crecía por ese lado de la casa que llegaba hasta la ventana de Candice, aunque su padre había dado orden que en cuanto el tiempo mejorase se cortase.

—Hola —la saludó con un beso en los labios, que fue lo mejor que le había pasado en días.

Era más, con Davis en su habitación los momentos malos

perdieron intensidad.

—Vamos, entra antes de que alguien te vea. —Davis como pudo fue metiendo el cuerpo por el hueco de la ventana abierta y, como al principio parecía que estaba acostumbrado a entrar por ese sitio más que por una puerta, ya que asombraba la destreza que tenía, terminó besando el suelo. Candice no pudo evitar reírse—. ¿Estás bien?

—Más bien dolorido. —Por sorpresa la cogió para besarla de nuevo y terminó en el suelo con él.

Ella le devolvió el beso con tanto ardor que casi se mareó, debido a que comenzó suave y no tardó en aumentar de intensidad que fluía no solo a través de sus lenguas, sino por sus pieles y de una pasión que llevaban aguantando mucho tiempo. Davis se separó agitado.

—Debo parar o no seré capaz de contenerme —dijo con la voz entrecortada.

—¿Y si no quiero que pares? —Le acarició los labios con las yemas de dos dedos.

—Lo tengo que hacer o atrancaré esa puerta y no saldremos de la cama.

—Estás loco.

—Por besarte, ¿qué le voy a hacer? —Se encogió de hombros con despreocupación.

—Nada, porque no quiero que pares.

—Nunca lo haré.

Le dio uno más suave y delicado como los pétalos de una rosa.

—¿Por qué has venido?

—No supe nada de ti en estos días y estaba preocupado por lo que te pudiera pasar, además… —Bajó la mirada.

—¿Qué?

—A ver… no quiero que te enfades.

Ella le buscó los ojos y tuvo que alzarle un poco el rostro para que por fin la mirase.

—Vale, no lo haré.

—No sé si es cierto o no, pero corre el rumor por el pueblo que tu padre…

—Ha desaparecido —finalizó la frase por él—. Sí es cierto, pero algo me dice que no ha muerto.

—¿En serio no ha regresado? —A Davis no le cabía en la cabeza.

—Sí, aunque no hay de lo que preocuparse, no falleció, y temo que pueda andar más cerca de lo que parece.

—¿Por qué? —Él agitó la cabeza—. No lo entiendo.

—Siempre ha hecho estas tretas, creo que lo que pretende es que no bajemos la guardia y tenernos preocupados.

—Lo que quiere es desestabilizar. —Leyó entre líneas Davis.

—Más o menos. —Ella no le quitó la razón—. Cuando murió mi madre, estuvo fuera un mes o algo más haciendo creer a todos que buscaba la muerte también, eso se creía, pero decepcionó a mi abuela, es lo que no sabe.

—Me acuerdo de que en casa se comentó su desaparición.

—Corrió como la pólvora por todo el pueblo y no me extraña, ahora lo vuelve a hacer.

—Pero ¿con qué intenciones? En nada es tu cumpleaños.

—Eso le da igual, cuando regrese hará como si no hubiera pasado nada, siempre hace lo mismo, lo que pasa, es que ahora es la tía Fanny la que está histérica, porque ella no sabe si seguir adelante con la fiesta o no.

—Este año no se debería celebrar…

—¿Crees que él lo permitirá? —Candice mostraba sus dudas.

—Tal y como está la situación no se debería celebrar, es más,

parece que todo está afectando a la casa gris, la noto más fría, ha perdido ese calor reconfortante que te abrazaba cada vez que entras.

—Lo llevo notando desde hace tiempo, desde que su prohibición a que sea escritora se asentó en su cabeza.

—No veo que haya nada de malo.

—Según mi padre no es propio de una señorita.

—Tampoco es propio de un padre coger la puerta y marcharse sin decir nada.

—Es dueño y señor, puede hacer lo que le venga en gana. —Chasqueó la lengua y un deseo se formó en su corazón, aunque evitó pronunciarlo.

—Ojalá las cosas fueran de otro modo o pudiera dar con la solución para sacarte de este embrollo. —La abrazó fuerte entre sus brazos para reconfortarla, para demostrarle que estaba a su lado pasase lo que pasase.

—Lograré dar con la solución.

—Te amo. —Davis se movió para que los ojos de Candice chocaran con los suyos—. Quiero tu felicidad en esta y en todas las vidas que nos toque vivir.

—Lo sé y sé que será a tu lado.

Selló los labios de él con un beso. Él se quedó muy quieto, ya que Candice lo hizo estremecer. Pronto, sus lenguas se acariciaron, deslizándose una sobre otra y bebieron ese néctar exquisito que extraían de sus labios. En el interior de Candice fue creciendo el deseo por él, uno que había experimentado en determinadas ocasiones, sin embargo, esa noche con los rayos de la luna y la poca luz de las velas, que producían alargadas sombras en las paredes, el anhelo por entregarse a él se hizo más vívido, le quemaba bajo la piel. Esa noche era incapaz de resistir la tentación física que

representaba Davis. Asimismo, hubo otro motivo que la empujó a rendirse a él y fue porque vio algo que brilló en sus ojos con mayor intensidad: compromiso. Estaba comprometido con ella, entregado a ella como ella a él. Comprender eso hizo que lo estrechase con fuerza por miedo a que él se marchase, ya que le gustaba sentir sus brazos alrededor de su cuerpo.

Ninguno de los dos pudo frenar el anhelo que sus cuerpos desataron en cuestión de minutos.

Los dos se rindieron al arrebato de frenesí, aunque un sentimiento vibraba entre ellos: eran conscientes que compartir cama era un límite que no debieron sobrepasar, sin embargo, desataron la libertad que los enamorados y los amantes tenían para amar.

Capítulo 5

Tras esa noche, Candice se sintió mejor consigo misma, pues había saboreado las mieles del amor, pero también había acariciado con las yemas de los dedos lo que suponía amar en plenitud, en libertad y la rebeldía con que lo hizo la llenó de la valentía que le faltaba para barruntar e idear el paso a seguir y ya lo tenía claro. Mas, lo bueno, no duraba para siempre.

—¡Buenos días! —Saludó a todos su padre.

Estaba la mar de feliz al entrar por la puerta. Daba la sensación de que entraba un hombre nuevo.

—¡Al fin! Pensaba que teníamos que anular la fiesta de la niña, pero ¿dónde has estado? —La tía Fanny no dudó en dejar el desayuno para recibirlo como se merecía.

—En la ciudad —esclareció con brevedad y respondiendo aquello que le interesaba.

—¿Y no pudiste avisar? Estábamos preocupados.

—Me olvidé —dijo en una actitud bastante despreocupada—. ¿Dónde está? —Él se adelantó y al entrar en el comedor vio a Candice—. ¿No vas a saludar a tu padre?

—Buenos días —le respondió con indiferencia.

—¿No te alegras de ver a tu padre?

Todas esas cuestiones lanzadas por él, como si hubiese purgado todos sus pecados, no le convencían.

—Sí, mucho.

—No lo parece.

—Sabía que regresaría y mi intuición no me falló y me alegro de que el viaje le sentase tan bien. —Ella seguía leyendo el periódico; era más interesante que su padre.

—Fue muy agradable.

—¿Quieres tomar algo? —Le ofreció la tía Fanny.

—No, estoy bien. —Se sentó en su silla, a la cabeza de la mesa, Candice no se movió de la suya—. ¿Has pensado en lo último que hablamos?

Candice empezó a estar aburrida de tanta pregunta.

—Sí, en que no regresase a casa, sé que aquí estoy de prestado.

—Me refería a la elección de marido.

—Hará lo que usted quiera, así que no he pensado.

—Eso es, las mujeres deben obedecer. —Él estaba satisfecho.

—Usted no tiene ni idea de lo que va a suceder y aseguro que le cortará la cabeza como un pez —le contestó a su padre Candice sin que nadie la viera, pues todos los ojos del servicio que había en el comedor como los de la tía Fanny solo lo observaban a él, sonrió satisfecha consigo misma por las palabras que le vinieron a la mente.

—Estuve a punto de anularlo todo —le recriminó tía Fanny con cierta acritud en su tono como en la mirada que le dedicó—. Podías haber avisado de que regresarías y cuándo.

—Ya estoy aquí. Pero de la fiesta encárgate tú, para eso estás aquí, para hacer la vida más fácil.

—No te importa —dilucidó la tía Fanny un tanto decepcionada.

—¿Te enteras ahora? —musitó Candice con la vista todavía escondida en el periódico, leyendo un artículo de una mujer que informaba de algunos movimientos feministas.

—Lo importante es que se case bien…

—¿Y no puede ser con alguien de Cold Spring?

—¿En quién piensas? —Se interesó su padre.

—Era solo una pregunta, pero entiendo que él tiene sus propios planes. —Solo quería que el tiempo pasase lo más rápido posible.

—El único sería el joven Davis —apuntó la tía Fanny—. No es un mal partido.

—Tengo entendido que entre las Nightingale y los Davenport hay una maldición y no se llevan bien —recordó él contando lo que todo el mundo creía en el pueblo.

—Son leyendas. —Le restó importancia la tía Fanny, que aún estaba nerviosa.

—Dudo que su familia la quiera. —Su padre estaba en contra de Davis y eso provocó que una lanza cruzase el pecho de Candice.

—A lo mejor me quieren más que aquí, y seguro que no les importaría que escribiese —no se pudo callar lo que pensaba.

—¿Sigues con esas? —Su padre comenzaba a estar harto y ella lo presentía.

—Es lo que me gusta. —Arremetió contra él con una tranquilidad que incluso a ella la dejó pasmada.

—Tú deber es buscarte un marido y tener hijos —le recordó la función de las mujeres.

—No te confundas, tendré hijas como todas las mujeres de la familia. —Eso era lo que pasaba entre las mujeres Nightingale, proliferaban las hijas, no los hijos varones.

Su padre en un arrebato se levantó y llamó al servicio para que hiciesen desaparecer todos los cuadernos y los utensilios de

escritura de Candice, que lloró en silencio sin decir nada. Mientras, la tía Fanny no lograba poner paz.

—¡¡¡Por encima de mi cadáver serás escritora!!! Te convertirás en una paria, en una furcia para ganar algo de dinero cuando compruebes que nadie leerá lo que tienes que contar —bramó su padre.

—¿Qué me dice de Harriet Beecher Stowe? Siendo mujer escribió una de las obras más elogiadas de nuestro tiempo.

—Eso es diferente.

—Eso es lo que quiero para mi futuro.

—Jamás lo tendrás y te casarás con quien yo diga.

—Como lo hagas traerás la tragedia a esta familia. —De súbito, como de la nada, apareció la abuela.

—¿Qué hace usted aquí? —A él lo cogió más de sorpresa.

—Esta sigue siendo mi casa, la de mi hija muerta, la de Fanny y la Candice, tú estás aquí porque yo te dejo. —La abuela no se amedrentó.

—Es mía.

—No, no te pertenece, ¿es que mi hija nunca te informó? —Al padre de Candice se le cambió el rostro—. Parece que no, te explico: esta propiedad no es tuya y eres tú el que está de prestado, no mi nieta, porque las dueñas de la casa gris somos Fanny y yo, ¿acaso miento? —Se dirigió a la tía Fanny.

—No, madre.

—¡Mentira!

—Te has creído ese embuste desde que pusiste un pie aquí, pero solo hiciste engañarte y no me tires de la lengua, porque si cuento lo que sé, acabarías con los huesos en la calle y tus pertenencias arderían en una hoguera como lo hicieron en su momento las brujas. —Esas palabras de su abuela no solo vibraban de verdad, sino que

caían como un frío sortilegio.

Su padre quedó lívido, no contaba con aquellas palabras de la mujer más sabia dentro de la familia Nightingale y una verdadera cabeza de familia.

—No. Te. Creo. —Su padre ardía en la ira que controlaba a duras penas, pese a lo que acababa de oír.

—Pues hazlo, porque la fiesta de cumpleaños de tu hija tiene un aire de desgracia, mira más allá de tus narices o todos los ojos te señalarán como el culpable.

Capítulo 6

Mi padre ha creído que no me queda nada, pero nadie se ha preocupado por revisar el falso fondo del secreter, por eso puedo escribir estos pensamientos.

Davis y yo tras hablarlo en el bosque, en la zona más apartada, donde se dice que crece el árbol de la Eternidad y en el que bajo su copa se han casado muchas mujeres Nightingale como la abuela, hemos llegado a la misma conclusión y lo vamos a hacer.

Estamos dispuestos a todo por nuestro amor, como Romeo y Julieta.

Mas, con cada movimiento que hago me siento observada, vigilada, como si la casa o cada rincón de Cold Spring tuviese miles de ojos.

TENGO MIEDO.

Tras dejar constancia por escrito de esas malas sensaciones que le recorrían las venas, escondió todo donde estaba y bajó a cenar. Habían pasado dos días desde que su abuela había hablado alto y

claro, bajo amenaza o eso le parecía a Candice, con el hombre que era su yerno, y tres noches desde que había compartido lecho con Davis. Habían llegado al acuerdo de no verse, ella no supo cómo Davis pudo aceptar, pues ella se movía por sensaciones o emociones motivados por algo que quizás, solo quizás, estuvieran en su imaginación.

No obstante, lo cierto era que desde que su padre había regresado percibía una soga en el cuello.

En el salón estaban la tía Fanny y su padre observando como la decoración iba cobrando forma para el gran día de su cumpleaños, algo que por dentro ella no esperaba y por momentos solo esperaba que el tiempo se congelase.

—Te estábamos esperando —le indicó su padre que parecía muy tranquilo.

Demasiado para su percepción.

—Ya estoy aquí…

—Querida, ¿te gusta como está quedando todo? —La tía Fanny estaba más emocionada que ella.

—Sí, es muy bonito todo, tía. —Le sonrió un tanto forzada, aunque con cariño—. Todo lo que haces es muy bonito.

—Gracias, y por si eso no fuera poco, tengo más cosas que contarte.

—La cena está servida —anunció el mayordomo.

Los tres se dirigieron al comedor, una estancia que estaba dominada por la gran chimenea coronada por el cuadro de una de las antepasadas de la familia Nightingale, la primera que se había asentado en este pueblo. A su alrededor, se abría una zona de reposo y lectura, mientras que enfrente la gran mesa dispuesta para esa noche era el centro de todo. Parte de sus paredes estaban cubiertas por madera bellamente trabajada y el resto hasta el techo

estaba pintado de blanco y dos grandes lámparas lo iluminaban todo.

Cada uno se sentó donde correspondía.

Para romper el silencio Candice formuló una pregunta que le preocupaba.

—¿Con este tiempo las cosechas no se echarán a perder? —Con esa primavera tan extraña, no le sorprendería, sin embargo, pensarlo le provocaba cierta desazón, porque estaba muy unida a Cold Spring y sus gentes.

—Sí, los campesinos de los alrededores están muy preocupados, porque lo pueden perder todo —contó su padre.

—No recuerdo algo igual —dijo la tía Fanny.

—No —su padre asintió—, es cierto, es un tiempo frío e inestable que ocasionará muchos problemas como no cambie.

—Mejorará —afirmó la tía Fanny.

Todas las mujeres Nightingale compartían una serie de dones, que no poderes, que de vez en cuando las advertían de los sucesos más inminentes, o cambios que se podían producir en un futuro no muy lejano, por eso, Candice al escuchar a la tía Fanny afirmar aquello, una parte de ella se tranquilizó.

—Tía, ¿qué quería decirme? —Candice volvió a retomar el asunto, aunque se imaginaba qué derroteros tendría la conversación.

—Verás, ya hemos recibido las primeras respuestas a las invitaciones de tu cumpleaños y todos vendrán a estar contigo ese día —le comunicó con mucha emoción.

«Gente que nunca me ve, ni se interesa, está dispuesta a celebrar conmigo el cumpleaños», barruntó para sus adentros un tanto molesta.

La piel comenzó a picarle como si su alma quisiera salir del

cuerpo.

—Pero hay a uno que debes tratar con mucha deferencia —le advirtió su padre sin levantar la vista de su consumé.

—Sí, van a venir muchos herederos y sus familias, algunas muy importantes y de mucho renombre en Nueva York —le comunicó la tía Fanny con ojos brillantes—. Y ese al que se refiere tu padre es el heredero de la familia Fellostone.

—Nunca oí hablar de esa familia. —A Candice no le sonaba de nada.

—Verás, es una familia que lleva asentada en Nueva York desde hace décadas. Proceden de una larga estirpe aristocrática de Inglaterra y cualquier fiesta que se precie no es fiesta si no están ellos —comentó la tía Fanny que estaba maravillada con esa familia.

—Interesante.

—Quiero que lo encandiles y te cases con él. —Su padre ya tenía los planes hechos.

—No lo conozco.

—Eso da lo mismo. —La brusquedad que usó padre no le pasó inadvertida, tanto fue así, que en su orgullo se vio herido.

—Creo que esto se debería hablar después de la fiesta…

—Después de la fiesta, él se quedará aquí unos días para que paséis más tiempo juntos, os hagáis el uno al otro y rápido venga la boda —resumió su padre con detalle.

A Candice se le cerró el estómago y todo en general perdió importancia.

—Candice tiene razón, creo que esto se debería hablar tras la fiesta —aconsejó la tía Fanny.

—Como quieras Fanny, pero todo está decidido.

Un pinchazo le cruzó el pecho y quedó atrapado en el corazón por lo que durante un tiempo le costó respirar hondo sin que le

doliera.

—Lo vuelvo a repetir, no lo conozco —insistió en lo mismo al comprender que no se contaba con ella para nada.

—Es rico y está viudo desde hace seis meses —la informó su padre.

—¿Y si ya tengo mi elección hecha?

Tras esa pregunta, su padre la fulminó con una sola mirada.

—Te casarás con ese hombre…

—No —sentenció ella.

—Harás lo que yo te ordene.

—No pienso hacerlo. —Sabía que estaba tensando mucho la cuerda.

—Tu futuro está con ese hombre y no se hablará más.

—Mi futuro está en mis manos como en mi corazón y este ya ha hecho su elección.

Su padre no le permitió decir nada. Como una furia se levantó de su silla tirándola al suelo y cogió a Candice por un brazo para arrestarla a su cuarto.

—¡¡¡No saldrás de aquí hasta el día de la fiesta!!!

La encerró en su cuarto bajo llave.

Capítulo 7

Nueva entrada en su diario:

Una sombra alargada tapa la luz sobre mí, me enfría y me hace sentirme pequeña.

Si es él, sé que podrá conmigo y me someterá a voluntad.

Penúltima entrada en el diario antes de su cumpleaños:

Solo vivo con miedo a días de mi cumpleaños. La puerta de mi cuarto apenas se abre, solo para darme de comer o probar un vestido que sé que no llegaré a ponerme nunca.

Últimas palabras escritas por Candice Nightingale:

Es la noche anterior a mi cumpleaños y cualquier ruido me inquieta, cualquier sombra que vea por debajo de mi ventana me asusta. Sé que él esconde algo. ESTOY SEGURA QUE LA CASA GRIS NO SERÁ MI CASA POR MUCHO TIEMPO. MI ESTANCIA AQUÍ LLEGA A SU FIN.

Capítulo 8

—¿Qué le pasó? —preguntó Shannon intrigada, como el resto de sus amigas por el final de esa historia que les contó Flora.

—Me imagino que su padre cumplió su voluntad de casarla con ese viudo…

—O algo peor —Teresa interrumpió a Imogen.

—No seas ceniza —protestó Lilian.

—A mí este tipo de historias me ponen muy triste —dijo Sarah con la mirada perdida en la ventana y viendo como el agua caía en el cristal—. Qué suerte hemos tenido las que nos pudimos casar o enamorarnos de los hombres que quisimos y nos gustaron.

—Sí, tienes razón —asintió Cloe—, en otras épocas otros pensaban por nosotras.

—Y no solo eso —intervino de nuevo Imogen—, por un libro que leí para la editorial me acuerdo de datos en los que se demostraba que las mujeres en los distintos códigos civiles se ponían al lado de los niños, de los ancianos o aquellas personas que sufrían alguna discapacidad.

—No éramos nada —afirmó Tony.

—Una moneda de cambio. —Dita no lo sugirió por eso todas la

miraron—. Estoy convencida que el padre de Candice quitaría algún tipo de beneficio.

—Ese hombre estaba loco. —Lilian chasqueó la lengua.

—¿Qué le pasó a ese hombre? —Quiso saber Kendall.

—¿O es que hubo alguna maldición para ella? —Añadió Imogen.

Flora cogió un bocadito de nata y se lo comió antes de responder a esas preguntas y a las primeras que surgieron.

—Veréis, el mismo día de su cumpleaños desapareció sin dejar rastro. —Aquella información levantó exclamaciones.

—Lo dicho, el padre algo le hizo a esa pobre muchacha. —Teresa estaba convencida.

—Aún vas a tener razón —se resignó Lilian.

—Ella desapareció sin dejar huella, dejando a la familia destrozada.

—Como había augurado su abuela —Tony estaba atando cabos.

—Exacto —Flora le dio la razón—. Se hicieron búsquedas, de hecho, se encontró a un hombre que la acechaba.

—Entonces que me aclare —Cloe se echó hacia delante, apoyando los brazos en la mesa—: En su diario hablaba de un tal «él», ¿no era su padre?

—Había un hombre que cuando salía de casa la seguía y estaba al tanto de su relación con Davis, pero cuando ella desapareció estaba en la fábrica, así que él no pudo hacerle daño. Con el paso del tiempo, todo el mundo pensó que había muerto, pero su cuerpo nunca apareció y nadie fue detenido.

—¿Y Davis? —Dita cada vez estaba más ansiosa.

—A eso voy ahora. —Flora le sonrió.

—Te ruego que hables ya o me dará parraque. —Se rio Shannon.

—Veréis ella nunca fue consciente de que había alguien en el pueblo que la observaba, aunque lo intuía, pero ese «él» al que se

refiere es su padre. No quería que escribiera, solo casarla, porque tenía una doble vida, de ahí que se marchara a la ciudad para estar con su otra familia.

—¡Cabronazo! —Soltó de repente Sarah.

—Pero la desaparición de su hija lo dejó tan afectado que nunca más salió de la casa gris hasta el día de su entierro. Quedó sumido en el silencio, la culpa, los remordimientos lo fueron consumiendo hasta no permitirle dormir por la noche, solo miraba por la ventana como si esperase que Candice se materializara de un momento a otro. —Flora tomó aire—. Solo había una persona que sabía lo que había pasado.

—La abuela —dilucidó Tony.

—Sí, ella lo había preparado todo con la pareja para que ese día del cumpleaños de su nieta contrajera matrimonio con Davis bajo el árbol de la Eternidad y luego lanzar una moneda al pozo para pedir un deseo. Solo cuando el padre de Candice murió, que fue a los dos años de la desaparición, le confesó a Fanny la verdad de todo, porque no se fiaba de su yerno o del arrebato que le pudiera dar. También estaba detrás de todo la familia de Davis, pues nunca creyeron que hubiera una maldición entre las dos familias. Debo decir que mucho antes de que Candice y Davis nacieran, sí hubo una maldición que procedía de antiguo: amores falsos y promesas no cumplidas, pero esa es otra historia.

—Me alegro de que su padre terminase así, si fuera lo contrario, me cabrearía —pensó en voz alta Shannon.

—Sí, es verdad, no se merecía otra cosa. —Tony estaba en sintonía con su amiga—. No me gusta hablar mal de los fallecidos, pero ese hombre se lo merecía.

—¡La trató fatal! —exclamó Imogen.

—¿Tuvieron una vida feliz Candice y Davis? —Se interesó Lilian.

—Por supuesto, se marcharon a Texas, allí vivieron hasta que Fanny enfermó…

—¿Cómo lo supieron? —A Kendall esa información la sorprendió.

—Le escribieron a la madre de Davis y a la abuela de Candice diciendo dónde estaban y cada mes recibían cartas. Así estaban enteradas de los nacimientos de sus dos hijas. Al final, la pareja, después de varias décadas, decidió regresar a Cold Spring por diversos hechos, uno, el padre de Davis estaba muy enfermo y, por otro, la salud de Fanny también empezaba a flaquear. Muy pocos se enteraron de que eran ellos, modo por el cual, supieron que Davis estuvo buscado, durante un tiempo, porque se le culpó de la desaparición de Candice. Pero no sucedió nada, porque el caso quedó abierto y nunca nadie se volvió a interesar por la desaparición, ya que para la mayoría Candice estaba muerta, lo que les permitió vivir en paz en Cold Spring.

—¿Y el servicio no se dio cuenta? —Cloe había hecho una gran pregunta.

—Con la misteriosa desaparición, la mayoría de las criadas se marcharon asustadas, no querían convivir con un hombre que pudo hacer daño a su hija. Todas eran nuevas.

El silencio se asentó en el grupo de amigas hasta que Shannon preguntó:

—¿Algún día nos hablarás de la maldición de las Nightingale y los Davenport?

—Algún día —le respondió con misterio Flora.

Todas quedaron expectantes y alegres por conocer las viejas historias que guardan las calles de Cold Spring, ese pequeño pueblo asentado a la orilla del río Hudson.

Nota de la autora

Este grupo de mujeres podéis conocerlas mejor en las siguientes novelas: *Otoño en Cold Spring* y *Primavera en Cold Spring*.

Una flor entre las bombas

Mar P. Zabala

Prólogo

Svetlana descendió para evitar ser detectada por algún radar alemán y procedió a sobrevolar a baja altura su objetivo: una granja en apariencia abandonada que en realidad ocultaba un almacén de explosivos.

—Pongo los motores al ralentí —le dijo a su navegadora—. Lanza la última baliza y larguémonos a la base a por un café caliente. Tengo tanto frío que se me van a caer los dedos de los pies.

A pesar de que estaban a mediados de abril, y que la primavera ya templaba los días, al ponerse el sol, en especial tan cerca del manto de nubes que cubría el cielo, se les helaban hasta las pestañas, sin importar la cantidad de ropa que llevasen encima.

Lena hizo lo que su piloto le indicaba, rezando para que el enemigo no las divisara y no las cegara con uno de sus focos. A ellas no les había pasado nunca, pero a muchas de sus compañeras sí, y algunas no habían visto amanecer de nuevo. La artillera solo necesitaba visualizar unos segundos los tejados, para asegurarse de que soltaba la bomba justo en el blanco.

Svetlana miró hacia arriba y vio que otro biplano Polikarpov PO-2 se acercaba demasiado a su avión.

—¿Qué están haciendo esas idiotas? —preguntó alarmada Lena —. ¿Es que no se dan cuenta que estamos aquí?

—Creo que no —respondió la piloto asustada a la vez que una luz roja brillante se aproximaba hasta su posición.

De pronto Svetlana ya no sintió frío. En su lugar, un fuerte calor la abrasaba. El aire se volvía irrespirable por segundos. Nerviosa se tocó el pecho buscando el paracaídas. Había olvidado que no lo llevaban para evitar una sobrecarga excesiva.

Cerró los ojos y evocó una imagen feliz de su infancia. Su madre la abrazaba y le susurraba con ternura.

—Duerme, mi niña querida. Mamá está aquí.

La oscuridad la engulló y pensó que, si aquello era final de su corta existencia de diecinueve años, no estaba tan mal.

Capítulo 1

Svetlana no se atrevía a abrir los ojos. Poco a poco iba abandonando la inconsciencia, pero no sabía si seguía en el mundo de los vivos o volaba más allá de los límites terrenales, rodeada de las compañeras que la habían precedido en la muerte. Quizá formaban un escuadrón que velaba por el bien de las almas sin nombre. Si así fuera, Lena seguiría siendo su navegadora y la guiaría en el limbo igual que lo había hecho entre las nubes bajo las estrellas.

De repente, al hacer un ligero movimiento, notó como si cientos de cuchillos afilados se clavasen en su cuerpo. Alarmada levantó los párpados y se topó con dos azules iris, tan claros como la superficie del lago que había cerca de su aldea.

—Tranquila. Estás a salvo —le dijo un hombre en ruso con un acento extraño.

El desconocido posó sus fuertes manos en sus hombros, instándola a permanecer tumbada. Queriendo replicarle, tomó una bocanada de aire que la hizo toser. Le ardía el pecho, los brazos y la cara. Un dolor punzante taladraba todo el lado izquierdo de su cuerpo. Desde las costillas, bajando por el brazo, hasta el tobillo.

—Intenta dormir un poco. No me queda más morfina y no tengo medios para calmarte el dolor.

—Lena…

—¿Te llamas Lena? Oh, tu compañera. ¿Me preguntas por ella?

—¿Dónde está?

—Creo que explotó con tu avión, después de empujarte fuera de él. Si no lo hubiera hecho, también habrías ardido con el fuselaje. Lo siento —añadió el joven que vestía una extraña mezcla de prendas de camuflaje.

Una nueva ola de dolor que arrancó de su tobillo la hizo perder la consciencia. Tuvo extraños sueños en los que se mezclaban imágenes de su entrenamiento con *las brujas de la noche* con su época de estudiante en la facultad de matemáticas. ¿Qué habría sido de aquellas mujeres, apenas unas adolescentes, que habían cambiado los cuadernos por los mandos de avión? A ella la habían destinado al 588º, el Regimiento de Bombardeo Nocturno, pero otras habían terminado en el 586º, el Regimiento de Combate Aéreo o en el 587º, el Aéreo de Bombarderos. Marina Raksova había creído en ellas, pese a sus uniformes de hombre y sus botas enormes, que ni dos calcetines lograban llenar.

¿Quién sería aquel extraño ángel guardián que parecía haberle salvado la vida?

Cuando volvió a despertar, la tenue luz del sol se colaba entre las tablas de la estructura de madera en la que se hallaba. Estaba tendida sobre una gruesa capa de paja, cubierta por una manta que a pesar de haber conocido tiempos mejores, aún lograba calentarla. El ambiente estaba impregnado de olor a humo. Incluso de ella emanaba aquel tufo acre que rascaba sus pulmones. Un acceso de tos, la espabiló del todo al provocarle nuevas punzadas dolorosas.

—Toma, bebe un poco de agua.

Así que no había sido un sueño. Un hombre, que a la luz del día parecía más terrenal y menos espiritual, le sonreía con mirada de preocupación. Recelosa observó la cantimplora que le tendía. Aquel diseño no era ruso, ni tampoco alemán. Estaba segura de que era estadounidense, igual que su propietario.

—No está envenenada —negó su salvador dando un sorbo—. ¿Ves? No suelto espuma por la boca ni me retuerzo por los retortijones. Además, con haberte dejado donde te encontré, a estas horas ya estarías muerta. No me hacía falta tomarme la molestia de arrastrarte hasta aquí para matarte después.

El razonamiento era coherente, de modo que resignada permitió que el chico la ayudara incorporarse. El líquido fresco y cristalino era pura ambrosia al atravesar su seca garganta.

—Hay un riachuelo cerca. Creo que es el mismo que fluye más arriba. Es donde te encontré. Al caer la noche iré a por más. Ahora es peligroso. Estarán buscando supervivientes.

—Algún alemán que anhela ganarse una Cruz de Hierro.

—Sois famosas. Les habéis hecho mucho daño a los nazis con vuestras bombas. Dudo que peguen ojo cuando las oyen caer. Si de verdad conseguimos derrotar a Hitler y a los suyos, las brujas de la noche habréis tenido mucho que ver en la victoria.

—Había otro avión. La baliza que lanzaron alcanzó la lona del nuestro, y la madera contrachapada no tardó en comenzar a quemarse.

—Es un milagro que esos biplanos os sostengan en el aire.

—Estaban destinados a usarse en labores de fumigación —aclaró Svetlana.

—Lo sé. No lleváis ni protección, ni ametralladoras, ni radio, ni radar…

—Así somos más ligeras.

—Y es menos complicado derribarlos.

La piloto apretó los labios con frustración. No había honor en morir bajo fuego amigo. ¿Qué le ocurrió a la tripulación del otro bombardero? No tenían que haber volado tan cerca de ellas. Aquel error había sido fatal para las cuatro mujeres.

—Había mucho humo y demasiadas nubes —comenzó a explicar él intuyendo el rumbo de sus pensamientos—. La visibilidad no era buena. Era fácil desorientarse.

—¿Viste lo que ocurrió?

—Desde lejos divisé una luz roja en el cielo y a continuación una bola de fuego, que supongo que erais tú y tu compañera. No tuvisteis ni la más mínima oportunidad. Si en lugar de caer sobre un lecho de agua fría, lo hubieras hecho sobre la dura tierra o las acumulaciones de roca que hay dispersas por doquier, ahora no estaríamos hablando.

Svetlana observó con detenimiento al joven. No era un vulgar campesino ni tampoco era alemán. Conocía las características de los biplanos del Regimiento 588º con una precisión que muchos de sus compañeros del ejército no poseían.

—¿Quién eres tú? —le preguntó al fin.

—Oh, cierto, no me he presentado. Soy Rhett Huxley. A tu servicio —añadió con una pícara sonrisa.

—A pesar de tu aspecto, no eres un nazi. Y dudo que pasases por la granja que sobrevolábamos anoche por casualidad.

—Doy el pego, ¿verdad? Mis superiores pensaron lo mismo. Con mi pelo rubio y mis ojos azules, herencia materna, no desentono por la zona.

—Hablas ruso, pero con un acento peculiar.

—Mi madre era de Polonia. Ella me enseñó su idioma natal, además de ruso y alemán. Supongo que por eso notas esa tonalidad

diferente. Sin embargo, he perfeccionado el último para que no se note que no soy nativo —añadió con orgullo.

—¿Has conseguido engañar a la Gestapo? —inquirió sorprendida —. Detectan a un impostor a kilómetros de distancia.

—Bueno, hasta ahora he logrado confundirlos.

—Lo suficiente como para infiltrarte en sus tropas —aventuró Svetlana amusgando los ojos. No estaba ante un fanfarrón. Aquel hombre era justo lo que aparentaba, o al menos aquello era lo que pensaba ella. Si la estaba engañando, era muy bueno disfrazando las mentiras de verdad.

—Ni confirmo ni desmiento —respondió con su socarronería habitual.

—Eres un espía. Eso está claro. Podrías ser inglés, pero te falta la flema británica.

—Oh, hieres mi autoestima.

—La tienes muy alta. No se va a hacer pedazos. No, tú jefe no es Churchill. Me da que eres estadounidense. Solo vosotros estáis tan locos como para salir a pasear bajo un bombardeo en un área tan próxima a Berlín.

Rhett no respondió. Se limitó a dedicarle un guiño cómplice a Svetlana. Por su propia seguridad, no podía corroborar sus hipótesis. No obstante, la piloto rusa era tan inteligente como guapa y habían intuido la verdad con rapidez. Sin duda la mayoría de sus compañeras serían igual de sagaces. Era paradójico que en la Unión Soviética diesen a las niñas las mismas oportunidades de formarse que a los niños, mientras que en los Estados Unidos muchas eran obligadas a dejar la escuela en edades muy tempranas para ayudar en las granjas de sus familias.

Los tres regimientos femeninos, incluyendo el de las brujas de la noche, estaban integrados por jóvenes de entre 17 y 21 años. En su

inmensa mayoría matemáticas, físicas, geógrafas o químicas que participan en un programa similar a los conocidos Scouts, en el cual las enseñaban a volar. Cuando se decidió crear los escuadrones, ya estaban formadas. Sus hazañas eran el resultado de un escrupuloso entrenamiento sin paragón en ningún otro ejército.

El americano se dio cuenta de que la respiración de Svetlana era errática y unas gotitas de sudar perlaban su piel. Los dolores que atenazaban su femenino cuerpo debían ser atroces. Aunque no se quejara en voz alta, Rhett sentía su sufrimiento.

—En el botiquín que traje conmigo solo me quedan un par de calmantes convencionales. Sé que es duro, pero intenta descansar. Te daré una de las píldoras esta noche para que puedas moverte con más facilidad.

—¿Es qué nos vamos a ir? Me estarán buscando en el lugar del accidente. Si nos alejamos no me encontraran.

—He estado atento, y salvo aviones de reconocimiento alemán, no ha surcado el cielo ningún otro.

—Pensarán que fallecí por la detonación con las demás —afirmó Svetlana pesarosa.

Nadie imaginaría que seguía viva. ¿Habría llegado hasta su madre la noticia de su supuesto fallecimiento? ¿Y sus pequeños hermanos? Iban a quedar destrozados.

—Míralo por el lado bueno. Los nazis también te creerán muerta. Los restos humanos que habrán hallado entre el fuselaje calcinado, igual puede pertenecer a tres mujeres que a cuatro. Si no saben que aún respiras, tendremos más posibilidades de sacarte de aquí.

—Pero ¿y mis seres queridos? ¿Y mis compañeras?

—Los soviéticos, es decir, vosotros, habéis rodeado Berlín. Nadie sabe qué hará Hitler. El sitio puede durar días o semanas. Incluso meses si logran hallar la forma de recibir alimentos. Así que

tranquila. La noticia de tu accidente no llegará a tu familia ni hoy ni mañana.

—Con suerte podré avisarles de que no morí anoche.

Rhett asintió fingiendo una seguridad que no sentía. Las heridas de Svetlana podrían ser más graves de lo que aparentaban en un principio y, por consiguiente, su estado era susceptible de empeorar.

Aunque ninguno de los dos sabía que ocurriría al cambiar de ubicación, la verdad era que allí no podían continuar. Se arriesgaban a ser capturados por los alemanes.

Capítulo 2

La respiración de Svetlana era fatigosa. Rhett no era médico, pero estaba convencido de la piloto tenía dos o tres costillas rotas o al menos fisuradas. Veía cómo apretaba los labios y se contenía para no aullar de dolor en cada movimiento. Solo llegar hasta la puerta del cobertizo había constituido toda una proeza. ¿Cómo iban a avanzar los kilómetros que precisaban para poner distancia entre ellos y los nazis que patrullaban los alrededores?

—Un segundo, y seguimos —afirmó con voz entrecortada Svetlana.

Le fastidiaba mucho mostrar debilidad ante aquel yanqui de sonrisa lobuna y aspecto desenfadado que ocultaba bajo una fachada alegre, su verdadera inteligencia. Estaba convencida de que él era un espía enviado a Alemania para infiltrarse entre las tropas enemigas con el propósito de detectar sus debilidades. No podía negar el valor que se precisaba para una misión de semejante calibre.

Hasta entonces ella había creído que a los mandos de su bombardero era intocable. Su pericia en los centenares de misiones que había realizado con Lena había sido un hecho incuestionable.

Incluso, el accidente fue ajeno a ellas. La tripulación del otro biplano no las detectó a causa del humo y de la ausencia de radar en los biplanos. Era fantástico que el enemigo no las pudiera ver, pero tampoco lo hacían los amigos.

—Puedo llevarte en brazos un trecho —aseguró Rhett dispuesto a cargar con el peso de ella durante lo que fuese menester.

—Quizá hubiera sido mejor morir en la explosión —replicó la joven enojada—. Con mis lesiones tardaré en volver a ser útil a la Unión Soviética. Una muñeca rota precisa de tres meses para volver a soldarse y recuperar su funcionalidad. En cuanto al esguince, apoyar el pie en el suelo es un suplicio. Lo de respirar bien, ni lo menciono.

—¿En serio? ¿Vas a dejar de luchar, Svetlana? No te creía tan pusilánime. ¿Dónde está la fortaleza con la que superaste el entrenamiento? Eres una bruja de la noche. ¿Cuántas incursiones has logrado realizar en un día?

—Quince —respondió con orgullo—. Entre el atardecer y el amanecer. Lena y yo estuvimos durmiendo doce horas seguidas después, pero conseguimos cargar la munición y volver a despegar en minutos. Nada de pausas para el café o ir al baño. Fue un bombardeo nocturno épico.

—Habéis superado a vuestros propios compañeros varones. ¿Me vas a decir que un viajecito a pie de nada va a poder contigo?

—Tal vez yo os pueda ayudar —dijo una voz masculina a sus espaldas sobresaltándolos.

Rhett se llevó la mano a la cintura donde tenía colgada su pistola, listo para desenfundar y disparar. Svetlana miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que le valiera para defenderse. Les habían pillado distraídos y con la guardia baja. Estaban muertos.

—¡Tranquilos! —exclamó el desconocido levantado sus manos

para que la pareja viera que no iba armado—. Me llamo Hans Müller. Estáis en mi granja. O lo que queda de ella tras los bombardeos de anoche. Supongo que tú fuiste una de las responsables de que ya no tenga granero.

—Lo siento —balbuceó la piloto tan confusa como el americano.

—No te culpo. Esos malditos nazis han tomado mis tierras a la fuerza. Si tus bombas o las de tus compañeras se llevaron a unos cuantos por delante, no voy a ser yo quien lo lamente.

—¿Le echaron de su hogar? —inquirió Rhett más relajado. Aquel hombre podía haberles disparado antes de que detectaran su presencia. No lo había hecho, así que algo quería de ellos.

—Cuando los vimos acercarse, nos fuimos a una finca cercana, propiedad de unos amigos. De habernos quedado, mi mujer y mi hija hubieran sido ultrajadas y a mí me habrían metido un tiro entre ceja y ceja. Están rabiosos por la llegada de las tropas soviéticas. Mejor no ponerse en su camino.

—Sin embargo, aquí está —replicó Svetlana acercándose más a Rhett. Su presencia le infundía valor y mitigaba sus nervios. Aunque el alemán daba la impresión de odiar tanto a los enviados de Hitler como ellos, era reacia a confiar en sus palabras. Al fin y al cabo, podía ser una trampa.

—Anoche, desde la lejanía, vi caer los aviones y la columna de humo que se elevó después. He esperado a que se pusiera el sol para acercarme a ver cuál era la situación. Sinceramente, no guardaba la más mínima esperanza de hallar una sola construcción en pie. Imaginó que los asustasteis y se replegaron —añadió observando el uniforme de Svetlana.

—¿Qué teme de las tropas alemanas? Hay algo más que no nos está contando —preguntó el americano.

—La familia de mi esposa es judía —confesó Müller—. Ella no lo

es, pero esos desgraciados no hacen distinciones. Si lo averiguan, que lo harán porque alguno de nuestros vecinos se irá de la lengua con tal de congraciarse con ellos, acabaremos en un tren camino de un campo de concentración.

—¿Van a quedarse con sus vecinos? —quiso saber la piloto.

—Por el momento. Según las noticias que nos lleguen de Berlín, veremos qué decisión tomamos.

—¿Tienen alguna noticia de lo que ocurre en la capital? —inquirió Rhett.

Aunque él no poseía ninguna radio, sus mandos le habían hecho memorizar la ubicación de tres puntos desde los que podría contactar con ellos en caso de necesidad. El problema era que dos estaban en el mismo Berlín. Quedaba el tercero, situado a las afueras de la capital alemana. Si fuese solo, lograría llegar en unas horas, pero con la joven rusa, sería más complicado. Tal vez si el granjero se hacía cargo de ella, podría alcanzar su objetivo antes de la puesta sol. Sin embargo, una voz interior le gritaba enfadada cada vez que se planteaba la idea de abandonar a Svetlana a su destino. Por el contrario, otra que hablaba con un tono similar al de su jefe, le recordaba que la rusa no era responsabilidad suya. Ella era miembro del ejército soviético. No era su culpa si no la habían formado para desenvolverse sobre tierra firme.

—Han cortado las comunicaciones —explicó Hans—. Lo último que supimos fue por el hermano de mi vecino. Llamó a las cuatro de la madrugada y le dijo que en las calles de la ciudad había disturbios. Después, la línea telefónica dejó de funcionar.

De pronto les pareció escuchar el ruido de unos motores en la lejanía. Se quedaron en silencio, temiendo comenzar a escuchar órdenes y gritos de algún mando nazi sobre sus subordinados cerca de ellos.

—Han pasado de largo —comentó el granjero—. Hemos tenido suerte, pero no se repetirá. Debemos irnos. No creo que queráis que os encuentren.

—Iros vosotros —dijo Svetlana entre muecas de dolor—. Sin mí, avanzaréis más rápido.

—No me he pasado velándote toda la noche para dejarte aquí tirada —protestó un ceñudo Rhett.

—Ya te lo he dicho. No me debes nada. Yo en tu lugar, lo haría.

Hans cambiaba su mirada de uno a otro pensando en que su hija se iba a divertir con aquellos dos. Verlos discutir era como contemplar una película en el cine. ¿Serían conscientes de la atracción mutua que sentían? Para él estaba claro que, o le acompañaban los dos, o ninguno lo haría. Ambos eran igual de cabezotas.

—No hay tiempo para discusiones tontas. Mi amigo Karl nos ayudará, pero tiene que ser ahora. Yo me voy. O me seguís, u os quedáis aquí y que los alemanes se encarguen de vosotros.

—Vamos contigo —contestó Rhett.

—De acuerdo —añadió Svetlana, aunque ignoraba cómo lograría mantener el ritmo de sus compañeros.

—Un segundo —dijo Hans entrando en el cobertizo.

La pareja lo observó confusa. ¿Qué se proponía? Con las prisas, el americano no había registrado a fondo el lugar la noche anterior. Solo se había asegurado de que no había rastro del enemigo cerca. El resto, no le importó. Ella pensó que tal vez el granjero ocultaba alguna bolsa con dinero bajo los montones de heno y paja, o cualquier otra pertenencia valiosa que le fuese útil a él y su familia para comenzar de cero en otra parte.

Se equivocó.

Un sonriente Müller surgió del fondo de la construcción

empujando una carretilla que habían rellenado con paja y una manta tan raída como la que había usado Svetlana para guarecerse del frío.

—Su carruaje, bella dama —anunció en voz alta sin disimular su orgullo.

—¿Pretende que vaya ahí subida? —inquirió la piloto sorprendida.

—Aunque no evitará que notes los baches del camino —explicó Rhett comprendiendo cual era el propósito del granjero—, si nos valdrá para transportarte con agilidad.

La propia frustración de la joven ahogó sus protestas antes de verbalizarlas y exponerlas a los dos hombres. No podía caminar y debían marcharse. No había más opciones. Vacilante dio un paso hacia su vehículo, sin poner objeciones a que el espía la tomase en brazos para depositarla con cuidado dentro de la carretilla que Hans sujetaba con firmeza.

La distancia que separaba la granja de Müller de la de su amigo Karl Weber no llegaba a los siete kilómetros. Un camino agradable de recorrer en bicicleta o a caballo en una tarde primaveral, pero que podía convertirse en un infierno de noche cuando las temperaturas caían en picado y numerosas patrullas de alemanes recorrían la zona.

Svetlana se preguntaba cuáles serían los motivos que persuadirían a Karl de ayudarlos cuando se presentasen en su propiedad con su vecino. Los de Hans, con una esposa emparentada con judíos, eran evidentes.

Si algo había aprendido la joven rusa desde que se alistó, fue que no podía fiarse de nadie. Ni siquiera de sus compañeras de escuadrón. Al fin y al cabo, una de ellas era la responsable de que se hallase en aquella situación y de que Lena estuviese muerta.

Temblaba solo de pensar en el instante en que tuviera que

contarles a los padres de su copiloto lo ocurrido. En cuanto a sus superiores, seguro que tratarían de ocultar la realidad de los hechos. No lo permitiría. Por primera vez incumpliría las ordenes de sus mandos. Lena y su familia se merecían saber la verdad.

Rhett notaba las vibraciones que sacudían continuamente la carretilla debido a lo agreste del camino. No obstante, la piloto no se quejaba. Se limitaba a apretar los labios y emitir secos gruñidos. Faltaban un par de kilómetros para alcanzar su objetivo cuando la rusa no pudo más.

—Se ha desmayado —anunció el americano a su acompañante.

—Mejor —respondió lacónico Hans.

—Sus lesiones necesitan atención médica y calmantes.

—Tendrá que esperar. Al menos de momento.

El espía suspiró. Confiaba en que la mujer de la que empezaba a enamorarse consiguiese resistir un poco más. Su coraje le atraía como un imán. Salvo a su hermana Alice, una valiente WAPS[1], no había conocido a nadie igual a ella.

Capítulo 3

En la granja de Karl no fueron bienvenidos. La esposa de Weber pronto dejó claro que su ayuda solo alcanzaba a los Müller. No se pondrían en peligro por dos soldados soviéticos a los que no les debían nada. Hans y su mujer habían compartido con ellos sus víveres cuando no tuvieron que comer, después de que su granja fuese saqueada por un grupo de soldados alemanes hambrientos de pan y de cuerpos femeninos tres meses atrás. Las vejaciones y los abusos sufridos por la señora Weber habían endurecido su carácter y su corazón.

Para sorpresa de Svetlana, Rhett había fingido ser un compatriota suyo que se había separado de su unidad aturdido por el ruido de las bombas y de las continuas explosiones. Vagando por los campos había dado con el avión accidentado y su piloto. A la joven no le habría engañado su acento ruso, pero supuso que los alemanes no apreciaban las diferencias entre su pronunciación y la de él.

Un pesaroso Hans les señaló que lo más indicado era que se marchasen. No confiaba en que sus vecinos no delataran la presencia de los dos soldados extranjeros a las autoridades nazis.

Como contrapartida, les ofreció la bicicleta de su hija. Aunque estaba algo oxidada, les permitiría avanzar más rápido que a pie.

—Puede que encontréis algún vehículo abandonado si seguís cerca de la carretera—les dijo el granjero antes de despedirse de ellos, mirando con lástima a la aviadora accidentada. Dudaba que fuese capaz de caminar por si sola.

Svetlana se abrazaba a la espalda del espía con tan poca fuerza, que Rhett había optado por rodear la cintura femenina con la cuerda que usaba como cinturón, y apretarla contra su cuerpo. Si perdía el conocimiento, al menos evitaría que se cayera de golpe y se lastimase de nuevo.

Quizá fue la férrea voluntad de la joven, o que la suerte decidió otorgarles su gracia, pero lograron aproximarse a Berlín sin ser detectados. Desde lejos podían divisar varias columnas de humo ascendiendo por el aire hasta rozar las nubes. Los brotes primaverales de las flores pugnaban por hacerse un hueco entre tanta desolación.

—Tengo un contacto que nos podrá echar una mano —comenzó a explicar el americano cuando se detuvieron a descansar unos minutos entre los muros destruidos de una vivienda vacía.

—¿A los dos? —preguntó ella dubitativa inspirando con fatiga. Los amigos de Rhett puede que no estuvieran muy dispuestos a dar su apoyo a una soldado rusa por mucho que la guerra hiciera aliados extraños.

—Sí. El problema es que no sé dónde se hallará ahora. Es veterinario. Tiene su consulta en el extrarradio de la ciudad, pero si ha salido a asistir una urgencia, puede que tarde un poco en dar con él. Aunque su especialidad sean los animales, estoy seguro de que tendrá medicación que te alivie los dolores, y vendas con las que entablillar tu muñeca rota.

—Irás más rápido sin mí —asintió Svetlana a la que la idea de un analgésico le sonaba de maravilla—. Estoy al límite de mi resistencia y te retrasaré.

—Volveré a por ti —aseguró él mirándola a los ojos.

—Más te vale o te perseguiré durante toda la eternidad —respondió ella entre las brumas de la fiebre que hacía rato que había comenzado a apoderarse de su cuerpo.

Rhett torció la cabeza y esbozó una sonrisa canalla. Después, alargó sus manos y atrapó el delicado rostro de la joven, para a continuación aproximar sus labios a la boca que tanto le atraía. Al principio fue un beso suave, lento y dulce. El espía temía hacerle daño o una reacción de rechazo por parte de la piloto. Sin embargo, cuando la lengua de ella inició una búsqueda curiosa de la suya, supo que no se había equivocado al interpretar las expresiones y los gestos de Svetlana.

—Me gusta tu forma de firmar tus promesas. —Rio la rusa al separarse del americano. Un ligero temblor ante la falta del calor masculino sacudió su cuerpo. No se había ido y ya parecía echarle de menos.

—Te voy a dejar mi chaqueta. Ahora no hace frío, pero si me retraso y cae la noche, podrás cubrirte con ella.

No habían pasado ni diez minutos de la marcha del espía, cuando la piloto notó que se iba quedando dormida. Sabía que no era lo más acertado. Por el momento no se escuchaban voces, de modo que no había soldados cerca, pero aquello podría cambiar en un segundo. Si la encontraban, sería incapaz de defenderse. No obstante, tampoco estaba segura de que fuese a ser capaz de cambiar de ubicación en caso de verse cercada por un grupo de nazis. Además, si lo hacía, Rhett no la encontraría y sin él estaría perdida en más de un sentido.

El canalla rubio de cristalinos ojos azules le estaba robando la cordura poco a poco. Ella que se había vanagloriado de ser inmune a los encantos masculinos, y se había jactado ante Lena de que hasta que derrotaran a Hitler no se dejaría enamorar por un hombre, había caído rendida ante un americano. No había podido resistirse a su sonrisa pícara ni al tacto de sus manos sobre su piel. ¿Qué sería de ellos al terminar la guerra? No tenían ningún futuro. Tan solo podían permitirse el lujo de disfrutar del tiempo juntos que aquella huida les otorgase.

No supo si habían transcurrido minutos u horas, pero de pronto escuchó que la llamaban entre las brumas del sueño que se había apoderado de su mente.

—Svetlana, despierta. Tenemos que irnos. ¡Svetlana!

—¿Rhett? —balbuceó la aviadora con la lengua seca.

—Dale agua, está deshidratada —añadió una segunda voz masculina haciéndola que abriera los ojos de golpe asustada.

—Tranquila, cariño. Es mi amigo Heinrich. Ha venido conmigo para echar un vistazo a tus lesiones antes de movernos.

¿La había llamado *cariño*? Aquel apelativo cariñoso le gustaba más de lo que debería. ¿Qué estaba haciendo? Ella no había volado hasta Alemania para enamorarse. Había ido a tirar bombas sobre las cabezas de los malditos nazis e impedir que descansasen por la noche. Un ejército debilitado, era un ejército vencido.

—Hola, ¿me permites ver tu muñeca? —le pidió con gentileza el acompañante del espía.

Suponía que era el veterinario. Nada en su figura le distinguía del resto de habitantes de la zona. Si no estaba vistiendo un uniforme, era porque su trabajo, al igual que en otros países aliados, se consideraba esencial para el mantenimiento de las granjas que dotaban de alimentos a la población y a los soldados.

—Voy a inyectarte un calmante —anunció Heinrich—. No te voy a mentir, es para caballos, pero he reducido la dosis a la tercera parte.

—¿No será mucho? —inquirió insegura ella.

—Menos no te haría efecto —le explicó el veterinario—. Vas a viajar con Rhett en el fondo de mi furgoneta. Los hombres que hay en los controles que dan acceso a Berlín están acostumbrados a verme entrar y salir. Me dejaran pasar. El medicamento mitigara tus molestias.

—¿Y mis compañeros del ejército soviético te van a permitir saltarte el asedio? —preguntó Svetlana suspicaz.

—El asedio no es cien por cien perfecto —le informó el americano—. Las tropas se van desplazando hacía las partes de la ciudad donde los alemanes presentan más batalla y abandonan otras. Aprovecharemos esa ventaja.

—No obstante, debemos darnos prisa —añadió el recién llegado —. Según mis informantes, se espera la arribada de más tropas a lo largo de mañana. Es ahora o nunca.

El escondite del vehículo era tan estrecho que obligó a los jóvenes a pegar sus cuerpos hasta el punto de que ni una brizna de aire podía colarse entre ellos. Svetlana notaba la barba de dos días de Rhett rozando la piel de su rostro. Lejos de molestarla, el suave cosquilleo provocaba cierta excitación, muy agradable, en su maltratado organismo.

Aunque el compartimento apestaba, a ninguno le importó. Después de tres días escondidos en las granjas, sin posibilidad de disponer de agua limpia para bañarse, las telas que les cubrían habían absorbido el sudor del miedo que emanaban por sus poros. Por si fuera poco, el barro de sus anteriores refugios se había adherido a ellos de pies a cabeza. Dos cerditos que se hubiesen revolcado en su porquera tendrían mejor aspecto que el americano y

la rusa.

El espía pensó que la piloto seguía estando igual de bonita que cuando la halló cubierta de hollín en el lecho del río. Sabía que la distancia que les separaba de la ciudad era corta, pero no le hubiera importado continuar abrazado a Svetlana un rato más. Unos golpecitos de Heinrich sobre el capo, les informó que debían guardar silencio y casi ni respirar.

Un soldado alemán dormitaba apoyado contra el muro que debía custodiar. El veterinario disminuyó la velocidad sin llegar a detenerse. Cuando observó que levantaba los párpados y fijaba sus soñolientos ojos en la furgoneta, le saludó con la mano con cordialidad, y una amplia sonrisa. El cansado vigilante se limitó a inclinar la cabeza hacía la derecha invitándole a continuar su camino.

Las ruedas siguieron girando unos metros haciendo un par de giros que les condujeron al edificio de la consulta de animales. El conductor tomó la precaución de aproximar la parte trasera del vehículo a la puerta, para que ningún observador ocasional viera descender a sus ocupantes.

—Vamos —les urgió el veterinario—. Las patrullas pasan cada veinte minutos. Si me detengo demasiado sabrán que ocurre algo.

Aunque Svetlana notaba las piernas entumecidas por lo incomodo de la posición, el calmante que le habían suministrado ya le estaba haciendo efecto.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Rhett preocupado.

—Más le vale —dijo una juvenil voz surgiendo entre las sombras.

Era un adolescente, apenas un niño, de unos doce o trece años. La falta de alimentos había afilado su rostro y sus miembros, dando la impresión de que el abrigo que le envolvía bailaba sobre su osamenta en lugar de protegerle del aire fresco de la noche.

—Es Niels —comentó Heinrich haciendo las presentaciones—. Él

os guiará hasta el lugar que hemos preparado para vosotros. Yo no puedo ausentarme por si vienen a buscarme por una urgencia.

—No se preocupe, señor Schmidt. Me encargaré de que lleguen a su destino —prometió el chaval que era el hijo de la mujer encargada de mantener limpia la vivienda y la consulta del veterinario.

—Gracias, amigo —dijo Rhett estrechando la mano del hombre que les había ayudado.

—Intentaré acercarme a ver la evolución de tus lesiones, pero no puedo decirte cuando.

Svetlana asintió y se dispuso a seguir a su joven guía. Pensó que les conduciría al exterior, pero su sorpresa fue mayúscula al fijarse en la oquedad que se había abierto en el suelo, justo donde antes estaba la tapadera metálica de una alcantarilla.

—¿Por ahí? —inquirió incrédula.

—Primero las damas —respondió el espía invitando con un gesto de su mano a la piloto a deslizarse por el lugar por el que se había escabullido Niels.

Ella disimuló una tímida sonrisa y comenzó a bajar los peldaños metálicos que se divisaban desde la superficie. Allí había algo de luz, pero ¿qué ocurriría cuando avanzaran en la oscuridad y el cierre volviera a deslizarse sobre sus cabezas?

Había llegado un punto en que se limitaba a aceptar los planes del americano sin cuestionarse sus motivos. Lo único que tenía por cierto, era que gracias a él continuaba respirando. Otro en su lugar, incluso un soldado de su propio ejército, quizá la hubiera abandonado a su suerte. Él no lo había hecho. Así que solo por aquello, merecía su confianza.

Capítulo 4

Al descender por los inestables escalones metálicos, meros apoyos para los pies que parecían querer desprenderse de la pared en cuanto sentían su peso, la temperatura fue bajando a medida que aumentaba la sensación de humedad. Cuando tocaron el suelo, sus botas se hundieron en un riachuelo de agua hedionda que les revolvió las tripas.

—Poneros estos pañuelos por la boca —dijo Heinrich tendiéndoles unos trapos impregnados en mentol antes de colocar el cierre metálico en su sitio.

—Solo hay dos —comentó Rhett al entregarle una pieza de tela a Svetlana.

—No lo necesito —argumentó Niels—. Estoy acostumbrado. Es la mejor forma de moverse por Berlín sin ser detectado.

El espía asistió. El muchachito había madurado demasiado deprisa para su edad. En lugar de estar correteando por las calles con sus amigos del colegio, se pasaba la vida colaborando en el traslado de personas y de artículos esenciales de una zona a otra de la ciudad. Ojalá aquella maldita guerra terminase de una vez, y los niños como él tuviesen la oportunidad de disfrutar de una vida en la

que ningún dictador impusiese su futuro.

Svetlana perdió la cuenta de los giros que dieron. Cada pocos metros daba la impresión de que se adentraban en el fondo de la tierra, para a continuación ascender hasta el siguiente recodo. El nivel del agua iba variando también, pasando de su cintura en algunas zonas. Sus ojos se acomodaron rápido a la ausencia de la luz. No obstante, prefería no saber que eran los objetos que rozaban sus piernas o lo que empujaban las punteras de su calzado cada dos por tres. Suponía que serían heces o animales muertos, pero era mejor ignorar su verdadero aspecto.

—¿Las puertas hay a los lados de vez en cuando, a dónde conducen? —preguntó Rhett al divisar la tercera barrera metálica a su izquierda.

—A sótanos sellados —contestó Niels—. Son compuertas que solo pueden abrirse desde el interior por expreso deseo de los ocupantes de los edificios. Nunca he visto que contienen. Unos dicen que gigantescos tesoros nazis, llenos de arcones repletos de oro y piedras preciosas. Otros que son bodegas. Aunque hay quien asegura que albergan cámaras de tortura. Los de la Gestapo las utilizan para torturar a sus víctimas, y cuando terminan con ellas las lanzan a las alcantarillas como alimento de las alimañas que rondan por aquí.

—¿Tú lo has visto? —quiso saber Svetlana.

—¿Partes de cuerpos humanos flotando? —inquirió a su vez el chiquillo—. Sí. ¿Ratas gordas bien alimentadas? También.

La mano firme de Rhett buscó la temblorosa de la piloto y se le dio un apretón firme. A partir de aquel momento no se soltaron. Continuaron avanzando por donde Niels les indicaba sin hacer más preguntas. Las respuestas les resultaban demasiado ominosas.

—Hemos llegado —anunció el chaval al cabo de lo que le había

parecido a la pareja una eternidad—. Voy a salir yo primero para asegurarme de que no hay nazis cerca. No os mováis de aquí.

—Menudo carácter —murmuró Rhett cuando se quedaron solos —. El ejército se está perdiendo un comandante en potencia.

—Sabe lo que hace. No creo que seamos los primeros que conduce hasta un escondrijo.

—Imaginó que Heinrich lo fichó para sus propósitos en cuanto se percató de sus cualidades. Además, siendo hijo de la mujer que está a cargo de mantener su consulta y su casa limpia, por fuerza tiene que ser de confianza.

—Habrá crecido balanceándose entre el miedo a la Gestapo y la lucha silenciosa. Es injusto que los niños hayan perdido la oportunidad de ser simplemente niños.

Su conversación fue interrumpida por la orden de Niels de que comenzarán a subir por soportes metálicos que ya les empezaban a ser familiares. Llegaron a un pasillo estrecho y oscuro, donde al menos no había agua. Una figura cubierta por un sobretodo gris les aguardaba a con un farol alumbrando su rostro.

—Hola. Soy Hannah.

—Buenas noches y gracias por auxiliarnos —se apresuró a responder Rhett mientras que Svetlana notaba cómo sus dientes castañeaban por el frío.

—Antes de llevarlos al lugar donde van a esconderse, pasaremos por los aseos —continuó la joven quintando importancia a las palabras del americano con un gesto de la mano—. No hay nadie más en el edificio, así que vamos a aprovechar para hacer un alto en el camino en los baños para que se laven y se pongan ropa limpia. No sé cómo les quedará —añadió dedicando una mirada especulativa a la menuda piloto.

—No importa —aseguró la rusa agradecida—. Tengo tan sucio el

uniforme que en algunas partes de mi cuerpo está pegado a la piel. Cualquier prenda, será mejor que lo que llevo puesto.

—¿Podrás sola? —inquirió Rhett echando un vistazo fugar a las vendas que el veterinario había colocado con cuidado en la muñeca y en el tobillo de Svetlana. Hacía un par de horas estaban limpias, pero en aquellos instantes estaban marrones y empapadas.

—Creo que en el botiquín que hay en el despacho del director puede haber algo que nos sirva para cambiarte ese desastre. Si no hubiera, no te preocupes. Haremos tiras alguna sábana.

—Gracias —dijo la joven rusa.

—De nada. Empieza a lavarte. Volveré enseguida y te ayudaré con lo que te falte —le indicó Hannah.

Cada uno se dirigió a una de las puertas señalizadas con los símbolos de un hombre y una mujer. Rhett dejo la suya entreabierta. No quería presionar a su compañera, pero era evidente que no iba poder arreglárselas sin nadie que la socorriera.

Lo primero que hizo Svetlana fue apoyar la frente contra el espejo y dejar salir las lágrimas que llevaba rato conteniendo. No habían pasado ni tres días desde que se subió a su biplano con Lena, dispuestas a incordiar a cuanto alemán se cruzase en su camino. ¿Quiénes les iban a decir que se produciría un incidente tonto que ocasionaría que dos Polikarpov terminaran estrellándose contra el suelo? Debía de haber sido culpa de una de las chicas nuevas. No les faltaban ganas, pero carecían de la formación adecuada.

La piloto levantó la mirada y se encaró con el rostro ojeroso de la mujer que la observaba. Le costaba reconocer en ella a su reflejo. Era una mancha de barro con su figura en la que destacaba el blanco de sus ojos. Inspiró y se armó de valor para proceder a quitarse la mugre que la recubría por entero.

Con la mano sana lo primero que hizo fue lavarse la cara y el pelo. A continuación, aflojó el pantalón y lo deslizó hasta sus tobillos. Sin unas tijeras no pasaría por el del esguince. Estaba muy hinchado como consecuencia de la reciente caminata. Quitarse la bota, ya era impensable. Por una vez daba gracias a los mandos que decidieron que no merecía la pena darles uniforme y calzado femenino, puesto que con el masculino tendría que valerles. Desde luego, su pie no había estallado en llamas de dolor por la amplitud que Svetlana consiguió aflojando los cordones. Era el turno de la chaqueta. Frustrada probó a aflojar los botones sin conseguirlo.

—¡Agg! ¡Maldición! —gritó enfadada.

—Permíteme —pidió Rhett que apareció en su baño al escuchar sus lamentaciones.

Estaba desnudo de cintura para arriba. ¿De dónde había sacado aquellos músculos? ¿Y la tableta que se le formaba en abdomen? ¿Habían estado siempre debajo de su camisa?

—Vale —respondió la aviadora dándole permiso para que se aproximase a ella sin poder evitar un suspiro de deleite al verle más de cerca.

—¿Te duele mucho? —quiso saber preocupado el americano, confundiendo el gesto de deseo con el de dolor.

—Un poco. El problema es que estoy torpe y estos puñeteros botones no quieren soltarse del ojal. La bota la he dejado por imposible.

—Creo que lo más acertado será cortar la tela de las perneras y los cordones si hace falta. Después de lavarte y ponerte vendas limpias, veremos si podemos volver a calzarte.

—No hay otro remedio. Si tenemos que volver a huir, debo estar lista —protestó Svetlana.

Rhett no quiso contradecirla, pero era obvio que la joven no

estaba en condiciones de seguir adelante. Sí o sí, tardarían unos días en ser capaces de desplazarse con cierta agilidad.

No pudo evitar que el rubor cubriera su piel al sentir el roce de los dedos de él al desprenderla de aquella ropa tan pegajosa. Intentó pensar que solo era un compañero ayudando a otro, pero era imposible permanecer inmune a los cálidos ramalazos que la recorrían a medida que las capas de prendas que la cubrían disminuían. A pesar de estar en uno de los peores momentos de su vida, los ojos de él la acariciaban con ternura.

El americano tragó saliva un par de veces. No quería demostrar la excitación que experimentaba al pasar la toalla húmeda por el cuerpo castigado de ella. No iba a permitir que pensase que era un depravado. Sus padres le habían enseñado a respetar a las mujeres. Sin embargo, la rusa no era una más. Era ELLA. Con mayúsculas. La chica de la que se estaba enamorando.

Hannah carraspeó al entrar en el baño y encontrarse a la pareja medio desnuda. Aunque simplemente se estaban aseando, la tensión sexual era palpable.

—Hola otra vez. Yo acabaré de ayudarla. Será mejor que tú vayas a vestirte con lo que te he dejado en el de chicos —sugirió la alemana.

No les estaba regañando, pero debían darse prisa. En seguida amanecería y con el nuevo día la Biblioteca Estatal de Prusia se llenaría de funcionarios. La mayoría de ellos no diría nada sobre la presencia de los jóvenes. No obstante, nunca se podía estar seguro de quien era un informante y quién no.

Durante diez días permanecieron escondidos en un cuarto en el sótano de la biblioteca, rodeados de cajas de libros prohibidos. A la luz de la linterna que su guardiana les había dado, leyeron a Albert Einstein, Ernest Hemingway, Karl Marx y a Thomas Mann. Sus textos

se habían salvado del fuego gracias a Hannah y a otro bibliotecario que los habían ocultados de los nazis. No tenían ventanas por las cuales se pudiera escudriñar lo que había en aquella habitación desde el exterior, y no podían usar velas que pusieran en peligro aquel tesoro literario. Sin embargo, la ausencia de humedad que perjudicara los tomos era más que bienvenida por el espía y la piloto.

A pesar de su encierro, Svetlana era capaz de percibir que la primavera avanzaba en el calendario. Hannah traía impregnado en su cabello el aroma de las flores que comenzaban a abrir sus pétalos tras el largo invierno. Anhelaba el instante de volver a sentir la luz del sol en su rostro.

Durante el día, no tenía frío, pero de noche, al no poder disponer de una fuente de calor, buscaba el cobijo de los brazos de Rhett. Se habían vuelto a besar, y las manos masculinas solían colarse por debajo de la cazadora de ella. Ambos deseaban una mayor intimidad, si bien, eran conscientes de que no era el momento ni el lugar.

—¡Chicos! —gritó una acelerada Hannah irrumpiendo de sopetón en su refugio a primera hora de la noche del 30 de abril de 1945—. Es Hitler. Se ha suicidado en torno a las tres y media de la tarde, junto con su mujer Eva Braun.

—¿Ha terminado la guerra? —preguntó Svetlana esperanzada—. ¿Podemos volver a casa?

Rhett no sonrió. Por supuesto que era una excelente noticia que el sátrapa nazi ya no caminara por el mundo, pero aquello suponía separase de mujer que amaba, y no sabía si estaba listo para ello.

Capítulo 5

Pasaron cuatro días sin que nada cambiase para Svetlana y Rhett. Tras el suicidio de Hitler la crueldad de los soldados parecía haber aumentado como si quisiesen dar el zarpazo final antes de rendirse.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —preguntó por enésima vez en voz alta Svetlana dando vueltas sin parar en su encierro. Había contado y memorizado el número de cajas y libros que les rodeaban. Podía identificara cada crujido del edificio, y hasta adelantarse al chasquido de las tuberías antes de que se produjera.

—Paciencia —le pidió Rhett que disimulaba mejor su ansiedad.

Suponía que su destino próximo era regresar a Estados Unidos donde le interrogarían sin descanso para extraer de su mente cualquier ínfimo detalle que pudiese ser de utilidad a sus mandos. Le gustaría pedirle a la piloto que se fuera con él y olvidase la idea de volver a Rusia. En la granja de sus padres sería bien recibida por ser el objeto de su amor. Sin embargo, para alcanzar aquel final idílico que anhelaba, primero debería enfrentarse a sus jefes. Si él lo iba a tener complicado, ella tendría que pasar un infierno. ¿Una piloto rusa formada, y al mando de un avión en uno de los escuadrones soviéticos más letales de la historia? No. No podía pedirle aquello.

Renunciaría a la mujer que amaba por su propia seguridad.

—Sueño con estar en mi hogar y despertar en mi cama —declaró Svetlana—. Pasear por el campo, oler las flores, sentir el calor del sol… ¿Cómo consigues soportarlo? Estas últimas horas se me están haciendo eternas.

Lo que no le confesó fue que desde el momento en que Hannah les dio la noticia, su romance adquirió un punto final irreversible. El espía sería torturado en Rusia sin piedad si decidía acompañarla. Algo que nunca sería capaz de pedirle. Era un imposible. Solo les restaba grabar en su piel el ardor de sus caricias y sabor de sus besos. No sabía cómo lograría dormir de nuevo sin escuchar el latido del corazón del americano bajo su cabeza cada noche. Lo suyo había sido un romance de primavera, una flor entre las bombas, tan efímero y etéreo que, al terminar, sería el eco de un sueño, ardiente y perfecto.

—Buenas noches —les saludó la bibliotecaria entrando en el refugio a las nueve como era habitual. Lo extraño era que no hizo sola. Un hombre y una mujer venían con ella—. Os presentó a Violette y a Antonio.

—¡Español! —exclamó jubiloso Rhett al reconocer al recién llegado como un miembro valioso de la resistencia francesa. Sin duda, la chica que lo acompañaba, a tenor de su nombre, era de la antigua Galia.

—¡Amigo! —respondió el hombre de tez morena y ojos negros que había traído Hannah.

—¿Nos vais a sacar de aquí? —quiso saber Svetlana a la que la impaciencia le impedía quedarse quieta.

—Esa es nuestra intención —respondió Violette en un dulce alemán con acento francés—. Pero hemos tenido que cambiar el plan en el último momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmado Rhett.

—Íbamos a llevaros hasta Francia y desde allí meteros en un pesquero rumbo a Inglaterra donde teníamos plaza para los dos en un avión a tu país —comenzó a explicar Antonio.

—¿A América? Yo quiero irme a Rusia —protestó la piloto.

—Ahora mismo es imposible atravesar el territorio germano para internarse en la zona tomada por los soviéticos —negó Antonio categórico—. Se están desplazando millones de soldados de un lugar a otro. Se rumorea que en tres días los nazis se rendirán en Reims. Por eso hemos tenido que descartar la huida por Francia.

—Lo siento. No podemos llevarte a tu país y tampoco es conveniente que te quedes aquí —añadió Violette en un tono más amable que el de su compañero—. Hay revueltas por las calles. Si te encuentran y averiguan tu origen, acabaras colgada de algún puente.

—Al día siguiente de la firma en Reims, tendrá lugar otra en Berlín —continuó Hannah—. Los compañeros de la biblioteca que saben que estáis ocultos entre los libros prohibidos, me han rogado que os saque esta noche de edificio. Ignoramos lo que harán los más afines al régimen nazi. Hemos logrado ocultarles vuestra presencia, pero no descartamos que haya otra quema de libros o que destrocen todo antes de hincar la rodilla ante los aliados.

—Svetlana, por favor. Larguémonos de este infierno ya —le pidió Rhett a la joven rusa incapaz de seguir observando las lágrimas que rodaban por sus mejillas y mantenerse impasible.

Una mirada de comprensión se cruzó entre los miembros de la resistencia al percatarse de que aquellos dos soldados de mundos tan distintos habían firmado su peculiar armisticio entre los muros de la Biblioteca Estatal de Prusia.

—De acuerdo —fue la escueta respuesta de la piloto que cuadró

los hombros y se puso tan recta como si la hubiesen llamado a formar—. ¿Cuál es el plan?

—Viajar de Berlín a Dinamarca —se dispuso a detallar Antonio—. Después, guarecernos de los alemanes dos días. No estamos seguros de cuándo será el momento exacto, pero en breve el general Bernard Montgomery penetrará al mando del ejército aliado en tierras danesas y procederá a su liberación.

—El ataque de las tropas soviéticas a Silesia paralizó el envío de carbón a la zona, deteniendo la producción industrial —continuó Violette—. Como consecuencia, los nazis comenzaron a robar el poco alimento del que disponían los daneses. Los ciudadanos no están muy contentos que digamos.

—Tras la irrupción de los aliados tal vez tengas una oportunidad —le dijo Antonio a la joven rusa—. El ejército soviético está en las islas Bornholm. Las ocuparon la semana pasada. Puede ser la única forma de regresar a tu hogar. Y tú al tuyo, a bordo de algún buque inglés.

No sin cierto pesar, se despidieron de Hannah y de los muros de la biblioteca. Había sido un oasis en medio del desierto en que se había convertido su existencia. Con lo puesto, más una bolsa con algo de comida que la alemana les entregó, Rhett y Svetlana salieron a la calle por una portezuela lateral con sus nuevos amigos. El aire fresco de la primavera inundó sus castigados pulmones.

Pegados a las paredes, confundiéndose con las sombras que los edificios y los árboles, recorrieron tres manzanas de casas hasta llegar a un callejón donde Niels les esperaba con otra pareja en la furgoneta blanca del Schmidt.

—¿Heinrich está aquí? —preguntó Svetlana a la que le hubiera gustado despedirse del veterinario.

—Está tumbado en el suelo de consulta —contestó el pilluelo

encogiéndose de hombros—. Alguien lo asaltó para robarle las llaves de su vehículo. Una pena. Tendrá un buen dolor de cabeza cuando despierte.

—Espero que no le hayas atizado muy fuerte —deseó Violette.

—Solo lo necesario —apostilló Niels.

Rhett y Svetlana volvieron a agazaparse en el fondo del agujero disimulado en la parte de abajo de la furgoneta que tan bien conocían. Confundidos, se percataron de que la otra pareja no tomaba las mismas precauciones. El hombre ocupó el asiento del copiloto, y la mujer se sentó en uno de los bancos laterales situados en la parte de trasera, justo en frente de Violette que se había acomodado en el suyo.

—Somos periodistas ingleses. Hemos venido a cubrir los últimos días de la guerra —les comentó ella a modo de disculpa cuando la francesa cerró la trampilla y Niels corría hacia su casa para reunirse con su madre, que ya se habría topado con el cuerpo inerte de Heinrich.

El americano apretó los labios para no replicar con enfado. Durante sus misiones como espía había trabado amistad con numerosas corresponsales de diversos medios y nacionalidades. Incluso él se había hecho pasar por reportero de guerra en alguna ocasión. Sin embargo, desde el accidente del biplano de las brujas de la noche, lo que había vivido con la joven piloto, le había hecho cambiar su percepción de la realidad. De ser un mero observador, había pasado a ser el protagonista en primera persona de una terrible huida a través de Alemania sin visos de un final feliz. Fue el cariñoso apretón que le dio Svetlana el que le hizo reaccionar y meterse en el en doble fondo.

—Ellos no lo entienden, nunca podrán hacerlo —murmuró la piloto en el oído del espía antes de que arrancase el motor.

La pareja de reporteros iba haciendo comentarios sobre lo que veían, pese a las protestas de Violette que les pedía silencio. Daba la impresión de que no eran consciente del riesgo que entrañaba aquella huida. Antonio se había situado tras el volante y conducía taciturno. Svetlana apoyó la cabeza en el pecho de Rhett y cerró los ojos como si así pudiese aislarse del miedo que le impedía respirar.

Pronto las calles adoquinadas dieron paso a carreteras llenas de baches. Habían salido de la ciudad. Las seis horas que les separaban de la frontera de Dinamarca se les antojaban eternas. Sin embargo, la aparente paz que les rodeaba se vio pronto interrumpida por gritos e imprecaciones en alemán. Cuatro soldados nazis con los uniformes cubiertos de barro y sangre que a todas luces no les pertenecía, salieron de entre los árboles. Les habían ordenado detenerse, mandato que cumplieron en un primer instante, pero a medida que se aproximaban a su furgoneta, comprendieron que había sido un error. Una bala surcó el aire, atravesando el parabrisas para hundirse en el entrecejo del periodista.

—¡Arranca! —le gritó Violette a Antonio que no dudó ni un instante en seguir la sugerencia de la francesa.

Los proyectiles siguieron cayendo sobre ellos a pesar de la distancia que iban logrado poner con sus atacantes. La periodista gritaba aterrorizada insistiendo en que debían buscar un médico para su acompañante. No era capaz de asimilar que ya no se podía hacer nada por su vida. Svetlana temblaba en los brazos de Rhett que desesperado trataba de imaginar que ocurría en el exterior.

—Te quiero —susurró el espía en el oído de la aturdida piloto que volvió su rostro hacia él.

El americano acercó sus labios a los de ella y la besó. Despacio, como si tentase el terreno y aguardase la reacción femenina. La joven, comprendió que, si había llegado su final en aquella tierra

hostil, no quería morir sin sentir por última vez la pasión que aquel yanqui despertaba en ella. Así pues, respondió con ardor a su caricia. No se le ocurría mejor forma de abandonar el mundo que mezclando su aliento con el de Rhett.

Violette se agarraba con fuerza a su asiento trasero agradeciendo que la otra mujer por fin se hubiera callado. Bajo sus pies se hallaban la rusa y el americano que tantos quebraderos de cabeza le habían ocasionado aquellas semanas. No había sido sencillo planear su fuga.

De repente, el español hizo una maniobra inesperada y se salió de la carreta, para caer a continuación por un pequeño precipicio, quedando con las ruedas hacia el cielo estrellado. La aviadora y el espía golpearon con fuerza la portezuela que cerraba su escondrijo hasta lograr abrirla. El cuerpo de Violette yacía inconsciente sobre el de la periodista. Rhett alargó la mano para percibir el pulso de la inglesa en el cuello, y negó con pesar.

Svetlana atrajo hacia sí a la francesa y en seguida notó cómo ascendía y descendía su pecho. Solo estaba inconsciente, seguramente a causa del golpe que se había dado en la cabeza. De la frente le manaba sangre con profusión.

—Cíñele el pañuelo en la herida y salgamos de aquí antes de que explote el motor—le indicó el americano señalando la tela de colores que adornaba el cuello de la chica.

No les resultó sencillo subir hasta la carretera, pero tras cuatro intentos lo consiguieron. Temían que en cualquier momento los soldados les alcanzaran dispararon sus fusiles a diestro y siniestro.

—No vendrán —dijo Violette que se había recuperado mientras recobraban el resuello tras el esfuerzo de la escalada—. Antonio fue cambiando de carreteras, internándose por senderos que no vienen en los mapas. No me dijo que le habían herido en el pecho —añadió

con tristeza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Svetlana preocupada.

—Debemos continuar avanzando hacia Dinamarca —respondió la francesa con determinación—. Supongo que antes de alcanzar la frontera nos toparemos con tropas del ejército aliado. Con ellos estaréis a salvo.

—¿Y nos van a recibir con los brazos abiertos los daneses? —inquirió Svetlana con incredulidad—. Soy una piloto rusa y él un espía americano. Entregar nuestras cabezas supone obtener una recompensa segura.

—Ahora somos ingleses —contestó Rhett mostrándole los pasaportes que les había quitado a los periodistas antes de abandonar la furgoneta—. Tú decides.

Los ojos de la soviética se agrandaron por la sorpresa. ¿Cuál era la opción correcta? ¿Continuar con el plan original y buscar a sus compatriotas en las islas Bornholm o seguir con aquel espía loco hasta el final?

Una fuerte explosión procedente del lugar donde se hallaba la furgoneta volcada les hizo levantarse de un salto y ponerse en camino hacia la frontera. No había tiempo para seguir especulando.

Era la hora de la verdad.

Epílogo

26 de mayo de 1946

El matrimonio Jones estaba muy ocupado aquella mañana de primavera. El calor que anunciaba el próximo verano ya se notaba en el ambiente. Los numerosos parterres que un par de mujeres del gueto de Theresienstadt llevaban cuidando desde febrero, estaban en su máximo esplendor. Allá donde se fijase la vista, florecían las flores de vibrantes colores.

Elisabeth atendía a sus alumnos de ciencias en el aula que habían habilitado en el primer piso de la casa que servía de hogar para el último contingente de judíos que huyendo del holocausto había llegado a Suecia antes de la firma de la rendición de Alemania en Berlín hacía un año. Durante el mes de agosto, la profesora de matemáticas estuvo especialmente inquieta con la declaración de guerra de la Unión Soviética a Japón. Sin embargo, Graham, el profesor de historia y literatura, la tranquilizó asegurándole que la intervención de los Estados Unidades pondría fin a aquel conflicto antes de lo que imaginaba.

La joven pareja no podía disimular lo enamorada que estaba. Los ojos azules del rubio hombre recorrían con admiración y deseo la

figura de la morena cuando sus caminos se encontraban, que era con frecuencia. Si a alguien les resultaba peculiar el acento de ella, se le informaba con gentileza de su ascendencia polaca.

Durante las noches claras de primavera, no era raro encontrárselos tumbados sobre la hierba contemplando las estelas de los aviones que cruzaban el aire. Ella demostraba una increíble habilidad reconociendo los modelos de las aeronaves.

—Brujita —le susurró Graham a Elisabeth robándole un beso—, ¿eres feliz?

—Lo soy.

—¿Te arrepientes de la decisión que tomaste? —insistió él arrugando el ceño.

Ella sonrió mientras con la yema de su dedo alisaba las líneas de preocupación que se habían formado en la frente de su amor, para después perfilar el resto de las varoniles facciones de aquel masculino rostro que tanto adoraba. Se acercó más a su cuerpo y comenzó a repetir con sus labios el recorrido que habían seguido sus dedos.

—¡Uy! —exclamó ella de pronto sobresaltándolos a los dos.

—¿Qué ocurre? —inquirió alarmado él.

—Hoy nuestro pequeño Antonio está inquieto —respondió Elisabeth agarrando la muñeca de Graham para que posase su palma en el prominente vientre y notase las pataditas del inquieto bebé.

La antigua piloto y el espía retirado permanecieron en silencio contemplándose con amor. No necesitaban palabras para expresar sus sentimientos. Ambos sabían que desde que sus destinos se cruzaron una noche de primavera, quedaron enlazados para siempre.

Nota de la Autora

Aunque los personajes de la novela son inventados, los hechos históricos que relato tienen su base verídica. La trama surge de mi afición por leer novelas ambientadas durante la Segunda Guerra Mundial, con protagonistas alejados del campo de batalla, pero cuyas vidas se ven influenciadas por las decisiones de terceros.

Las brujas de la noche fueron uno de los tres escuadrones soviéticos femeninos que tuvieron un papel destacado en la lucha contra el nazismo. Sin embargo, como ocurrió con sus homologas americanas, las WAPS, o las telefonistas que cumplieron una función esencial en las «trincheras del cable», una vez terminada la contienda, no recibieron el reconocimiento que merecían.

Con mi humilde relato, he querido ofrecerles un sincero homenaje por su valentía y arrojo.

A las prímulas les encanta florecer en primavera

Juliana Cartland

Capítulo 1

Inglaterra 1798

Avery se calzó sus botas de cuero y se cerró el abrigo hasta el cuello. Tras prepararse, agarró su canastillo con los implementos de jardinería. Eran las siete de la mañana; el día había amanecido nublado y frío, por lo que aún permanecían encendidos algunos candelabros en el interior de la finca, que se hallaba en penumbra. Sin embargo, aquello no era impedimento para realizar su labor diaria en el jardín.

La casa estaba en silencio, y caminó procurando no hacer ruido. Solía despertarse muy temprano para evitar las quejas de su madre, quien no dejaba de recriminarle su decisión de enclaustrarse entre sus plantas. Pero Avery tenía un motivo, uno que no deseaba recordar: refugiarse en el jardín le evitaba tropezarse con los culpables de su desgracia. Habían pasado dos años desde la cruel traición, y seguían siendo insuficientes para olvidar.

Suspiró con fuerza para apartar los malos recuerdos y se apresuró hasta la cocina. Allí, la cocinera y sus dos ayudantes preparaban el desayuno bajo la estricta y silenciosa supervisión de la señora Potter, el ama de llaves.

—Buenos días, señorita Avery —la saludó con cortesía—. ¿Desea tomar el desayuno?

Ella sonrió, negando.

—No aún, me reuniré después con ellos en el comedor —respondió, como cada mañana desde que decidió que solo le importarían sus plantas.

La señora Potter asintió comedidamente. Avery salió por la puerta que daba al patio trasero, donde había construido con esfuerzo y dedicación la rocalla para sus flores. Se arrodilló para revisar primero los nuevos brotes de prímulas. Estaba expectante por ver la floración del nuevo color que había elegido para la temporada: azul. Conseguir aquellas semillas en el herbario del mercado había sido casi una odisea.

Tras admirar el crecimiento de los brotes y revisar las suculentas que crecían junto a las rocas, se dedicó a remover la tierra húmeda, aún marcada por los rastros del invierno. El sol comenzó a asomar y eso la alegró. Una vez terminó, recogió sus implementos y los dejó en el cobertizo junto a los guantes. Se lavó las manos y el rostro, y corrió hasta el comedor.

Su madre estaba sentada a la mesa con su hermana Emily. Ambas conversaban, y se detuvieron apenas Avery ocupó su lugar.

—Si te levantaras con la misma devoción con que cuidas tus plantas para encontrar marido, me harías mucho más feliz, hija mía —mencionó su madre con su habitual sarcasmo mañanero, haciéndola arrugar la cara.

Avery puso los ojos en blanco, sacó la silla con brusquedad y se dejó caer pesadamente. Desdobló la servilleta con desgano y la colocó en su regazo.

—¿Tiene alguna razón su comentario, madre? —preguntó, observando el decorado de rosas en las tazas de porcelana.

—Ninguna.

—No le creo, pero de todos modos prometió no meterse en mis asuntos florales —soltó con desenfado.

Su madre suspiró profundo.

—La verdad es que me arrepiento. Estoy por pensar que mi pobre hija terminará momificada dentro de una maceta.

—Cielos, madre —expulsó espantada, lanzando un bufido.

Dirigió la mirada a Emily, que se mantenía muy silenciosa. Esta le sonrió con inocencia. Avery arrugó el gesto, imaginando que algo se escondía detrás. Y eso la hizo suspirar con fuerza, porque nunca era nada bueno, sobre todo si la tía Cecil no se encontraba todavía sentada a la mesa.

Capítulo 2

El silencio se prolongó con la llegada de su padre al comedor, ocupando su lugar en la cabecera.

—¿Puedo saber por qué están tan silenciosas esta mañana? —preguntó el patriarca de la casa, mirándolas con cautela a todas, en especial a su esposa, la señora Primrose.

Ella se removió risueña en su silla.

—Verás, querido, se trata de nuestra pobre Emily —comenzó, esquivando la mirada inquisidora de Avery, quien no dejaba de pensar que su madre se traía algo entre manos con tanta parsimonia.

—¿Y qué te sucede, primor? —preguntó su padre, dirigiendo la mirada hacia su hija menor.

—Es que tengo un problema, padre —repuso Emily, haciendo resoplar a Avery, que puso los ojos en blanco. Detestaba tanta vacilación.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó el padre con un poco de exasperación, lo que Avery aplaudió en silencio: por fin revelarían el asunto.

—El problema soy yo, querido hermano —contestó lady

Blanchett, su tía paterna, irrumpiendo en el comedor. Todos la miraron hasta que tomó asiento.

—Yo la veo perfectamente —emitió Avery con desdén.

—Así es, mi niña, pero me temo que no estoy en condiciones de acompañar esta tarde a tu hermana. Ya saben que no me llevo bien con los caballos.

Su respuesta la hizo suspirar con recelo. La tía Carol había venido a instalarse en la finca para convertirse en acompañante e instructora de Emily, luego de que esta tuviera un debut en sociedad muy exitoso y ya contara con un pretendiente.

Avery pensó que eso la mantendría al margen, y que pondría muy contenta a la tía Carol, quien en esta ocasión no había venido en vano. Sacudió la cabeza para no recordar su viejo fracaso, mientras su padre miraba a Emily, instándola a hablar.

—Lord Bradley me ha invitado a cabalgar mañana en la tarde, pero si la tía no me acompaña, no podré ir —explicó con su vocecita sutil y mimada.

—¿Y qué opina usted, mi señora? —preguntó el padre a su esposa.

—Querido, dejé de montar a caballo desde que te di a tus hermosos retoños —respondió exultante—; pero Avery puede hacerlo, es una experta cabalgando.

—¡De ningún modo! —soltó, apenas terminó de involucrarla en la conversación—. Eso no es posible.

—Lo será si padre lo permite —arguyó Emily, mirando a su progenitor con una sonrisa encantadora y llena de inocentes ruegos, que hicieron a Avery lanzar un chasquido.

—Solo es una cabalgata por la ribera del río Tyne; milord me ha pedido que le sirva de guía.

—¿Y si mejor contrata uno? A ti tampoco te gusta montar —

intervino Avery.

—Pero tú sí, y conoces mejor que yo el recorrido —comentó su hermana, mirándola con excesiva admiración.

—Tal vez deban hacer un pícnic; seguro que la tía Carol no tendrá problemas en sentarse en el césped —emitió con sátira, haciendo resoplar a todos.

—Lord Bradley está muy interesado, mi señor —promulgó su madre con sutileza.

El padre arrugó el ceño, permaneció pensativo un momento y luego dirigió su expresión hacia Avery.

—Está decidido: acompañarás a tu hermana a cabalgar —sentenció. Y antes de que ella pudiera protestar, hizo el llamado para que sirvieran el desayuno, silenciándola con su denostada autoridad.

Capítulo 3

Avery pasó todo ese día y el siguiente enfadada, porque no pudo hacer nada para ir en contra de la decisión de su padre. Admitía que lo único en lo que tenían razón era en que le gustaba montar a caballo.

Solía hacerlo con frecuencia cuando su hermano Andrew venía de visita; él la animaba a cabalgar, y así fue como conoció a quien creyó sería el amor de su vida: el señor Harmon.

—Ya, no te enojes conmigo. Estoy segura de que te hará bien salir, hermanita.

Avery puso los ojos en blanco y siguió removiendo la tierra sin usar guantes, ensuciando sus uñas.

—Sabes que odio salir.

—Y ya es tiempo de hacerlo —le porfió su hermana, que todo el día se la pasó detrás de ella rogando su perdón—. Lord Bradley me agrada bastante.

Avery detuvo sus manos y suspiró. En el fondo tampoco deseaba que a Emily le pasara lo mismo que a ella. Empezando porque su madre se volvería loca si ambas terminaban encerradas y cultivando flores.

—Está bien, padre ya lo decidió. Te acompañaré, pero no vuelvas a involucrarme en tus salidas.

—Seguro, hermanita —dijo Emily abrazándola. Avery se removió, sacudiéndosela de encima.

—Salimos a las cuatro; la tía nos acompañará.

—¿No se supone que no puede montar a caballo?

—No lo hará; y tampoco podemos salir sin ella —festejó su hermana, que se marchó contenta, mientras Avery suspiraba hondo de nuevo. Se serenó pensando que solo iba a hacer de chaperona y nada más.

A las cuatro, Emily la estaba apurando porque el carruaje ya estaba preparado para llevarlas al encuentro con Lord Bradley, que las esperaba en el Garden Room, una tienda de regalos muy frecuentada en el mercado del pueblo. Avery no tuvo más remedio que apurarse, alzando las faldas de su vestido gris y corriendo con sus pesadas botas que levantaban el polvo del suelo.

Emily sonrió con desgana al ver su atuendo casi de convento.

—¿Quieres que te acompañe o no?

—Sí, vamos; tía Carol ya nos está esperando.

Su hermana la tomó de la mano y la llevó al carruaje, donde lady Blanchett, en efecto, ya estaba instalada. Ambas ocuparon su lugar y la tía ordenó al cochero que se pusiera en marcha. Mientras Emily y su tía se enfrascaban en una charla que no le interesaba en lo más mínimo, Avery se dedicó a mirar por la ventana, observando viejos paisajes. Evitó tener recuerdos y solo pensó en que pronto sus brotes empezarían a florecer.

El recorrido acabó frente a la tienda. Suspiró al ver a Emily azorada por sus repentinos nervios. Lord Douglas Bradley ya estaba allí, acompañado de otro caballero que Avery no reconoció. Tampoco le prestó importancia.

—Vamos —la apuró su hermana, luego de atender las advertencias de lady Blanchett, quien fue la primera en descender del carruaje.

Douglas se acercó apenas las vio, mientras el caballero con el que había estado conversando permaneció detrás. Avery no hizo intento alguno por descubrir quién era, y quizás él tampoco, porque se mantuvo al margen mientras el pretendiente de Emily explicaba a la tía en qué consistía el recorrido.

—Lamento que no pueda acompañarnos, miladi, pero nos alegra que la señorita Avery lo haga. Así mi compañero, el señor Hartford, no se sentirá solo —mencionó Douglas, captando su atención.

Enseguida lo hizo pasar al frente, presentándolo como Joseph Hartford. El hombre de melena negra y mirada petulante se fijó de inmediato en ella. Avery lanzó un chasquido con disgusto, demostrándole con ello su claro desinterés.

Capítulo 4

Tras subirse cada uno a sus caballos y despedir a la tía, que iría a visitar a una vieja amiga mientras ellos tomaban su paseo, comenzó el recorrido hacia la ribera del Tyne. Avery se encargó de demostrar su descontento manteniéndose en el silencio más absoluto, mientras el señor Hartford cabalgaba a su paso.

Los dos iban detrás, mientras la pareja de enamorados lo hacía al frente, manteniendo una entretenida charla al compás del paso de los caballos. Avery sabía que Emily no era buena jinete, por lo que no le sorprendió que, de vez en cuando, lord Bradley le sostuviera la rienda.

Decidió obviar a su acompañante y fijar la mirada en la belleza del paraje junto al río. Sonrió al ver cómo los caballos de adelante tomaban el puente sobre el que se contaba una historia de supervivencia, al ser el único que quedó en pie tras las inundaciones de hacía más de veinte años.

Durante el paso por los siete arcos, Avery no dejó de percibir la mirada furtiva del señor Hartford, con quien no deseaba entablar conversación. Aligeró el paso para ignorarlo, pero él no se dio por vencido.

—¿Conoce la historia de este lugar? —preguntó al ponerse a su lado. Ella apenas lo miró, posando luego la vista en el agua cristalina que corría bajo el puente.

—Si contesta, hará que este paseo sea más ameno —insistió, haciéndola suspirar—. ¿Es muda?

Avery bufó con exasperación.

—No —gruñó.

—No sabe el alivio que me da saberlo —repuso él claramente jocoso.

Ella lo miró con reproche. No le resultaba feo, tampoco viejo. No era alguien que hubiese visto antes, aunque eso era probable debido a su encierro autoimpuesto desde que dejó de asistir a reuniones y bailes.

—Tal vez debería fingir que sí lo soy.

—No podría, porque pensaría que es una mentirosa.

Ella arrugó el ceño.

—Tal vez no desee hablar con usted.

—Lo he notado, pero soy bastante perseverante —adujo él, sacándole un resoplido—. ¿Me contará la historia?

—¿Qué historia?

—Sobre este puente.

—Pues debería saberla.

—No, a menos que me la cuente, bella dama.

—Cualquiera en Corbridge puede hacerlo —adujo ella, tratando de mantener la calma.

—¿Qué tal usted?

Hacía mucho tiempo que no conversaba con un caballero, y odiaba la idea de volver a comportarse como una tonta. Sin embargo, meditó en que después de esa tarde jamás volvería a ver a lord Hartford. Se volvió hacia él mientras sostenía la rienda y

mantenía el paso del caballo.

—¿Y qué quiere saber? —preguntó a desgana, recordándose que solo debía soportar hasta que acabara la cabalgata.

—Lo que quiera contarme.

—No le creo que no sepa nada. Todos saben de la gran inundación de hace veinte años.

—¿También la vivió?

—No, aún no había nacido.

—Y yo apenas lo había hecho —añadió él, haciéndola reír con espontaneidad, lo que la sorprendió a sí misma.

Cuando se recompuso, volvió a su seriedad y decidió contarle un poco sobre cómo su ciudad había sido un asentamiento romano, del que aún se conservaban vestigios. Mientras hablaba, el señor Hartford la escuchaba con una atención que le resultaba extraña.

Recordó que en la ribera crecían las flores de dedalera. Decidió aligerar su caballo, haciendo resonar los cascos sobre la piedra del puente, para ir a contemplarlas. Se adelantó incluso a su hermana y a lord Bradley, que solo la miraron pasar.

—¿Sucede algo, Avery? —preguntó Emily.

Ella apenas se detuvo para avisar que los esperaría en el vado al final del puente, y siguió su cabalgata.

Al llegar allí, bajó del caballo y caminó hacia el forraje. Su rostro se iluminó al notar que las espigas ya estaban llenas. Notó que el señor Hartford la había seguido y se avergonzó un poco por haberlo dejado rezagado, adrede.

Él descendió de su montura y se acercó a donde ella estaba arrodillada, observando las espigas cargadas de bulbos.

—¿Es eso lo que llamó su atención? —preguntó con curiosidad.

Ella apenas alzó la mirada por sobre sus pestañas. Pese a caer en su juego, se resistía a tener otro cruce de palabras. Su hermana y

lord Bradley también llegaron.

—A Avery le gusta cultivar flores —mencionó Emily, haciéndola suspirar con reproche.

—Solo quería verlas más de cerca; no florecerán hasta que acabe la primavera —explicó con desgana, poniéndose en pie y arreglando su gruesa falda.

—Si es así, querrá verlas cuando florezcan —comentó Hartford.

—Quizá no lo haga; a Avery solo le gusta cuidar de sus prímulas —expuso su hermana.

Ella la miró con ganas de estrangularla, mientras Emily solo sonreía al igual que lord Bradley, que le sostenía el brazo entrelazado. Al notar esto, Avery supo una cosa: Emily no viviría su misma desgracia. Eso le dio tranquilidad.

—Así es —sentenció, trepando de nuevo al caballo con la misma facilidad del inicio—. ¿Seguimos? Pronto será la puesta del sol y aún falta el recorrido por la ribera.

Después arreó su caballo para volver al sendero.

Capítulo 5

Dos semanas pasaron después de aquella tarde, y Avery estuvo contenta de que su hermana no volviera a insistirle para que la acompañara. La razón era que lord Bradley se había marchado a la capital por asuntos privados, sin decir una palabra más.

No era un tema que mencionaran en voz alta, evitando especulaciones. Eso hizo que, por momentos, Avery pensara que su apreciación había sido incorrecta y que quizá sí estaba al borde de vivir la misma situación que ella.

Por su parte, siguió cuidando de sus prímulas. Sin embargo, de vez en cuando pensaba en las dedaleras junto al río, que florecían sin ningún mimo, embelleciendo la ladera. Decidió que quería volver a ese lugar, pero necesitaba una buena excusa.

Se encontraba terminando su trabajo cuando escuchó a Emily gritar de alegría, corriendo por todo el pasillo. Suspiró bajo, porque en el fondo le alegraba que su hermana recibiera noticias del pretendiente fugitivo.

Una de las criadas vino a informarle que su madre y su hermana la requerían en la sala de bordado. Avery arrugó el ceño, pero se puso en pie tras sacudir la tierra de sus faldas. De camino hacia allí

se deshizo del delantal y del pañuelo que llevaba en la cabeza.

Al llegar, las tres mujeres estaban reunidas, como esperándola. Todas centraron la mirada en ella.

—¿Sucede algo? —preguntó con cierta zozobra.

—Llegó esto —dijo Emily, entregándole una carta.

—¿Bromeas? —preguntó adusta.

Emily negó, insistiendo en que la tomara. Avery mantuvo las manos cruzadas, negándose a agarrarla. No tenía buenos recuerdos de la última que había recibido hacía dos años.

—Tómala, querida. Llegó para ti —dijo su madre.

—Tal vez sea una equivocación —adujo, dándoles la espalda.

—La envía el señor Hartford —mencionó su hermana, haciéndola resoplar.

No quería y apretó sus puños, pero al final tuvo que volverse.

—¿Hay alguna razón para que me envíe una carta? —preguntó con un deje de ironía.

—¿Por qué no lo descubres tú misma? —arguyó su madre.

A Avery no le agradó para nada esa sugerencia. Se rehusaba a volver a tener tratos de ninguna índole con algún caballero, a excepción de su padre. Exhaló con fuerza antes de agarrar la carta y abrirla sin demora.

Una vez lo hizo, se quedó desconcertada por lo único que decía:

«Las plantas de mi tía, Eleanor, se están muriendo, ¿puede enseñarle cómo revivirlas?».

Tras leer la petición escrita con una elegante caligrafía, estalló en una risa un poco histérica, que espantó a las demás damas. Por dentro reconoció que Hartford logró en poco tiempo lo que ella dejó de hacer durante dos años. *Reír*.

Capítulo 6

Sin más remedio, no le quedó otra alternativa que aceptar. Era eso o su madre y su tía no la dejarían vivir en paz el resto de su vida por desairar a una familia de la nobleza. La tía de lord Hartford no era otra que la vizcondesa del cercano condado de Hexham: lady Eleanor Whriterson.

Una vez enviada la respuesta con la aceptación, la invitación para visitar la casa de los Hartford en el poblado de Millfield no tardó en llegar. Aun sin estar convencida de lo serio que pudiera ser el pedido de lady Whriterson, decidió dejar de renegar e ir. Esta vez, su madre decidió unirse muy dichosa a la compañía de damas.

Al llegar, fueron recibidas por la vizcondesa Eleanor en persona, excusando a su esposo quien se encontraba fuera por trabajo. Avery advirtió que, al menos en eso el señor Hartford no le había mentido. Sin embargo, no lo vio por ningún lado durante el afable recibimiento, lo que le causó una extrañeza de la cual se sacudió al instante dejándola de lado.

Luego del agasajo con la suntuosa bienvenida la vizcondesa la acaparó de inmediato, llevándola a su jardín para presentarla con el jardinero de la propiedad: el señor Harvest, a quien puso a su entera

disposición, abrumándola un poco por lo serio que empezaba a parecerle la situación. Una vez la dejó en sus manos, Eleanor regresó con las demás.

Enseguida le pidió al jardinero que la llevara al jardín, este con mucha amabilidad la guio hasta allí. Avery se espantó al ver el estado deplorable en que se encontraban las plantas tras el azote del crudo invierno del que aún se sentían los vestigios. Con este escenario meditó en que no todas eran como las silvestres dedaleras que solían preparase y consentirse a sí mismas todo un año, para florecer en abundancia en el siguiente.

De inmediato se puso manos a la obra indicándole al señor Harvest lo que debía hacer para rescatar las flores de la vizcondesa, entre las que reconoció: pensamientos, hortensias y matojos de trébol blanco, casi ahogados por la hiedra y la luminosa hierba de Santiago, amante de la humedad.

Avery había aprendido a reconocer las plantas y flores que crecían en el poblado, recopilando toda la información en un cuaderno que atesoraba con recelo. Esto con el objetivo de decidir cuáles quería empezar a cultivar en su jardín. Fue así como se decidió por las prímulas, además de hacerle gracia porque eso mismo significaba su apellido.

La labor duró casi toda la mañana, y una vez terminada y dándole las indicaciones específicas sobre el cuidado que debía tener con las flores, al jardinero, volvió a la sala donde conversaban muy alegres las damas.

Lo primero que observó antes de interrumpir la animada charla, fue la ilusión con que su madre sonreía, aterrándola. Ni siquiera quiso imaginar las alabanzas que dijera sobre ella.

—Mi querido Joseph tenía razón, tienes unas manos expertas para el cuidado de las plantas —manifestó lady Whriterson cuando

comían el almuerzo, al que las había invitado, en la pérgola del jardín, cubierta por hermosas glicinias cuyos racimos estaban por florecer, y madreselvas asomando los pequeños brotes de color blanco y amarillo.

—No es para tanto, miladi. Solo se necesitaba remover la hierba y la hiedra para que las flores pudieran respirar —adujo Avery—. Con las instrucciones correctas, el jardinero podrá seguir cuidando de ellas, y verá como alcanzan a florecer en esta primavera.

—Después de escuchar todos sus halagos, estoy por creer que mi querida hija se convertirá en una experta jardinera —emitió su madre, causándole un vergonzoso sonrojo.

—Tampoco es para tanto —murmuró.

—No puedo estar más de acuerdo, y lo ansío con mucho gusto; pero la verdad es que el señor Harvest es más de pinos y arbustos. ¿Se enojaría la señorita si le pido que vuelva para seguir el progreso? —preguntó la vizcondesa con un optimismo que la inquietaron, puesto que no deseaba volver—. El vizconde y yo deseamos que esté presentable para el baile de primavera a finales de marzo.

Avery apretó los dientes cuando iba a hablar al escuchar como su madre y su tía se aclaraban las gargantas, mirándola con advertencia sobre lo que fuera a decir. También miró a Emily, arrugando el ceño y contestó antes de que pudiera delatarla con lo del exclusivo y extenuante cuidado de sus prímulas.

—No hay problema, vendré si lo requiere —respondió casi entre dientes, y la vizcondesa le aplaudió con júbilo, agradecida.

Tras volver a la finca, y durante las siguientes dos semanas, Avery frecuentó la casa de los vizcondes para ayudarles a recuperar las flores de su jardín. Aunque inicialmente había ido allí por petición de

Joseph, siguió sin verle en ningún momento que permaneció haciendo su labor en la propiedad.

Capítulo 7

La invitación al baile de primavera de la vizcondesa llegó junto con el florecimiento de sus amadas flores. La criada la había despertado temprano, como se lo había ordenado, y Avery, tras colocarse una bata, corrió emocionada hacia la parte trasera del jardín.

Se detuvo frente a la rocalla, donde ya asomaban las hermosas florecillas azules. Sonrió feliz, aferrándose a la bata por el frío de la mañana. Su madre la hizo entrar de nuevo, arguyendo que no quería que se inventara un resfriado para evitar asistir al baile.

Pese a ello, la mañana fue luminosa, aunque su alegría empezó a agrietarse a medida que se acercaba la hora de prepararse.

—Sé que no quieres ir, pero podrías hacer un esfuerzo —le dijo Emily, mientras las peinaban a ambas.

Avery suspiró hondo antes de hablar.

—Lord Bradley sigue ausente, ¿no te preocupa que no vuelva jamás? —preguntó a su hermana.

Emily la miró con seriedad.

—No lo he pensado de esa manera… aunque me pregunto si quieres que eso suceda.

—Sabes que no es así, solo no me gustaría que sufrieras esa

decepción… como yo.

—¿Sigues pensando que todos los hombres son como el señor Harmon? —preguntó de forma directa, haciéndola resoplar.

—No.

—Entonces deja de insinuarlo —repuso su hermana—. Y aun si sucediera, eso solo significaría para mí que no era el indicado —añadió, bajando el tono de su voz.

Avery levantó la mirada para verla. No parecía enfadada, aunque tampoco contenta. Su madre entró en la habitación, espantándolas a ambas y apurándolas. Mientras Emily se colocaba su vestido de gasa rosa pálido, Avery vistió el suyo de un modesto azul, adornado con un broche de prímulas frescas.

A las seis de la tarde salieron acompañadas de su tía hacia la casa de los vizcondes. El sol se desvanecía en Corbridge hasta que oscureció. Una hora después llegaron a la residencia iluminada con un sinfín de candelabros, ambientada por la música de cuerdas que les causó zozobra.

Lo cierto era que Avery no quería estar allí, pero haría el esfuerzo, maravillada con el resultado del jardín mientras atravesaban el camino hacia el gran salón, luego de ser anunciadas.

Sin embargo, su alegría decayó al cruzar la mirada con las personas que no creyó volver a ver jamás: Edward Harmon y su esposa Elisa, quien había cancelado el matrimonio a un día de celebrarse.

Tanto su hermana como su tía se quedaron tiesas al descubrir lo mismo que ella. Avery intentó dar la vuelta para salir corriendo, pero no pudo hacerlo: la repentina presencia de Joseph la detuvo en seco, haciéndole tragar con fuerza toda la zozobra del nefasto encuentro que se le había atorado como un nudo en la garganta.

Capítulo 8

—Me alegra que no se haya arrepentido de venir, señorita Primrose —dijo Joseph, esbozando una sonrisa que se apagó al ver que la suya reflejaba las circunstancias.

—¿Está bien si tomo un poco de aire? —preguntó Avery a su tía, quien asintió.

—Pero vuelve pronto para que presentes tus respetos a los vizcondes —le advirtió.

Avery notó la intención de Joseph de seguirla, pero la repentina aparición de lord Bradley lo detuvo. Ella no se entretuvo: casi corrió hasta la pérgola del jardín, donde durante las pasadas semanas se había sentado a observar el proceso de recuperación del lugar bajo las sombra de las glicinias que inundaban el techo.

Allí se dejó caer en la banca, esperando que su respiración se calmara.

—¿Es mi invención o está huyendo de mí? —la voz de Joseph la sorprendió; él la había seguido hasta allí.

Ella se sobresaltó.

—¿Por qué huiría de usted?

—Sé que no soy de su agrado, pero tenía la esperanza de que

esta noche, al menos, pudiéramos llevar la fiesta en paz.

—¿Por qué piensa eso?

—No lo sé, dígamelo usted —respondió, haciéndola resoplar.

—No tengo motivos para huir de usted, pero tal vez sí para que lo haga de mí.

Sus palabras hicieron reír a Joseph con diversión.

—Creo que no nos estamos entendiendo —repuso, acercándose y ocupando el extremo de la banca.

—Tampoco tendríamos por qué hacerlo.

—Pienso lo contrario —dijo él, provocando un bajo resoplido de Avery.

—¿A qué viene con todo esto?

—¿Me lo dirá usted, mi dama?

—Bueno, en mi caso tengo motivos. Fue usted quien habló de mí a su tía, y nunca lo vi por ningún lado.

—¿Acaso me extrañó? —preguntó él.

Ella lo miró huraña.

—No es a lo que me refiero —replicó.

—Supongo que no, pero me haría feliz saber que sí.

—No lo extrañé, ¿de acuerdo?

—Entonces hice bien en no importunarla —repuso él.

Ella lo miró con recelo.

—¿Qué está intentando? —inquirió desconcertada, sacudiendo la cabeza para no hacerse ideas que la llevaran a sus amargos y latentes recuerdos. Se quedó en silencio hasta que Joseph se puso en pie.

—Volvamos dentro, dije que vendría a buscarla.

—Puedo entrar sola —adujo, un poco aprensiva.

El silencio volvió a recaer entre ellos, y por un momento imaginó que él se marcharía y la dejaría allí. Pero entonces lo vio detenerse.

—¿No ha pensado en lo complejo del cuidado de las flores? —preguntó de repente, confundiéndola.

—No entiendo.

—Debería entenderlo, es experta en ello.

—¡No sé de qué habla! —exclamó, desconcertada.

—Yo tampoco —añadió él, causándole gracia. Avery negó con la cabeza sin entender nada todavía.

—Supongo que se refiere a todo lo que se necesita hacer para que florezcan adecuadamente —expuso.

—¡Bien! Ya lo recordé, ¿y qué es lo complejo?

—Usted adora cuidar sus prímulas —mencionó él, sorprendiéndola al recordarlo—, pero también se maravilló al ver las dedaleras silvestres.

—¿Cómo sabe que son silvestres? —indagó con asombro.

—Pregunté un poco —respondió él, encogiéndose de hombros.

A Avery le causó gracia que hubiera hecho tal cosa.

—Parece que le preocupan mucho las plantas de su tía.

—En realidad me preocupa solo una —expresó él con un dejo de misterio que la hizo palidecer por un momento.

Cuando levantó su mirada, ambos se quedaron mirándose por un breve instante hasta que Joseph la instó curvando sus labios con una sonrisa, a volver dentro.

Capítulo 9

Avery se adelantó en regresar primero, con la conversación que habían sostenido revoloteándole en la cabeza. Mientras aligeraba su paso, por momentos trató de entender lo que Joseph le estaba insinuando, hasta que la realidad volvió a golpearla al ingresar de nuevo al salón de baile, volviéndose el foco de las miradas.

Agachó la cabeza y de inmediato se apresuró a buscar a su hermana y a su tía, trastornada con las muchas miradas que seguían sus pasos, recordándose que ya no pertenecía a ese mundo, con viejos y amargos recuerdos de ser el centro de murmullos en otras fiestas ya olvidadas.

Recordó que Edward estaba allí y no quería tropezarse con él, pero le resultó imposible: su esposa Elisa y él, se encontraban junto a los vizcondes. Deseó huir, pero no pudo hacerlo ante el llamado de lady Eleanor, quien, quizás sin proponérselo, terminó poniéndolos frente a frente.

Por suerte, Avery no tuvo que decir nada. Solo sonrió de forma comedida mientras la vizcondesa se deshacía en halagos por haberla ayudado a recuperar sus pobres flores. Edward no le quitaba la mirada de encima, apenas disimulada, mientras su esposa también

sonreía ante el torrente de elogios de Eleanor.

—Querida prima, si ella sabe tanto de flores debería abrir una florería; pero supongo que cuidar plantas y administrarlas no es lo mismo —comentó Elisa, mirándola fijamente.

Avery notó un destello de aversión en su mirada, que le hizo pensar que tal vez sabía que estaba frente a la antigua prometida de su esposo. El pensamiento la amargó y deseó huir.

—No he pensado en ello, todavía —expresó.

—Supongo… si todavía permanece soltera —arguyó la mujer—. ¿No lo crees así, cariño?

Edward se sacudió con sus palabras, y Avery pensó que no tenía sentido involucrarlo.

—Eso es asunto de la señorita —dijo él, incómodo.

Avery lo miró esta vez, sintiendo que había estado escondiéndose en vano de alguien que nunca la había apreciado en realidad. Se sintió estúpida, no por dedicarse al cuidado de sus flores, sino por convertirlo en una excusa para evadir la situación.

Reconoció que la sociedad era cruel, pero más cruel era cargar sola con la vergüenza mientras él seguía su vida feliz.

—Así es, milord, es mi asunto —declaró, retándolo con la mirada.

La tensa conversación fue interrumpida por su tía y por Emily, que se encontraba feliz de reencontrarse con su pretendiente.

—Te estaba buscando —le dijo menguando sus emociones, agarrándola de las manos y llevándola a un costado.

—Yo también —respondió Avery.

—Si deseas marcharte…

—No lo haré —declaró, haciendo que su hermana alzara las cejas.

—Avery…

—Estoy segura de que prefieres pasar un rato más con lord

Bradley —comentó, y Emily curvó los labios con una sonrisa afirmativa—. Estaré bien, así que diviértete mientras te lo permita la tía.

Ambas rieron divertidas con la mueca que hizo señalándola, llamando la atención de todos, convirtiéndose sin habérselo propuesto en el foco de todos, cuando regresaron junto a los vizcondes. Avery se colocó al lado de su tía que le apresó la mano, alejándose lo más que pudo de su ex-prometido y su esposa, mientras Emily fue llevada a la pista de baile por lord Bradley.

Ambas observaron cómo bailaban más de un vals, confirmando ante todos que las intenciones del pretendiente iban muy en serio. Avery notó la mirada de Edward, pero la ignoró con gusto, para encontrarse con la de Joseph. Este caminó sonriente hacia ella para pedirle un baile, manteniendo un suspenso expectante, hasta que ella asintió cediéndole de buena gana su mano, tratando de controlar el estremecimiento que eso le causó, pero que no le desgradó para nada.

Capítulo 10

Después de regresar a casa tras el baile, Avery no pudo conciliar el sueño. Bajó a la cocina en busca de agua, sintiéndose de repente sedienta rememorando los instantes que había pasado con Joseph. Estos no dejaban de revolotear en su cabeza, como las mariposas coloridas que muchas veces vio posar en sus prímulas.

La estancia estaba silenciosa, pero para su sorpresa encontró allí también a Emily, haciendo lo mismo.

—¿No puedes dormir? —preguntó Avery.

Emily negó.

—También me duelen los pies —añadió.

Avery fue por una taza, la llenó con agua y se la colocó para que metiera los pies, consintiéndola como cuando eran pequeñas. Emily lo hizo obediente, y ella carraspeó antes de hacer su siguiente confesión.

—Lamento lo que dije sobre lord Bradley —dijo con tono suave.

—Tranquila, sé por qué lo dijiste, pero no me molestó para nada.

—Gracias… después de volver a ver a Edward, sentí que solo me he comportado como una estúpida.

—¿Y hasta ahora te das cuenta? —replicó Emily con picardía.

—¡Em! —la riñó, aunque no estaba enojada.

Ambas rieron, hasta que las risas se apagaron quedando solo el eco retumbando en la noche profunda. Avery buscó un paño grueso para secarle los pies, y esta se relajó en la silla.

—Espero que puedas salir más, todavía tienes una oportunidad, Avery —manifestó esta, entusiasmada.

Avery habría deseado sentirse halagada, pero sabía que detrás de todo se escondía verdades ocultas que, en el fondo odiaba. Su mirada se ensombreció un poco bajo el destello de la llama de la vela. Emily quizás lo captó por su expresión al morder su labio.

—Tanto Joseph como la esposa de Edward son familia de los vizcondes, ¿lo sabías? —inquirió, haciéndole remover en la silla con incomodidad.

—Avery…

—No te lo estoy reprochando, solo quiero saber la verdad.

Su hermana suspiró, volviendo a recoger sus pies.

—Douglas me lo dijo, cuando se lo pregunté. No pude enojarme porque parecía no entender la situación, y tampoco decidí aclarársela para no atormentarlo. El imbécil de Edward jamás tomó en serio su compromiso contigo porque ya tenía concretados sus planes con esa mujer —explicó.

—Entonces todos los saben, y solo me han estado viendo la cara de tonta.

—No… creo que sea así… —repuso su hermana, bajando la voz.

—¿No crees que sería estúpido pensar lo contrario? —increpó apretando el paño húmedo en sus manos.

Avery suspiró hondo, el descubrimiento no le hacía mucha gracia y menos corroborar que Joseph quizás se estuvo burlando de ella junto con toda su familia.

—Lo sé, y estará bien si te enojas por no haberlo descubierto

antes, pero no tenía idea de que estarían de visita en Millfield.

Avery se puso en pie.

—Eso ya no importa, así que estuvo bien que no lo mencionaras porque me habría negado a ir a esa casa así mi madre me desheredara.

—Mamá no hará eso, estoy segura de que te dejará heredar tu jardín —bromeó Emily sacándole una sonrisa a desgana.

Después la miró con comprensión. Tampoco podía culparlas de la traición de Edward, quien seguramente mantuvo en secreto toda su relación, y desde que se marchó a Londres para casarse jamás volvió.

Fue una coincidencia que supiera que su esposa se llamaba: Elisa, cuando escuchó a su padre hablar del asunto con su madre, casi que a escondidas para evitar agrandarle su sufrimiento. Eso ocurrió luego de ver la noticia en un periódico durante uno de sus viajes por provisiones a Newcastle.

Desde entonces solo sabía su nombre; no su procedencia, y después de esta noche todo estaba más claro.

—¿Consideraste en algún momento al señor Hartford? —Emily le preguntó de repente sobresaltándola, por lo descabellado que le resultaba eso.

—¿¡Por qué lo haría!? —la increpó, reacia a esa absurda idea.

—Tal vez porque me resulta un buen caballero.

—¿Todavía te atreves a afirmarlo?

Ella creyó que eso era una desfachatez.

—Tal vez solo debas escucharlo.

—Él ya debe saber una versión de lo que me hizo Edward, dudo que se acerque con buenas intenciones, y la verdad no quiero saber ninguna de ellas.

—¿Crees que podría aprovecharse de ello?

—No, si fuera en verdad un perfecto caballero —se mofó Avery, haciendo reír culposa a su hermana.

Entre risas un poco empañadas por el desasosiego, ambas volvieron a sus dormitorios. Curiosamente, esta vez Avery sí pudo dormir, y por primera vez no soñó con sus hermosas prímulas azules.

Al día siguiente, la mañana comenzó con una noticia que revolucionaría la finca Primrose durante las siguientes semanas: Douglas Bradley pidió una entrevista con el señor de la casa para formalizar el casamiento con su hija menor, Emily.

Capítulo 11

La noticia del próximo casamiento se regó por todo Corbridge, y las felicitaciones no cesaron de llegar a la finca. Emily estaba dichosa, y tanto su madre como la tía Carol se habían encargado de empezar los arreglos del vestido. Avery volvió a centrarse en su jardín, mientras las mujeres de la casa andaban en sus idas y vueltas, que la hacían poner los ojos en blanco.

Después de revisar que sus prímulas se conservaran frescas y hermosas, recogió sus utensilios y los dejó en el cobertizo antes de entrar a la casa. Era un día silencioso: todas las mujeres se habían marchado a Newcastle para comprar la tela del vestido.

El único que se encontraba en la finca era su padre. Al pasar por la puerta de su despacho, recordó que casi no hablaban; y a diferencia de su madre, él nunca buscaba importunarla. Eso la hizo recapacitar en lo desagradecida que tal vez seguía siendo con él.

Decidió saludarlo, pero antes fue a la cocina y le preparó un poco de té. Apenas tuvo lista la infusión, cargó con la bandeja y tocó la puerta. Su padre levantó la mirada, sosteniendo sus lentes sin patillas, como si viera una extraña visión.

—¿Está bien que le traiga un poco de té? —preguntó con una

sonrisa apretada.

—No me vendría mal —respondió él, dejando los lentes de lado y mirándola con cautela—. ¿Sucede algo?

Ella sonrió.

—Nada, padre, solo quería traerle un poco.

De inmediato se apresuró a servirle una taza de tila y manzanilla.

—Pensé que venías a pedirme algo; tu hermana siempre lo hace.

—No es mi caso.

—Lo sé y me alivia —repuso él, con expresión risueña.

—Emily quizás ya no lo haga —mencionó Avery, sonriendo un poco.

—Así es, y solo espero que el señor Bradley sea complaciente con ella.

—Seguro lo será, no lo dudo.

—¿Y qué hay de ti, hija mía? ¿Decidiste quedarte con tus flores?

—Parece que está remedando a mamá.

—Tal vez, pero si decides lo contrario no me molestaré.

Avery sonrió.

—En ese caso, le avisaré si sucede.

—¿En serio no vienes a pedirme nada, querida? —preguntó cuando ella abrazaba la bandeja y caminaba hacia la puerta.

Se volvió sonriente.

—¿Me daría un poco de dinero para comprar nuevos guantes y un sombrero de paja?

Su padre se mantuvo un momento en silencio, hasta que estalló en una carcajada, negando con la cabeza. Enseguida buscó su bolsa de monedas y sacó algunas, extendiéndoselas.

—Ten, por lo menos tengo que agradecer que tus gustos no me salen nada costosos.

Ella volvió a sonreír.

—¿Puedo ir a comprarlos? Prometo volver antes de que todas regresen.

—Anda, ve. De todos modos, llegó una carta avisando que regresarán hasta mañana, así que disfruta de tu paseo.

—No es eso, solo voy a la tienda —porfió, negando con la cabeza —. ¿Han llegado noticias de Andrew?

Su padre volvió a mirarla.

—Las noticias no son muy buenas; es probable que no regrese hasta el verano —respondió con un bajo suspiro.

Andrew se había enlistado en el ejército desde que cumplió dieciocho, y desde entonces toda su vida había transcurrido allí. Lo único que hacían era agradecer que todavía estuviera vivo. Avery evitó seguir hablando del tema. Guardó las monedas en su bolsillo, se acercó a su padre y besando su frente se despidió.

Contenta con su nuevo presupuesto, se fue a su habitación y, tras arreglarse un poco, pidió que le ensillaran un caballo. Cabalgó hasta la plaza de mercado en Main Street. A diferencia de otras veces, esta vez no se inmutó por las miradas furtivas de la gente en las calles.

Una vez ató su caballo en la herrería, caminó hasta la tienda de artesanos en busca de su sombrero de paja y unos guantes nuevos. Cuando encontró lo que quería, volvió cabalgando con rapidez. No obstante, se detuvo al mirar hacia el puente, recordando el viejo paseo y algo pendiente: las doloridas dedaleras.

Arrió el caballo hacia allí. Al llegar al final del puente, se detuvo al notar que alguien estaba recostado en la cerca junto a la orilla del río, mientras un caballo pastaba a su lado. Era Joseph Hartford, quien se volvió al escuchar los cascos del suyo.

Le sonrió con su característica y varonil petulancia apenas la vio.

—¿Por fin ha venido a ver cómo florecen las dedaleras? —

preguntó, haciéndola tragar con fuerza.

—¿Usted sí? —cuestionó Avery. Joseph asintió, haciéndola resoplar—. No sabía que le interesaran tanto.

—Ya ve que sí, aunque sigue siendo una en particular —repuso —. ¿No quiere verlas también?

Avery negó con la cabeza, pensó en dar la vuelta al caballo y marcharse. Al final, se recordó que sí quería verlas… y se quedó.

Capítulo 12

Ella descendió del caballo, caminó hacia la cerca y se quedó a una prudente distancia, observando el agua.

—No esperaba encontrarlo aquí —comentó, volviéndose para mirar el florecimiento de las dedaleras.

Esto le recordó una de sus conversaciones pasadas: cómo aquellas flores no recibían ningún cuidado, soportaban todo tipo de clima, y su belleza era mérito propio, sin embargo, eran tan lindas como venenosas.

—Yo sí, señorita Primrose —repuso él, y su voz resonó dentro de su cabeza.

Se ladeó para mirarlo, aprobando una vez más lo atractivo que era, lo que la hizo suspirar. Deseó marcharse, pero sus botas parecían ancladas al suelo.

—No le prometí venir a verlas con usted —masculló.

—Lo sé, pero tenía la esperanza. Incluso pensé en invitarla.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué lo haría?

—Solo hay una razón: interés.

—¿En mí? —la pregunta brotó de su boca sin proponérselo.

—Aunque le parezca una broma, así es.

—Lo es, y no le creo —sentenció.

—Vamos, deme un poco de crédito —resopló él.

—¿Por qué, si se lo ha quitado usted mismo? —arguyó con malestar.

Su sarcasmo lo hizo reír, hasta que se calmó y la miró con extremada seriedad.

—Puedo entender si está enojada conmigo, pero le aseguro que no sabía lo que había ocurrido con el señor Harmon.

—Ya lo sabe, así que no hay nada de qué hablar —soltó irritada, porque eso confirmaba lo que había pensado sobre él.

—Avery —la llamó por su nombre, obligándola a mirarlo de nuevo—. No soy Edward, y tampoco estoy aquí para remover un tema que seguro ha deseado olvidar todo este tiempo.

Sus palabras tan directas la inquietaron.

—¿A dónde quiere llegar?

—Al punto donde le pido una nueva oportunidad.

—¡De qué va! —exclamó, sorprendida—. ¿Por qué me pide eso? No debería mejor huir lejos de mí.

—Porque es exactamente lo que no quiero hacer.

—¿Cómo sé que no está burlándose de mí?

—Si lo hiciera, no habría convencido a tía Eleanor para que aceptara que arreglara sus flores —contestó, con un deje de vergüenza en la voz.

Esto la hizo reír a desgana.

—Tal vez por eso me cuenta que no era mentira que necesitara ayuda —expresó con sinceridad.

—Ahí tiene la respuesta de por qué hice lo posible por no tropezármela en la propiedad —admitió, haciendo que ella riera alto esta vez.

—¿Entonces sí me estaba evitando?

—Por una buena causa.

—Aunque no fue la mejor impresión, admito que me sentí menos incómoda.

—¿Eso quiere decir que me perdona y me dará una nueva oportunidad? —preguntó sin ambages.

Avery lo miró con más comprensión.

—Está bien —dijo, extendiendo su mano desde el extremo de la cerca.

Él también lo hizo. Poco a poco se acercaron hasta que rozó sus dedos, causando que su corazón se acelerara. Ambos sostuvieron la mirada hasta que Joseph atrapó su mano, apresándola con una suavidad que le quitó el aliento.

Su corazón palpitó con más fuerza, sintiendo que no quería volver a soltar esa mano.

Capítulo 13

Mientras los preparativos de la boda seguían adelante, Avery empezó a sonreír diferente. Cada tarde salía al encuentro con Joseph bajo el primer arco del puente, para montar a caballo entre las espigas de dedaleras, caminar el sendero del río Tyne y llegar hasta las ruinas de la vieja ciudad romana. Volvían cuando el atardecer teñía el cielo de vetas anaranjadas.

Dos semanas pasaron desde que le dio una nueva oportunidad a Joseph, y en todas ellas no dejaba de sonreír cada vez que recordaba aquel encuentro crucial en su vida bajo el puente.

—Parece que mi querida hija se ha tomado muy en serio lo de comprar abono todas las tardes —comentó su madre cuando la vio pasar por el pasillo.

Las dos mujeres estaban sentadas en la sala tomando té, junto a la ventana desde donde vigilaban a Emily y a su prometido, que paseaban por el jardín. Había pasado el mismo tiempo desde que lord Bradley pidiera la mano de Emily, y cada tarde venía a visitarla, marchándose justo cuando Avery regresaba.

—Hoy solo estaba dando un paseo —repuso, entrecruzando los dedos.

El escrutinio de su madre la hizo sentir nerviosa. Sabía que en cualquier momento debía contar lo que estaba sucediendo entre Joseph y ella, pero tampoco quería apresurarse y que todo tomara un rumbo para el que aún no estaba preparada. Él era amable y respetuoso, sin embargo, seguía sin estar segura de ponerle un nombre a lo que estaban construyendo.

Lo llevaba todo como con sus prímulas: cuidándolas hasta el momento en que empezaban a florecer con libertad. Emily entró en ese momento.

—Acabo de despedir a Douglas, ¿sucede algo con Avery? —preguntó con inocencia.

Su madre y la tía Carol la miraron con las cejas juntas.

—Eso mismo queremos saber, porque no queremos empezar a atar cabos sueltos a la ligera —arguyó su madre con su habitual socarronería, haciendo que ella y Emily sonrieran un poco tontas.

Lo cierto era que mientras Emily y Douglas tenían sus citas de la tarde, entreteniendo a su madre y a su tía, Avery podía marcharse a sus cabalgatas con Joseph. Aunque no era algo que hubiesen planeado a propósito, se había convertido en su nueva rutina.

Ella suspiró bajo, pensando que quizás no tenía sentido ocultarlo.

—Solo he estado cabalgando con el señor Hartford —confesó. Esperó sorprenderlas, pero ninguna lo parecía en absoluto, lo que la desconcertó.

—¿Lo sabían? —preguntó confundida.

La tía Carol sonrió, confirmándolo.

Capítulo 14

Después de ese día, Avery supo que Joseph había mantenido una seria charla de antemano con su padre para pedirle permiso de acercarse a ella. Él aceptó con la condición de no forzarla. Eso había cumplido hasta entonces, en que sus paseos a caballo se habían convertido en una libre manera de tratarse y conocerse.

Sin embargo, tras revelarse la verdad, Avery temió que sucediera lo que había previsto: que todo entre ellos pasara a un trato más *formal*. La sola idea la llenaba de zozobra, recordándole su primer horrible fracaso. Por eso, desde ese día, dejó de salir a su encuentro.

La boda de Emily llegó, y esto le dio un respiro para meditarlo con calma. Le envió una nota anunciándole que no se verían hasta la ceremonia, puesto que él acompañaría a su amigo, el señor Bradley. Para su sorpresa, los vizcondes también asistirían a la iglesia de Saint Andrew, convirtiendo la boda en un evento aún más pomposo.

Todo en la finca era un revuelo por los repentinos nervios de Emily, que de pronto se había puesto a llorar. Su madre y su tía trataban de calmarla para que no arruinara el maquillaje. Cuando por fin se serenó, mandaron a preparar los carruajes para ir a la iglesia.

Su padre y su madre se adelantaron en el primero, y ella con la tía Carol fueron detrás.

—¿Puedo saber por qué no mencionaron nada hasta esa tarde sobre mis salidas con Joseph? —preguntó Avery a su tía.

Esta la miró con curiosidad.

—Tú misma deberías saber la respuesta, querida. Sabíamos lo difícil que era para ti volver a tener una relación que implicara forjar lazos matrimoniales.

—Pensé que seguían creyendo que solo era un capricho reemplazado por el cuidado de las flores.

—Bueno, ninguna duda tenemos de tu amor por las flores, pero no creemos que quieras terminar tu vida como una florista —repuso su tía.

Avery sonrió, recordando que aquel comentario despectivo de Elisa no le había hecho mucha gracia.

—No, pero tampoco es un simple pasatiempo.

—Oh, cariño, estamos seguras de que el señor Harmon no es el causante de que te gusten las flores —añadió la tía Carol, haciéndola sonreír, porque era cierto.

Su gusto no había empezado por él, pero tras su fracaso sí se convirtió en su refugio. Eso la hizo meditar en que ya no era necesario tomarlo de esa manera. También la llevó a admitir que le gustaba Joseph más de lo que imaginaba, y que pensar en él le hacía sonreír y acelerar el pulso.

—Así es, tía —admitió en voz alta, sintiendo que se quitaba un peso que no sabía que llevaba encima.

Llegaron a la iglesia, adornada con rosas blancas. Emily le había preguntado qué flores debía poner, y al final Avery le dijo que era su día y por lo tanto su decisión, por lo que debía elegir las que más le gustaran. Al ver el resultado, le pareció bien no interferir: su

hermana estaba deslumbrante y hermosa como una rosa.

Su madre la instó a tomar su lugar. Avery ocupó la banca junto a su tía y algunos familiares. Observó cómo las mujeres sacaban sus pañuelos bordados, siguiendo la caminata de su hermana del brazo de su padre, que la llevaba muy orgulloso. Pensó que no lo haría, pero al final también se le aguaron los ojos contemplando su felicidad.

—¿Puedo sentarme al lado de la dama? —preguntó Joseph, sorprendiendo a las mujeres de la fila.

Avery lo miró con mordiendo su labio con una sonrisa tenue, asintiendo. De inmediato él se acomodó a su lado, causándole un pequeño sobresalto con la cercanía. Después se tranquilizó cuando le tomó la mano a escondidas de todos sonriéndole cómplice, y entonces con los dedos entrecruzados, ambos siguieron el desarrollo de la ceremonia matrimonial.

Con el término del fastuoso banquete de bodas llegaron las despedidas, y entre lágrimas de alegría, y corazones arrugados, Emily se despidió de todos para emprender con Douglas su viaje hacia su nueva vida.

Epílogo

Un mes después

Avery se sintió abrumada al ser observada por todos los pares de ojos en la sala: los vizcondes, lady Eleanor y su esposo, y en especial los padres de Joseph, los señores Hartford, quienes habían viajado especialmente para la ocasión.

—Tranquila, ellos no muerden —le susurró Joseph con disimulo.

Sus mejillas se llenaron de rubor y se avergonzó por el sudor en la mano que él le sostenía. Agradeció que su tía hubiera insistido en que usara guantes. Era su prueba de fuego, y contuvo el aliento hasta casi pensar que iba a asfixiarse, si nadie decía nada.

El alivio llegó con la sonrisa dibujada en el rostro de Adeline Hartford.

—Parece que nuestro hijo es un hombre muy afortunado —expresó la mujer, después del largo escrutinio.

En principio, Avery había temido que no la aceptaran. Y aunque la sombra de haber sido rechazada por Edward parecía querer seguir martilleándole la cabeza en momentos cruciales, se permitió enviarla a un rincón y dejarla allí olvidada.

—Tampoco tenemos queja del señor Hartford, tanto que

confiamos en que cuidará bien de nuestra hermosa prímula.

—¡Mamá! —soltó Avery sin poder detenerse. Todas la miraron y casi deseó enterrarse bajo el abono de sus flores, hasta que finalmente se rieron, aligerándole la tensión.

—No se preocupen, cuidaré bien de ella, y si me lo permite también de sus flores —bromeó Joseph, haciéndola resoplar.

—Yo puedo cuidar de mis flores —refunfuñó.

—Y yo de ti —reafirmó él—. ¿Siendo así, no hay impedimento para que realicemos la ceremonia lo antes posible? —preguntó, haciéndola sudar un poco más.

—Ninguno —respondió su padre, mirándola mientras tomaba la mano de su madre, que la veía dichosa y con la mirada aguada.

—Tampoco tenemos objeciones —declaró el padre de Joseph.

—Ni nosotros, además mi esposa estará feliz de que Avery pase más seguido por su jardín —bromeó el vizconde, haciéndolos reír a todos.

—¿Mejor? —le preguntó Joseph, luego de ofrecerle una copa de coñac para tranquilizarla, cuando estaban los dos sentados bajo la pérgola.

—Sí —contestó, asintiendo.

El mes de mayo había llegado y las glicinias colgaban hermosas sobre sus cabezas. La formalización del compromiso se había llevado a cabo en la casa del vizconde. Esta vez Joseph se sentó más cerca de ella. Avery apenas se ladeó para mirarlo y recostarse en su costado.

Él besó su sien, sobresaltándola un poco, tanto que se apartó para mirarlo.

—¿Pasa algo?

—Lo siento, nunca tuve muestras tan cercanas de cariño con

Edward —confesó.

—Y doy gracias al cielo por ello —repuso él, haciéndola reír.

Después llevó su mano a su rostro, rozándole la mejilla. Esa acción la hizo suspirar.

—Está bien si quieres besarme —le dijo, sorprendiéndolo.

Joseph ensanchó la mirada y luego sonrió.

—Lo haré con el mayor de los gustos, mi hermosa flor —dijo, inclinando la cabeza con una lentitud que la sumió en una dulce agonía, hasta que sintió el primer roce de sus labios.

No pudo evitar emitir un pequeño y dulce gemido, que hizo sonreír a Joseph. Lo siguiente fue sostenerle la mejilla y besarla con más profundidad.

Dos meses después

Avery sonrió al ver a sus padres, luego a su tía y por último a su hermana, que sonreía como si recordara su propio día al lado de su marido. La otra persona que sonrió fue su hermano Andrew, con muestras de magulladuras en su rostro, y quien finalmente había logrado un permiso para regresar mucho antes de que llegara el verano.

Por último, observó el hermoso ramo de prímulas en sus manos, flores de las que nunca dejaría de estar orgullosa de cultivar. Con la misma sonrisa miró al sacerdote, que la observaba atento esperando su respuesta.

Ella dejó de cavilar y contestó:

—Sí, acepto.

Ambos se ladearon para mirarse mientras los declaraban marido y mujer, hasta que solo la muerte los pueda separar.

La primavera la sangre altera

Marian Arpa

Capítulo 1

Mamen Ríos se había tomado unas vacaciones. Trabajaba en la cadena de televisión familiar, donde era presentadora de un programa de variedades. Le encantaba poner a sus invitados contra las cuerdas y tenía a varios colaboradores que se dedicaban a informarla de los trapos sucios de todo el mundo. También había el espacio serio donde los entrevistados acudían gustosos a exponer sus pensamientos y la forma en la que manejarían ellos el país o los negocios. Muchas veces le había propuesto a su padre, Ricardo Ríos que fuera a su programa, este aparte de estar en la dirección de la cadena, tenía un restaurante, una web de citas y un *speeddating* en la plaza porticada de Santander, de donde era toda la familia. Él podía decirse que era más conocido en la ciudad que sus hermanos por sus negocios fuera de la televisión.

Mamen empezó en la empresa, teniendo su propio despacho, desde donde se ocupaba de las finanzas, sin embargo, le duró poco, muy pronto le entraron las ganas de ponerse ante una cámara, y no paró hasta conseguirlo. En esos momentos era una popular presentadora que conocían casi todos los cántabros, su programa tenía mucho éxito.

Ella se tomaba cada año unos días libres en esas fechas, le encantaba la primavera, se iba a casa de sus padres, que residían en Fontibre, en la granja escuela «La vaca Lola», que dirigía su madre desde antes de conocer a su padre. Ambos habían sido unos emprendedores, y lo estaban contagiando a sus hijos. Su hermana pequeña, Cristina, había estudiado proyecto y en esos momentos era una famosa diseñadora de vestidos de novia en la Gran Manzana, en Nueva York.

Su hermano mayor, César, había adquirido una publicación diaria de prensa impresa en Madrid, se dedicaba a dirigirla, y tenía proyectos de perseguir la noticia, siempre decía que lo haría cuando tuviese su empresa encarrilada en el buen camino, que la había comprado porque iba de capa caída.

Su padre, siempre se quejaba que se había dejado el pellejo para que ellos tuvieran una vida regalada y ellos se trazaban su propio camino.

—¡Anda, mira quién habla! —Cam, su madre, los apoyaba en todos sus proyectos—. Tu padre tenía el mismo pensamiento que tú, y cuando pudiste también ampliaste tus horizontes.

—¿Cómo me van a hacer caso si parece hasta que los empujes a seguir su camino? —recriminaba Ricardo a su mujer.

—Eso no es cierto, les doy mi apoyo. Son tan inquietos como tú, deberías estar orgulloso de todos.

—Y lo estoy.

—Ricardo, que chocheas, te contradices. —A Cam le encantaba meterse con él, sobre todo cuando se trataba de sus hijos, eran tan parecidos a su padre en el carácter, que nunca podría acusarla de haberlo engañado, no lo hizo, pero no hacía falta ser ningún genio para ver la semejanza en todos los sentidos de su marido y cuatro de sus cinco retoños. Mamen era físicamente muy parecida a su

madre. Todos habían volado del nido, ninguno residía en la granja escuela donde crecieron, no obstante, allí tenían su casa y en algunas ocasiones iban a pasar unos días.

Mamen, su segunda hija siempre se tomaba vacaciones en primavera, y los pasaba allí, le gustaba mucho la explosión de colorido de los campos que rodeaban la granja.

—Es mi forma de cargar las baterías —decía cuando alguien le recordaba que el año anterior y los demás hizo lo mismo.

Si Ricardo lo escuchaba, le pasaba el brazo sobre los hombros, y la apretaba contra él.

—Anda, coño, ¿y a ti qué te importa dónde esté mi hija? ¿Es que tiene que pedirte permiso para ir a su casa? —Le echó en cara a Guillermo, su hermano pequeño, cuando este le decía a su sobrina que se fuera a un crucero.

—Dicen que allí se liga más que en cualquier otro lugar. —Guillermo lo dijo para hacer saltar a Ricardo, y esto no tardó en producirse.

—¡Serás mamón! ¿Es que te crees que mi hija tiene que ir a un lugar de esos para divertirse? —Después de decirlo, se dio cuenta que no estaban hablando de cualquiera, lo hacían de su pequeña—. Cariño, no escuches a tu tío, está como una cabra —dijo mirando a su hija con amor, para él sus hijos siempre serían los retoños más maravillosos del mundo, no habría nunca nadie que se pudiera poner a su altura.

Guillermo soltó una carcajada, sabía muy bien que teclas tocar para que Ricardo saltara como acababa de hacer.

—Tío, no te metas con papá, ya sabes que ese tema es muy delicado —habló Mamen con una sonrisa traviesa—. Ya no se acuerda de cuando era joven y se corría esas monumentales juergas con sus amigos.

Ricardo, que era más alto que su hija, la miró desde arriba con una ceja alzada. Su hermano se estaba descojonando, y ella lo miraba con ojos de inocencia.

—¿Tú también piensas que desvarío? —Se lo veía indignado. Los tres escucharon una carcajada de Cam que estaba en la cocina preparando la comida, mientras ellos se tomaban unas cervezas en el patio de atrás.

—Nunca se me ocurriría, papi. —La melosidad de su voz le hizo ver que le estaba tomando el pelo—. Voy a ayudar a mamá mientras vosotros os destripáis. —Mamen le guiñó un ojo a su tío; siempre había congeniado muy bien con él, aunque era muy distinto a sus hermanos. Al ser el más pequeño —nació cuando sus padres creían que era la menopausia de su madre—, se llevaba bastantes años con los mayores y se tomaba la vida con otra filosofía, a ello había contribuido su mujer, Lily, una inglesa que le robó el corazón en un retiro de aventura en los Picos de Europa.

Guillermo clavó sus ojos en los de su hermano y apretó los labios, reprimiendo una carcajada. Le encantaba chincharlo, y sus hijos eran sus puntos débiles, claro que no lo hacía con maldad, su familia era sagrada para él y a pesar de ser un estudioso pacifista, se liaría a tortas con el primero que jugara con cualquiera de ellos.

—Guapita, ¿qué gracia tiene que me meta con tu padre si no tengo espectadores? —dijo a su sobrina, con lo que los tres rieron de buena gana.

Después de comer, los hermanos hicieron la siesta en el porche de la casa de madera, mientras Cam leía, y Mamen dibujaba con carboncillo, le relajaba mucho hacerlo, y aprovechaba la tranquilidad que los rodeaba para dejarse llevar.

En cuanto su tío se volvió a Santander, ella se puso el plumón y se fue a dar un paseo por los alrededores, le agradaba dar una

vuelta por los bosques que acunaban la granja, admirar el vuelo de los pájaros, escuchar sus trinos, ver el crecimiento de los árboles, y los colores que las flores regalaban a quien las mirara.

En su adolescencia había deseado ir a vivir a la capital, y ahora que poseía un apartamento en el centro, muchas veces echaba de menos la vida tranquila de la granja, sus marcadas estaciones, donde se podía disfrutar de los blancos inviernos, los frescos veranos, y los coloridos otoños y primaveras.

Capítulo 2

Juan Pablo Garrido, a quien todos llamaban JP, era maestro en la escuela de primaria Manuel Llano. Era tutor del aula de segundo curso, y le encantaba su trabajo, a esa edad los niños hacían mil preguntas, lo querían saber todo, él les daba la confianza para que hablaran con total libertad, y ellos lo adoraban.

Esos días los estaba pasando en la granja escuela «La vaca Lola», allí los pequeños aprendían que los huevos no salían del supermercado, ni las lechugas del frigorífico, ni la leche de los cartones *brick*.

A JP le encantaba la cara que se les quedaba a sus alumnos cuando hacían esos descubrimientos. Sus miradas inocentes lo cautivaban.

Por la noche cuando los niños se acostaban, los dejaba al cuidado de Pepa, una de las monitoras que iba a la excursión con él, y salía a dar una vuelta por los alrededores, al tiempo que observaba las estrellas, era un entendido en ello; si no hubiese sido maestro, se habría dedicado a la astronomía. Podía pasarse horas mirando aquellos puntitos luminosos que cubrían la granja, le encantaba. En la ciudad, la contaminación lumínica impedía verlos con aquella

claridad; parecía que los estuviese cubriendo una manta de terciopelo oscura con millones de bombillitas led.

Estaba tan ensimismado contemplando las constelaciones que no se percató que alguien lo miraba, y luego se le acercaba.

—Hola, buena noche —saludó Mamen. Ella había salido al porche de su casa, le gustaban los sonidos y la brisa que la envolvían en aquel paraje tan querido. Al ver esa figura frente a la granja con la cara hacia el cielo le intrigó, supuso que sería algún profesor, conocía bien a los trabajadores y no era ninguno de ellos. Este era muy alto, y parecía musculado. La oscuridad le impedía ver sus facciones.

Él se giró hacia la derecha, desde donde venía aquella voz melodiosa. Sus ojos se quedaron clavados en la dueña de aquel tono envolvente.

—Buena noche. —JP no la reconoció como ningún empleado de la granja, y se preguntó quién sería—. No sabía que también se hacían estancias para adultos. —Imaginó que al igual que grupos de escolares, la propiedad se dedicaría al turismo rural.

A Mamen le hizo gracia lo que dijo, a la vez que pensaba que no sería mala idea abrir sus puertas a personas mayores a las que les gustaba el campo tanto como a ella.

JP miraba a aquella mujer que le llegaba al hombro, en la oscuridad, no se distinguían sus rasgos, sin embargo, por su voz, se la imaginaba bonita y dulce.

—No, no se hacen, pero no es mala idea, se lo comentaré a mi madre.

Por ese comentario, él supo que se trataba de la hija de la dueña, con la que tenía conversaciones cada día, era una mujer muy agradable que se interesaba en que todo estuviese en orden.

—Vaya, lo siento…

—¿Qué es lo que sientes? —Lo interrumpió ella.

—Haberte confundido, oí por ahí que los dueños vivían aquí, pero no escuché nada de una hija.

Mamen que estaba muy acostumbrada a la réplica por su trabajo, no lo pensó dos veces.

—Caramba, ¿eres un viejo del visillo? —En la oscuridad no podía ocultar el brillo de sus dientes al sonreír. A JP se le fue la saliva por el otro lado y empezó a toser—. No te me ahogues, que yo no sé si sería capaz de ocuparme de los chavalines.

—No pretendía parecer maleducado.

—No te preocupes, no tengo la piel tan fina. —Con esas palabras le estaba diciendo que le gustaba bromear—. Te informo por si ves a más desconocidos por aquí que mis padres tienen una gran familia, y que siempre hay alguien yendo o viniendo. Yo misma tengo cuatro hermanos, y si juntamos los primos y tíos, no veas las que se arman cuando nos juntamos.

—Ahora sí que me haces sentir como un viejo chismoso.

Mamen soltó una risita.

—No era mi intención. —Mamen alargó la mano—. Empecemos de nuevo, soy Mamen Ríos.

A él le agradó que ella fuera tan cercana, le vino a la cabeza Cam Rosas, aquella mujer que siempre estaba pendiente de que todo funcionara a la perfección, y le gustó.

—Yo soy Juan Pablo Garrido, profesor del Manuel Llano, aunque todos me llaman JP, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —contestó ella—. ¿Te gusta contemplar las estrellas?

—Sí, mucho, desde aquí se ven fenomenal. Es como si nos estuvieran abrigando con una manta de terciopelo brillante.

—Caray ¿te dedicas a la literatura? —A ella le extrañó que ese

hombre tan grande, pudiera pronunciar esas palabras tan bonitas.

—No, aunque me gusta mucho leer —reconoció JP.

—Eso lo tenemos en común —afirmó ella.

—Hay algo más que compartiremos. —JP lucía una sonrisa que a ella la confundió—. Un buen resfriado si no entramos pronto, la temperatura ha bajado mucho.

Mamen rio de buena gana, le gustaban los hombres con sentido del humor.

—Uy, vamos a entrar, no se dé el caso que tengamos que cuidarte con caldos calientes.

—Si quien me va a atender eres tú, me quedó toda la noche aquí afuera —asintió él moviendo la cabeza.

Mamen se quedó un momento sin saber qué decirle, ¿ese desconocido le estaba tirando los tejos?

—Eso no va así, seguro que mi madre insistiría en que me mantuviera bien alejada de ti para que no me contagiaras. Además, estoy de vacaciones, ¿pretendes que las pase cuidando de un enfermo?

JP recordó el ceño fruncido de quien debía ser el padre de esa mujer, cuando lo veía en compañía de su esposa bromeando le dedicaba unas miradas asesinas.

—¿No sería tu padre quién se opusiera?

—Seguro que también tendría algo que decir. —Después de hablar se le escapó una carcajada, su padre se negaría en redondo en que se pusiera a cuidar de ese hombre.

Él estaba encantado con el sonido de la risa de Mamen, no era artificiosa, era genuina, alegre, y le hacía desear reír con ella.

Él notó las manos heladas, había salido sin chaqueta, las frotó con garbo la una contra la otra.

—La compañía es muy grata, pero he salido sin anorak, y seré el

hazmerreír de los chavales si caigo enfermo. Mejor que entre.

—Yo también voy a seguir tu consejo y me retiro a descansar.

JP asintió.

—Buenas noches, Mamen, espero que nos veamos por aquí mañana.

Ella hizo un movimiento con la mano y se alejó, lo que él aprovechó para seguirla con la mirada, esperaba poder admirarla a la luz del día, ciertamente solo había podido disfrutar de su bonita voz, y de unas sombras muy atractivas de su rostro.

Capítulo 3

Aquella mañana, Ricardo le dijo a Mamen que tenía una reunión en la cadena a la que no podían faltar, que fuera en su lugar, que se estaba alejando de la dirección y eso no podía ser, que ella tenía también la obligación de colaborar en las decisiones que se tomaban.

—Papá, estoy de vacaciones. Además, si hay alguna votación, le pasé a Izan el poder de hacerlo por mí.

—Pero no estás en el otro lado del mundo, no se va a caer el planeta porque te alejes un día de aquí. Además, empiezo a pensar como tu tío, las vacaciones las puedes disfrutar en un… —Ricardo se calló al recordar lo que había dicho Guillermo, que en los cruceros se ligaba mucho, pero es que la noche anterior se estaba tomando una copa después de cenar cuando vio a su hija en compañía de ese profesor frente a la granja. Debatía consigo mismo cómo terminar la frase, ¿la animaba a que fuera de viaje en barco? Aquel maestro no le gustaba, le recordaba a él cuando era joven, y se le encendían todas las alarmas.

Mamen encontraba extraño a su padre, y se preguntaba qué le estaría sucediendo.

—Papá, no voy a irme de crucero, sabes muy bien que cada año me tomo unos días porque me gusta pasarlos aquí, disfrutando de la primavera que nos va a envolver cualquier día de estos.

—De acuerdo, de acuerdo, eres tan terca como tu madre —soltó Ricardo frunciendo el ceño.

Cam que estaba tostando pan para el desayuno lo escuchó y se giró hacia él con cara de malas pulgas.

—¡¿Qué diablos te pasa?!

Las dos mujeres lo miraban como si le faltara un tornillo.

—No, nada, es que no he dormido bien. —Se justificó él—. Por eso me harías un gran favor si fueras a la reunión por mí.

Mamen se daba cuenta que estaba tratando de engatusarla, y se preguntaba el motivo.

—Puedes seguirla por Skype, no sería la primera vez que lo haces, cada vez que vas a Nueva York a ver a Cristina, por ejemplo. —Le recordó su hija a ver si decía a qué venía aquello.

—¡Cría cuervos que te sacarán los ojos! —exclamó Ricardo, sin saber qué excusa darle.

Madre e hija se miraron,

—Quién lo entienda que lo compre —terció Mamen moviendo la cabeza de un lado a otro—. Está bien, iré a la maldita reunión. Voy a vestirme.

—Mamen, desayuna primero —voceó Ricardo, sabía que a su hija no la engañaba, se estaba oliendo que no le decía la verdad, y era como un sabueso cuando quería enterarse de cualquier cosa, tendría que ir con cuidado de lo que decía ante ella si no quería encontrarse con el culo al aire.

Ella no le hizo caso, se encerró en su dormitorio, y cuando volvió a salir llevaba un traje pantalón negro con una camisa verde esmeralda. Se había maquillado muy poco, no le hacía falta, tenía

una cara de lo más armoniosa, con una nariz respingona, una boca sexi y unos ojos azul claro con una banda más oscura que rodeaba los iris. Era la viva imagen de su madre, y esta estaba muy satisfecha de ello.

—Mamen, desayuna. —Trató de animarla Cam.

—No, si llego tarde a la reunión lo escucharé un año entero. —A propósito no miró a su padre, sabía que eso le molestaría.

—Mamen. —La voz de Ricardo la siguió al coger las llaves y el móvil que había dejado en el mueble de la entrada, pero no le hizo caso. Podía ser que se estuviera comportando como una niña, pero sería la única forma de hacer que su padre confesara lo que se traía entre manos.

Arrancó su Ford Explorer blanco y se alejó por la carretera que llevaba a Fontibre.

Cam miraba a su marido golpeando el suelo con la punta del pie, no era tonta, y al igual que su hija se había dado cuenta que Ricardo deseaba alejar a Mamen de la granja. Al ver que él la ignoraba, dio un golpe sobre la madera de la mesa de la cocina donde solían tomar sus comidas.

—¿Me dirás ahora por qué has mandado a tu hija en tu lugar a una reunión de la cadena?

Ricardo soltó un resoplido. Su mujer lo conocía mejor que él mismo, si la engañaba lo sabría y si le decía la verdad…

—Anoche estuvo con ese maestro en el patio de la granja. —Ricardo vio que su mujer lo miraba sin entender—. Si, ese que te parece tan simpático, la verdad es que no sé qué le ves.

Ella frunció el ceño, y clavó los ojos azules en él.

—¿Me estás diciendo que la has mandado a una reunión en tu lugar porque habló con JP?

—No me gusta ese tipo, a ti te desnuda con la mirada.

Ese comentario la cabreó.

—¿Te estás escuchando? Por favor, si casi puedo ser su madre.

—Hay hombres a los que les gustan las mujeres mayores.

¿Acaso ahora le estaba llamando vieja? ¡Lo iba a matar!

—¿Sabes que eres un estúpido? —Lo miraba con fuego en los ojos cuando vio que iba a replicar—. Cállate, no digas nada, no quiero escuchar excusas, cuando Mamen se entere de porqué la has mandado a Santander se va a enfadar mucho. ¿Es que no eres consciente de que nuestros hijos ya son adultos? Te comportas como si fuesen niños de teta, y son más responsables que tú. —Ricardo la escuchaba y cada vez que intentaba decir algo, ella levantaba la mano para que no lo hiciera—. No me extrañaría que cuando Mamen se entere de esta treta tuya, se vaya. Y ten en cuenta una cosa, si ella lo hace, tú irás detrás, no quiero a mi lado a un hombre que miente para controlar la vida de mis hijos.

Con un mosqueo de tres pares de narices Cam se levantó y salió de la casa dando un portazo. Dejando a su marido pensando que la había cagado, y todo por ver a ese hombre reflejado en él mismo cuando era más joven.

Capítulo 4

Mamen conducía hacia la cadena, hacía años que no acudía a esas reuniones, había pasado a su hermano los poderes para que votara si era necesario, o que tomara las decisiones que él creyera convenientes. No obstante, que su padre se mostrara indispuesto para ir no le terminaba de encajar, no tenía mal aspecto, y encima le había hablado de lo que le dijo su tío, una cosa no casaba con la otra. No lo entendía. Si deseaba quedarse un día a solas con su madre, podría haberlo dicho y ella lo habría pasado fuera. Los habría dejado tranquilos, aunque se temía que ese no había sido el motivo, había visto la cara de su madre de no entender nada. ¿Qué se traería su padre entre manos? ¿Si lo que quería era que volviera a los despachos se iba a llevar una decepción? Le gustaba lo que estaba haciendo, su trabajo ante las cámaras era satisfactorio.

Al llegar al edificio de la cadena, miró en la guantera, allí llevaba una grabadora, la compró para que los que entrevistaba no pudieran decirle una cosa y luego ante las cámaras cambiar la versión de lo que hablaban. Ya se había encontrado con que habían tratado de mentirle en alguna ocasión, así sabiendo que ella tenía aquella grabación, se centraban en lo dicho.

Al entrar en la sala de reuniones, donde todos eran familia, se alegraron de verla.

—Caramba, Mamen, ¿nos echabas de menos? —bromeó su primo Eduardo, el hijo mayor del hermano de su padre.

—No guapetón, es que mi padre está indispuesto.

Guillermo y el mediano de los Ríos se giraron hacia ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó su tío Eduardo.

—No ha dormido bien. —Ante aquellas palabras unos se miraron a los otros incrédulos, Ricardo se había corrido juergas y luego había acudido al trabajo como si nada—. Ya, ya, ya, yo tampoco me lo creo, quizá necesitaba una maratón sexual con mi madre.

—¡Mamen, por Dios! —exclamó Izan serio, pero lo estropeó al echarse a reír. A lo que le siguieron los demás.

—Quien quiera saber de Ricardo que lo llame cuando terminemos la reunión, pongámonos a ello antes de que nos den las uvas. —Desvió la atención Eduardo, que también se preguntaba a qué estaría jugando su hermano mayor.

Mamen se sentó en la silla que quedaba desocupada, sacó la grabadora y la puso sobre la mesa apretando el botón de grabado, su hermano Neco la miró, y ella le guiñó un ojo.

—No se os ocurra decir cochinadas, que quedará todo grabado. —Lo alertó ella sacando risas a su familia.

Después de comer con sus hermanos Izan y Neco, Mamen volvió a la granja, al llegar, su padre la estaba esperando en el salón, le puso la grabadora delante.

—Para que no te pierdas ni un detalle —dicho lo cual, se metió en su dormitorio, y se cambió la vestimenta elegante por la que usaba para pasear por el monte. Salió por la puerta ventana que daba al porche, y se fue a caminar por aquellos bosques que la

tenían enamorada.

Dejó que el aroma a humedad, vegetación y resina se llevara lo que quedaba de su mal humor, que se había aligerado al estar con sus hermanos. Se paraba aquí y allá a observar los brotes tiernos que habían crecido de los diversos matorrales y árboles, las florecillas que tachonaban su entorno lo llenaban de colores, y se encontró aspirando con fruición aquel olor que reconocería siempre.

Cuando salió del bosque, el cielo había empezado a cambiar de color, los anaranjados y el púrpura auguraban que lo que en esos momentos era una suave brisa se convertiría en viento, y rememoró lo que le gustaba el silbido del aire entre las ramas de los árboles estando calentita en su cama. Hacía años que cuando ocurría eso, se imaginaba que estaba en un mundo mágico, donde los duendes estaban jugando al escondite y sacudían los robles, hayas y abedules que poblaban la propiedad para despistar a los demás, ella parecía observarlos desde la copa de un tilo.

—Las estrellas aún no han salido —escuchó a sus espaldas. Reconoció la voz de ese hombre con el que habló la noche anterior, se giró con una sonrisa coronándole los labios, y se le quedó el aliento atascado en la garganta al admirar su atractivo. Era guapo hasta decir basta, sus ojos de una tonalidad verde musgo la miraban con diversión, tenía la nariz recta, unos labios carnosos, y barba de dos días, todo bajo una mata de cabello muy negro peinado de punta.

—Ya me doy cuenta, estaba viendo que tendremos una noche ventosa, y…

JP esperaba que ella siguiera hablando, se había callado de repente, y supo que se guardaba lo mejor.

—¿Y?

—Recordaba mi niñez, me encantaban esas noches.

Él la miraba con intensidad, era una mujer muy bonita, a su lado parecía una muñequita, tenía unos increíbles ojos azules, una naricita respingona, y unos labios muy sexis que no se cansaría de besar. El cabello era de un tono castaño claro con hebras más claras, le entraron ganas de enredar sus dedos por aquellas guedejas que se le antojaron muy suaves.

—Tiene que ser muy divertido crecer en un lugar como este.

Cuando ella iba a responder, un grupo de niños corrió hacia JP y armaron una buena algarabía. Mamen se dio cuenta que estaban jugando al escondite, y que lo encontraron al pararse a hablar con ella.

—Creo señor maestro que lo han pillado —dijo ella con una sonrisa asomando en su boca.

—JP, me llaman JP. —Rio él—. Lo de señor profesor ha pasado a la historia.

—Me alegro mucho, así es mucho más cercano. —Mamen recordaba los formalismos con sus profesores, al mismo tiempo que lo veía a él asintiendo con la cabeza y sonriéndole.

—Ese es el propósito, que tengan la libertad para preguntarme lo que quieran saber. —JP parecía leerle el pensamiento—. Aunque los que siguen de la vieja escuela aún insisten en lo que equivocadamente llaman respeto. Yo no noto que por tutearme me tengan menos consideración.

Mamen afirmaba con la cabeza, lo había vivido en su programa de televisión. Algunos de sus invitados se creían el ombligo del mundo y le hablaban como si fuera el último mono, lo que ella cortaba de raíz, sacando algún trapo sucio de ellos, lo que hacía que cambiaran su modo de dirigirse a ella. Algunos se negaban a ir, aunque los invitara, habían visto que no tenía pelos en la lengua, y no querían probar su filo.

—A veces esos que exigen respeto son los más maleducados.

—Tienes toda la razón del mundo. —Al asentir, JP se preguntó si ella lo habría sufrido en sus propias carnes—. ¿Debo suponer que lo vives a menudo?

Mamen soltó una risita.

—Imagino que no ves mucho la tele.

Él la miró extrañado por el comentario.

—Por las noches, y casi siempre deportes.

Mamen ya se lo podía imaginar.

—Soy Mamen Ríos, presentadora de «Las mañanas con MCT». —JP frunció el ceño y ella supo que no sabía de qué le hablaba—. Mar Cantábrico Televisión es una cadena de mi familia, y soy la conductora de un programa de variedades que se emite por la mañana.

Él abrió mucho los ojos al escucharla. ¿Estaba ante una estrella de la tele?

—Caramba, nunca había conocido a nadie que saliera en la pequeña pantalla.

A ella le hizo gracia el comentario y se dispuso a tomarle el pelo.

—¿Eso quiere decir que sí tienes amistad con alguien de la grande? ¿Con algún autor famoso de Hollywood?

—No, por Dios. —JP se preguntaba a qué vendría aquella pregunta.

—Me estaba poniendo un poco celosona de que alternases con actores de cine. —Por su tono de voz, él se dio cuenta que le estaba tomando el pelo, y rio.

—JP, te toca parar —decían los niños a su alrededor, al ver que no les hacía caso.

Él deseaba quedarse con ella para seguir descubriendo quién era esa mujer, lo tenía muy intrigado, era muy agradable, inteligente y

bonita. Sin embargo, se daba cuenta que estaba descuidando su propio trabajo, no podía hacerlo. Se acercó al oído de Mamen y susurró:

—¿Qué te parece si nos tomamos un café cuando los niños se acuesten?

—Perfecto, genial —contestó ella, y se quedó mirando como él corría ante los muchachitos.

«¡ESE HOMBRE ESTABA PARA MOJAR PAN!», pensó.

Capítulo 5

Aquella noche, durante la cena, Mamen hablaba con su madre de naderías, su padre se mantenía en silencio y ella no iba a tirarle de la lengua después de la pantomima de la mañana, porque estaba segura de que no había sufrido ninguna indisposición. Se moría de ganas por enterarse de porqué la mandó a esa reunión donde no se había decidido nada, era informativa, sobre futuras programaciones; ¿qué se traía entre manos su padre? Conociéndolo, supo que ignorándolo lo haría saltar, y él mismo se delataría, así que contaba a su madre, lo bien que les iba a Neco e Izan.

Cam se daba cuenta de la estrategia de su hija y se concentró en su plato de cocido montañés para no soltar una carcajada, su marido no tardaría en meter la pata hasta el fondo.

—¿Cómo les van los amores a tus hermanos? —Al preguntar, Cam pensó que sería divertido ver a Ricardo sacando fuego por las orejas.

—Ya sabes cómo son los dos…

—La viva imagen de su padre —la interrumpió su madre.

Ambas lo vieron levantar una ceja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ricardo a Cam.

—Que los dos han heredado tus dotes de donjuán.

—Que yo soy…

En ese momento ya no se aguantaron las risas.

—Sí, y encima celoso —lo cortó Cam—. Incluso de quien no deberías estarlo.

Mamen no entendía nada, lo que decían no tenía sentido, no obstante, si tiraba del hilo, se enteraría, ella era una experta en eso.

—¡Mamá, ¿a quién le has echado el ojo?! —Empleó una especie de psicología inversa, y no se equivocó, el que saltó fue su padre.

—Tu madre no ha hecho nada malo, es ese maestrillo que hay en la granja quien le tira los tejos y la desnuda con la mirada.

A Mamen se le desencajó la mandíbula, ¿estaba hablando de JP? No se lo podía creer. Miró a su madre, y esta seguía comiendo como si escuchara llover, sin hacer ningún caso a su marido.

—¿Mamá?

—No le hagas ni caso, JP es un hombre encantador, responsable e inteligente. Los niños lo adoran, y se puede tener con él una buena conversación. Pero nunca me ha faltado al respeto. Tu padre ve fantasmas donde no los hay —habló sin mirar en ningún momento a Ricardo.

En ese instante, a Mamen le pasó por la cabeza que la noche anterior había estado hablando con él en la oscuridad. ¿Los habría visto su padre? Eso explicaría el porqué de la tontería de aquella mañana, aunque no había ocurrido nada entre ellos. Se propuso averiguar si aquella inocente conversación tuvo algo que ver.

Una hora más tarde, se puso el plumón y salió de la casa. A propósito informó:

—Voy a dar una vuelta.

—Hija se he levantado viento, te resfriarás. —Escuchó la voz de

su padre que venía del saloncito donde estaba leyendo. No le hizo caso y cerró la puerta tras de sí.

Trotó hasta la cocina de la granja donde, María, la cocinera, Edurne, su ayudante, cenaban con JP, Pepa, Juana, Mati, que eran monitoras, y José, el agricultor, que les enseñaba a los chicos las tareas de un huerto y de los animales.

—Hace un frío del copón —dijo cerrando la puerta que daba al patio—. Que aproveche.

—¿Necesitas algo? —Se interesó María, era raro que fuera allí a esas horas.

—He venido a tomar café, me estaba aburriendo en casa.

—Ya sabes que siempre eres bienvenida —dijo José, que era un hombre mayor que trabajaba allí desde que ella recordara. Había visto nacer a todos los retoños Ríos.

Cuando todos se retiraron a sus dormitorios, se quedaron ella y JP charlando.

—Se ha levantado un viento del carajo ¿no? Como tú has dicho. —Le dio él la razón a lo hablado unas horas antes.

—Sí, hoy recordaré tiempos remotos —asintió con cara de felicidad.

—Te gusta vivir aquí ¿eh?

—No vivo aquí, tengo mi apartamento en Santander, como te he dicho trabajo allí, y hacer casi ochenta kilómetros por la mañana y otra vez por la noche… Por mucho que me guste conducir, prefiero quedarme allí. Ahora estoy de vacaciones, me gusta estar aquí cuando todo se viste de primavera a mi alrededor, es fantástico. Todos los años me tomó unos días. —Mamen se daba cuenta que él le miraba los labios cuando hablaba y sintió un cosquilleo muy agradable en la tripa. Sus ojos se encontraron y ninguno de los dos apartó la mirada.

—Me gustaría que nos viéramos en la ciudad. —La voz de JP sonó como una caricia que le puso el vello de punta.

—A mí también. Déjame tu móvil. —Él no supo por qué se lo pedía, la vio marcar un número, y oyó que sonaba en ella—. Ahora yo tengo tu número y tú el mío. Así nos podemos llamar para salir a tomarnos unas cervezas.

—O a cenar —la tentó él dejando el aparato sobre la mesa.

—Eso también —afirmó Mamen, viendo las pupilas de él que la devoraban, Ese hombre tenía una mirada que haría pecar a una monja… ¿qué decía? A un convento entero—. Hoy las estrellas se ven como si estuvieran más cerca, no sé por qué; ocurre los días que hace aire —añadió para desviar su atención.

—Entonces, no nos perdamos el espectáculo. —JP cogió su chaqueta que estaba colgada en la parte de atrás de la silla—. Vamos.

Mamen se puso el plumón y salieron al exterior. El viento había arreciado, él miró alrededor, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la oscuridad de un pajar que había a la derecha de la granja, desde allí, se veía un cielo maravilloso, y la construcción los protegía un poco de la ventolera. Se oía el silbido del aire que se colaba de aquel viejo edificio, y ella pensó en las hadas de los bosques al mismo tiempo que la recorría un escalofrío.

JP le pasó un brazo por encima de los hombros, y la arrimó a su costado, apretándola. Ella podía sentir el calor que le transmitía ese hombre, entre sus brazos era como si estuviera en un nido muy acogedor.

—Eres una buena estufa —habló mirándolo con picardía, y se encontró con los ojos negros de él que brillaban satisfechos de tenerla entre sus brazos. Sus pupilas se engancharon y JP fue bajando la cabeza hasta estar rozando los apetitosos labios de ella

con los suyos.

Mamen se dio la vuelta de cara a él para acomodarse, pasó los brazos por debajo de la gruesa chaqueta de él notando la calentura de aquel cuerpo fuerte y duro.

El tiempo se detuvo, solo existían ellos, ni el viento, ni el ulular del búho, nada importaba, solo el placer que sentían, que se regalaban el uno al otro. Ella se estaba excitando con rapidez, pensó en llevarlo a su dormitorio, pero aún no estaba tan enajenada, su padre pondría el grito en el cielo, además, él debía dormir en la granja con los chavales, era su trabajo lo que estaba en juego.

—Será mejor que nos vayamos a acostar, no creo que sea el momento —susurró Mamen.

JP respiraba de forma errática, también sabía que no podían ir más allá y esto no le gustó, sobre todo porque su pene apretaba con fuerza los pantalones. Esta mujercita besaba que daba gusto, se había excitado en un segundo, y no podía dar rienda suelta a sus anhelos. Frustrado, volvió a besarla antes de desearle buena noche y empujarla en la dirección donde estaba su casa.

Incómodo, entró en la granja y se fue a la ducha, sin embargo, no le sirvió de nada y tuvo que emplear su mano para que su entrepierna se calmara y poder dormir.

Mamen estaba en las mismas condiciones, y le costó mucho conciliar el sueño, por mucho que intentara imaginar a duendes y hadas correteando por los alrededores no lo conseguía, solo tenía bajo sus párpados los ojos encendido de JP, y cuando la abrazó Morfeo, soñó con él.

Desde detrás de los cristales de su dormitorio, Ricardo había visto aquellos tórridos besos, y se tragaba una palabrota tras otra. No podía echar a ese hombre, era el negocio de su mujer, y su hija ya no era ninguna niña, era adulta, pero de buena gana le habría

partido la cara.

Capítulo 6

Los días pasaban volando, y no se dieron cuenta que era viernes y JP se marchaba ese día. Cada noche habían disfrutado de un paseo por los alrededores, y habían compartido muchos besos que los llevaban a tocar las estrellas con las yemas de sus dedos.

—¿Cuándo vas a volver a Santander? —preguntó él mientras se despedían en el autobús que los llevaría de vuelta a la capital.

—No lo sé, no acostumbro a hacer planes cuando estoy aquí. —Mamen se había dado cuenta que lo echaría de menos, no obstante, no sabía nada de él, sus conversaciones fueron intrascendentes, sobre sus trabajos y del lugar donde estaban, no tocaron ningún tema personal. ¿Y si él estaba casado o tenía pareja? No quería pegarse el gran castañazo haciéndose ilusiones.

—Llámame cuando regreses —habló él con los ojos prendidos en los de ella, de buena gana la hubiese estrechado entre sus brazos, y le habría demostrado cómo lo afectaba.

JP nunca había creído en los flechazos, ni en Cupido, ni en el amor a primera vista. Era muy escéptico en cuanto al romanticismo, era hijo de padres separados, y había vivido el trauma de esa ruptura, en la que ambos lo habían utilizado como arma arrojadiza

contra el otro. Eso lo había marcado con catorce años, y se prometió no caer jamás en ese sentimiento traicionero, por el cual las puñaladas traperas llegaban tarde o temprano.

Sin embargo, esa semana con Mamen no era que lo hubiese hecho cambiar de opinión, solo se trataba de trabar amistad con ella, y encontrarse de vez en cuando para pasar un buen rato regalándose gozo y placer.

Ella asintió con la cabeza, sin embargo, no estaba segura de hacerlo. Vio partir el autobús, y se quedó en medio del patio de la granja recordando todos los buenos momentos que habían pasado. Pero una vocecita en su interior le decía que no depositara toda su confianza en ese hombre, era tan guapo que debía tener a las mujeres que quisiera derritiéndose a sus pies, babeando a su alrededor, ella no pensaba convertirse en una de ellas.

Pasaban los días y Mamen añoraba los ratos que pasó con JP, las noches ya no eran lo mismo, salía al exterior y paseaba pensando en JP. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se acordaría siquiera de ella? Lo dudaba. Se quedaba horas mirando las estrellas recordando lo que él le había enseñado, ahora reconocía distintas constelaciones que antes no, y cuando se metía en la cama soñaba con él.

Cuando despertaba en plena noche cerrada, acalorada y deseando tenerlo al lado, se enfadaba consigo misma. No debía caer en el embrujo de aquellos ojos verde musgo que la traspasaban con la mirada.

Una semana más tarde, hizo la maleta, iba a volver a Santander, no estaba disfrutando de la explosión de la primavera como en los otros años que había acudido a la granja. Su madre lo entendió, era más, desde que él se fue que había esperado que lo hiciera. En cambio, su padre la estuvo chinchando con comentarios mordaces

sobre que aún no tenía que regresar al trabajo, que allí disfrutaba de la tranquilidad que siempre le había gustado, le preguntaba continuamente qué mosca le había picado para retornar a la ciudad con aquellas prisas.

—¿No irás detrás de ese profesor con el que paseabas por las noches? —Su padre no pudo contener lo que pensaba.

Mamen lo miró frunciendo el ceño, ¿la había estado espiando su padre?

—Y si así fuera ¿qué?

—Joder, nena, no quiero que ningún mindundi te tome el pelo.

—Ni yo pienso consentirlo. —Al decirlo vio que sus padres se miraban de una forma extraña—. Ya no soy una niña, puedo tomar mis propias decisiones, creo haberlo demostrado desde hace tiempo.

—Lo que pasa es que desde que apareció ese maestro…

—Basta —interrumpió su madre a su padre—. Es un tipo responsable, nunca jugaría con Mamen. Así que déjalos tranquilos, no finjas ningún malestar, y todo irá mejor.

Ese comentario hizo que ella recordara aquel cuento que montó su progenitor después de que ella conociera a JP, sabía que detrás de aquella tontería había algo más. Entonces estuvo segura de que sí los había estado vigilando. Se le arrugó la frente al ver que al contrario que sus hermanos, ella tendría a su padre siempre encima. No lo iba a consentir, era mayorcita para hacer lo que quisiera con su vida.

—Quizá no vuelva a casa, estoy pensando en ir a visitar a César y pasar unos días en Madrid. —Después de aquella revelación no iba a quedarse en Fontibre, habló con un tono que demostraba que estaba molesta con su padre, y que se iría a cualquier parte para que no la controlara, ni tuviera tentación de tomarle el pelo, como había hecho.

Su hermano César, había comprado «Hora a hora», una empresa de prensa impresa y se había trasladado hacía algún tiempo. No olvidaba que lo hizo por amor, y sentía un poco de envidia de César y Astrid, él lo hizo para conquistar a esa mujer que nada más conocerla lo había cautivado. Pasaría lo que le quedaba de las vacaciones con ellos, solo para advertir a su padre, que no se metiera en su vida.

Metió su equipaje en la parte trasera de su Ford Explorer y después de despedirse de su madre, se marchó.

—Debería mandarte a dormir en los establos con la vaca y los otros animales —riñó Cam a su marido—. Se te están cayendo los tornillos ¿oh qué? Estoy segura de que Matías nunca hizo estas tonterías cuando tú eras peor que nuestros hijos. —Matías era el padre de Ricardo—. Cuando lo vea se lo voy a preguntar.

—No las hacía, pero es que él solo tuvo varones.

—¡¿Qué?! —gritó Cam— ¿Qué demonios te has creído? Ya ha pasado el momento de separar a los niños de las niñas, ya no estamos en los años catapum, hoy en día lo más normal es que… idiota ¿qué te voy a contar? Si tú tienes el *speeddating*, y la web, lo sabes mejor que nadie. —Ella estaba encendida, y no lo pensó dos veces antes de soltarle—. Elige cualquiera de las habitaciones de los chicos, si te me acercas te puedo despellejar. —Con aquellas palabras entró en su dormitorio y dio un portazo. Dejando a su marido reconociendo que la había cagado mucho con su hija.

Capítulo 7

Al terminar de deshacer la maleta y tenerlo todo en orden, salió hacia el colegio Manuel Llano, quería darle una sorpresa a JP. Esos días sin él fueron larguísimos, se había convencido a sí misma que la atracción era mutua, que él también la deseaba. No podía besarla de esa forma que la hacía arder de arriba abajo sin tener esa emoción que despertaba en ella.

Aparcó el coche frente a la escuela y esperó, los padres que recogían a sus pequeños fueron marchándose y Mamen pensó que JP saldría de un momento a otro, lo que no ocurrió y se imaginó que tendría trabajo atrasado, «vaya, sorpresa a hacer puñetas». Sacó su móvil y lo llamó.

Cual no fue su estupefacción, cuando fue una voz femenina la que le contestó la llamada.

—¿Sí, dígame? Este aparato está apagado o fuera de cobertura, lo que quiere decir que JP está ocupado con una servidora, hasta mañana no estará disponible.

En su extrañeza, se quedó sin habla, y a través de la línea puedo escuchar.

—Lora, ya sabes que no me gusta que contestes mis llamadas.

—Era la voz de JP.

—¿Qué problema hay querido? —Aquel tono meloso hizo que a Mamen se le pusiera el vello de punta. Había sido una ingenua, al principio ya se había imaginado que él debía tener pareja, pero se lo había negado a sí misma porque le atraía como las moscas a la miel.

—¡La madre que lo parió! —exclamó entre dientes, y pudo escucharlo.

—Mamen… Mamen… —Ella no contestaba, en ese momento se daba cuenta que había puesto sus expectativas en una relación con ese hombre, una ilusión que acababa de pisar como si de un insecto molesto se tratara—. Mamen.

En ese instante cortó la llamada, que se fuera al cuerno, sabía que eso podía pasar, y se lo negó, la verdad le acababa de estallar en la cara. Arrancó el coche y volvió a su apartamento, tenía unas enormes ganas de darse de bofetadas por haber sido tan ingenua. Se preparó un gin-tonic y se sentó en el salón, mientras se lo tomaba, volvía a pensar en César, con él podría desfogarse, sí que tenía a Izan y a Neco al alcance de su mano, pero estos insistirían en conocer al hombre que le había causado aquella desazón y si era preciso consultarían con su madre para saber de quién se trataba. Ella se lo diría a su padre y se armaría la gorda, no, no, no, no podía consentirlo.

Aquella noche no pegó ojo, si cerraba los ojos lo que se le presentaba era JP en brazos de otra mujer y los volvía a abrir con rapidez. A la mañana siguiente, preparó otra vez la maleta y se marchó a Madrid.

JP estaba cabreadísimo con Lora, la tutora del aula de al lado, del mismo curso que la suya, y le gustaba mucho gastarle bromas. Se guaseaba de ella misma y de todo el mundo, y no perdía

oportunidad de pitorrearse de su compañero. Él siempre le seguía la corriente, por ese motivo estaba molesta con él, por haberse tomado tan mal la chanza de la tarde anterior. Él había intentado ponerse en contacto con aquella que lo llamó, y al no obtener respuesta se había puesto como una moto.

Al salir de la escuela, JP siguió tratando de contactar con Mamen, al principio ella le rechazaba las llamadas, al final debió apagar el aparato.

A la mañana siguiente, antes de acudir a su trabajo, fue a las instalaciones de MCT, allí podrían darle información de ella, incluso podría verla si ya se ponía a trabajar ese día. Le contaría lo de su bromista compañera y ella entendería. Sin embargo, al llegar a recepción le dijeron:

—La señorita Ríos está de vacaciones.

—¿Podría darme su número de teléfono? —preguntó por si acaso tenía otro para el trabajo, ya sabía que en el que le había dado no le contestaría.

—Imposible, no me está permitido dar esa información —contestó la chica que le sonreía desde el otro lado del mostrador de entrada.

—Comprendo, puede hacerle llegar un mensaje.

—Eso sí, si lo escribe en una nota cuando la vea se lo entregaré.

—Es usted muy amable. —JP renegaba en su interior, no obstante, reconoció que era una medida de seguridad hacia Mamen, no podían dejar que cualquiera tuviera sus señas, había mucho tarado por el mundo.

La chica le dio un folio y un sobre, y el escribió: «Llámame, todo fue una confusión, déjame que te explique. JP»

No cerró el sobre, pensó que si lo querían mirar que lo hicieran, que no pensara nadie que era un acosador, y frustrado por no

haberla visto se fue a la escuela.

Capítulo 8

Mamen pasó menos de una semana en Madrid con César y Astrid, este al verla supo que algo le sucedía, ambos se conocían muy bien, eran los mayores y siempre se compenetraron a la perfección.

Ella le había explicado lo ocurrido.

—Hermana, tú siempre haciéndote la dura, ya me imaginaba que cualquier día caerías en las redes de Cupido. —César le hablaba mientras se tomaban unas cervezas en su céntrico piso—. Mírame a mí, me ocurrió lo mismo, creemos que estamos inmunizados y no es así. Te has enamorado como una colegiala, admítelo.

Hasta ese momento, Mamen no había pensado en eso, lo único que sentía era un cabreo monumental, entonces se preguntó el motivo. ¿Por qué estaba tan enfadada? ¡Por Dios, su hermano tenía razón! Se había enamorado de JP en unos pocos días, y la muy tonta no se había dado ni cuenta, su enojo era debido a los celos que la carcomían por dentro, imaginárselo en brazos de otra mujer la ponía enferma. Aspiró con fuerza y se tapó la cara con las manos, asintiendo, reconociendo que César tenía razón.

—¿Qué voy a hacer ahora? —murmuró sintiéndose derrotada.

Transcurrió un largo momento en el que ninguno de los dos dijo

nada, al fin fue César quien habló.

—Lo primero es saber quién es esa mujer. Si están casados, si es su pareja, o si es un pasatiempo. —Ella puso cara de no comprenderlo—. Si es lo primero o lo segundo yo te aconsejaría que te retiraras y te lamieras las heridas lejos de él, Tendrías que olvidarlo, pasar página y encontrar a otro que te haga feliz.

—Yo no estaba buscando a nadie.

—Lo sé, pero tu media naranja, se te ha caído encima, y podríamos decir que es gigante.

—No estoy para bromas.

—No me estoy guaseando —aseguró César—. Cuando conocí a Astrid fue como un cataclismo, lo pasé fatal hasta que creyó en mi amor.

—¿Cómo lo hiciste?

—Le envié regalos, chucherías, fruslerías, poemas, y al fin compré la empresa donde ella trabajaba para que no se quedara en el paro.

Al escucharlo, la mandíbula de Mamen cayó, nunca había escuchado aquella historia.

—Apostaste mucho por un amor que no sabías si sería correspondido.

—Cierto, lo hice, y ahora somos muy felices. Hermana si no arriesgas no ganas, tuve suerte. —Mamen movía la cabeza atrás y adelante, César se la había jugado y le había salido bien, ella no estaba tan segura.

Ese día, de vuelta a la rutina, al trabajo, recordaba aquella conversación con César. Había vuelto de Madrid la noche anterior, y seguía preguntándose si ella sería tan valiente como él, y apostaría tan alto como él. Lo primero era saber quién era la mujer que le

contestó la llamada, luego ya vería lo que tenía que hacer.

En su despacho de la cadena, Mamen estaba ante su agenda, programando la próxima semana, las entrevistas que haría, y estaba pensando en viajar y darle una vuelta a su programa, grabando sus experiencias y retransmitiéndolas. Con la documentación en la mano fue en busca de su tío Eduardo, que era el que daba el visto bueno a los proyectos. Con la promesa de que estudiaría su idea, volvió a su despacho, como que tenía varios episodios grabados, podía dedicarse a organizar las próximas semanas.

Sus hermanos Izan y Neco, al verla rondando por allí, la siguieron hasta su despacho queriendo saber cómo le iba a César por Madrid.

—Joder, ¿es que habéis estado espiándome?

—No. —Izan se hizo el ofendido—. Llamamos a mamá y nos dijo que ya no estabas en la granja.

—Menudos marujones que tengo por hermanos. —Siempre se habían mostrado muy protectores con las chicas—. Antes compartía el honor de vuestra protección con Cristina, pero ahora que está en Nueva York…

—No te quejes, que te gusta tener a dos tipos tan apuestos como nosotros pendientes de ti. —Neco que se burlaba hasta de su propia sombra la embromó.

—Uy, sí, mira estoy aplaudiendo con las orejas.

Aquellos comentarios parecieron hacer que Izan recordara algo, frunció el ceño y la señaló con el índice.

—¿Quién es JP?

Ambos notaron que su hermana se ponía tiesa.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —preguntó ella esperando que no lo hubiesen consultado con su madre.

—Hace unos días que al subirme el correo había un sobre, no me

fije que no era para mí, además no estaba cerrado tampoco.

Mamen frunció el ceño.

—Y lo leíste.

—¿No te acabo de decir que venía con mis cartas? Ni siquiera me fije que tu nombre venía en el sobre.

—¿Qué dice JP? Alguna coña, seguro. Él es así. —Mamen trató de engañar a sus hermanos, hablo como si JP fuera un amigo suyo —. ¿Qué disparate se le ha ocurrido ahora?

Izan la miró entrecerrando los ojos, nunca había oído hablar de ese hombre, y por lo que decía la nota, era palpable que había habido algún malentendido entre ellos.

—No tienes porqué contármelo si no quieres, pero no creas que me chupo el dedo.

Ambos parecían desafiarse con los ojos, los del uno oscuros como su padre, los de ella azules como su madre.

—Tú lo has dicho, no tengo porqué darte explicaciones.

Neco los miraba como aquel que estaba viendo un partido de tenis, Izan no le había dicho nada de esa nota que había leído por accidente que iba dirigida a su hermana.

—¿Tú también te guardas secretos? —interrogó a Izan—. No me dijiste nada de eso.

—¿No has escuchado que era para ella? ¿Es que crees que iba a decirlo por antena para que se enterara todo el mundo?

—Izan ¿desde cuando eres tan respetuoso con los asuntos de ella? No me puedo creer que te lo guardaras para ti. —El cuarto de los hermanos estaba resultando ser un incordio.

Mamen estaba perdiendo la paciencia, ninguno de ellos debería estar metiéndose en su vida.

—Callaros los dos, no es problema vuestro, así que será mejor que os dediquéis a vuestros asuntos. Ahora si sois tan ambles de

dejarme trabajar será un día productivo. —Lo dijo en un tono que no admitía réplica, y los dos salieron de sus dominios con el ceño fruncido. Entonces se preguntó qué querría JP de ella si ya tenía a una mujer a su lado. Si lo que le gustaban eran los tríos, ya podía buscarse a otra.

Capítulo 9

Al ver que ella no lo llamaba, JP empezó a pasar por la calle donde estaba el edificio de la cadena, quería ver a Mamen, necesitaba encontrarla. Con el pasar de los días se había dado cuenta que la echaba de menos, que no era como todas las demás, que con ella deseaba mucho más, no solo tener un rollo de vez en cuando, un «aquí te pillo, aquí te mato», no, quería mucho más. Ella le había trastocado la existencia, añoraba sus paseos a la luz de las estrellas y la luna, sus conversaciones en voz baja en la oscuridad de la noche, aquellos besos compartidos bajo el manto del firmamento. No entendía lo que le ocurría con Mamen, lo único que sabía era que lo quería compartir todo con ella, sus anhelos, sus suspiros, el aliento y regalarle todos sus deseos, los cumpliría con ganas y alegría. No lo entendía ni él mismo, nunca había sentido esa emoción, era nueva para él, pero era como una caricia a su corazón, y no pensaba negarse ese gozo.

Como después de la travesura de Lora ella no contestaba sus llamadas, debía verla en persona para contarle lo ocurrido. Notaba que se le estaba agriando el carácter, estaba ansioso por tenerla entre sus brazos. Sus compañeros y amigos al notarlo extraño

empezaron a invitarlo a salir con ellos, a lo que él se negaba, no quería estropear las veladas a nadie.

Una noche estaba en su casa y sentía que las paredes se le venían encima, debía salir o en cualquier momento empezaría a lanzar objetos por el suelo, tenía ganas de romper todo lo que tenía alrededor. Se puso la cazadora, y fue a la calle, sus pasos lo llevaron a la plaza porticada, la caminata hasta allí lo había hecho reflexionar, debía ser insistente, le mandaría mensajes, y si era preciso le contaría lo ocurrido con un SMS, además, sería sincero con ella y le confesaría cómo se sentía. Con el ánimo más ligero, entró en un restaurante, se tomaría una cena ligera antes de volver a su casa.

Cual no fue su sorpresa al escuchar una risa que tenía grabada en sus entretelas, levantó la cabeza de la carta y miró hacia la dirección que había venido aquel sonido que reconocería en cualquier lugar. La sorpresa fue monumental cuando vio a Mamen con dos hombres, por lo que parecía que estaban pasándolo muy bien, los tres hablaban y reían mientras daban buena cuenta de lo que llenaba sus platos. Sintió que se le anudaban las tripas, ella se había hecho la indignada cuando creyó que él estaba con otra, y ella no solo se divertía con uno, no, necesitaba a dos. Su ofuscación lo llevó a esos pensamientos. ¿Le gustarían los tríos? Ciertamente la confianza que podía ver entre ellos era mucha, no le extrañaría nada que hubiese acertado. Había sido un idiota al pensar que Mamen se había molestado por la guasa de Lora, ¿es que pensaba que era gilipollas y quería tomarle el pelo?

JP notó que su indignación subía como un polvorín, su imaginación hizo que fuera engullido por unas imágenes subidas de tono de los tres que hicieron que le faltara el aliento. No pudo controlar el impulso de acercarse a ellos. Se plantó ante la mesa que ocupaban y no calló lo que pensaba.

—Caramba, Mamen, si lo que te van son los grupitos, podías haberlo dicho, tal vez no me hubiese opuesto. —Los que hacia un segundo estaban riendo clavaron sus ojos en él con enfado—. Que engañado me has tenido, yo creyendo que la broma de mi compañera había causado un malentendido y resulta que debes querer ser la única mujer en estos jueguecitos.

La insinuación era muy clara, y los dos hombres que la acompañaban se levantaron a la vez con cara de malas pulgas.

—Mamen ¿conoces a este fulano? —preguntó Neco.

Ella se había quedado congelada, lo que había dicho JP la dejó con la boca abierta, sin aliento, sin voz.

—Tío te has confundido —afirmó Izan con el ceño muy arrugado.

—No creo, el que puede estar equivocado eres tú. —JP estaba cabreado por haberse machacado tanto por aquel equivoco, lo estaba con él mismo, por haber dejado que ella se le colara bajo la piel.

Los clientes del restaurante de Ricardo, algunos de ellos conocían a los hijos del dueño del negocio, y se quedaron mirando a ese hombre que ofendía a los Ríos.

Mamen, al ver que eran la expectación del local, se levantó, cogió la mano de JP, tiró de él y lo arrastró hacia la calle, vio que muchos eran los que los seguían con la mirada, caminó hasta alejarse de las cristaleras y entonces lo soltó, y con los brazos en jarras lo encaró.

—¿Vas a explicarme a qué ha venido eso? —Su tono de voz no era nada amistoso.

—¿Tienes la cara de hacerte la ofendida? —JP no salía de su estupor.

—Tu eres gilipollas ¿o qué? —La mirada de Mamen podría haberlo chamuscado—. ¿Te das cuenta de lo que les has dicho a mis

hermanos? —Entonces lo señaló con el dedo índice y le dio en el pecho—. Además, no tienes ningún derecho a encabronarte, tus acciones, roces y caricias me hicieron creer que… —Se calló al darse cuenta de que había estado a punto de revelarle que la dejó como una mierdecilla al enterarse que estaba con una mujer.

—¿Qué creías? ¿Qué ibas a decir? —Los ojos verdes musgo sacaban chispas—. ¿En algún momento te he dado la impresión de querer jugar contigo?

—¡Joder! —exclamó Mamen—. ¿Te parece poco lo que me dijo tu amiguita cuando volví a Santander?

JP soltó un taco muy feo que hizo que ella resoplara y se girara para dejarlo con la palabra en la boca. No se podía hablar con ese hombre, no soportaba que pretendiera tomarle el pelo.

Él la cogió por el brazo al caer en la cuenta de lo que ella había dicho… ¡¡¡¿sus hermanos?!!! Frunció el ceño, la había cagado.

—Espera.

—No. Suéltame. —Cuando ella se giró para fulminarlo con los ojos, vio que allí en la esquina que habían doblado estaban Izan y Neco, ambos con los brazos cruzados sobre el pecho y con cara de «le vamos a pegar una paliza». ¿Es que no la creían capaz de arreglar sus asuntos sola? De una sacudida se libró del agarre de JP y se encaró con ellos—. ¿Qué estáis haciendo aquí? No os necesito, para darle una lección me basto y me sobro yo sola.

—Por si acaso, nos quedaremos —replicó Izan.

Mamen fue hacia él y le dio un manotazo en el pecho, estaba harta de los hombres, o pretendían engañarla, o sobre protegerla. Bufó.

—¿Es que no te das cuenta de que los clientes de papá están pendientes de nosotros? Seguro que hay algún amiguete suyo que ahora mismo lo está llamando para decirle que sus hijos están a

punto de liarse a hostias con un cliente —dijo a sus hermanos.

Izan y Neco se miraron, ella tenía razón, no sabían cómo se lo hacía su padre, pero siempre se enteraba de todo, parecía que los controlara, como si alguien los vigilara.

—¿Es posible que haya contratado a un detective privado? —habló Neco haciendo una mueca con la boca.

—Y yo qué sé —contestó Izan, al mirar a Mamen vio que esta había cruzado los brazos y estaba esperando que desaparecieran. Levantó una ceja.

—No, no, no, guapita. Toda esa panda de chismosos puede decir lo que le dé la gana, no nos moveremos de aquí. Buenos hermanos seríamos si te dejáramos con este tipo que no sabemos quién es, y que desde que ha abierto la boca no ha hecho otra cosa que insultarte.

JP deseaba que la tierra se abriera bajo sus pies y se lo tragara, había metido la pata hasta el fondo. Comprendía que la añoranza que sentía por esa mujer lo volvía idiota. Los miraba a los tres, deseando estar a solas con ella para aclarar ese maldito malentendido, no obstante, supo que eso no ocurriría, los hermanos de Mamen no irían a ninguna parte, por lo menos hasta que él no se hubiese disculpado, y hasta era posible que le exigieran que lo hiciera de rodillas.

Mamen resopló, sabía a la perfección que no la dejarían sola, entonces lo único que podía hacer era largarse ella, y dejar a aquellos tontos sin enterarse de lo que había sucedido en realidad. Iba a pasar por el costado de Izan y este le vio las intenciones, pero antes de que alargara la mano para retenerla, se escuchó la voz de aquel que los hermanos no conocían.

—Mamen, por favor, escúchame. —Su tono ya no era el enojado de hasta el momento—. Lo siento, lamento todo lo que he dicho. —

Se lo escuchaba arrepentido y ella se giró para ver la verdad o la mentira en sus ojos—. Desearía poder volver el tiempo atrás, he sido un estúpido.

—No importa, cada uno es como es. —Le quitó importancia ella, a la vez que le daba la razón en cuanto a lo que se había comportado mal, que había sido un cretino.

JP fue consciente que era su oportunidad de hablar con ella y contarle que le había girado la piel del revés, sin embargo, con los hermanos delante… Se percataba que si no hablaba en ese momento ella se daría la vuelta, se marcharía y él habría perdido la ocasión de decirle lo que sentía en su interior.

—¿Te importa si hablamos en privado? —El ruego era palpable en su tono de voz.

—Ni lo sueñes tío —terció uno de los hombres.

JP cogió aire con fuerza al ver que ella no se oponía a que se quedaran escuchando. Sacudió la cabeza, se acercó a ella capturando su mirada como si fueran los polos opuestos de un mismo imán.

Se paró a un paso de ella, ignorando a aquellos dos que eran como un grano en el trasero.

—No sé qué me has hecho Mamen, por las noches no puedo dormir, y lo poco que me vence Morfeo, me lo paso soñando contigo. —Calló un segundo, solo para asegurarse que ella entendía lo que decía—. Y por el día no te puedo sacar de mis pensamientos. Te llevo conmigo a todas partes. —Ella levantó una ceja dubitativa—. Sé que dudas de lo que te estoy diciendo, lo que quiero aclararte es que ese día que me llamaste, mi compañera Lora, la maestra del aula de al lado es muy bromista, y te soltó aquella parrafada, pero entre nosotros no hay nada. Lo que ocurría era que yo estaba pasando unos días difíciles desde que volví de la granja, y ella

pretendía hacerme reír. Habíamos terminado las clases y me invitó a tomar algo.

—¿Pretendes que me crea esa patraña? ¿Por qué no estabas bien después de volver de Fontibre? —Mamen dudaba de cada una de sus palabras, aun así, su mirada no se apartaba de aquellos hipnóticos ojos verdes.

—Porque te echaba de menos, porque en aquella montaña había dejado mucho más que una amiga. —La sinceridad era palpable en cada una de sus palabras.

A ella se le cortó el aliento.

—No puede ser —susurró ella sintiendo que su corazón bailaba un rock dentro de su cuerpo.

—Créeme, nunca pensé que a mí me ocurriría algo así, no te vi venir. —JP veía la emoción en los iris azules y sus manos le picaban por cogerla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido—. Me has cambiado la vida, dejé junto a ti mi alma, mis pensamientos y los latidos de mi corazón.

A Mamen le temblaban las rodillas, ¿lo que le estaba afirmando era que la amaba? La sangre corría por sus venas como si se tratara de una maratón.

—¿Me estás diciendo que…?

—Te amo. —Al decirlo pareció sentirse liberado.

Mamen acortó el espacio que había entre ambos y se fundió entre sus brazos. Lo que él aprovechó para capturarle los labios y besar aquella boca que sin palabras le comunicaba que el sentimiento era correspondido. Ella se separó susurrando «te quiero, te quiero, te quiero…», como si fuera un mantra, entonces se acordó de sus hermanos, miró alrededor y vio que estos los habían dejado solos, entonces fue ella quien se aupó ofreciéndole sus labios. ¡¡¡QUÉ FELICIDAD!!!

Sonrisa de primavera

María Rojo

A mi hermana, Joana

Jane

El apartamento está hecho un asco. Restos de comida rápida, botellas de vino vacías, cacharros por fregar y ropa sucia amontonada junto al cubo. El desánimo y el tedio impregnan las paredes. El aire. La piel de Jane.

Pasa de la una del mediodía cuando decide salir de la cama. Lleva una vieja camiseta varias tallas más grandes como único pijama. Hace frío. Marzo promete primavera, pero por las calles de Bayview-Hunters Point aún pasean transeúntes con abrigo bajo un invierno que se resiste a soltarles la mano.

Jane enciende un cigarrillo.

Antes jamás hubiera fumado con el estómago vacío. Tampoco se hubiera bebido una botella entera de tinto un martes cualquiera, sin otro motivo que caer dormida sin más.

Se acurruca en el sofá naranja, enorme para un salón tan pequeño. Estira el brazo hacia el cenicero y le da un vuelco el estómago: más de treinta colillas apiladas, el olor rancio pegado al cristal. Una arcada. Se le pasa. Respira. Se calma.

Observa el desorden. Se observa a sí misma.

Lleva días sin pasar por la ducha. Sin salir de casa más que por

tabaco, alcohol y algo caliente que echarse al estómago. Le gustan los kebabs del local de la esquina. También las hamburguesas de falafel.

En el televisor reponen una vieja serie que ya ha visto. No está suscrita a nada, a ninguna plataforma. Desde que la despidieron recortó gastos y dio de baja internet.

Se pregunta, otra vez, por qué está así. Por qué no consigue levantar cabeza. No es tan grave no tener trabajo. No cuando vives sola, de alquiler y tienes veintisiete años.

Pero no puede con su cuerpo.

Apaga el cigarrillo. Tiene frío. No le gusta ver una serie repetida y menos con tantos anuncios, tampoco tiene ganas de leer.

Debería salir. Desayunar algo nutritivo en una cafetería con wifi libre y buscar empleo. Pasarse por la oficina de orientación laboral. Sacudirse la modorra que la tiene anclada, paralizada. Cubierta de una densa y viscosa masa invisible que le ha robado la energía.

«Mañana, lo haré mañana».

Vuelve a la cama y con suerte, el día pasará sin hacer ruido.

Ray

Son las seis de la mañana. En la cocina, una emisora local pincha música latina y en la batidora dan vueltas un plátano, media manzana y un puñado de arándanos con leche de almendras y proteína en polvo.

Los primeros rayos de sol asoman sobre Mission District.

Ray va en chándal, ancho, gris perlado. Toma la medalla que cuelga del cuello entre sus dedos y la besa con respeto y fe. Cierra los ojos un segundo y susurra un «gracias, padre, por el nuevo día que me regalas».

Mochila al hombro, sale. Primera parada: el gimnasio. Después, la oficina de orientación laboral donde lleva años trabajando y tratando de ayudar a quienes buscan un nuevo rumbo. Al finalizar, come algo rápido en su apartamento y descansa lo justo.

A eso de las seis, cambia de lugar, no de propósito.

En el centro comunitario de Mission District lo esperan chavales que han aprendido demasiado pronto lo que es perderse. Ray no les promete milagros. Les ofrece ayuda. Presencia. Rutina. Una mano. Y si ellos de veras se lo proponen, salir del pozo oscuro en el que muchos llegan.

La disciplina es una condición no negociable en la vida de Ramón Montoya.

La alegría que transmite, su rasgo más reconocible. Su sonrisa, lo mejor de él.

Llegó con cinco años a San Francisco desde su Puerto Rico natal de la mano de María, una madre soltera demasiado joven y valiente que dejó atrás un hogar teñido en colores, olores y música buscando un futuro mejor para su pequeño y huyendo de un mal de amores que requería poner tierra.

Con su desparpajo, personalidad cariñosa y ese orgullo boricua que mostró desde la cuna, se crio entre vecinos con acento latino que lo trataron siempre como familia.

Su madre, pronto encontró un trabajo. Supo sacarlo adelante e hizo de él un muchacho formal, responsable y bueno que, tras algún tropezón significativo durante la adolescencia, recalculó su propia ruta y decidió ayudar a otros a salir de donde él estuvo y casi no vuelve.

María, con los años, volvió a San Juan.

Ray se quedó. Acabó los estudios de integración social y se mudó a un apartamento a dos manzanas de su antiguo hogar.

Es feliz. Su vida y Dios le llenan el alma y aportar guía a otros es su misión.

Ha cumplido treinta y cinco años y se atreve a decir que es afortunado, tiene una vida tranquila y ocupada. Serena y completa que adereza con libros, buenas películas y su pasión por la espiritualidad. No tiene pareja. Hace tiempo que, sin renunciar al amor del todo, decidió dejar a un lado esta parcela de su vida.

Hoy le espera un día largo. Lo sabe y, en cualquier caso, fiel a sus creencias, dejará en manos de la fe las adversidades a las que deba enfrentarse, convencido de que la solución está en camino y

llegará del modo más correcto y perfecto posible.

Ayer supo que Jorge, uno de sus muchachos tutelados, ingresó de urgencias por una sobredosis de metanfetamina.

Las calles de San Francisco lucen en los últimos años como décadas atrás. El fentanilo amenaza con devorar barrios enteros y son demasiados los jóvenes que caminan hacia la ruina sin apenas darse cuenta. Para muchos, un futuro que ya nació torcido en familias complejas y desestructuradas. Para todos los afectados, una pesadilla contra la cual, muchos otros mentores o consejeros espirituales, como Ray, luchan desde el centro comunitario El Renacer de Jesús.

Jane

Jane siente rugir las tripas. Toma conciencia de que hace horas que no ingiere nada sólido, mucho menos saludable, y se levanta de la cama. Revisa la despensa y decide abrir una lata de albóndigas. La vuelca en un cuenco y mete en el microondas.

Apoyada en la encimera, ojea los mensajes de su iPhone. Poca cosa. Destaca tan solo el de su amiga Angela, que le propone salir a tomar algo esa noche. Hace demasiado que no se ven y quiere saber de ella.

Jane no tiene ganas, pero, por alguna razón misteriosa —y seguramente absurda— que desconoce, algo la impulsa a responder y aceptar la propuesta de Angie.

«De acuerdo. Nos vemos en el *Ravesong* a las 21:00. Unas copas y a casa. Pocas ganas de fiesta y no tengo ni un centavo», responde.

Angie la espera sentada en una de las mesas laterales del pub. Todavía no hay mucha gente y hace tiempo tomando una cerveza fría. Pasan diez minutos de la hora acordada cuando ve entrar a Jane.

—¡Jane! —grita, alzando la mano para hacerse ver—. Estoy aquí.

Se funden en un abrazo sincero. Han sido compañeras de trabajo durante varios años y tantas horas compartidas forjaron una amistad que, aunque aún no lo saben, durará toda la vida.

A Angie no la han despedido. Forma parte del equipo financiero y ese departamento ya sufrió ajustes el año pasado. Esta vez le tocó al de Jane y, junto a ella, tres compañeros más perdieron su puesto. Todos sabían que podía pasar, pero nadie quiso imaginar que sería el siguiente.

A Jane le gustaba su trabajo. Le ofrecía un sueldo con el que pagar las facturas y una estructura amable para su rutina. Perderlo no era solo perder poder adquisitivo; era también quedarse sin ese lugar seguro al que acudir cada mañana, sin las charlas con café en mano, sin la obligación de arreglarse y salir de casa vestida y limpia.

Se incorporó a la empresa al cumplir los diecinueve. Por entonces aún vivía en el internado. Ocho años habían pasado desde aquel primer día en la oficina de transportes, envejecida y con olor a ambientador barato y gasolina, que se convirtió, poco a poco, en una especie de nido al que pertenecer.

Tras el accidente, Jane pasó a manos de Mildred, su única tía. Una mujer robusta, mayor, amable y solitaria. Ninguna consiguió hacerse a la otra. Jane, en plena adolescencia y habiendo perdido a sus padres y a su hermano, no soportaba la vida junto a una casi anciana silenciosa y distante. Mildred, con el dinero que le fue asignado para el cuidado de su sobrina, decidió internarla en una escuela religiosa, convencida de que allí harían de ella una mujer fuerte e independiente. Un centro para huérfanas que abogaba por la disciplina, la seriedad y la fe.

Jane no fue feliz en el internado. Sabía que tampoco lo habría sido en casa de Mildred. Aceptó su destino más por resignación que

por rebeldía, pues la segunda solo le había traído problemas con las estrictas monjas, que no sintieron compasión alguna por su situación.

Tras cuatro años interna y con una sencilla titulación que la acreditaba como administrativa, la propia escuela le encontró un trabajo. Primero como pasante, luego con contrato estable. Y allí, en la agencia de transportes, con Angie dándole la mano desde el primer día, supo que podría, si no ser feliz, al menos sentirse tranquila.

—La vida sigue, Jane —susurra su amiga, acariciándole la mano.

—Lo sé, pero no sé qué me pasa. No tengo fuerzas —responde ella tras dar un trago a su jarra.

—Te echamos mucho de menos, pero no quiero verte así. Estás demacrada y más delgada, cariño.

—Como, te prometo que como… pero mal. No sé, supongo que saldré de esta tristeza que me tiene cogidas las ganas.

—Claro que saldrás, pero no sola. De esto sola no se sale, Jane —dice con tono serio y mirada amable.

—Tengo pensado ir mañana a la agencia de empleo. Me han dicho que podrían asignarme un orientador laboral que me ayude con el currículum y todo ese rollo.

—¡Pues ves! ¿A qué esperas?

—Quizá… no lo sé. Necesitaba estas semanas para vaciar la pena, hacerme al cambio y…

—Bueno, cariño. Sea como sea, hay que espabilar. Será lo que Dios quiera, pero algo va a salir. Algo bueno. Mucho mejor. Y rehárás tu vida.

—A mí de Dios no me hables. Ya me comieron bastante el tarro las monjas durante los siete años que pasé allí encerrada.

—Cariño, que no era una cárcel…

—Peor. Te prometo que aquel internado era peor que una cárcel, y la madre superiora, peor que el más cruel de los carceleros.

—Anda, dejemos de hablar del pasado y brindemos por tu futuro.

—¿Pedimos otra ronda?

—Eso está hecho.

Tres rondas más tarde, algo ebrias, deciden que es hora de marcharse. Pasadas las diez, la música sube el volumen y el pub se llena de personas con actitud y moral dudosas. Se despiden en la puerta bajo la promesa de verse más a menudo y cada una continúa hacia su casa en direcciones opuestas.

Hace frío. Jane se pone un gorro que llevaba en el bolsillo y ajusta la bufanda. Mira el móvil: las diez y cuarto. Al llegar al apartamento quiere ponerse el pijama y meterse en la cama. La charla con Angie ha sido una buena idea. Se siente algo más animada y mañana, se promete, pasará por la oficina estatal de empleo.

Acelera el paso al notar demasiado cerca, en su misma acera, a dos chicos que bromean abiertamente y sueltan alguna obscenidad. Siente miedo. Se siente incómoda. No hay mucha gente por la calle y, de haberla, duda que sean de gran ayuda.

—Eh, chica, ¡chica! —grita uno.

Jane lo oye, pero lo ignora.

—Oye, tía, ¿no nos oyes? —añade el otro.

Asustada, se gira.

—¿Es a mí?

—Claro. ¿Ves a más tías por aquí? —responden entre risas.

Están borrachos. Quizá colocados.

—¿Qué queréis? —dice ella, fingiendo seguridad mientras esconde el miedo.

—¿Tienes fuego?

—No… no fumo.

—¡Mientes!

—No fumo, joder.

—Te hemos visto en el pub fumando con tu amiguita. Vamos, danos fuego.

Se acercan más. Jane siente el corazón desbocado. Lleva tacones; si corre, la alcanzarán, piensa.

—Déjame mirar… —dice por fin, sacando un mechero del bolsillo —. Toma, puedes quedártelo. No sabía que lo tenía.

—¿Ves como sí tienes fuego, guapita?

—Eres una mentirosa —añade el del gorro negro.

—Una mentirosilla juguetona… — El otro tipo suelta una carcajada.

Le faltan dos dientes en la parte superior de la boca.

—¿Sabes lo que les pasa a las niñas malas y mentirosas como tú?

—Por favor, dejadme en paz. Ya tenéis fuego. Tengo que irme.

Tiembla, está realmente asustada y solo quiere estar en su apartamento, en su cama. A salvo.

—¿Adónde vas tan pronto? —dice el del gorro, agarrándola del brazo.

Jane se paraliza. La zarandean. Siguen riendo a carcajadas mientras la vapulean y empujan. Siente fuego en las sienes, nota cómo el corazón se podría parar en cualquier momento.

—Eh, ¿qué diablos hacéis? —grita de la nada una voz desconocida—. ¿No habéis oído que tiene prisa?

Insiste la voz, firme, ronca, autoritaria. Jane sigue paralizada, pero consigue girarse. No lo conoce, pero ese hombre puede que le esté salvando la vida.

—¿Y tú quién coño eres? — preguntan jocosos, con desprecio.

El desconocido da un paso al frente.

—El que te va a partir la cara si no te largas y la dejas en paz. — Ríen, pero dudan. Él es grande. Musculado. Ellos son dos, pero el tipo les saca una cabeza, o más, y en su estado, ambos saben que si pelean, van a perder.

—Va, Derek, vámonos. Habrá otras tías. Pasando—le toca el hombro, insistiendo. No quieren acabar en el suelo, el tío está fuerte.

—Vale joder, sí, ya nos vamos. Solo estábamos bromeando. Pero el mechero me lo quedo.

Se marchan.

El hombre saca el móvil sin perderlos de vista y marca el 911. Da la ubicación y describe a los dos tipos, advirtiendo de las intenciones que llevaban encima. Cuelga. Mira a Jane.

—¿Estás bien?

—Sí… —Jane tiembla—. Estoy asustada, pero… gracias. De verdad.

Ray posa la mano, con delicadeza, sobre su hombro. La mira. Con quietud. Desea, a su manera, devolverle la paz que esos dos le han arrebatado.

Jane alza la cabeza. Él es ligeramente más alto que ella. Es guapo. Pero no es su belleza lo que la quiebra. Es su mirada. La profundidad de sus ojos castaños. La verdad —y algo más grande— que encuentra en ellos al mirarlo.

Jane rompe a llorar.

Se desmorona y ahora, que se sabe a salvo, deja salir la tensión vivida minutos atrás. Pide disculpas. Y él, instintivamente, tratando de no invadirla, le ofrece un abrazo. Ella lo acepta y se deja envolver por unos brazos fuertes que no aprietan, pero sí sostienen.

Huele bien.

Él no habla. Solo la deja llorar. Sacar el susto.

Jane se serena. Los sollozos se apagan y, secándose las lágrimas, se aparta de él, avergonzada por la escena.

—Perdona, por favor… qué vergüenza.

—¿Vives lejos? ¿Quieres que llame a un taxi? —responde él, haciendo caso omiso a su comentario.

Ella no debería pedir perdón. No debería sentir vergüenza. Ha estado en peligro. Y eso asusta a cualquiera.

—A cinco minutos andando.

—Te acompaño —dice Ray, ahora con las manos en los bolsillos del abrigo de lana negro.

—No es necesario.

Jane se suena la nariz y, poco a poco, siente que el alma le ha vuelto al cuerpo.

—No me importa. De hecho, insisto. A estas horas, en este barrio, hay demasiados tipos como esos sueltos.

Ella asiente. No se fía del todo. No lo conoce. Pero acaba de salvarla de algo que no quiere ni pensar en cómo podría haber acabado. La mirada de ese chico, esa mirada…le da seguridad. Es serena. Amable de un modo rotundo. Tiene el brillo de un faro en mitad del vasto océano. Tiene… luz.

Caminan en silencio. En pocos minutos llegan al portal.

— Gracias de nuevo. Por cierto, soy Jane.

—Ray—asiente con la cabeza—No deberías andar sola a estas horas por Bayview-Hunters Point, hazme caso, no es seguro.

—Tú estás solo. Es decir, andas solo a estas horas por aquí.

Se muerde el labio inferior, arrepentida antes de acabar de lo que acaba de decir. Ha sonado grosero, y no era la intención.

—Es distinto. Soy hombre y soy fuerte. De todos modos, normalmente ya estaría en casa.

—No te robo más tiempo. Gracias, Ray.

—No me las des a mí. Dáselas al Jefe—dice sacando una mano del bolsillo del abrigo y señalando con el dedo índice hacia arriba—, que quiso que nos cruzáramos.

—Ya, bueno, pues eso… gracias a Dios.

Jane responde con una mueca que simula una burla divertida manifestando su incredulidad ante cualquier dogma, creencia o falta de evidencia científica.

—Bueno, acepto tus gracias —responde él, comprendiendo el mensaje—. Descansa, muchacha.

Le roza apenas la mano al despedirse. Un gesto breve, casi nada.

Ray se gira y emprende su camino.

Jane se queda un segundo quieta. Abre la puerta. Entra. En el rellano, sin darse cuenta, acaricia labio inferior con los dedos que él le ha rozado. Huele bien, a él, a Ray.

Ray

Esta tarde Ray no ha acudido al centro comunitario. Visitar a Jorge y a su familia era prioritario. El muchacho está bien. Saldrá adelante. Ingresó en urgencias «inconsciente, con temblor generalizado y signos de intoxicación aguda por metanfetamina», según el informe.

Ray aprieta los puños y la mandíbula al verlo postrado en la cama. ¿Por qué ha sido esta vez? No importa. La causa —absurda en la mayoría de los casos— que lo haya hecho recaer es lo de menos. Un enfado. Una celebración. Cualquier excusa es buena para abandonarse al mundo diabólico y oscuro que habitan quienes viven en la adicción. Un mundo custodiado por el mal y poblado por esbirros sedientos de esa energía densa que emana de quienes sufren.

Engañar a los padres. Sacar dinero de donde sea, aunque implique robar. Comprar al camello de confianza del barrio. Sentarse en cualquier esquina, si es posible con algún «colega». Consumir.

El mundo se reduce a ese instante. A esa sensación. A ese demonio al que le permites tener más fuerza que tú y dominar cada rincón de tu conciencia y de tu ser.

Solo la luz puede vencer semejante oscuridad. Ray lo sabe.

La función de Ramón Montoya es tender la mano. Ser el puente que les devuelva la esperanza y los ayude a regresar al lado correcto. Solo a veces se consigue. Por más que en el centro, abanderados por la bondad que inculcó el maestro Jesús, el no juicio y la comprensión, lo intentan, no siempre gana el bien.

Hoy Ray ve en los ojos de este crío una batalla perdida. Pero pondrá todo su empeño y su credo para, juntos, ganar la guerra. Así se lo promete a Jacinta, su madre, quien, entre sollozos, encogida y rota de dolor, le ruega que los ayude.

En la puerta del hospital se acomoda la bufanda. Es tarde. Está oscuro y hoy hace demasiado frío. Pese a ello volverá andando. Le apetece caminar; le ayuda a pensar, a meditar y a charlar con el Jefe, como él lo llama.

Siente los hombros pesados, el cuerpo cansado. Los hospitales lo agotan y desde hace días duda de si su virtud y su capacidad para ayudar a los demás son tan valiosas como siempre ha creído.

Mira al cielo.

«Dímelo. Dame una señal. ¿Sigo valiendo para esto? ¿Sigue siendo mi misión ayudar a otros a encontrar su camino? Me siento bloqueado. Jorge es bueno, es noble, y ya no sé cómo hacerlo para sacarlo de su secuestro. Guíame. Dime cómo, Padre».

Ray se detiene un segundo. Cierra los ojos. Respira hondo y besa su medalla tras conseguir sacarla de debajo de la bufanda. Mete las manos en los bolsillos de nuevo: hace mucho frío. Acelera el paso.

La calle está casi vacía; apenas cinco transeúntes pueblan las aceras. Sigue andando. A lo lejos ve a una chica con dos chicos. Los observa con atención. Algo no le cuadra de esa escena. Se acerca a medir qué está realmente pasando allí.

—Eh, ¿qué diablos hacéis? —grita con ese tono suyo ronco e imponente, cargado de verdad—. ¿No habéis oído que tiene prisa?

Jane

La noche había sido mala. Fría. Demasiado larga entre pesadillas. Jane llegó a casa con el cuerpo tenso y el miedo aún en el estómago. Agradecida y confusa por aquel tipo caído del cielo que apareció cuando más lo necesitaba.

No le apetece en absoluto ir a la agencia de empleo. La sola idea la cansa. Pero necesita —con una urgencia que ya no puede ignorar — encontrar algo. Lo que sea. «Un orientador laboral podría ser la mejor opción» se repite. Jane no está convencida, pero se obliga.

Se obliga a levantarse.

Se obliga a ducharse.

Y se enfunda unos vaqueros viejos y un jersey rosa.

Toma el bolso.

La pereza la amordaza y el desasosiego se resiste a abandonarla. Aun así, saca una fuerza que no sabe bien de dónde viene y se obliga, a salir.

«Hazlo. Sin ganas. Con miedo. Pero hazlo».

La voz de su padre le atraviesa la memoria. Se lo decía de pequeña, cuando el tedio o el temor amenazaban con ganarle la batalla.

Cómo desearía tenerlo ahora a su lado. Sentir su calor. Su abrazo.

Que la vida te arrebate a tus padres a los quince no debería estar permitido.

El vacío con el que ha crecido no lo ha llenado nada ni nadie. Ni nada ni nadie lo llenará. Está convencida de ello. Su madre. Su padre. Su hermanito. Lo eran todo. Y luego… la nada.

Suspira.

«Vamos, Jane. Deja de lamentarte. Ser víctima no te llevará a nada bueno».

Otra frase de papá. Hoy está demasiado presente. Tal vez por el susto de anoche. Tal vez porque, aun ahora, y para siempre, habita en su corazón. Como su madre. Como el pequeño Adam.

Emprende el camino. No sin antes parar a por un café para llevar, con leche y dos de azúcar.

La camarera que la atiende se llama Margaret; así reza en la placa adherida al bolsillo lateral de su camisa.

—Aquí tienes—Margaret le regala una sonrisa amable y sincera.

Un gesto pequeño, pero suficiente para insuflarle un atisbo de optimismo.

Cruza la calle. Ahí está la oficina de empleo estatal.

Respira hondo ante la enorme puerta de cristal que la separa del inicio de una nueva etapa que teme y desea —a partes iguales— no empiece nunca. El proceso de salir adelante puede ser más doloroso que quedarte quieta en tu agujero. «Pero al menos, tengo que intentarlo» piensa. Pulsa el botón. La puerta se abre. Hay mucha gente.

Da un paso. Cruza el umbral.

Un conserje mayor, con guantes de los que dejan la punta de los

dedos al descubierto, le entrega un papel con un número impreso.

—Seiscientos setenta y cuatro. Ese es su turno señorita — añade el conserje—, tome asiento en aquel sector. La llamarán por pantalla.

—Hay mucha cola… —susurra Jane.

—No se apure. Van rápido. Pero en estos sitios, ya se sabe… más vale venir con paciencia.

Él sonríe. Jane agradece con un leve movimiento de cabeza y se dirige al lugar indicado. Toma asiento y mata el tiempo hojeando una revista que recoge de una mesita vieja, decorada con una maceta verde.

La pantalla anuncia que es su turno y la dirige al puesto número dieciocho. Jane busca dónde. Un cartel indica que hay que seguir la flecha en dirección a las mesas de la quince a la veinte. Emprende la marcha con el papelito que le entregó el conserje aún en la mano, algo arrugado. Avanza hasta la mesa indicada.

Escasos metros la separan de su destino. Pero todavía no lo sabe.

—Jane McAlahan —dice el chico que la atenderá.

Ella alza la cabeza.

No puede ser.

Es él.

Ambos sonríen al reconocerse. Ella niega con la cabeza, divertida, incrédula ante este encuentro casual.

¿Qué probabilidades hay de tropezar dos veces en menos de veinticuatro horas, en San Francisco, con alguien a quien hasta la fecha jamás habías visto?

Es Ray. Ramón Montoya, como reza el pequeño y austero letrero que ocupa un rincón de la mesa gris en la que pasa varias horas al día orientando a personas que buscan empleo.

—¿Qué curiosa y extraña casualidad es esta…? Primero me salvas la vida y ahora me vas a ayudar a encontrar trabajo —dice Jane, nerviosa.

No sabe si reír, mantener la compostura o salir corriendo.

No, definitivamente salir corriendo no.

Ray, bajo la claridad del día y sin el miedo que enturbió la escena de la noche anterior, resulta ser un hombre muy guapo. Jane calcula que no tendrá más de treinta o treinta y pocos años. Su piel es de un tono suave, como la canela. El pelo oscuro, muy corto, deja adivinar unos rizos a los que no permite brotar. Ojos marrones, profundos. Preciosos. Musculado, pero sin exagerar. Cuidado. Guapo.

Jane se obliga a volver a tierra y, con absoluta sinceridad, le agradece en voz baja —evitando que nadie pueda oírla ante las miradas indiscretas de las mesas colindantes— lo que hizo por ella la noche anterior.

—No, muchacha, no tienes que agradecerme nada. Si acaso, a Dios. Él me puso en tu camino en ese momento—espeta con una naturalidad aplastante mientras revuelve unos documentos que Jane deberá cumplimentar.

—Yo no creo en Dios —dice ella, ahora con los ojos fijos en la punta de una de sus zapatillas.

—Bueno, y no seré yo quien te obligue a hacerlo —responde amable, simpático. Ambos sonríen—. ¡Pero sí seré yo quien te ayude a encontrar trabajo! Cuéntame, ¿qué andas buscando?

Jane le explica que solo ha trabajado en una empresa. Ocupó un puesto básico al cumplir los diecinueve y fue escalando poco a poco hasta ser una oficial administrativa de logística. La despidieron hace escasas cinco semanas. Le entrega los documentos que trae consigo: el diploma que asevera sus estudios administrativos y un certificado que acredita los años en la empresa de transportes. Le

confiesa que el trabajo en sí le da igual; necesita ganar dinero y salir de ese pesar que le oprime el pecho. Esto último lo dice flojito, como para ella, pero Ray la oye. La lee entre líneas, adivina, y quizá reconoce, su dolor.

Ella no entiende cómo esas palabras, tan profundas y tan gráficas, salen de su boca ante un completo desconocido.

Ray suelta el bolígrafo. La mira. Sonríe. Tiene unos labios grandes, caribeños, carnosos, que dibujan una sonrisa capaz de albergar un hogar, un refugio, de esos con chimenea, mantas cálidas en el sofá y mesitas repletas de libros por leer.

—Jane, si me lo permites, te digo que puedo enviar tu hoja de vida a las empresas que buscan personas con tu perfil. No será difícil encontrarte algo. Pero, por favor, no te vayas a conformar con «cualquier cosa». Llevas nueve años en la misma compañía; denotas ser una mujer estable y comprometida. Yo apuesto —sonríe de nuevo, y le guiña un ojo— a que cualquier empresa que te contrate será muy afortunada.

—Gracias —responde, algo tímida.

—¿Idiomas? —pregunta, volviendo la atención al ordenador.

—¿Cómo?

—¿Qué idiomas hablas?

—Ah… perdona —resopla, avergonzada—. Inglés, obviamente, y… bueno, un poquito francés.

—Perfecto.

—¿Y tú? —pregunta sin pensarlo.

—¿Yo? —suelta él con una sonora carcajada.

—Perdona, no sé lo que digo.

—No mujer, es un placer responderte. Hablo inglés, claro —contesta sonriendo. Y español.

—¿Español?

—Sí. Nací en Santa Isabel, aunque pasé mis primeros años en San Juan. Soy de Puerto Rico. Mi mamá me trajo aquí cuando recién cumplía los cinco. Hablo ambos idiomas.

—Puerto Rico… debe de ser precioso —dice Jane, con la mirada perdida.

—Lo es. Mucho. Mi madre está allí. Volvió cuando vio que yo ya era un hombre hecho y derecho, capaz de espabilarse solo— sonríe de nuevo.

Ray es guapo y majo, piensa Jane. Imagina que es parte de su trabajo ser cercano y humano con todo el mundo, pero resulta tan agradable como un abrazo de algodón. Podría quedarse toda la mañana charlando con él. Hay algo en Ray —un fulgor sereno, una energía— que le sabe a paz.

No quiere irse.

Pero debe.

Aunque no quiera.

Y él lo sabe.

Jane firma los documentos que permitirán que la oficina remita su perfil a empresas interesadas. Se despiden. Se dan la mano.

Jane desea quedarse. Jane quiere más de Ray, pero no se atreve a decirlo. Quizá esté casado. Quizá tenga pareja. Quizá ella esté demasiado sola en el mundo y cualquier árbol le haga sombra.

—Gracias, Ray. De nuevo. Por todo.

Se marcha deshaciendo el camino del pasillo. Ray la observa aún de pie, tras la mesa.

Jane se detiene. Se gira. Regresa.

—¿Ray?

—Sí, Jane. ¿Olvidaste algo?

—No… no. Perdona—de pronto se siente estúpida.

—¿Jane?

—¿Sí?

—Me ha encantado conocerte.

Sonríe, nerviosa.

—Y a mí, Ray.

—Quizá algún día podamos tomar un café, si te apetece.

—Me encantaría.

Y, con una sonrisa que anuncia primavera, Jane sale de aquel viejo edificio con el alma esperanzada y con la sensación de empezar a vislumbrar que esos diez años en la empresa fueron ancla, fueron refugio, fueron paz y amparo. Pero ya no lo son. Y la vida sigue. Y, si abre los brazos y supera este duelo —tal como dice Angie—, a lo mejor, solo a lo mejor, la nueva temporada puede resultar maravillosa.

No sabe si es el sol de finales de marzo o este abril que pide pista. El café con gesto amable incluido de Margaret o Ray. Ray… rebotando en su cabeza. Pero hoy el pesar del pecho ha aflojado, el hambre parece querer volver y el corazón duele un poco menos.

Ray y Jane

Ray no quiere contravenir las normas. Llamarla sabiendo que dispone de su número a través de la agencia laboral estaría mal. Lo sabe.

Necesita un plan.

Quiere volver a ver a la chica de sonrisa triste.

Han pasado dos días desde su segundo encuentro «casual» y el recuerdo de sus ojos almendrados regresa una y otra vez, sin pedir permiso.

Ray abre el expediente una vez más. Resopla, nervioso.

«No estás haciendo nada malo», se dice.

Sacude la cabeza. Sonríe. Se siente idiota. Alza la vista: nadie lo mira. Marca el teléfono de Jane. Tarda en responder.

—¿Sí?

—Hola, Jane. Soy Ray. Ramón Montoya, de la agencia de empleo.

Un silencio breve.

—Hola —responde ella—. Sí, claro. Ray, te recuerdo.

Claro que lo recuerda. Lleva dos días pensando en él. Inventando excusas para pasar a verlo. Deseando que el destino —

en el que no cree— se lo ponga de nuevo delante.

Ray sonríe sin darse cuenta.

—Te llamo porque ha surgido una oferta que podría encajar con tu perfil. Es un puesto administrativo en una pequeña empresa de logística. Jornada completa. Buen ambiente, según indican. Creo que deberías considerarlo.

Jane se incorpora del sofá.

—¿De verdad? —en su voz hay entusiasmo.

—Sí. He enviado ya tu currículum. Si te parece bien, podrían llamarte para una entrevista esta semana.

—¡Claro que me parece bien! —responde, agradecida y feliz—. Muchísimas gracias, Ray.

—Para eso estamos —dice él, profesional, aunque con cara de tontorrón al oír a su muchacha de sonrisa triste feliz al otro lado del teléfono—. Te llamaré de nuevo en cuanto tenga noticias.

—Perfecto.

Hace ademán de colgar, pero Jane se adelanta.

—Oye… —duda—. Creo que te debo una. Bueno, dos.

—Todavía no tienes trabajo.

—Déjame invitarte a un café —insiste—. Solo un café. De agradecimiento.

Ray duda apenas un segundo. Sabe que desea con todo su cuerpo verla de nuevo. Sabe que lleva horas buscándole un trabajo para poder llamarla.

—Puedo antes de entrar al centro comunitario —responde, pensando en voz alta—. Si te viene bien.

—Me viene perfecto.

—Entonces te llamo más tarde y quedamos.

—Gracias, Ray. De verdad.

—A ti, Jane.

Cuelgan.

Jane se queda mirando el teléfono con gesto divertido.

«¿Centro comunitario? ¿Ha dicho centro comunitario? ¿Pero este hombre qué es, un santo o algo así?».

Emite una carcajada que anuncia cómo, poco a poco, la ilusión vuelve a su cuerpo.

Ray apoya el móvil sobre la mesa y se pasa la mano por la nuca. Sonríe. Mira la hora en su reloj de muñeca. Son las doce.

Ambos continúan con su día.

Ray y Jane

No sabe si esa entrevista prometida será el principio de una nueva relación laboral. De una «nueva» vida. Tampoco sabe si esta cita —si es que se la puede llamar así— en una bonita cafetería a las cuatro de la tarde, la conduce a algún lugar. No hay nada tangible. No ha ocurrido realmente nada. Pero dentro de ella algo ha cambiado. Por primera vez en semanas siente que el túnel ya no es oscuro. No tan oscuro.

Ha llegado unos minutos antes. Lleva vaqueros y un jersey naranja. Sigue haciendo frío. Duda si hacerse una coleta o llevar la melena suelta. Opta por llevar una pinza en el bolso, por si el pelo le molesta.

Ray llega puntual. Jersey blanco de cuello alto. Recién afeitado. Pantalón oscuro y abrigo largo de lana. Huele muy bien. A perfume fresco, con un toque muy varonil que a Jane le resulta tan agradable, como sexy.

Ella pide café con leche, dos de azúcar. Él, café solo. Se acomodan en una mesa y Jane rompe el hielo.

—Gracias. Quería, en un entorno neutral, darte las gracias. Me has salvado la vida y me has conseguido un trabajo—añade otro

gracias, flojito, acompañado de una sonrisa apenas insinuada.

—Aún no tienes el trabajo, pero apuesto a que será tuyo —alza su taza; ella repite el gesto, como si brindaran.

—Me vas a perdonar la intromisión, pero… ¿qué es eso de un centro comunitario? ¿De dónde has salido tú?

Ray ríe, divertido.

—Por las tardes voy un rato, casi todos los días. Colaboro como asesor espiritual. Ayudo en programas antidroga y de reeducación social para chavales que necesitan una mano que los saque de ese pozo.

—¿Y tú eres esa mano?

—No. Esa mano es Jesús, o Dios, o como ellos quieran llamarlo. Yo solo soy un siervo que les ayuda a llegar a Él.

Jane hace una mueca. El desagrado es evidente.

—No crees en la providencia—afirma Ray al ver su gesto—. Está bien—añade encogiéndose de hombros y sonriendo—. No todos debemos pensar igual.

—No creo en Dios, Ray. No creo en la religión. Ni en la Iglesia. Ni en los dogmas que me dicen cómo debo pensar, celebrar o «pecar».

Su mirada se vuelve gris. La tristeza asoma, y Ray lo nota.

—Respeto profundamente tu decisión. Me gusta que respeten mi fe y hago lo propio con los demás. Pero ¿puedo preguntarte por qué?

—No hay un porqué—contesta Jane.

—Siempre lo hay. Para creer y para no creer. Cuando alguien afirma con tal rotundidad, como tú y como yo, su vínculo o su no creencia en el de arriba —señala el cielo con el dedo índice—, siempre hay una razón.

—¿Cuál es la tuya? —responde ella, desafiante.

Ray la mira. Se hace un breve silencio. Se endereza en la silla,

acercándose un poco más. Duda unos segundos. Él ha preguntado. Pero es justo. Esta mujer, inteligente y con personalidad le gusta. Y quiere darle su respuesta.

—Bueno…—arranca Ray— digamos que no me porté demasiado bien en mi adolescencia. Me metí en algunos líos y mi madre, que emigró para darme una vida mejor, sufrió mucho. Un vecino me pilló robando. Iba muy colocado y necesitaba dinero para comprar más. No era la primera vez. Piezas de coche, alguna cartera, cosas así. Pensé que llamaría a la policía. Que pasaría otra noche en comisaría. Lo de siempre. No lo hizo.

Saca del cuello de su jersey la cruz que lleva colgada.

—Me regaló esto—muestra la cruz—. Me dijo: «A mí me salvó; ahora toca que te salve a ti. Busca su amor en tu corazón y deja que su calor disuelva esta oscuridad en la que estás metido, hijo. Por tu madre, por su esfuerzo y por ti».

Sonríe levemente.

—Luego me llevó a su iglesia y ya nunca me separé del Padre. Salí de aquella mierda. Enderecé mis estudios, me apunté a un gimnasio —bromea, mostrando el bíceps— y desde hace dieciocho años no consumo. Ahora ayudo a otros a que Dios los guíe, como me guio a mí.

Jane no dice nada. Asiente, con los labios apretados.

—Bien —dice ella.

—Bien —responde él—. Ahora tú.

—¿Yo?

—¿Por qué tú no crees en nada?

Jane da un sorbo a su café con leche. Lo mira por encima de la taza. Sabe que ahora, le toca responder a ella.

—Perdí a mis padres y a mi hermano en un accidente del que solo quedé yo viva. Tenía quince años. La misma edad en la que tú

encontraste a Dios yo dejé de creer en él. Luego mi tía, mi tutora, me encerró en un internado hasta los veintiuno, y las monjas se encargaron del resto. Fin. Eso es todo.

Ray alza de nuevo su taza.

—Por tus padres y tu hermano. Dondequiera que estén, que el Padre celestial los tenga en su gloria.

Jane alza la suya también y sonríe.

—Pues por ellos.

—¿Te apetece dar un paseo? —dice él—. Hace frío, pero la primavera se esfuerza en entrar en la ciudad, se merece le demos la bienvenida.

Él tiende la mano por encima de la mesa. Ella se la toma. Lo sigue, hasta fuera de la cafetería.

Disponen de dos horas antes de que Ray tenga que ir al centro. Él es tan distinto a todo. Tan dispar de cualquier chico que haya conocido antes. Quizá por eso le gusta. Porque que le gusta. Y no se lo niega. Hace tiempo que Jane dejó de mentirse y siempre es sincera consigo misma: este chico le gusta. Le gusta su sonrisa, su cuerpo musculado, su piel morena, su voz ronca y templada.

Pasean por el barrio. Ella le habla de su antiguo trabajo, de sus compañeros, de cómo vivió el despido que, aun esperado, dolió mucho. Le cuenta también de sus años en el internado y de su tía, que aún vive, pero a la que no visita más que en Acción de Gracias y Año Nuevo.

Él le explica que hoy dan el alta a un chico al que aprecia mucho. Que la noche en que se conocieron —la del incidente con aquellos dos— venía precisamente del hospital, de visitarlo. Hoy no irá; quiere darle espacio. Además, hay otros muchachos esperándolo esa tarde.

Le habla de Puerto Rico. De lo divertido que es *janguear* por la

calle San Sebastián, en San Juan, donde creció. Comer en *chinchorros*, puestos ambulantes llenos de manjares boricuas. Y de lo mucho que echa de menos jugar al dominó la tarde entera con su abuelo. Quizá el mejor recuerdo de su vida hasta la fecha.

Jane le sonríe. Le gusta escucharlo. Y mirarlo.

Llega la hora de despedirse. Ray entra en el centro comunitario. Se dicen adiós y Jane ruega en su interior que sea él quien proponga una próxima vez. Porque ahora —lo sabe— le toca a él mover ficha, si es que esto es algo más que un café.

Ray extiende la mano y se la ofrece. Ella responde. Se miran a los ojos. Jane baja la mirada hasta sus dedos entrelazados. Son tan distintos. Y, sin embargo, allí, parados frente a la puerta de ese lugar extraño, siente que estar con él es como regresar a un hogar en el que nunca había estado.

Ray da un paso al frente, acortando la distancia entre ambos. Se inclina ligeramente hacia ella.

—Me ha encantado esta tarde contigo —le susurra.

Jane se sonríe y lo mira a los ojos.

—Y a mí —responde, apenas audible.

Él se acerca un poco más. Sin invadir, reduciendo el espacio que aún los separa. Ella da el último pasito. Él le ofrece un beso que ella acepta y acoge en su boca. Un beso suave. Cálido. Ávido de más. Con sabor a promesa.

Ray sonríe, se muerde el labio inferior y ladea la cabeza con esa mezcla suya de seguridad y ternura que a Jane ya le resulta peligrosa.

—Mañana no puedo —dice—, pero ¿te apetece que cenemos juntos el viernes?

Jane asiente, todavía con la sonrisa, y el sabor del beso, prendido en los labios.

La tarde continúa. Todo sigue igual. Todo es distinto.

Jane llega a casa, deja el bolso, se descalza y abre la nevera. No hay nada. Nada saludable. Mañana está citada en la empresa de logística. No le garantiza nada, lo sabe, pero que las cosas se hayan empezado a mover le insufla una esperanza fina, casi tímida, que le alegra el alma.

Se pone ropa cómoda. Recoge el apartamento. Pasa el aspirador. Limpia el polvo. Cambia las sábanas y lava la ropa sucia. Mete en una bolsa todas las botellas de vino que decoraban el suelo de la cocina. Vacía las que aún conservan líquido. Se calza de nuevo y baja la basura. Al cerrar el contenedor, cierra también los ojos, como si al desprenderse de todo aquello pudiera dejar atrás las últimas semanas: el miedo, la desconfianza, la sensación de estar a la deriva.

Camina hasta el supermercado. Compra leche, pan de molde, patatas para hacer puré, algunas verduras, pescado congelado y zumos. Nada precocinado. Nada de alcohol.

Ya en el apartamento, se da una ducha. El agua caliente acaricia su blanca piel y le afloja el cuerpo. Considera absurdo sentirse ilusionada por alguien como Ray. Todo en él debería alejarla. Su mundo. Su manera de creer en un ser superior. Su forma de estar en la vida.

Pero le gusta.

De una forma amable y eléctrica a la vez. Cuando está con él se siente en calma, a salvo, y al mismo tiempo despierta algo que creía dormido: las ganas de amar, de empezar de nuevo, de caminar de su mano. Sus manos… piensa en cuánto le gustan las manos de Ray. Grandes, firmes, morenas. Seguras.

No quiere pertenecer a ningún culto, creencia, no quiere nada religioso ni rendirse a nada que no sea ella misma. Y, sin embargo,

quizá, eso es precisamente lo que más le atrae de Ray: que la querría igual. Pensando distinto. Siendo ella. La querría igual.

Él la querría.

Él la querrá

Querer. Quererme. Querernos.

Jane conjuga el verbo despacio. Le gusta cómo suena. No le asusta. Por primera vez, no le da miedo.

Se sienta en la cama y se aparta el pelo húmedo para ponerse un calcetín. El pescado está listo y, después de cenar, quiere acostarse pronto. Mañana es la entrevista. Pasado mañana, su cita con Ray. Y después… quién sabe.

La primavera

Jane unta una tostada con mantequilla. Son las nueve y cuarto de la mañana. Desde hace dos días ya no estira el sueño más allá de las ocho. Da un sorbo al café con leche cuando vibra el teléfono móvil.

—¿Señorita McAlahan?

—Sí, soy yo. Dígame —el corazón le late deprisa; sabe quiénes son.

—Le llamamos de la empresa *Uvtrans*. Estuvo usted ayer aquí realizando una entrevista.

—Ah, claro, sí. Dígame, por favor.

Se le nota el nerviosismo en la voz, en el temblor súbito de las manos y en el palpitar que no cesa y suena más fuerte que el propio altavoz.

—Nos complace comunicarle que ha sido seleccionada y nos gustaría que, si continúa interesada, se incorpore a la mayor brevedad posible a su nuevo puesto de trabajo.

Una enorme sonrisa le cruza el rostro.

—¿Sigue interesada? —añade la persona al otro lado de la línea.

—Sí, sí, sí, claro ¡Por supuesto! —responde sin ocultar el

entusiasmo.

—En ese caso, nos pondremos en contacto con la agencia de empleo estatal para informar de que usted ha sido seleccionada para que cierren el proceso. Deberá pasarse el próximo lunes por nuestras oficinas para formalizar el contrato. ¿Cuándo le vendría bien incorporarse?

—Pues… el mismo lunes, si lo desean.

—¡Oh, estupendo! Entonces el lunes a las ocho nos vemos. Primero firmaremos toda la documentación y, a continuación, empezamos. Bienvenida, señorita McAlahan.

—Jane, por favor. Llámeme Jane.

—Pues bienvenida a nuestra empresa, que ahora también es la suya, querida Jane.

—Gracias. Muchas gracias. El lunes sin falta estaré allí a las ocho.

Jane deja el teléfono sobre la mesa. Sonríe y mira a su alrededor. Podrá pagar el alquiler. Volver a tener internet. Volver a respirar tranquila.

Y, sin pensarlo demasiado, lo sabe.

Lo que más le apetece ahora mismo, es contárselo a Ray.

La jornada avanza mientras el templado sol de primavera, discreto, inicia su descenso. Se acerca la noche. La cena con Jane. Le apetece más de lo que se permite reconocer. Desea volver a verla. Ver sus ojos almendrados y ese rostro tan bonito que le está quitando el sueño y robándole la cordura. Jane —y él lo sabe— le está haciendo mucho bien al alma.

Ray es un hombre sereno y sensato. Alguien que luchó contra demonios oscuros y aprendió a mantenerlos a raya gracias a su fe.

Dejó atrás una vida acelerada que no le daba paz. Apostó por el amor entendido como un puerto seguro, calma, compañía, tras muchos, demasiados, intentos frustrados. Y aunque ese amor no llegó en la forma que esperaba, nunca sintió que le faltara nada. A sus treinta y cinco años no ha renunciado a ser feliz al lado de una mujer, pero hace tiempo que, al no encontrar a nadie que le despertara cosquillas en el estómago, había dejado de pensar en ello.

Hasta ahora.

Hasta Jane y su sonrisa triste.

Tras una breve visita a Jorge, en la que Ray se asegura de que el chaval ha tropezado, pero vuelve a levantarse, le recuerda que lo espera el lunes en el centro.

—Quiero verte allí, hermano. No me faltes. Caernos, nos caemos todos. Es el levantarnos —y las manos que nos ayudan a hacerlo— lo que dibujará tu futuro, no los errores del pasado. Eso ya lo sabes. Hay que seguir.

—Gracias, Ray, hermano. Te quiero.

Se abrazan. Jorge está débil. Demasiado delgado. Ambos saben que esta lucha no será sencilla, pero su mentor no piensa soltarlo.

Ray continúa la tarde en el centro comunitario entre charlas, consejos, risas y café con pan. Llega la hora de irse. A su cita. Con Jane. Se nota nervioso y sonríe negando con la cabeza al verse, de pronto, como un adolescente en su primera cita con la chica guapa del instituto.

Han quedado en un restaurante sencillo, familiar y alegre, donde la música y la buena comida latina amenizan la cena.

La noche promete mucho más de lo que ambos se atreven a imaginar.

Jane está preciosa. Ha optado por un pantalón ajustado color burdeos y una blusa blanca de cuello en pico. Lleva la melena larga y oscura suelta, y desprende un aroma floral y dulce, delicado y delicioso. Ray la sabe bonita, pero hoy, hoy… a sus ojos, está realmente espectacular.

Al verla, se acerca. Se miran. Él le toma la barbilla con una mano y, sin pensarlo demasiado, sin dejar de mirarla a los ojos, la besa.

—Estaba deseando que llegara este momento —le susurra.

Jane sonríe y nota cómo le arden las mejillas ante ese beso inesperado y maravilloso.

Ray le retira la silla para que tome asiento, y ella no puede evitar reírse ante el gesto. Algo obsoleto, quizá un poco pasado de moda, que, extrañamente, le encanta.

Tras una cena deliciosa —mofongo con carne mechada, seguido de tembleque de coco y regado con ron añejo con hielo y lima—, el ambiente del lugar comienza a transformarse. Al llegar las diez, la música invade cada rincón, las luces se atenúan y la pista se llena de salsa, bachata y cuerpos que se mecen al son latino, caliente y vibrante.

Ray se levanta un momento cuando el dueño del restaurante se acerca a la mesa.

—Ramón, hermano —lo saluda en español—. Quería darte las gracias. Me han contado lo que has hecho por Jorge, el hijo de unos conocidos. Dios te bendiga.

—Yo no hice nada —responde Ray con humildad—. Es Jesús quien actúa en todo momento.

Se abrazan. Sonríen.

Jane observa la escena en silencio. Algo se le remueve por dentro. Un destello de incomodidad, breve pero punzante, se instala entre sus pensamientos. Una grieta diminuta, casi imperceptible,

entre sus mundos.

Ray, aún de pie, se gira hacia ella. La mira. La entiende. Se acomoda la chaqueta, le tiende la mano y, con una sonrisa tranquila, le dice:

—¿Bailamos?

Jane duda apenas un segundo. Lo mira a los ojos, toma su mano y responde:

—Por supuesto.

Y en esa afirmación cabe un mundo entero. Un mundo lleno de ritmo, promesa y latido. Un mundo donde hay lugar para ambos, distintos, juntos.

Ray baila demasiado bien. Se mueve como quien nace con el ritmo en el alma. Jane… Jane lo acompaña deslizándose, girando, riendo, sintiéndose viva como nunca antes.

La salsa alegre da paso a una canción más lenta. *Qué precio tiene el cielo*, en la voz cálida de Marc Anthony. Ray la prende por la cintura. Se miran a los ojos con una profundidad íntima, ardiente. La vida, en mayúsculas, se reduce a ese instante. A ese vaivén compartido.

Se acercan. Sus cuerpos encajan. El deseo arde. Sin prisa. Con ganas.

Se besan. Ambos sonríen sin dejar de mirarse. Jane, gira entre sus brazos al son de la canción. Vuelve a su boca.

Y ahí piensa quedarse.

En esta noche perfecta que culmina entre sábanas, más besos y mucho amor. Del bueno.

Enredada y dormida entre los brazos de Ray, fuera florece una mañana de primavera en la que ambos, por fin, sienten que están en casa.

Un jardín para Irina

May Bonner

Capítulo 1

Irina miró fijamente el vestido que descansaba sobre la cama. Era un verdadero sueño. Lo acarició suavemente y notó la delicadeza de la tela. Su tío estaba siendo verdaderamente generoso con ella y era feliz en Stowen Hall, pero aún no lo consideraba su hogar. Añoraba las grandes llanuras cubiertas de nieve y tomar el té junto al samovar en compañía de su abuela, Sonia. Su abuela. Al pensar en ella se entristeció. Había muerto hacía unos meses y por eso ella había tenido que dejar su querida Rusia y viajar a Inglaterra para vivir con el único pariente que le quedaba en el mundo, su tío sir Thomas Elliot.

Sir Thomas era el hermano mayor del padre de Irina, Robert Elliot, y siempre había sentido debilidad por él. Cuando Robert le anunció que había pedido la mano de Elena, la hija del enviado del zar de todas las Rusias, Alejandro I, se alegró por él, pues cuando la conoció le pareció una muchacha dulce, amable e inteligente. No obstante sintió que su hermano se marchara a vivir tan lejos, a Moscú.

El padre de Elena, el abuelo ruso de Irina, había sido enviado a Inglaterra para conocer la postura del gobierno inglés en la

conferencia de Viena, que se celebró en 1815 y donde se decidió el futuro de Europa después de Napoleón. A sir Thomas le resultó curioso cómo unas guerras, las napoleónicas, que siempre le había resultado ajenas —apenas visitaba la corte y no se movía en círculos políticos pues vivía prácticamente sin salir de Stowen Hall— hubieran acabado afectándole. Incluso después de haber terminado.

—Sin esas guerras, los enviados rusos no habrían venido y mi hermano se habría casado con una jovencita inglesa… —repitió durante mucho tiempo.

En cualquier caso, la felicidad que traslucían las cartas que le envía su hermano desde Moscú habían calmado su inquietud y la llegada de una sobrina, lo había hecho feliz también a él. Poder acogerla en aquellos momentos le había supuesto una gran alegría y, aunque sabía que iba a resultar difícil para ella, estaba dispuesto a poner todo de su parte para que se sintiera a gusto en Inglaterra.

Sir Thomas no había tenido hijos y su esposa hacía muchos años que había muerto. Así que esa jovencita y lord Emmet, sobrino también pero por parte de su mujer eran sus únicos parientes. Al joven Emmet lo habían acogido por temporadas en Stowen Hall y le consideraba un verdadero hijo. No dejaba de hablarle de él a Irina, pero la muchacha todavía no había tenido ocasión de conocerle. Aún no se había dignado visitar Stowen Hall desde que ella había llegado. Quizás en el baile que había organizado su tío para presentarla en sociedad.

Capítulo 2

El baile estaba ya en su punto álgido y lord Emmet aún no había hecho acto de presencia. Irina había sido presentada uno por uno a todos los conocidos de su tío, incluidos unos parientes de lord Emmet por línea paterna: Andrew Forrester, vizconde de Camborne, y sus hermanas Elinor y Emma. Al vizconde le acompañaba su esposa, Jane; y a Elinor su marido, Sir Patrick Wells. El esposo de Emma, militar, no había podido asistir pues su regimiento estaba de maniobras en el norte del país.

—¿Aún no ha llegado mi primo? —preguntó Andrew—. Creí que nos encontraríamos aquí.

—Debe de haberle surgido algún imprevisto. Estoy seguro de que pronto se unirá a nosotros —había respondido sir Thomas para quién lord Emmet nunca podía hacer nada mal.

Irina congenió enseguida con Elinor y Jane a pesar de la diferencia de edad, aunque Emma se mostró menos sociable. Charló con sus nuevos conocidos y también bailó con algunos caballeros y al término de uno de esos bailes, cuando la joven era acompañada de regreso junto a su tío, pudo escuchar de pasada un comentario de Emma.

—…es de la familia, pero no me fiaría de él. Se dice que comprometió el honor de una joven en la ciudad y luego no cumplió como un caballero…

Dirigió la vista hacia donde miraba Emma y se encontró con un desconocido que acababa de llegar. Sir Thomas se acercó a él sonriente en cuanto le vio y llamó a Irina.

—Querida niña, este es mi sobrino, lord Emmet, bueno James… y este joven que está detrás es el señor Tyerman, Richard Tyerman.

Los dos hombres inclinaron la cabeza a modo de saludo y la muchacha hizo una sutil reverencia.

—Es un honor conocerla —dijo lord Emmet sin abandonar el semblante serio con el que había llegado y sin dejar traslucir la impresión que le había causado la joven, que estaba deslumbrante.

—Señor —respondió ella.

—Disculpad el retraso pero hemos tenido un...imprevisto —aclaró en señor Tyerman mirando fugazmente a lord Emmet que no añadió nada.

Ese breve vistazo convenció a Irina de que el culpable de que llegaran tan tarde era sin duda lord Emmet.

—Permítame que le ruegue que me conceda este baile a la joven más hermosa del salón —pidió seguidamente el señor Tyerman con una encantadora sonrisa que gustó mucho a Irina.

—Por supuesto, divertíos. Los jóvenes deben divertirse —añadió sir Thomas y los dos se unieron a las demás parejas.

El señor Tyerman no dejó a Irina sola ni un momento mientras lord Emmet permaneció en un rincón sin participar demasiado de la reunión, lo que no ayudó a que la muchacha se formara una buena opinión de él. Entre baile y baile Irina se dedicó a observarle. Era atractivo, sin duda, pero seguramente demasiado pagado de sí mismo. Y aquel comentario que había escuchado…No podría

disculpar un comportamiento como ese.

Recordaba a su querida niñera Ivette. Era una joven francesa que la cuidó desde que tenía tres años hasta que, cumplidos los once, un dia desapareció. Le dijeron que había tenido que volver a Francia porque su padre se había puesto enfermo, pero más tarde supo que había creído en las promesas de un joven caballero; que después se desentendió por completo de ella y más cuando supo que estaba embarazada. Había escrito a sus padres, pero para ellos suponía una deshora y no quisieron saber nada. La pobre muchacha acabó realizando los trabajos más ínfimos para poder ganarse la vida lo que la llevó a enfermar y finalmente murió poco antes de que naciera el niño. Los padres de Irina siempre sintieron que no fuera sincera con ellos desde el principio, pues le tenían mucho cariño y la hubieran ayudado. Cuando se enteraron de la verdad fue demasiado tarde. Así que si lord Emmet había cometido semejante acción impropia de un caballero, no quería saber nada de él.

Cuando el baile se dio por finalizado y los invitados comenzaron a marcharse, sir Thomas se acercó al señor Tyerman que aún permanecía junto su sobrina.

—Tuve el placer de visitar su casa de campo hace unas semanas y debo decir que el jardín me pareció magnífico… Según su padre el proyecto es suyo —le dijo.

—Oh, es un pasatiempo, pero agradezco mucho el cumplido.

—Me gustaría hablar más con usted sobre este tema. Mi sobrino se alojará aquí durante una temporada y me gustaría mucho que usted también nos honrara con su presencia.

El joven miró un momento a Irina.

—Será un honor —contestó.

La muchacha sonrió, pero al mirar hacia lord Emmet vio un destello de fastidio en sus ojos. Debía ser el hombre más antipático

del mundo. Se alegraba mucho de no tener que pasar el verano a solas con él y también de que el señor Tyerman estuviera cerca.

Capítulo 3

Sir Thomas era un verdadero entusiasta de la jardinería. Sentía verdadera pasión por su jardín y pasaba allí casi todo su tiempo. Irina le quería mucho, pero a veces le resultaba un poco pesada su conversación porque prácticamente no hablaba de otra cosa que de abonos y bulbos. Tenía que reconocer no obstante que el jardín era de los más hermosos que había visto.

Una mañana su tío entró en el salón donde la joven aún desayunaba, preso de una gran excitación.

—¡Irina! Han llegado noticias extraordinarias de la corte —dijo.

La muchacha lo miró con sorpresa y esperó a que continuara.

—Acaba de llegar esta carta en la que se informa de que la reina desea preparar una evento especial para el baile de debutantes que desea se celebre esta primavera.

—Es estupendo… —respondió ella sin saber a qué atenerse. ¿Querría que ella fuera una de las debutantes? Se consideraba demasiado mayor para eso. Además ya había sido presentada en sociedad.

—¿Verdad que sí? Pero escucha lo mejor. Se elegirá el jardín más hermoso de Inglaterra para que se celebre el baile... Debo ponerme

en marcha ya… —continuó él como reflexionando para sí mismo.

Irina sonrió y dio un sorbo a su té. Estaba muy claro lo que su tío tenía en mente. Ese evento debía celebrarse en Stowen Hall.

—Hay tanto que hacer… La primavera de 1833 será inolvidable… Es una gran suerte que el señor Tyerman haya aceptado la invitación de pasar aquí las últimas semanas del invierno. Los jardines de su padre son muy hermosos, pero la propiedad es pequeña para una celebración como esta… Estoy seguro de que lograré su ayuda.

Se volvió hacia Irina.

—Y sin duda, tú conseguirás que lo haga. He visto cómo te miraba en el baile.

—¡Oh, tío Thomas! —dijo ella sonrojándose ligeramente pero sintiéndose halagada al mismo tiempo.

—Eres una joven muy hermosa. Es normal que los muchachos se fijen en ti. Y creo que el señor Tyerman estará más que dispuesto a darte una alegría. Y mi sobrino James, también estará aquí. Siempre he confiado en su buen juicio.

La joven hizo una mueca al oír aquel nombre aunque su tío no se dio cuenta, entusiasmado como estaba con sus planes para convertir sus jardines en los mejores del país y conseguir que la reina celebrara allí el baile que tenía previsto.

Capítulo 4

Lord Emmet y el señor Tyerman se instalaron en Stowen Hall a finales de enero como estaba previsto. El humor de ambos no parecía haber cambiado lo más mínimo: el primero se mantenía serio y callado y el segundo amable y encantador. Irina procuraba no encontrarse a solas con lord Emmet, aunque a veces era inevitable y después del saludo de rigor, se producía entre ellos un silencio incómodo. Un día lord Emmet añadió a los «buenos días» acostumbrados:

—Habla muy bien nuestro idioma.

Lo dijo para alargar un poco la conversación ya que intuía que la muchacha no parecía apreciarle mucho. No sabía a qué podía deberse su animadversión, pero su tío había sugerido que quizás era porque siempre se mostraba demasiado serio. «Irina es una muchacha encantadora, incapaz de mostrarse desagradable… Tu problema con ella y con todas las jóvenes es tu carácter tan serio y reconcentrado», le había dicho. Sabía que para sir Thomas era importante que los dos se llevaran bien, así que había decidido intentarlo.

Irina no había acogido su comentario con agrado. Le pareció que

quería menospreciarla por ser extranjera. Lo cierto era que todo lo que decía o hacía lord Emmet lo interpretaba de manera negativa. Así que le contestó con sequedad.

—¿Le sorprende? Le recuerdo que soy medio inglesa. Mi padre me hablaba siempre en su idioma.

El joven se sintió un poco asombrado por la actitud de Irina, pero guardó la compostura y añadió:

—No era mi intención ofenderla. Simplemente pretendía hacerle un cumplido. Tengo entendido que no había pisado Inglaterra hasta hace unos meses y apenas tiene un ligero acento.

Irina iba a responder con dureza de nuevo, pero en ese momento se les unió sir Thomas y se contuvo. No quería disgustar a su tío.

—Pues si esa era su intención, entonces, se lo agradezco —aseguró con rapidez antes de disculparse y escabullirse hacia el salón.

Lord Emmet la miró alejarse con cierta perplejidad. Su tío no había dejado de hablarle de Irina desde que podía recordar y en su mente y en su corazón había nacido una corriente de simpatía por la joven aún sin conocerla. En esos momentos había quedado patente que esa simpatía no era compartida, es más estaba claro que aquella muchacha hermosa e inteligente no lo soportaba y estaba decidido a averiguar por qué.

Capítulo 5

Una noche después de la cena, estaban pasando la velada todos juntos en el salón cuando sir Thomas tuvo la ocurrencia de que Irina tocara el piano para ellos.

—Por favor, no me obligue a torturar a los presentes haciéndome tocar —dijo ella que se sentían cohibida cuando tenía público que la escuchara.

—Tonterías, si eres una magnífica concertista —dijo aquél.

—Estaría encantado de oírla —aseguró el señor Tyerman.

En ese momento parecía que era el turno de lord Emmet de decir algo amable para animarla, pero se produjo un silencio más largo de lo deseado. Al fin, dijo:

—Si la señorita no se siente segura...

—Oh, no dudes de su talento. Te aseguro que toca muy bien —se apresuró a decir sir Thomas.

La muchacha le miró desafiante y sin decir nada más se levantó y se dirigió al piano. Eligió la partitura más difícil que tenía ensayada y comenzó a tocar. Le temblaban ligeramente las manos y su respiración era más agitada que de costumbre, pero consiguió acabar su interpretación con un resultado más que digno. Tanto su

tío como el señor Tyerman se levantaron de sus asientos sin dejar de aplaudir. Lord Emmet también aplaudió, pero sin moverse de su sitio y mirándola de una forma que la muchacha no supo descifrar.

Después de aquella demostración se sintió agotada y pidió permiso para retirase. Cada vez se le hacía más cuesta arriba fingir amabilidad cuando él estaba cerca. Se dirigió a su habitación y cerró la puerta furiosa.

—Pero ¡¿quién se habrá creado que es?! —exclamó.

Lo peor de todo era que le resultaba atractivo a pesar de cuánto la irritaba. Y deseó que se pareciera al señor Tyerman o que tuviera que marcharse rápidamente por algún asunto urgente.

Capítulo 6

Las fantasías de Irina no se hicieron realidad y al día siguiente se encontró de nuevo con lord Emmet cuando bajó a desayunar.

—Buenos días, lord Emmet —dijo al entrar.

La había visto, demasiado tarde para dar la vuelta y salir corriendo. Tampoco quería hacerle un desaire demasiado evidente y disgustar así a su tío.

—Buenos días —respondió él. No añadió nada más pues tenía la sensación de que cada cosa que decía irritaba a la muchacha.

La joven se sentó lo más lejos que pudo y trató de concentrarse en su desayuno, pero sentía curiosidad por saber dónde estaban los demás.

—¿No ha bajado sir Thomas? —preguntó al fin.

—Sir Thomas y el señor Tyerman hace rato que han salido al jardín.

—Por supuesto —murmuró ella.

—¿Debo suponer que además de la música también se interesa por la jardinería?

Irina se sorprendió de que continuara hablando. Hubiera preferido que guardaran silencio hasta acabar su pastel de

frambuesa y poder irse.

—Considero que también es un arte, igual que la música o la pintura.

—No es una de mis aficiones...—indicó él que no había podido evitar hablarle aunque se había hecho el propósito de no hacerlo.

—Creo que si una persona tiene sensibilidad y talento es capaz de percibir la belleza y el arte en cualquier disciplina —respondió con toda la intención de incomodarle.

El joven iba a responder cuando entraron en el salón sir Thomas y el señor Tyerman acabando así con otra de sus «batallas».

—Irina ya estás aquí... Tienes que oír las magníficas ideas que me ha dado el señor Tyerman para el jardín. Oh, también sigues aquí, James.

—Sí, tío. La señorita y yo hemos tenido una interesante conversación sobre arte, aunque quizás confunda sensibilidad con gusto personal...

—Creo que esta joven es un modelo de gusto y también de sensibilidad —añadió el señor Tyerman.

Irina, que apuró su té de un sorbo porque no quería volver a quedarse a solas con él, se levantó de la silla sin dignarse contestar a lord Emmet. Salió del salón del brazo del señor Tyerman dispuesta a pasar la mañana con él en el jardín y no regresar a la casa hasta la hora del almuerzo.

Capítulo 7

El señor Tyerman procuraba levantarse temprano. Así podía recorrer el jardín sin molestias, pensar en el mejor diseño para cada rincón y conseguir el paisaje perfecto. Sir Thomas era muy amable, pero también podía resultar irritante con sus constantes comentarios. En cambio disfrutaba de la compañía de la joven Irina que solía unirse a él todas las mañanas. Era encantadora y solía acertar con sus sugerencias sobre el cuidado del jardín. Por eso cuando la vio dirigirse hacia él bajo aquel cálido sol de la mañana que hacía brillar su pelo castaño, no pudo evitar sonreír.

—Buenos días —saludó la muchacha cuando llegó a su lado.

Él respondió a su saludo sin dejar de sonreír. De pronto pensó en lord Emmet. Le daba la impresión de que tenía algún interés en ella, aunque quizás solo fuera un deseo de proteger el buen nombre de la familia. Había notado que existía cierta animadversión entre ellos. Irina parecía detestarle, pero por su experiencia esa actitud a veces escondía un sentimiento totalmente opuesto. ¿Debería él intentar un acercamiento? Podría ser imprudente dadas las circunstancias.

Mientras tanto Irina paseaba su mirada por el paisaje que la rodeaba.

—Los jardines ingleses son tan… salvajes —dijo por fin contenta de encontrar la palabra que buscaba. A veces aún le costaba encontrar la frase justa en inglés pues continuaba pensando en ruso.

—Sí, sería una forma de describirlo —estuvo de acuerdo el señor Tyerman que dejó a un lado sus cavilaciones para concentrase en su trabajo y en la conversación—. Desde luego no tienen nada que ver con los jardines de estilo francés con sus líneas rectas y sus ángulos. Todo tan ordenado...la naturaleza no es así y la vida tampoco.

—Supongo que en eso tiene razón —respondió ella.

—Son filosofías completamente diferentes: el ser humano es capaz de controlar la naturaleza frente al pensamiento de que a la naturaleza no hay quién la controle. Personalmente prefiero los ingleses —añadió el hombre.

Irina frunció el ceño un momento pensativa.

—Nunca lo había visto así… Le confieso que aún no sé qué tipo me gusta más. Recuerdo haber visto los jardines del Palacio de Invierno de niña y me parecieron impresionantes…

—¿No tenía un jardín en su casa en Rusia?

—Con mis padres vivíamos en Moscú y teníamos uno pequeñito. Después, cuando mis padres… —aquí se detuvo antes de continuar con tono de nostalgia—. Después fui a vivir al campo con mi abuela y la verdad es que pasaba más tiempo en el bosque cercano que preocupándome por el jardín…

El ruido de unas pisadas los distrajo y ambos dirigieron su atención hacia la entrada de la casa. Lord Emmet acababa de salir. No se habían percatado que había observado toda la escena mientras esperaba a que le trajeran su caballo. Antes de subir a su montura les dirigió una mirada severa. La joven creyó que de desaprobación.

—Pero ¿qué le pasa a ese hombre? ¿Está enfadado con el

mundo? —preguntó.

—Oh, no debéis tenérselo en cuenta. Es su carácter.

—Pues según he oído cuando quiere sí que sabe divertirse —continuó la joven en un impulso, dando por cierto que aquel comentario de Emma en la fiesta era verdadero y se dirigía a él.

El señor Tyerman la miró con sorpresa, pero enseguida sonrió.

—Supongo que eso nos pasa a todos… Solo nos irrita la diversión de los demás.

—Pues yo no pienso hacerle caso. Voy a divertirme y a reír todo lo que pueda.

—Cuando os enfadáis así os ponéis aún más hermosa.

La muchacha se sonrojó un poco. No estaba acostumbrada a que le hablasen así. Los últimos cinco años antes de mudarse a Inglaterra los había pasado en el campo y allí no había tenido muchas oportunidades de alternar con muchachos jóvenes. Ni siquiera había aceptado llamarle Richard como él le había pedido. No le parecía apropiado y por ello continuaba llamándole señor Tyerman.

—Sois muy amable, pero…

—Aquí estáis…

La oportuna aparición de Sir Thomas acabó con aquella situación que empezaba a resultar incómoda para Irina. No es que el señor Tyerman no fuera atractivo, que lo era, y también encantador, pero no podía decir que sintiera una inclinación especial hacia él en ese sentido. Disfrutaba de su compañía y de su conversación alegre y amena, pero no albergaba sentimientos más allá de eso.

De hecho, y aunque eso le irritara, encontraba a lord Emmet mucho más atractivo, con sus rasgos marcados, y mandíbula fuerte y aquellos ojos oscuros y profundos que parecían taladrar cuando te miraban. También debía reconocer que a veces dudaba, ¿cómo era

posible que un hombre de trato tan correcto, aunque tan serio, hubiera hecho algo así? Y lo amable y cariñoso que era con su tío... Además de que sí, era tremendamente guapo... Lástima que fuera insoportable y probablemente, tampoco fuera un verdadero caballero a pesar de parecerlo, si los rumores eran ciertos.

Capítulo 8

—...y ya estoy seguro de que esa joven no se merece semejante trato, pero ¿qué puedo hacer para...?

—Dime de una vez qué te propones...

Irina pasaba junto al gabinete camino de la biblioteca cuando oyó ese retazo de conversación. Al parecer el señor Tyerman quería saber qué se proponía lord Emmet. ¿Se refería este a la joven que había comprometido? La muchacha aflojó el paso y se acercó a la puerta despacio para ver si lograba escuchar algo más, pero los dos hombres habían debido oírla porque guardaron silencio y un instante después lord Emmet pasó a su lado sin ni siquiera verla.

«Pues parece que se confirman los rumores. Lord Emmet ha tenido una relación con una joven y de momento no parece que se vaya a comportar como un caballero… ¡Qué hombre tan insufrible!», pensó la muchacha y decidió que haría todo lo posible por potenciar un sentimiento más profundo por el señor Tyerman. A Sir Thomas también le gustaba la idea, y ¿qué mejor base para una relación que un buen entendimiento en la conversación y en los caracteres? Lo que ocurrió esa mañana la afianzó en su idea.

—Acompáñeme —le pidió el señor Tyerman —. Le he estado

buscando para enseñarle algo.

La joven se había apresurado a alejarse del gabinete para que no pensaran que les espiaba y se había sentado en el llamado saloncito chino por el dibujo del papel pintado de la pared. El señor Tyerman se había asomado y la había encontrado allí.

—¿Enseñarme algo a mí?

—Sí, a usted —le sonrió él.

La muchacha lo acompañó intrigada. ¿De qué podría tratarse? Salieron fuera de la casa y la condujo a un rincón del jardín donde habían colocado una espectacular fuente rodeada de estatuas y macizos de flores a semejanza del Jardín de verano de San Petersburgo. La muchacha giró sobre sí misma para contemplar aquel paisaje.

—¿Qué le parece?

—Es… es maravilloso —balbuceó al fin, notando que se le humedecían los ojos por la emoción.

—Me alegro de que le guste… Se llamará el rincón de Irina. Así espero que no sienta tanta nostalgia de su país.

La joven le miró con intensidad y no pudo evitar tomarle la mano y apretarla en señal de agradecimiento.

—No tengo palabras —murmuró.

—No hace falta que hable más, su reacción lo dice todo.

Aún no amaba al señor Tyerman, pero estaba decidida. Si seguía teniendo gestos como ese, estaba segura de conseguirlo.

Capítulo 9

Era uno de esos días de primavera en los que aún se deja sentir el frío de un invierno que se resiste a retirarse del todo. Había amanecido desapacible y sir Thomas había decidido quedarse en la cama por precaución pues sentía que estaba incubando un resfriado. No quería arriesgarse a coger una gripe, ahora que quedaba tan poco tiempo para la visita del enviado de la reina que evaluaría si su jardín era el elegido para la fiesta de primavera. Por ello el señor Tyerman se había marchado solo casi al amanecer para conseguir los mejores bulbos de rosa que pudiera conseguir para plantarlos junto a la fachada principal de la casa. El dueño de Stowen Hall sentía no poder acompañarle, pero prefería ser prudente.

Irina también hubiera querido acompañarle, pero dado que su tía finalmente no iba a ir, no les pareció apropiado que viajaran solos el señor Tyerman y ella. Era casi medio día cuando, cansada de estar en su habitación, decidió aventurarse a bajar a la biblioteca a buscar un libro nuevo. Si al menos el tiempo hubiera permitido pasear por el jardín…

—Con un poco de suerte no me encontraré a lord Emmet —se dijo sin ninguna convicción.

Pero al llegar a la biblioteca descubrió que allí estaba él sentado junto a la chimenea leyendo un libro. Su gesto de intentar regresar por donde había venido fue demasiado evidente y él dijo:

—No hace falta que se marche solo porque yo esté aquí.

—Yo… no quería molestar —dijo ella intentando no perder la calma como solía pasarle cuando estaban juntos.

—No me molesta, puede pasar.

—Lo sé, también es mi casa…

—Así que lo único que no quiere es compartir espacio conmigo, ¿puedo preguntar por qué? —inquirió él mirándola fijamente.

—Simplemente me parece que nuestros caracteres son muy diferentes y que no tenemos nada en común —dijo ella para salir del paso.

Se acercó al estante y cogió el primer libro de poesía que encontró con la intención de salir de allí lo antes posible, pero él añadió:

—Ya he comprobado que prefiere a alguien que sepa halagar su vanidad y que le regale los oídos con palabras suaves…

—Pero ¿cómo se atreve? Prefiero a alguien sincero y que sea un auténtico caballero.

—¿Insinúa que yo no lo soy?

La muchacha permaneció callada. No quería decir algo de lo que después se arrepintiera, debía pensar en su tío. Lord Emmet se irguió y añadió:

—Su silencio es bastante elocuente. Lamento que tenga esa opinión de mí. Tenga cuidado donde deposita su amistad.

—Creo que sé muy bien donde debo depositar mi confianza…

Lord Emmet se vio reflejado en los furiosos ojos azules de Irina y se sintió turbado. Al mismo tiempo ella se dio cuenta de que en

realidad albergaba unos sentimientos que no esperaba.

«¿Por qué me siento atraída hacia este hombre si...si le odio», pensó pero al mismo tiempo que lo pensaba se daba cuenta que no le odiaba en absoluto, más bien al contrario. Esa revelación la dejó sin palabras, cosa que lord Emmet aprovechó para decir:

—Repito, lamento que opine así. Aunque lamento más que juzgue a las personas sin conocerlas y sin darles la oportunidad de explicarse. Debería reflexionar sobre ello. Es un consejo de amigo que le doy y que le puede servir mucho en el futuro en su vida.

Y salió del salón dando grandes zancadas. Al fin la había confortado y le había preguntado directamente. Ella pensaba que él no era un caballero, pero ¿por qué? Creyó que quizás la muchacha era en realidad una de esas jóvenes volubles que solo hacían caso al primero que las halagaba con palabras dulces, y no tenía capacidad para reconocer la profundidad de unos sentimientos verdaderos. Si era así lo lamentaba de veras porque él había llegado a sentir algo muy fuerte hacia ella y ahora tendría que arrancarlo de su corazón.

Capítulo 10

Desde que lord Emmet le dirigiera aquellas palabras en la biblioteca y que le provocaron un aluvión de turbulentos pensamientos, Irina no había vuelto a encontrarse con él a solas. El joven procuraba salir temprano a cabalgar y regresaba cuando sabía que estarían en el jardín o en el salón de música. Durante la comida o la cena se sentaba lo más lejos posible y apenas participaba en la conversación, normalmente acaparada por el señor Tyerman o sir Thomas hablando de jardinería.

El sábado siguiente llegaron invitados, cosa que alivió a Irina que notaba que el ambiente se volvía más tirante por momentos. Andrew Forrester, vizconde de Camborne, y su esposa Jane llegaron acompañados de la hermana de este y su cuñado y amigo, Patrick.

—¡Cómo me alegra que hayan aceptado mi invitación a pasar unos días con nosotros! —dio la bienvenida Sir Thomas—. Podrán apreciar los progresos que estamos haciendo en la renovación del jardín. Aunque sé que si se hubieran decidido a participar, nos hubiera resultado muy difícil competir con los jardines de Camborne Park.

—Es usted muy modesto.

Los recién llegados agradecieron su amabilidad e Irina también se apresuró a saludar a los invitados que tan buena impresión le habían causado cuando los conoció en su fiesta de presentación ante la sociedad inglesa. Los Wells tenían una hermosa propiedad en el campo a menos de un día de distancia de Stowen Hall y allí estaban pasando el invierno los Forrester, por lo que el viaje había sido un agradable paseo.

—Por lo que veo no han traído a los niños —continuó sir Thomas.

—Pensamos que sería mejor dejarlos en casa al cuidado de mi madre y de los abuelos de Jane —explicó Patrick.

—Estarán cuidados y mimados —añadió Andrew con jovialidad.

—Me hubiera gustado conocerlos —dijo Irina.

—Estoy segura de que habrá ocasión —aseguró Jane.

Patrick y Elinor eran padres de tres muchachos el mayor de los cuales tenía seis años. Por su parte los vizcondes tenían dos niñas de tres y cuatro años y un niño de cinco. La idea de tener unos días de tranquilidad sin media docena de niños corriendo alrededor les había parecido apetecible y por eso, aunque los adoraban, habían aceptado la invitación de sir Thomas sin dudar.

Una vez instalados tocó la inevitable visita a los jardines. Sir Thomas y el señor Tyerman estuvieron encantados de explicarles con detalle los planes que tenían para que Stowen Hall fuera el lugar elegido para celebrar la fiesta de primavera de la reina. Lord Emmet se excusó y se marchó a caballo. El vizconde sintió cierta envidia de él cuando después de tres cuartos de hora, aún no habían llegado ni a la mitad del recorrido.

Las tres damas procuraron quedarse un poco más rezagadas para poder observar el jardín con más tranquilidad y charlar sin interrumpir el discurso de sir Thomas.

—¿Eres feliz en Inglaterra? —preguntó Elinor.

—Oh, sí. Es un país muy hermoso y mi tío se desvive por complacerme… pero es cierto que a veces añoro tanto a la madre Rusia que me siento culpable.

—No, no debes sentirte culpable. Es normal que eches de menos el país en que naciste y creciste —terció Jane.

La muchacha sonrió y añadió con entusiasmo.

—Es tan hermoso. Moscú es… no hay palabras para describirlo. Y el campo… Pasé muchos años viendo en el campo con mi abuela y el invierno era muy duro, pero también mágico.

Las otras dos mujeres se miraron y sonrieron también.

—El campo aquí también es bonito. Me gusta dar largos paseos y siempre encuentro un paisaje interesante...

—Debes visitar Camborne Park si quieres ver un paisaje impresionante —sugirió Elinor.

—Estaríamos encantados de recibirte —aseguró Jane.

—Son muy amables.

De pronto Irina miró hacia el grupo de los hombres y dijo:

—Me parece que mi tío puede ser demasiado entusiasta con su jardín…

Y ninguna de las tres pudo evitar soltar una carcajada.

—Por cierto, qué extraño que James no se haya quedado —dijo Elinor.

Irina torció el gesto pero ninguna de ellas se dio cuenta.

—Sí que es extraño —estuvo de acuerdo Jane.

—No parece tener un carácter muy sociable —dijo Irina.

—Pero si es uno de los hombres más afables y corteses que conozco —aseguró Jane.

—Y de los más amables —añadió Elinor—. Es de las mejores compañías que se puedan desear.

Irina quedó un tanto perpleja pues no le había dado esa impresión en absoluto. ¿Cómo era posible que estuvieran hablando del mismo hombre?

—Quizás haya algo en su comportamiento que le haga avergonzarse y por eso se aleja de la vida social —aventuró Irina.

Tanto Jane como Elinor la miraron asombradas.

—¿Lord Emmet? No lo creo de ninguna manera. No sé de dónde puedes sacar semejante cosa. Es caballeroso e íntegro.

—No sé, lo decía por intentar explicar su ausencia —improvisó.

—Pues es imposible que haya hecho algo innoble te lo aseguro. Es mi primo y casi hemos crecido juntos. Le conozco muy bien y sé cómo es —insistió Elinor con convicción.

Irina sopesó la idea de comentarles la conversación que había escuchado, pero la desechó. Emma también era su prima y no había dudado en creer que había deshonrado a una muchacha. Quizás Elinor no le conocía tan bien como creía.

Por fin sin Thomas acabó sus explicaciones y el grupo volvió a reunirse. Irina se sintió aliviada porque no tenía ganas de continuar esa conversación.

—Necesito una copa —susurró el vizconde a su esposa en cuanto llegó a su lado.

Capítulo 11

Aquella noche se reunieron en el salón a la hora de la cena. Irina temía el momento porque lord Emmet la sacaba de quicio hiciera lo que hiciera: tanto si la evitaba como si se acercaba a ella. También era cierto que cada vez se sentía más atraída por él por mucho que quisiera reprimirlo. Era inútil, no podía. Y eso la irritaba aún más y la sacaba totalmente de quicio. En semejante situación y con invitados presentes, el joven no pudo excusar su presencia y todos notaron la tirantez que reinaba entre los dos aunque hicieron lo posible por no demostrarlo.

Sir Thomas se esforzaba por mantener viva la conversación y gracias a los invitados consiguió que la cena resultara llevadera. Después los hombres se reunieron en la biblioteca y las damas pasaron al salón. Casi al instante en los dos sitios la conversación se volvió alegre y animada.

—Oh, vuestra historia sí que es romántica… Es maravilloso vivir algo así —exclamó Irina entusiasmada cuando Jane le contó cómo se habían conocido el vizconde y ella, a petición de Elinor.

—Hasta que no se solucionó todo no fue tan maravilloso, pero ahora puedo decir que no cambiaría lo vivido por nada. Él y nuestros

hijos son lo más importante y mi razón para vivir... Sin olvidar a mis abuelos a quienes tanto debo.

Después de un momento de silencio en el que se sirvieron más café, Jane hizo por fin la pregunta que estaba deseando formular:

—¿Ha ocurrido algo entre lord Emmet y usted?

—No… no. No ha ocurrido nada, pero lo cierto es que no me resulta muy… simpático —dijo Irina que seguía sin decidirse a contar lo que había escuchado.

—Lamento que no congenien… —intervino Elinor —. Creo que es la primera vez que a alguien no le cae bien mi primo.

Irina apretó los labios. Nadie parecía conocer la verdadera personalidad de lord Emmet. Le irritaba tanto la defensa que las dos mujeres hacían de él como que su tío lo trarara con tanta deferencia, pues pensaba que no lo merecía. Además temía el momento en el que sir Thomas descubriera la verdad ¿Debía ser ella quien lo desenmascarase delante de sus parientes? Si lo hacía, ¿favorecería eso a la muchacha que había abandonado? ¿Le obligarían a cumplir con su deber? Todas esas dudas volvían a asaltarla. Cuando por fin decidió hablar para ver si así podía ayudar a aquella desconocida, los caballeros se unieron a ellas y ya no se atrevió a pronunciar palabra.

Capítulo 12

Esa mañana Irina se levantó animada y llena de energía. La primavera llamaba a la puerta y su padre siempre le había hablado de lo hermosa que era esa estación en Inglaterra. Bajó temprano a desayunar y no encontró a nadie. Se alegró y disfrutó de un desayuno inglés completo con toda tranquilidad. Después tenía la intención de salir al jardín y unirse a su tío, que cada vez estaba más excitado con la perspectiva de que en cualquier momento llegara el enviado de la reina para evaluarlo. Sin embargo, al pasar junto a la puerta principal escuchó que alguien llamaba. Sintió curiosidad y se quedó medio agazapada detrás de un inmenso jarrón que flanqueaba la puerta. Cuando el mayordomo la abrió se encontró con un hombre de aspecto elegante, a pesar de que su abrigo había conocido tiempos mejores.

—¿Qué desea?

—Eh… Desearía hablar con Sir Thomas…

—No creo que pueda recibirle sin haber anunciado su visita con antelación.

El hombre se sentía visiblemente incómodo, pero continuó:

—Es… se trata de algo muy urgente. Tengo entendido que uno

de sus invitados conoce a mi hija y debo transmitirle un mensaje muy importante…

Irina aguzó el oído. Supo al instante que aquel hombre debía ser pariente de la muchacha a quien lord Emmet había deshonrado. ¡Qué mundo este en que las mujeres tenemos que depender del comportamiento de un hombre!, pensó con profunda irritación.

El mayordomo no parecía muy convencido, pero en ese momento Sir Thomas apareció por detrás.

—¿Qué ocurre, Fenton?

—Este caballero desea hablar con su señoría, pero no ha concertado una visita, señor.

El hombre se adelantó un paso y apretó más el ala del sobrero que llevaba en la mano con un gesto que hacía evidente su nerviosismo.

—Es muy urgente, señor… Debo hablar con uno de sus invitados. Sé que conoce a mi hija, Emily…

Sir Thomas podía parecer despistado o excéntrico, como comentaban cariñosamente sus amigos, o directamente un viejo estúpido como creían otros cuando hablaba sin parar de su jardín; pero en realidad era un hombre con un profundo conocimiento del alma humana y enseguida se hizo cargo de la situación. Supo en el acto a quién buscaba aquella inesperada visita.

—No hace falta que diga una palabra más...Pase a mi gabinete, por favor. Fenton, acompáñale —dijo dirigiéndose primero al visitante y después al mayordomo —. Yo voy a avisar personalmente de su llegada —añadió antes de alejarse y comenzar a subir las escaleras.

Irina no había perdido detalle de la escena y para su alivio, nadie notó que estaba allí, pues el jarrón tras del cual se había escondido estaba en la parte opuesta de la estancia hacia donde se dirigían

Fenton y la inesperada visita.

—Espere aquí —dijo el mayordomo cuando abrió la puerta del gabinete y le hizo pasar.

La muchacha sopesó si quedarse allí a seguir escuchando o alejarse antes de ser vista. De repente fue consciente de que en lugar de sentir alegría porque lord Emmet recibiera al fin su merecido y su verdadera personalidad quedara expuesta, sentía tristeza y rabia.

«¿Por qué?», se preguntó.

Se llevó la mano a la boca cuando se dio cuenta de que en realidad lo amaba. De tanto esforzarse por dejarlo en evidencia, de tanto observar hasta su más mínimo comportamiento, había caído bajo su influjo.

—Soy tan estúpida como esa chica… —murmuró y deseó con todas sus fuerzas que en realidad aquello no hubiera ocurrido —. Si fuera con el señor Tyerman… ¡Qué fácil hubiera resultado todo!

Unos pasos que se acercaban interrumpieron sus pensamientos. Procuró ocultarse más detrás del jarrón porque ya era demasiado tarde para escapar.

—¿Y dice usted, tío, que está aquí el padre de Emily?

Era la voz de lord Emmet. Todo había terminado, se descubriría el escándalo, sir Thomas le echaría de allí para siempre y ella no volvería a verle. Ahora sabía que se le desgarraría el corazón, pero pensó que era lo mejor que podía pasar. Tenerlo cerca no la haría sentir segura, ahora que era consciente de sus sentimientos.

—Eso he dicho, James… ¿Dónde está el señor Tyerman?

—Creo que iba a montar, pero imagino que aún no habrá tenido tiempo de marcharse. Voy a buscarle —respondió el joven antes de desaparecer por la puerta que daba al jardín delantero.

Irina se quedó clavada en el sitio. ¿Para qué necesitan al señor

Tyerman? Y su tío no parecía enfadado…

—Ay, no... —se dijo la muchacha sintiéndose aún más estúpida —. Así que era él… Pero ¿cómo? Un hombre tan atento, un auténtico caballero… Era todo fachada.

No pudo aguantar más y salió de su escondite.

—Irina, pero… ¿qué haces ahí agazapada? —preguntó su tío sorprendido.

—Yo… lo siento. Escuché que había llegado una visita, pero luego parecía algo tan serio que no me atreví a descubrir mi presencia… ¿Qué ocurre, tío?

—No es algo agradable y menos para oídos de jovencitas. Será mejor que vayas a tu habitación.

—No soy ninguna niña pequeña, tengo ya dieciocho años y tengo cierta idea de cómo funciona el mundo.

—¿Qué lenguaje es ese?

—Es imposible no escuchar las murmuraciones de la gente.

Sir Thomas se rascó la cabeza pensativo intentando encontrar la mejor manera de manejar esa situación.

—Supongo que no –dijo al fin.

En ese instante entraron los dos hombres por la misma puerta que daba al jardín por la que lord Emmet había salido unos momentos antes. El señor Tyerman parecía nervioso y en el calor de la discusión, ninguno se dio cuenta de que la joven estaba allí.

—Richard, ahí dentro hay un caballero que desea hablar contigo —dijo sir Thomas.

—Pero yo… Me siento avergonzado...

—Más te vale.

—James no me ha dejado ni a sol ni a sombra desde que se supo la noticia, intentado convencerme… pero es una chica sin fortuna.

—No te importaba cuando le hacías la corte —respondió lord Emmet con contundencia.

Irina miraba a uno y a otro preguntándose como no se había dado cuenta de la debilidad de carácter de Richard Tyerman y como no había visto el aplomo y firmeza de lord Emmet.

—Te conozco desde que eras niño y siempre has sido alocado, pero nunca te había visto cometer una indignidad como esta. Te he estado dando la oportunidad de rectificar, pero si no haces lo correcto, te aseguro que el tío abuelo James sabrá de tu comportamiento porque yo mismo le diré al padre de Emily donde encontrarle…

—¿Lo harías?

—Ponme a prueba. Además no debes quejarte, Emily es una muchacha honrada y bondadosa que solo ha tenido la debilidad de creer en tu palabra. Me he informado bien.

—Pero ¿querrá ella aceptarme después de…? —preguntó el señor Tyerman.

—Por alguna razón incomprensible te ama, y por eso ha estado ocultando tu identidad a su familia hasta ahora que casi es demasiado tarde… El niño está a punto de nacer —aclaro lord Emmet —. Vamos, compórtate como un caballero. Entremos ahí.

De pronto, guardaron un silencio incómodo al percatarse de la presencia de la muchacha.

—Entremos —repitió lord Emmet después de un momento de vacilación.

Los dos jóvenes desaparecieron detrás de la puerta del gabinete sin que Irina ni sir Thomas les quitaran la vista de encima hasta que la cerraron. La joven sentía que un millón de dudas cruzaban su mente.

—Pero ¿acaso son parientes lord Emmet y el señor Tyerman?

—Oh, sí. Son primos segundos o algo así...

—¿Y también de los Forrester?

—Claro, son hijos de un hermano y de un primo del anterior vizconde respectivamente según tengo entendido... o algo por el estilo. Aunque James siempre ha estado mucho más unido a ellos que el señor Tyerman.

Irina recordó el baile donde escuchó el comentario de Emma Forrester. Su mirada se dirigía hacia lord Emmet, pero era cierto que el señor Tyerman llegaba por detrás de aquel, aunque al quedar en segundo plano, ni siquiera había pensado en él. Y ella había sacado conclusiones precipitadas y le había juzgado sin asegurarse de quién hablaban exactamente y había imaginado toda una historia en su cabeza. Además tenía que reconocer que él la había tratado siempre con exquisita cortesía a pesar de sus desplantes y ella lo había tomado como disimulo, un intento de enmascarar su verdadero carácter.

—¿Por qué seré tan impulsiva? —se repetía sin cesar.

¡Qué avergonzada se sentía! ¿Cómo iba a volver a mirarle a la cara?

Capítulo 13

Irina se asomó a la ventana. La primavera se había instalado totalmente como una explosión de color en el jardín se Stowen Hall, pero ella no se sentía muy animada. Seguía culpándose por cómo había tratado a lord Emmet y lo peor era que al fin estaba segura de que lo amaba, cuando ya era demasiado tarde.

Desde allí pudo ver como su tío iba de un lado para otro sin parar. Aquella mañana sir Thomas parecía un auténtico manojo de nervios, tanto que logró contagiar a los demás habitantes de la casa. El enviado de palacio llegaría al medio día para evaluar el jardín. Habían tenido que terminar el proyecto sin la supervisión del señor Tyerman que, por razones obvias, no había podido demorar su partida hacia Londres.

—No se preocupe, tío. Nunca he visto un jardín tan hermoso como este… —le dijo la muchacha en cuanto se unió a él.

No había rastro de lord Emmet. No se habían vuelto a encontrar desde el día en que se descubrió la verdad sobre el señor Tyerman. El joven se había marchado casi al mismo tiempo que aquél, aunque Irina estaba segura de que regresaría para estar con sir Thomas en un día tan importante como ese. La muchacha había tenido tiempo para pensar cómo disculparse y motivos no le faltaban. Antes de

irse, el señor Tyerman le había dejado una nota en la que confesaba que la idea del rincón de Irina se le había ocurrido a lord Emmet; que —lrina no entendía por qué teniendo en cuenta cómo le había tratado— parecía sentir una gran admiración por ella.

—Aunque seguro que ya no siente por mí más que desprecio o quizás indiferencia, en el mejor de los casos —se repetía. ¿Sería suficiente una disculpa?

El emisario de palacio llegó con puntualidad y recorrió la propiedad de punta a punta. Se detuvo a cada paso admirando tanto la arboleda como los macizos de flores estratégicamente colocados, pero a lo que más tiempo dedicó fue al llamado rincón de Irina, donde crecían las más hermosas flores de todo el jardín. Sir Thomas no se despegó de su lado dando detalles de todo lo que veían, pero el hombre no dejó traslucir nada sobre su decisión. Esto hizo que el nerviosismo de aquel empeorara ese día y los siguientes. Irina hizo todo lo que pudo por calmarle y hacerle pensar en otra cosa sin ayuda de nadie, ya que lord Emmet tampoco apareció,

Estuvo así hasta que por fin un sábado por la mañana llegó un mensajero a caballo. Fenton entró en la salita donde se encontraban sir Thomas e Irina, que leía junto al ventanal. Llevaba una bandeja de plata sobre la que descansaba un sobre con el membrete real.

—Gracias, Fenton —dijo sir Thomas mientras cogía la carta con un ligero temblor en las manos.

El mayordomo se inclinó ligeramente y salió de la habitación. Sir Thomas se acercó a Irina y le tendió el sobre.

—Ábrelo tú… yo no puedo.

—Estoy segura de que son buenas noticias —aseguró ella tomando la carta y rezando por tener razón.

Empezó a abrirlo lentamente con el corazón ligeramente acelerado. Deseaba tanto que su tío tuviera esa alegría… Sacó la

carta y la leyó.

—Vamos. Vamos, ¿qué dice? —preguntó él impaciente.

La joven volvió a leer el contenido de la misiva para asegurarse de que lo había entendido bien y levantó la vista para mirar a su tío con una sonrisa.

—Nos comunican la decisión real. La fiesta de primavera de la reina se celebrará en los jardines de Stowen Hall.

Capítulo 14

El día amaneció soleado para alivio de sir Thomas y los emisarios de palacio que habían pasado la tarde anterior decorando el jardín para la mayor fiesta de la temporada. La fiesta de Primavera de la Reina sería un acontecimiento del que se hablaría durante mucho tiempo. Nadie quería perdérsela y toda la aristocracia del país se había trasladado a la región. Muchos habían tenido que pedir favores a amigos y conocidos para encontrar un alojamiento adecuado. Las debutantes estaban nerviosas y emocionadas. Si la presentación salía bien, era posible que el año siguiente se volviera a convocar el certamen para elegir el mejor jardín donde celebrar la fiesta.

Toda la familia de sir Thomas y de lord Emmet había acudido y al tratarse de una celebración al aire libre, se había permitido que los niños también asistieran. De modo que los vizcondes de Camborne, Sir Patrick y Elinor y también Emma y su marido, el capitán Weston, habían confirmado su asistencia; así como los abuelos de la vizcondesa que no habría permitido que se perdieran semejante acontecimiento.

Del único que no había rastro era de lord Emmet. Irina se sintió decepcionada cuando llegó la hora en que comenzaron a llegar los

invitados y el joven no apareció.

«Si no acompaña a sir Thomas en un día como este, es que verdaderamente no me soporta», pensó con tristeza. La carta que le había escrito para explicarle todo y disculparse no había surtido efecto. Por eso se sorprendió enormemente cuando de repente le vio caminando entre los invitados. Fue directamente hacia él como había imaginado tantas veces en su mente.

—Sé que le debo una disculpa también en persona —dijo ella sin atreverse a mirarle y con las mejillas ardiendo—. Quizá ni siquiera sea suficiente con eso después de cómo le traté.

Lord Emmet la miró con una expresión indescifrable y eso hacía que la muchacha se sintiera nerviosa e insegura.

—Creyó que defendía una idea justa y la admiro por ello, pero debe tener en cuenta que hay que conocer los hechos antes de juzgar.

—Lo sé. Me he dado cuenta de que no soy nadie para juzgar a los demás. Por favor, perdóneme —añadió sin poder disimular su emoción —. Tampoco pude darle las gracias por pensar en mí y proyectar ese hermoso lugar en el jardín… y todo después de que yo…

Irina guardó silencio pues le dolía recordar su comportamiento.

—Es algo que pensé en cuanto mi tío me dijo que vendría a vivir a Stowen Hall. Siempre me habló tanto de usted que yo… quiero decir que siempre me resultó simpática aún sin conocerla.

—Oh, por favor no me atormente más. Cuando comparo su forma de tratarme con la mía hacia usted…

—No es mi intención atormentarla en absoluto —aseguró él con aquel brillo en la mirada que tan atractivo le resultaba.

De pronto él hizo algo inesperado. La tomó de las manos y la llevó con suavidad hacia el otro extremo del jardín, hacia el Rincón

de Irina, pero era el lugar más concurrido; así que continuaron hasta dar la vuelta a la casa. Aquella que tenía delante sí era la Irina que había imaginado desde que su tío le habló de ella por primera vez. Y casi por arte de magia, al oír sus disculpas, todo lo vivido los últimos meses quedó olvidado.

—He podido apreciar por sus palabras y por la carta que me escribió que quizás no le soy indiferente y por ello me atrevo a hacerle una pregunta… quizás le parezca precipitado, pero…

Irina sintió que el corazón iba a salírsele del pecho. No imaginaba que sintiera un amor tan profundo por aquel hombre que hasta hacía tan poco creía odiar y que la embargara una emoción semejante esperando oír sus palabras.

—¿… me haría el honor de ser mi esposa? —concluyó con voz ronca.

La muchacha dejó escapar un suspiro al responder:

—Aunque parezca extraño después de lo que hemos vivido, sí. Y créame que lo deseo de todo corazón.

Lord Emmet la miró a los ojos con una mezcla de pasión y ternura al tiempo que se inclinaba suavemente sobre ella hasta alcanzar sus labios y se fundían en un beso largo tiempo esperado por él.

Los invitados seguían admirando el hermoso jardín de Stowen Hall cuando Irina y lord Emmet regresaron a la zona delantera de la casa donde estaba situada la orquesta y las mesas con los refrigerios. Los niños corrían entre las mesas y competían por ver quién conseguía el trozo de pastel más grande. Los enviados de la reina habían hecho un magnífico trabajo decorando el jardín y habían venido invitados de todo el país. Lo mejor de la sociedad se encontraba reunida allí. La reina había inaugurado la celebración y había felicitado personalmente a sir Thomas, que no cabía en sí de

la emoción. El señor Tyerman no asistió pues aún se sentía avergonzado por su comportamiento y no se atrevía a presentarse delante de Irina y Sir Thomas.

La pareja avanzó entre los invitados y Jane no pudo evitar sonreír al verlos aparecer cogidos del brazo y mirándose el uno al otro sin poder ocultar su emoción. Jane lanzó una mirada a Andrew que en ese momento charlaba con sir Thomas y dijo:

—¿Qué le parecería celebrar una boda en los jardines de Stowen Hall?

—¿Una boda? —preguntó a su vez aquél, confuso.

La vizcondesa de Camborne hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pareja y sir Thomas y Andrew se giraron siguiendo su indicación. Irina y lord Emmet charlaban junto a la orquesta sin dejar de mirarse a los ojos de una forma inconfundible. El hombre sintió una enorme satisfacción al responder:

—Sería el lugar ideal… sin duda.

Mientras, la pareja se había percatado de las miradas que les lanzaban los invitados. Elinor y Patrick también los miraban sonrientes, solo Emma y su marido, que no se hubieran perdido el evento por nada del mundo, los observaban sin comprender muy bien qué ocurría.

—Parece que todos nos observan —dijo Irina.

—Será porque me tienen envidia —aseguró él.

La muchacha sintió que se le coloreaban las mejillas.

—No bromees —pidió ella azorada.

—No lo hago. ¿Qué importa que nos miren? Que se enteren todos que te amo más que a nada en el mundo.

—Después de cómo te he tratado… no me lo merezco.

—Ni se te ocurra pensar eso. También yo podría haber aclarado

las cosas y procurado ser menos distante.

Irina sonrió y dijo:

—Creo que me engañaba a mí misma y no quería reconocer que también te amaba más que a nada. Quizás no desde el principio, pero casi.

—Es cuanto quería saber. Hablaré con sir Thomas en cuanto acabe la fiesta para pedir tu mano —aseguró él mientras la llevaba la entrada de la casa que era una zona más discreta. No podía esperar para volver a besarla.

—La amo, señorita Elliot —bromeó él tratándola de usted.

—Y yo lo amo a usted, lord Emmet.

Dijeron en un susurro con una sonrisa antes de volver a fundirse en un beso profundo e interminable.

Nota de la autora

Los que seguís mis novelas habréis reconocido a Andrew, Jane, Elinor, Patrick… los primos de lord Emmet, y es que no he podido evitar rescatar a los personajes de *Tenías que ser tú* para esta historia de primavera. Espero que disfrutéis mucho con ellos.

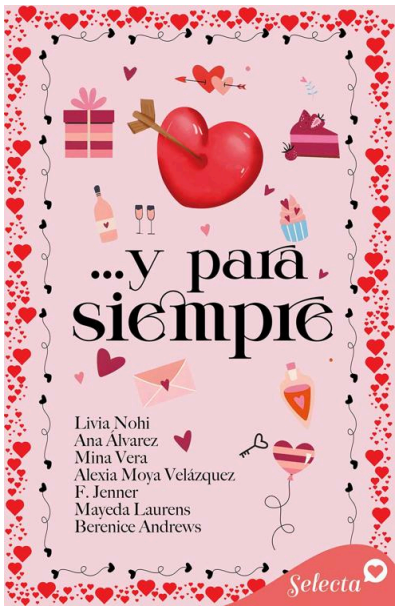
Si te ha gustado

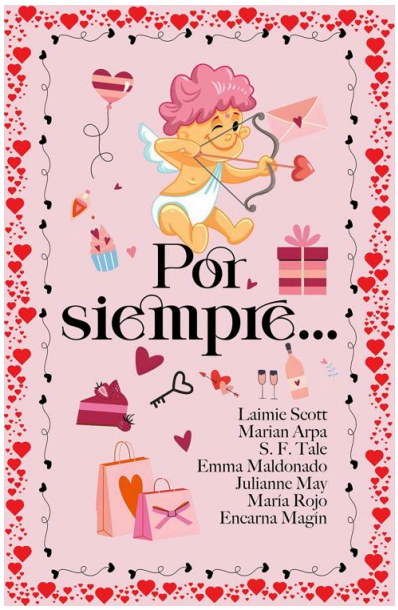
Donde florece la flor...

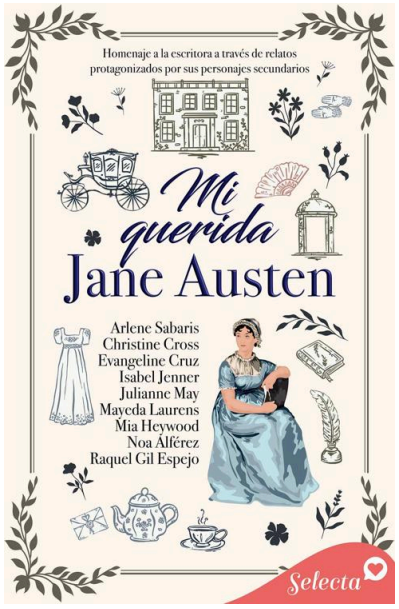
puedes disfrutar de estas



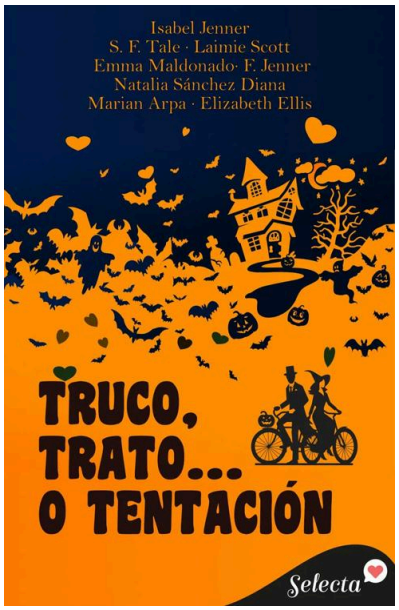


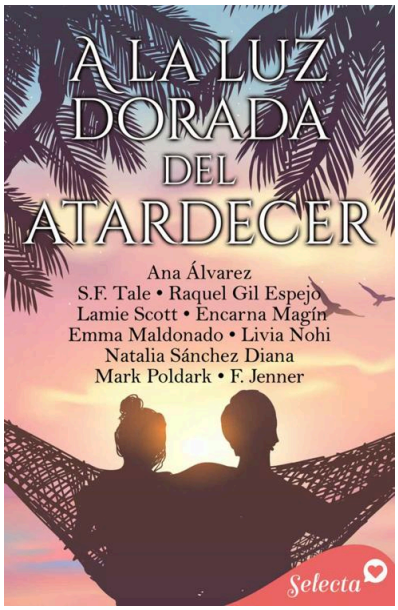

...y para siempre
Livia Nohi
Ana Álvarez
Mina Vera
Alexia Moya Velázquez
F. Jenner
Mayeda Laurens
Berenice Andrews
Selecta


Por siempre...
Laimie Scott
Marian Arpa
S. F. Tale
Emma Maldonado
Julianne May
María Rojo
Encarna Magín


Homenaje a la escritora a través de relatos protagonizados por sus personajes secundarios
Mi querida
Jane Austen
Arlene Sabaris
Christine Cross
Evangeline Cruz
Isabel Jenner
Julianne May
Mayeda Laurens
Mia Heywood
Noa Álférez
Raquel Gil Espejo
Selecta


Elizabeth Bowman
Raquel Gil Espejo
Julianne May · Encarna Magín
S. F. Tale · Laimie Scott
Emma Maldonado· F. Jenner
Natalia Sánchez Diana
Marian Arpa · Livia Nohi
Una vez en diciembre
Selecta


Isabel Jenner
S. F. Tale · Laimie Scott
Emma Maldonado· F. Jenner
Natalia Sánchez Diana
Marian Arpa · Elizabeth Ellis
TRUCO, TRATO... O TENTACIÓN
Selecta


A LA LUZ DORADA DEL ATARDECER
Ana Álvarez
S.F. Tale • Raquel Gil Espejo
Lamie Scott • Encarna Magín
Emma Maldonado • Livia Nohi
Natalia Sánchez Diana
Mark Poldark • F. Jenner
Selecta

La primavera lo altera todo, incluso aquello que creías inamovible.



La estación de las flores trae consigo encuentros inesperados, segundas oportunidades y promesas que brotan con la misma fuerza que los almendros en flor. En estas páginas, cada relato despliega una historia distinta donde **el corazón se atreve a latir sin reservas**.

Desde romances luminosos hasta pasiones que nacen entre dudas y silencios, esta antología reúne voces que exploran **el deseo, la ternura y el vértigo** de empezar de nuevo. Historias que celebran el instante en que todo cambia y nada vuelve a ser igual.

Porque en primavera, hasta el amor más dormido decide

florecer.

Guadalupe Eichelbaum ha publicado más de una docena de novelas de los más diversos géneros, desde el terror al romántico. Cuatro de ellas están editadas en el sello Selecta, pues ha descubierto que le apasiona contar historias de amor. Escribe poesía, tiene en su haber dos poemarios, uno en castellano y otro en italiano. Ha colaborado en buen número de antologías con relatos, cuentos infantiles y poemas.

Ale Garsen es graduado en Humanidades con especialización en Historia Cultural y tiene un máster en Educación Secundaria en la Universidad de Castilla-La Mancha, una formación que le ayudó a entender cómo las historias y las emociones están entrelazadas desde siempre. Ha trabajado en proyectos culturales y museísticos, pero siempre con la escritura como refugio y motor creativo.

Lleva escribiendo de forma más o menos constante desde hace dos años. *El final que me enseñaste a escribir*, es su primera novela.

Su objetivo es seguir creando historias que emocionen y acompañen al lector, y este primer proyecto marca el inicio del camino que quiere recorrer con dedicación.

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.

Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que

lee compulsivamente.

De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine, el teatro y las series de intriga, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre. Encuentra la inspiración recorriendo las calles de su ciudad y atravesando los puentes que cruzan el río Tormes.

Tiene cinco cuentos infantiles publicados y veintiséis novelas de intriga, amor y suspense, entre las que se encuentran *Un nórdico en mi vida, Amor en reformas* y *La tumba del highlander*.

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

María Rojo (Barcelona, 1980) estudió Derecho y grafología y está especializada en el estudio de la personalidad. Dirige los Recursos Humanos en una multinacional, pero su verdadera pasión es escribir: un intimismo bello y aderezado con prosa poética da voz a las historias de romance contemporáneo que encontramos en sus novelas.

Nací en Melilla y vivo en Barcelona. Estudié historia y periodismo. He trabajado como periodista en varias publicaciones. **May Bonner** es mi pseudónimo como escritora de novela romántica, y con este

nombre he autopublicado *El verano que cambió mi vida* y *Un destino inesperado*, y también *Y que le gusten los perros, ¿no era una película?* en el sello eTerciopelo de Roca Editorial.



Edición en formato digital: mayo de 2026

© 2026, Guadalupe Eichelbaum, Ale Garsen, Vega Fountain, S. F. Tale, Mar P. Zabala, Juliana Cartland, Marián Arpa, María Rojo, May Bonner
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-09-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] WAPS: *Women Airforce Service Pilots*. Mujer piloto de EE. UU. que transportaba aviones y entrenaba a otros pilotos durante la Segunda Guerra Mundial.

Índice

Donde florece la flor...

Ajolotes

- Verano
- Otoño
- Invierno
- Primavera

Las flores que me hablaban de ti

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Capítulo 13
Los capullos florecen en primavera
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
La dama gris
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Nota de la autora
Una flor entre las bombas
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Epílogo

Nota de la Autora
A las prímulas les encanta florecer en primavera
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
La primavera la sangre altera
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Sonrisa de primavera
Jane
Ray
Jane
Ray
Jane
Ray y Jane
Ray y Jane
La primavera
Un jardín para Irina
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos

Notas